

ce 2170-49

JUAN DANTÍN

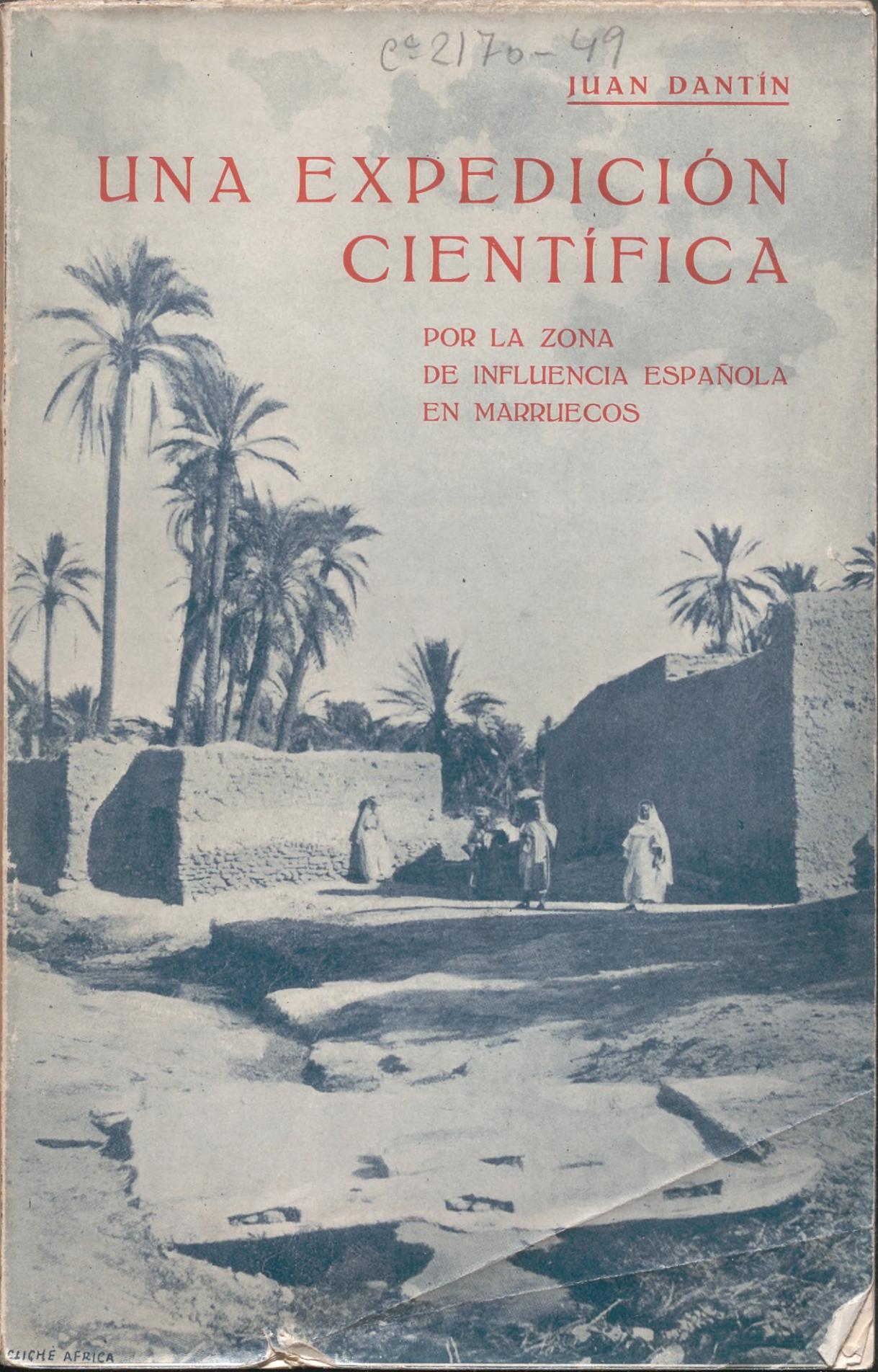
UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

POR LA ZONA
DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS



Precio : 7 pesetas

UNO DE LOS GRANDES CLICHÉS DE LA ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA EN MARRUECOS



CLICHÉ AFRICA

R 170353

Cº 2170-49

JUAN DANTIS

UNA EXPEDICIÓN
CIENTÍFICA

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA
POR LA ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS



MADRID
CASA DE ESTUDIOS
1914

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA
POR LA ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS

R 170373

C^e 2170-49

JUAN DANTÍN

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

POR LA

ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS



BARCELONA

CASA EDITORIAL ESTVDIO

1914

R 170373

C 813-41

JUAN DANTE

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

FOR LA
ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS



BARCELONA
Casa Editorial ESTUDIO
1914

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA
POR LA ZONA DE INFLUENCIA ESPAÑOLA
EN MARRUECOS

I

PROEMIO

La Real Sociedad Española de Historia Natural viene realizando desde largo tiempo, cuando todavía no habían adquirido las cuestiones africanas el grado presente de actualidad porque atravesan, una labor, no por callada y austera menos interesante, en todo cuanto atañe al conocimiento, serio y acabado, de lo que ha dado en llamarse Africa española, estimo que con acuerdo poco juicioso.

Tuvieron estos estudios su brillante comienzo con la exploración del Sahara español, en el año 1886, por el malogrado profesor Francisco Quiroga, elegido acertadamente, en indicio de la estimación en que se le tenía, por la Sociedad Española de Geografía Comercial, en unión del arabista Felipe Rizzo y del entonces capitán de ingenieros y africanista Julio Cervera (1).

En los primeros años de la presente centuria creó la Sociedad de Historia Natural, con individuos ya de su seno, ya extraños a

(1) Quiroga (F.). «Apuntes de un viaje por el Sahara occidental.» (*Anal. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. XV, 1886.)

— «Geología del Sahara occidental.» (*Revista de Geografía Comercial*, Núm. 25 a 30, 1886.)

— «La exploración del Sahara occidental.» (*Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, t. X, 1887.)

— «Observaciones geológicas hechas en el Sahara occidental», con dos láminas. (*Anal. de a Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. XVIII, 1889.)

— «Observaciones al mapa geológico del Sahara, de M. Rolland.» (*Anal. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. XXI, Actas 29, 1892.)

Tales son los trabajos que referentes al Sahara publicó el meritisimo profesor como resultado de su atrevida exploración.

sus tareas habituales, la comisión del N. W. de Africa, animados por el patente éxito de la expedición de Quiroga y deseosos, de otra parte, de incorporar debidamente a la opinión patria problema que, como el africano, por su complejidad y otras circunstancias que no es razón mencionemos ahora, ha sido señalado con su repulsa.

La Comisión del N. W. de Africa pudo en seguida llegar a felices resultados, y ahí están, como brotes de espléndido florecimiento, numerosos viajes y publicaciones (1).

Los estudios se han llevado siempre a cabo, con mucha mayor intensidad en la zona de Marruecos sometida hoy al influjo de nuestro protectorado, de conformidad con el Tratado hispanofrancés García Prieto-Geoffroy de 27 de noviembre de 1912. Así lo prueban las repetidas expediciones de Fernández Navarro en el temido Rif, no interrumpidas ni aun en época de turbulencias, y muy especialmente la expedición científica organizada últimamente por la citada Comisión del N. W. de Africa.

La citada expedición, cuyo diario, incidencias y resultados vamos fielmente a relatar, tuvo lugar en el pasado año, del 7 de abril al 7 de junio, esto es, durante dos meses justos.

Quedó constituida la Comisión exploratoria por don Lucas Fernández Navarro, explorador del Rif y catedrático de la Universidad Central, encargado del estudio de la Geología de la región a recorrer; don Constancio Bernaldo de Quirós, del Instituto de Reformas Sociales, atento a escudriñar la Sociología de las razas marroquíes, de tan múltiples e interesantes aspectos; don Fernando Martínez de la Escalera, diligente naturalista, atrevido explorador del Atlas y del Sus, conocedor del árabe y de los dialectos meridionales del Imperio, comisionado para la Entomología e intérprete de la Comisión científica; don Angel Cabrera Latorre, naturalista; y, por último, del firmante de estas líneas, tesorero de la expedición y comisionado para la recolección de datos meteorológicos (marchábamos provistos del material indispensable), el estudio de la vegetación del país y el de su agricultura, la mira puesta en señalar el carácter de la vegetación marroquí y el porvenir y estado presente agrícola de la zona.

(1) Lozano Rey (Luis). « Contribución al estudio de las aves de Mogador. » (*Mem. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. VIII, 1911.)

Fernández Navarro (Lucas). « Datos geológicos acerca de las posesiones españolas del Norte de Africa. » Con ocho láminas. (*Mem. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. V, 1908.)

Fernández Navarro (L.). « Estudios geológicos en el Rif oriental. » Con cinco láminas rabadas. (*Mem. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. VIII, 1911.)

Los exploradores, a su regreso, se hallan satisfechos de su interesante correría y advierten noblemente, deseosos de residir tan sólo en la región serena de las ideas, que darán a conocer en sus escritos la pintura exacta del Marruecos que han visto, sin reparar en prejuicios y falsas ideas que acerca de nuestra zona se dan por buenas en la Península. Recuerdo nuestras pasadas desdichas y nuestros desastres, y no deseo sino que se rectifique totalmente, por modo quirúrgico, si se hace necesario, nuestra secular y menguada política colonial.

Cuanto vamos a decir acerca de la expedición de que hemos formado parte, respecto del país que hemos explorado y aun del espíritu íntimo de los hombres y las cosas que se han puesto a nuestro alcance, quisiéramos verlo dotado de tal virtud y con tal supervivencia a la ocasión, que no puedan ser nunca tildados por nadie de productos del momento, hijos de la actualidad, de las ideas, motivos y prejuicios circunstanciales. La doctrina, el juicio que me inspiraron los hechos, es un algo distinto y superior al suceso transitorio.

El itinerario que durante dos meses (abril y mayo de 1913), se recorrió fué el siguiente: Ceuta, Tetuán, Fondak de Ain Yedida, Tánger, Arcila, Larache, Alcázarquivir (paralelo 35°), Larache, Arcila y Tánger nuevamente, explorando, sin excepción, todas las regiones intermedias. En el curso del relato se irán detallando las regiones naturales y cábilas visitadas.

He aquí ahora el diario, que evoca a su autor un mundo de recuerdos.

II

DIARIO DE LA EXPEDICIÓN

7-8 de abril de 1913.

Henos aquí en el tren, atravesando la bella Andalucía, en esta época en pleno cálido poema de su florecencia, unvida de su luz primaveral. Hay un estremecimiento de emoción pensando en lo desconocido, cuando de noche llegamos a Algeciras, puerto, impregnada del acre olor salino del mar, en tanto el carabinero pasea por el muelle y luce, allá enfrente, la ciudad de Gibraltar, como un ojo vigilante en las tinieblas.

9 de abril.

Apenas amanece, en un día somnoliento y nublado, tomamos la barca, no sin que antes embarquen las cajas de nuestro material, la tienda de campaña y todo nuestro armamento, reducido, simplemente, a una escopeta de caza. Húndense los remos en el agua, tranquila y serena, de la bahía espléndida de Algeciras, en tanto pasan, bajo las nubes, algunas gaviotas. Se atraca al costado del *Teodoro Llorente*, que, apenas nos recibe, se pone en marcha.

Allá, a lo lejos, se recorta suavemente entre la bruma la costa africana : pasa, el barco, Punta Carnero y Punta de Europa, extremos de la herradura que forma la bahía, y nos hallamos en pleno Estrecho de Gibraltar. Se espesa la bruma y se resuelve en una llovizna.

Hora y media después queda a popa la costa amada de la Península, y el ancla, cayendo con estrépito en el puerto de Ceuta, deja en las aguas salivazos de espuma vercosa.

Camino del hotel vemos los primeros moros, pero sus caras y trajes recuerdan la expresión de « indios mansos ». La población es enteramente europea, reducida y mísera, como una capital provinciana, con sus casinos y sus oficiales sentados a las puertas de los cafés. Sólo hay de morunos algunos « fondak » sucios, estrechos, donde no es raro encontrar tipos susis y algunos judíos vestidos de moros, alquiladores de caballerías.

En ciertos sitios algunos españoles, del Perchel o de la Macarena, con sus fajas rojas y anchos sombreros, venden churros, de picante aceite, o están a la puerta de sus cafetines o barracones.

En el hotel se nos reúne Fernando de la Escalera, nuestro entomólogo e intérprete, ha largos años, no obstante su adolescencia, residente en Marruecos. Procede de Tánger, y al pasar por Tetuán ha dejado allí a su hermano Lolo Escalera, de nueve años de edad, que nos acompañará bravamente en toda la excursión.

Se ven con cierta escasez algunos moros, reveladores de la honda miseria en que viven, atravesar, con sus piernas secas y bronceadas al sol, el puente de La Almina, vendiendo huevos o carbón, que anuncian con estentórea voz.

Otros acuden al minúsculo mercado : se sientan gravemente ante su cajón o mesa donde extienden los huevos, esperando el problemático comprador, en tanto un ejército de moscas revolotea mansamente sobre la mercancía. Vense también en el mercado liebres

que, después de muertas, han sido degolladas conforme a la usanza mora ; jabalíes enteros que, por ser carne prohibida al marroquí, se venden a precios irrisorios.

Por la tarde visitamos al comandante militar de la plaza, general Arráiz de la Conderena, a quien estamos recomendados telegráficamente por el entonces Ministro de la Guerra, general Luque, y por el Ministro de Estado, señor Navarrorreverter. El Ministerio ha circulado también órdenes al señor Residente general o Alto Comisario, general don Felipe Alfau, y éste, con aquellas sus amabilidad y diligencia que le distinguen, se ha apresurado a participarlo y a ordenar se nos den todo género de facilidades en el desempeño de la comisión que nos ha llevado a Marruecos.

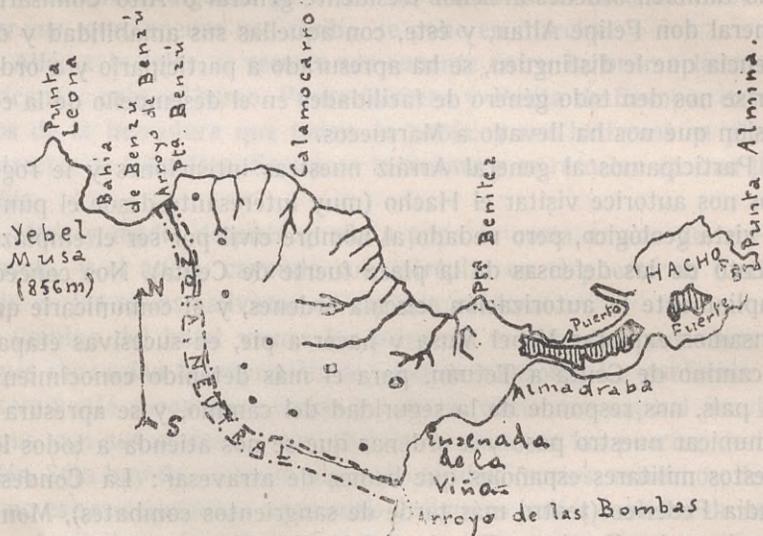
Participamos al general Arráiz nuestras intenciones y le rogamos nos autorice visitar el Hacho (muy interesante desde el punto de vista geológico, pero vedado al hombre civil por ser el emplazamiento de las defensas de la plaza fuerte de Ceuta). Nos concede ampliamente la autorización, circula órdenes, y al comunicarle que pensamos explorar Yebel Musa y hacer a pie, en sucesivas etapas, el camino de Ceuta a Tetuán, para el más detenido conocimiento del país, nos responde de la seguridad del camino, y se apresura a comunicar nuestro paso y a ordenar que se nos atienda a todos los puestos militares españoles que hemos de atravesar: La Condesa, Kudia Federico (teatro más tarde de sangrientos combates), Monte Negrón y La Restinga, Rincón del Medik, Los Malalíes. Tan sólo nos ruega, en un exceso de justa prudencia, no hagamos uso de las armas de fuego, por no despertar suspicacia alguna. Procuramos complacerle, no cazando hasta más allá de Tetuán.

10-11 de Abril.

Se da hoy comienzo, al día siguiente de nuestra llegada, al estudio de Ceuta, su campo exterior y el Hacho, siempre atentos a la especialidad de cada uno.

Navarro en sus estudios geológicos, Escalera en los entomológicos y yo, en el clima, la botánica y la agricultura, hemos coincidido en la mayor parte de nuestras expediciones y marchado siempre juntos. Cabrera, dedicado exclusivamente a sus mamíferos, trabajaba más de noche que de día ; preparaba sus cepos (con cebo de queso o embutido) al atardecer, los distribuía después convenientemente por el campo, allí donde los agujeros indicaban la madriguera,

y al amanecer volvía en su busca, recogiendo los animales así capturados, para preparar las pieles con destino al Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Como los mamíferos así recolectados fueron muy pocos, acompañaba durante el día a Bernaldo de Quirós, encargado de la Etnografía.

FIG. 1.^a

Antiguo plano de Ceuta y su campo exterior hasta la zona neutral, hoy desaparecida ya e incorporada a la zona de influencia española, de acuerdo con el Tratado hispano-francés

- | | |
|--------------------------------|----------------------------|
| ● Fuertes de la línea exterior | ○ Mezquita de Sidi Mubarak |
| ■ Cuartel de El Serrallo | ⌋ Ceuta la Vieja |

Los fuertes de la línea exterior son sucesivamente, de Norte a Sur: Benzú, Aranguren, Yebel Andyera, Isabel II, San Francisco de Asís, Piniés, Mendizábal, Príncipe Alfonso

Hoy, 10, Navarro, Escalera y yo hemos recorrido el Monte Hacho, al este de Ceuta; Cabrera y Quirós han visitado al caid de Andyera, Sidi Mohamed ben Saidi.

Lo que se venía llamando, antes del Tratado hispanofrancés y de la todavía reciente ocupación de Tetuán, Ceuta y su campo exterior (fig. 1.^a), se componía de dos partes: una verdaderamente continental (el llamado campo exterior), y otra consistente en una

pequeña península, la de la Almina, verdadero promontorio que tiene en su cima el Monte Hacho, unida a la primera por un reducido istmo (en su porción más estrecha no mayor su anchura de un centenar de metros). El istmo se halla cortado por un profundo foso, cuyas aguas reúnen las del mar de ambas costas : recias murallas, contemporáneas de la dominación portuguesa, dan sobre él y defienden a la ciudad de los ataques que pudieran amagarla de su lado W.

La porción continental, cuyos antiguos límites venían por el Arroyo de las Bombas, de su lado meridional y el Arroyo de Benzú, de su porción norte, se va elevando con bastante rapidez hasta la inmediata y áspera Sierra Bullones, en donde Yebel Musa llega a elevarse hasta los 856 metros de altitud.

La península de la Almina, límite oriental, en su orilla africana, del Estrecho de Gibraltar, está constituida en su totalidad por el Monte Hacho, que alcanza 200 metros de altitud en las mismas orillas del mar : así es de áspero y de ingente. Su perímetro viene a ser de unas cinco millas: en sus faldas, bruscamente caídas hasta el mar, la erosión ha fraguado tajantes barrancos, en cuyo fondo se llena de espuma el mar, o, si están más altos del nivel marítimo, existen algunas huertecillas, risueñas y minúsculas.

Ocupando el istmo se halla la población nueva, la moderna Ceuta, pues la llamada Ceuta la Vieja domina Punta Benítez.

Ceuta es un excelente ejemplo de lo que se llama un tombolo en geografía física. La península de La Almina es en su totalidad arcaica, la porción continental es paleozoica y el istmo es posterior : una lengua de arenas que une la porción peninsular al resto del continente. Quizá su fondo es paleozoico; pero, antes de que los depósitos detríticos se encargasen de formar el istmo, estuvo sumergido y La Almina, hoy península, no habrá sido en tiempos sino un islote arcaico, próximo al continente. Tendremos ocasión de insistir sobre ello y relacionarlo con un fenómeno más general.

La península de La Almina está formada por una masa colosal de gneiss micáceo gris que buza al S. W., con inclinación de unos 25.º Dicho gneiss (cantera de las obras del puerto) es duro y fresco en general, muy feldespático, como con tendencia al glandular : pertenece, pues, a la porción inferior del piso medio del arcaico peninsular. No faltan diques de pizarras cristalinas (piroxenitas, micacitas). Pero el accidente petrográfico más interesante está en la presencia de un dique de serpentina, de más de 100 metros de longi-

tud (1): las paredes de muchos edificios ceutíes, las barbacanas de los caminos, el propio empedrado de las calles de la ciudad, están llenos de fragmentos de esta roca ornamental. Puede servir de ejemplo la iglesia de la Virgen de Africa. Las playas ofrecen masas enormes de cantos rodados de esta especie.

Por debajo del filón de serpentina aparece entre los gneiss una curiosa roca clástica, que bien puede tenerse, por su origen y constitución, por una verdadera toba gneíssica. Inferior a esta toba aparece una caliza cristalina.



FIG. 2.ª

Corte teórico del terreno, según Navarro

1, Gneiss micáceo. — 2, Caliza cristalina. — 3, Toba gneíssica. — 4, Serpentina. — 5, Gneiss piroxénico. — 6 y 7, Pizarras y calizas silúricas. — 8 y 9, Conglomerado y areniscas devónicas.

La estructura, accidentes y disposición de estos materiales guardan estrechas analogías con los de la misma edad de nuestra Península Ibérica, como confirmando, una vez más, que son partes de un mismo todo.

Los terrenos geológicos de la parte continental no son arcaicos, como los de la península de La Almina, sino paleozoicos: pueden irse estudiando sucesivamente, conforme se camina de E. a W., viéndose con claridad el cámbrico, silúrico y devónico.

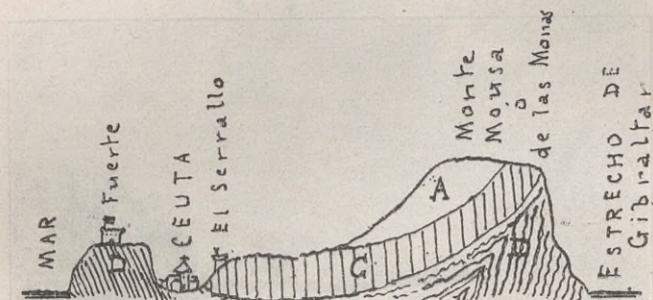
Buzan igualmente al S. W., conforme con la inclinación de los arcaicos del Monte Hacho: así puede verse en la fig. 2.ª Los ma-

(1) Coquand. « Description géologique de la partie septentrionale de l'empire du Maroc. » (*Bull. Soc. Géol. de Franc.*, t. IV, 2.ª serie, 1847.)

Fernández Navarro (L.). « Datos geológicos acerca de las posesiones españolas del Norte de Africa. » (*Mem. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, t. V, mem. 6.ª, pág. 262-277; 1908.)

Gentil (L.) « Contribution à la géologie et à la géographie physique du Maroc » (*Ann. de Géogr.*, t. XV, 1906, pág. 133-151). Se enumeran en este trabajo los geólogos que han recorrido la región.

teriales están constituidos en conjunto por pizarras negras 6, alternando, en perfecta concordancia, con calizas y dolomías 7, sin duda pertenecientes al silúrico, además de ciertas areniscas 9 fosilíferas, entre las que se intercalan capas carbonosas, sin duda pertenecientes al devónico, y de un conglomerado 8 que se halla soportando estas areniscas y forma con ellas una unidad geológica, es decir, siendo tan devónico como las propias areniscas.

FIG. 3.^a

Ceuta. Disposición de los materiales paleozóicos y cristalinos, según H. Coquand
(*Bull. Soc. Géol. France*, 1847)

A. Calizas silúricas C. Grauwackas D. Pizarras cristalinas

El propio límite del hoy, de hecho al menos, desaparecido campo exterior, defendido por la línea exterior de fuertes, construídos al término de la guerra de 1859-1860, está formado por los barrancos o vallecillos por que corren el Arroyo de Benzú, al norte, y el de las Bombas, al sur. Este último está cubierto por un diluvium bastante extenso y profundo (constituído, a expensas del silúrico, por arcillas y fragmentos rodados de pizarras).

El de Benzú y marchando siempre al W., hasta el propio Yebel Musa o Monte de las Monas, es calizo, pero las calizas no son silúricas, como por error, sin haberlo visto, dijo Coquand y han venido repitiendo personas ignorantes, sino francamente jurásicas y aun puede precisarse que liásicas. Tan sólo como histórica curiosidad he aquí el corte de la disposición de los terrenos de Ceuta, según el mencionado geólogo Coquand cuando en la primera mitad del siglo pasado hizo un viaje por el Norte de Africa (fig. 3.^a). Se han apoyado en este corte los que sin más ulterior investigación han dado

por silúricas las calizas jurásicas del Yebel Musa, sin parar mientes en la enorme distancia de las épocas.

La caliza liásica antedicha, falta de toda estratificación, en señal clara de su hondo metamorfismo, puede verse en toda su potencia en las canteras de Benzú, comprendidas entre el Arroyo de su nombre, en donde parecen terminar los materiales primarios y la espléndida bahía de Benzú (fig. 4.^a, 5.^a y 6.^a).



FIG. 4.^a

Punta Calamocarro, camino de las canteras de Benzú, al W. de Ceuta en el Estrecho

La vegetación de todo este territorio, como, en general, de toda la zona de influencia española, parece un trozo de Andalucía, pues que cae por entero dentro de los dominios de la flora mediterránea. Las analogías de orden botánico entre las costas Sur y Sudeste de la Península Ibérica y el Norte de Marruecos, son tan patentes, que ya afirmó Laguna, con justas palabras, que el campo de Ceuta, con los territorios próximos, no son sino un pedazo de Andalucía, separado de España por el Estrecho de Gibraltar. El Hacho tiene casi exclusivamente por su única vegetación una leguminosa espinosa, el *Solanum Sodomæum*, jaras (de flor blanca y rosa) y palmitos (1) (*Chamoerops humilis*), en indicación del ca-

(1) *Sdom*, en árabe.

rácter xerofito que es común a toda la flora. Existe en él un pequeño pinar, cuyos árboles, no muy medrados, fueron plantados en 1750.

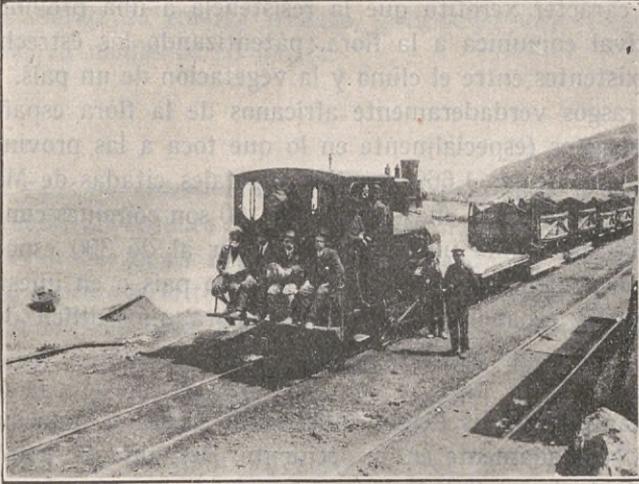


FIG. 5.ª

Ferrocarril que transporta la piedra de las canteras de Benzú a las obras del Puerto de Ceuta

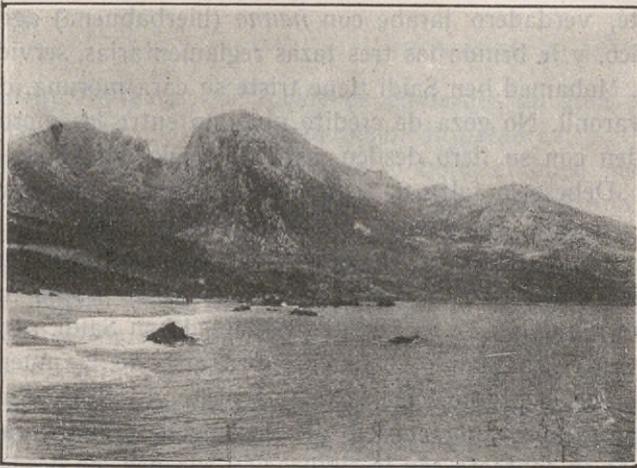


FIG. 6.ª

Bahía de Benzú. Al fondo Yebel Musa (una de las columnas de Hércules)

Dominado por el fuerte de Benzú, en torno al barranco inmediato a la cantera, existe un monte (Monte de Ingenieros) formado

por gruesos alcornoques, jaras, palmitos y un brezo de alta talla (*Erica cinerea*), asociación de monte bajo, frecuentísima en toda la zona, reveladora a un tiempo de la filiación mediterránea y del especial carácter xerofito que la resistencia a una prolongada sequía estival comunica a la flora, patentizando las estrechas relaciones existentes entre el clima y la vegetación de un país.

Los rasgos verdaderamente africanos de la flora española son tan acentuados (especialmente en lo que toca a las provincias andaluzas) que de las 1,660 especies vegetales citadas de Marruecos por Ball y Hooker (1), más del 75 por 100 son comunes con nuestra Península, existiendo un número superior al de 300 especies que sólo se encuentran espontáneas en nuestro país o en nuestra zona de influencia española, siendo hasta ahora muy difícil decidir si su patria originaria es España o Marruecos.

En tanto nosotros hemos investigado Ceuta y todo su campo exterior, señaladamente en su occidente, Bernaldo de Quirós visita al caid de Andyera, Sidi Mohamed ben Saidi, preparando con él la expedición al Yebel Musa, entrando en su casa (después de haber hecho el caid la seña consabida para que se oculten las mujeres), situada frente a la ermita, blanca y pulida, de Sidi Mubarak. Invítale a té, verdadero jarabe con *nanna* (hierbabuena) agradable y aromático, y le brinda las tres tazas reglamentarias, servido por un esclavo. Mohamed ben Saidi tiene triste su cara moruna, de espesa barba varonil. No goza de crédito ninguno entre los moros, que le confunden con su fiero desdén, este desprecio macho de raza primitiva. Débese la falta de estimación general a un arranque generoso del caid. Ha tiempo que un hermano suyo fué asesinado por el moro Valiente, y la bárbara costumbre moruna autoriza a la familia del muerto a vengar el crimen en el propio matador o en algún individuo de su familia. Mohamed ben Saidi, persona rica e influyente, ha podido fácilmente vengarse de la muerte de su hermano en el propio *tolb* (es *tolb* la persona sujeta o señalada a la venganza); pero, por consejo generoso de su propio corazón o por estar más en contacto con la civilización europea, ha desdeñado por

(1) Ball (J.). « Spicilegium Florae Maroccanoe. » (Extr. *The Journ. of the Linnean Society Botany*. Vol. XVI, 1878.)

Hooker (J. D.). « On some of the Economic Plants of Marocco. » (*Journal of a Tour in Marocco*. London, 1878, págs. 386-404.)

Pitard (C. J.). « Peuplement végétal de la Chaouia (Maroc). » (*Comp. Rend. Acad. Scienc.* t. 156. — 19 mayo 1913, pág. 1556.)

mezquina la venganza y ha renunciado a ella. El tolb se ha burlado de esta conducta, holgándose de su impunidad y los moros consideran desde entonces indigno al magnánimo caid, por cuyo rostro vaga una sonrisa de amarga tristeza, gran señor que se muere de melancolía, en medio de su fausto.

12 de abril.

Se me va el día entero en la labor molesta de hacer preparativos para acumular provisiones, útiles y trebejos indispensables a los dos meses que desde ahora nos aguardan viviendo en pleno campo. Es necesario precaverlo todo y quedar a mayor altura que Tartarín a quien no se le abría la testaruda tienda, ni se le desleía el pemmicam tenaz... Hay también que andarse con ojo, pues en esta Africa, desde las hazañas del bravo tarasconés, se está siempre a dos pasos del ridículo.

Felizmente henos aquí ya pertrechados, dentro de un justo sentido: nos faltan las camas de campaña, que no vende el comercio ceutí, pero en Tánger se comprarán. No falta un farol que alumbrará, por la noche, el reducido interior de nuestra tienda.

13 de abril de 1913.

El caid de Andyera, que quedó en enviarnos un guía de toda su confianza, no ha podido cumplir mejor su palabra.

Muy temprano llama hoy en nuestro hotel el buen Mohamed ben Hach Lagmech, varonil andyerino, del aduar de Ain Xixa, en cuyo pueblo hemos de pasar hoy la noche, dejando para mañana la ansiada ascensión al Yebel Musa (Monte de las Monas). El buen Mohamed, pacífico comerciante, tiene un porte fino y distinguido: gasta parda chilaba rayada, con vivos de borlas coloreadas, echada con gracia y distinción sobre su cuerpo alto y fornido, que deja al descubierto sus piernas recias, algo simias. Sus ojos son brillantes, dotados de especial inteligencia: su barba negra y puntiaguda da a su persona toda un aire señorial (fig. 7.^a). Mohamed es *hach*, ha hecho la peregrinación de ritual a La Meca: su condición de *hach* es causa de que cuantos moros se tropiezan con él se le acercan respetuosamente, atraviesen la calle para ir a buscarle y le besen las manos. Mohamed recibe estos homenajes con no menor respeto: tan sólo no consiente en el momento de acercársele un anciano,

FIG. 7.^a

Mohamed ben Hach Lagmech
nuestro guía en Andyera, con su fusil

un andrajo de puro miserable, y es Mohamed quien, después de larga porfía, besa humildemente las manos del viejo. Hombres civilizados sentimos cierto rubor ante este rasgo delicado.

El guía nos conduce fuera del campo exterior: en el camino a la posición A, topamos con la comitiva del caid de Andyera, que va a presenciar la jura de la bandera en Ceuta, en el llamado Llano de las Damas. El caid marcha en medio, envuelto en sus ricas y albas vestiduras: toda su magnificencia no basta a borrar la tristeza de su cara redonda. Le sigue su hijo,

un niño de dos años, con la cabeza afeitada según la usanza moruna, excepto una trencita que surge, negra y aceitosa, de la misma coronilla: calzan, sus pies, exóticos zapatos de charol y calcetines azules, que a todos nos evocan el comercio de la calle de Toledo. El niño, de ojos vivos, va sentado sobre un caballo, que humilde y complaciente servidor conduce de la brida. El caid nos estrecha la mano a estilo europeo, nos desea buen viaje: nosotros besamos a su hijo, en tanto el séquito forma en torno respetuoso círculo.

Llegamos a la posición A, siempre subiendo: Mohamed reclama en ella sus armas, pues que los moros no pueden entrarlas en Ceuta y las dejan en los fuertes, a reserva de recogerlas a su salida. Este honrado y apacible comerciante recoge su enorme fusil máuser (contrabando francés o alemán), 55 cartuchos máuser que guarda en la capucha de la chilaba con verdadera unción, una pistola Browning y una gumía, afilada y curva, delgada como una hoja de papel. Armado, experimenta una transfiguración, adquiere cierto gesto orgulloso, y con el fusil al hombro nos mira sonriente, dispuesto

a protegernos. No es más sino que es un andyerino, un montañes, que ama por encima de todo su libertad y que coloca en este orden las cosas : el fusil, el caballo, la mujer.

La posición A dista muy poco del llamado Boquete de Andyera, a causa de ser estrecha la entrada natural de esta espléndida región

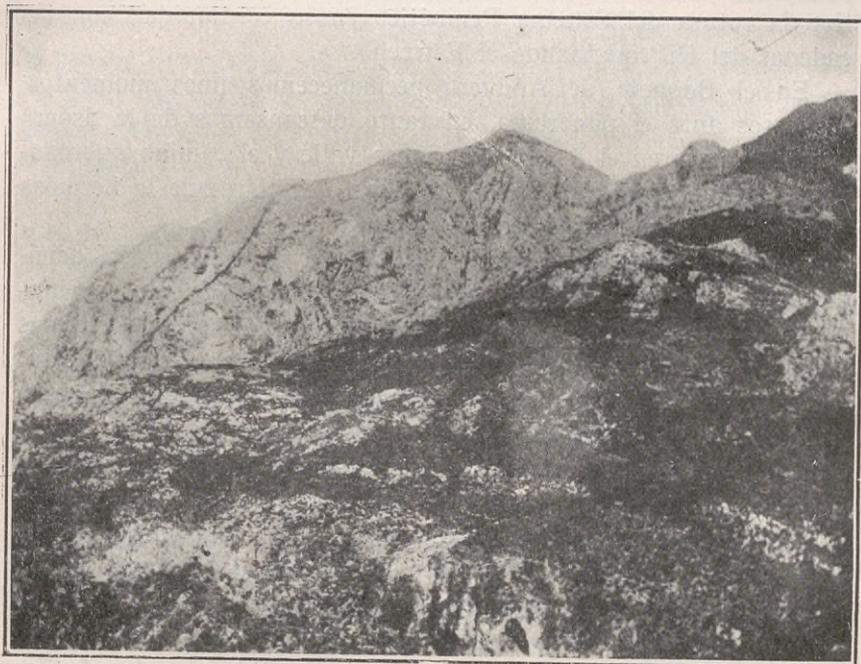


FIG. 8.^a

Yebel Musa, desde el mismo Boquete de Andyera

montañosa. Al llegar al Boquete, aparece entero el paisaje andyerino, con sus hondos valles recubiertos de palmitos y brezos, vestidas sus faldas de bosques de lentiscos y madroños, panorama esencialmente mediterráneo. En lo alto, dominándolo todo, la masa enorme caliza del Yebel Musa. (Fig. 8.^a)

Yebel Musa (Muza, decimos nosotros al moro célebre) es la eminencia que en suelo africano se yergue frente a Gibraltar hoy, antes Yebel Tarik. Ambos son las columnas de Hércules que cierran el Estrecho (Abyla, la del Yebel Musa, Calpe la de Gibraltar).

Los antiguos fueron los autores del mito de las columnas de Hércules, atribuyendo al héroe la rotura del Estrecho que comunicó los mares, separando de un lado el continente europeo y del otro el africano. Quizá no es esto sino el recuerdo, obscurecido por el tiempo y el temor, de que el hombre prehistórico pudo presenciar el hundimiento (tal vez de fecha pliocena) ocurrido en la cuenca del Mediterráneo occidental, que dió por resultado definitivo la rotura del Sistema Penibético en su continuidad con las cadenas del Rif, originando el Estrecho.

En el Boquete de Andyera permanecemos unos momentos, suspensos ante el panorama, en tanto descansamos de la áspera subida. Vemos en el fondo el hermoso valle y el camino que conduce a Kudia Federico. Recojo muchos ejemplares de la hermosa *Viola arborea*, que ahora en flor esmalta el suelo.

Continuamos nuestro camino, no sin ver el contacto del devónico con el jurásico, hasta llegar a Ain Similalah (Fuente de Similalah), donde a la sombra de espesos lentiscos verdinegros decidimos hacer nuestra primera comida de campaña. Se hace el campamento y se utilizan por vez primera las provisiones. Mohamed desdeña lo nuestro, especialmente el odiado *jalujo* (carne de cerdo, embutidos), y sentado gravemente a la moruna, este hombre fuerte y templado, come de su pan de cebada.

De vez en cuando pasa por estas soledades algún moro, saluda a Mohamed y tomando un cuenco de corcho, de disfrute común a todo caminante, que hay sobre las piedras de la fuente, bebe de sus aguas transparentes. El cuenco no está sujeto a ningún sitio, y, sin embargo, nadie es osado a llevárselo. ¡Oh! recuerdos de España : vasos metálicos atados reciamente con sólidas cadenas a las fuentes de las plazas castellanas, pobres estatuas desnarigadas a pedradas!...

Por la tarde, a cosa de su mitad, alcanzamos la posición militar española de Kudia (coliza) Federico, de 460 metros de altitud. Defendíanla entonces fuerzas de infantería y algunas piezas de artillería, y estábamos bien lejos de pensar que de junio a la fecha se habían de dar en ella muchos y sangrientos combates, como posición, la más avanzada que tenemos dentro de Andyera, dominando el Boquete de Andyera y su valle, pero dominada a su vez por otras laderas y alturas, como lo han demostrado combates recientes.

La oficialidad, advertida por el general Arráiz, nos obsequia cariñosamente : hablamos, como siempre, de España. De una vez

digamos para siempre que hemos recibido todo género de atenciones del elemento militar, que nos ha facilitado en mucho nuestra misión, desde el Alto Comisario, general Alfau, hasta el más humilde soldado, con el que más de una vez nos hemos sentido conmovidos. Nos han recibido en todas partes con los brazos abiertos.

La estancia en Kudia Federico es el último alto en nuestra marcha. El camino a Ain Xixa va contorneando las faldas de aquellos hermosos valles, ahora en la plenitud de la primavera, con suave tonalidad de hierba fresca y abundante ganado vacuno, recordando el paisaje asturiano o vasco. Vamos dejando el ingente Yebel Musa al norte, que ahora es nuestra derecha, y de cada vez nos internamos más en Andyera, la cabila más montañosa de todas las visitadas.

En el camino damos con un susi (natural del Sus), andrajoso y sucio, de turbante de cuerdas parduscas, que vende dulces (*helúa*) del país: nos refiere sus días de marcha del Sus a Andyera, y le compramos parte de su exigua mercancía. Por todas partes la nota de las vacas pequeñas y lustrosas y frescos arroyos que brotan al contacto de los terrenos paleozoicos de la base con las calizas jurásicas que sobre ellos descansan.

Al atardecer llegamos al poblado de Ain Xixa, a 300 metros de elevación sobre el nivel del mar, verdadera aldea de montaña, recostada en cascada entre los lentiscos espesos y oscuros de la ladera, de los que un sol que languidece arranca violáceos destellos. Sus casas, de un pardo terroso, con tejados de paja (*dar*), arrojan una legión de muchachos y chicos que nos rodean y se encaraman por donde pueden para contemplarnos mejor, entre risotadas que revientan de puro comprimidas. Sólo al término del pueblo hay una casita blanca, muy humilde: es la residencia del notable Sidi Hassen el Chelaf, cuñado de nuestro guía y leal amigo de España, a cuya generosidad y lealtad nos confía el caid de Andyera.

El patrón nos recibe de pie ante su puerta, tosco y cortés, en tanto la turba de chicos se dispersa ante su voz estentórea que los amenaza. Es un moro grande y grueso, de descuidada barba y, como su amigo el caid, triste también: bajo su chilaba sigue siendo el montañés, el yebala, y el relativo bienestar de que disfruta, en oposición a sus miserables convecinos, no ha sido suficiente a crear en él otras maneras que lo distinguan de los demás.

Sidi Hassen nos recibe de pie ante una estrecha puertecilla que comunica con un pequeño patio, en donde reverbera sobre la blancura

del jalbego el oro pálido del sol que se pone : hasta allí nos siguen los chicos, suspensos y silenciosos. Al S. W., entre los fulgores vespertinos, se contempla el hermoso yebel «Risco de la Niña», cónico y mazudo, presidiendo con majestad el oleaje espléndido de valles y montañas azules.

Nuestro atento huésped, cuya cara triste no ha alegrado aún la menor sonrisa, nos introduce en una dependencia de su casa : una pequeña habitación, de unos cuatro metros cuadrados, en comunicación con el patio, sin otro hueco que la angosta y baja puertecilla de entrada.

El patrón, fiel a la tradicional cortesía moruna, prepara el té, labor harto complicada, por sí mismo, sacando a plaza la resobada bandeja de latón con un sinnúmero de tazas de porcelana de dudoso gusto, pero del que son esclavos el comercio alemán y francés para satisfacer la demanda del mercado marroquí. Parte el azúcar de pilón en grandes pedazos, los añade al agua caliente de la argentina tetera, echa el té, después de haberle quitado su agua primera, y arroja, finalmente, en el interior, la aromática nanna o hierbabuena, invocación al erotismo de la raza. Sirve más tarde el té hirviendo después de habernos hecho sentar en blancas colchonetas que, en el suelo, decoran tres lados de la reducida habitación. Como él, sentados sobre ellas, cruzamos nuestras piernas a la moruna y vamos tomando la hirviente bebida, hasta agotar cada uno las tres tazas que exige el protocolo árabe. Yo salgo en tanto, entre taza y taza, al patinillo, saco de las seras (*suari*) de la caballería, la prensa de las plantas y preparo las especias recogidas durante el día, al atravesar la kabila de Andyera.

El Chelaf, a diferencia de su cuñado Mohamed, conoce el castellano y hasta ha llegado al propio Madrid. Se hace lenguas de la delgadez, delicadeza de sus aguas y nosotros, en aquel momento, las recordamos en toda su frescura, estas imponderables aguas del Lozoya. Se le habla de la sierra de Guadarrama, y cortés, nos da a conocer su etimología, *Uad er R'mel*, esto es, río de las arenas, semejante a otro *Uad er R'mel*, que vierte en el estrecho de Gibraltar, al W. de Yebel Musa, entre los cabos de Ras ed Dalia y Ras es Sainar. De paso comprendemos también que el verdadero Guadarrama (*Uad er R'mel*) no es el río que lleva este nombre, sino el río Manzanares actual, pues que él es el río de las arenas y dan a entender también los nombres de Guarramas y Guarramillas que llevan las montañas en que nace el río Manzanares, al norte de Navacerrada.

De vez en cuando se señala en la puertecilla la silueta de algún moro, pariente o amigo del patrón, que se encorva para entrar, no sin antes haber dejado respetuosamente sus babuchas en el umbral, por no manchar los tapices (*zerbia*) de Rabat, de vivos colores, que adornan el suelo hasta la línea de las colchonetas.

Sidi Hassen requiere una hornilla portátil y en lo obscuro del patio, ya en las sombras de la noche, sopla en sus brasas para prepararnos la cena. Las mujeres permanecen ocultas al huésped, incluso las jóvenes llegadas a la pubertad. Se oye el cuchicheo de voces femeninas en otra habitación próxima, pero ni una mujer ha sido vista, ni aun siquiera con pretexto de estos quehaceres domésticos: Sidi Hassen lo hace todo él solo.

Poco después nos sirve la cena, expuesta en la misma bandeja: un plato de selectísima manteca de vaca, un huevo duro por individuo, pan y de nuevo té. En cuanto a la manteca no hay sino tomarla con los dedos, lo que en principio repugna algo a nuestra costumbre europea; pero más tarde, las manos, ocupadas en un cesante ir y venir, no se daban punto de reposo. Convinimos todos en lo delicado de la manteca y en la sobriedad de la refacción.

Sidi Hassen nos hace después la sobremesa, con sencillez campesina. Protesta, sin provocación previa, de su lealtad a España y adivinamos en este moro, zafio y rudo, instintos de cacique en pleno ejercicio y deseos de que le nombren *xerf* (alcalde) de su amado Ain Xixa. Para probarnos su fidelidad a la metrópoli, nos da a leer una carta en que pide al Gobernador militar de Ceuta se le proteja, pues por incidencias de sus servicios a España, se encuentra *tolb*. Trató de prender a unos desdichados, uno de los cuales había cometido un robo de menor cuantía, para conducirlos a Ceuta y se vió precisado a hacer fuego sobre este, que huía, matándole. La familia del muerto le amenazaba con su venganza, aplazándolo para propicia ocasión, a menos que no se avenga el *tolb* a entregar una cantidad, precio de la sangre, si la familia del muerto da de lado su ofensa y se aviene a ello. Esta amenaza constante, cumplida por lo regular fielmente, tenía a nuestro huésped triste y receloso, fugitivos los ojos en inquietas miradas. Para probarnos después ser personaje de alguna valía, nos asegura más tarde que posee un autógrafo de Alfonso XIII: nos lo enseña y no es más que el título de una cruz del Mérito militar, por servicios prestados a la nación, con la estampilla del Rey. El, sin embargo, está muy orgulloso y me recuerda el gesto de fiereza con que un argelino en un cuento de Daudet ostenta una condeco-

ración en que figura uno de esos extraños animalejos de la fauna heráldica

No nos es posible hacerle entender la teoría del aneroide y no concibe que pueda señalar la altura a que uno se encuentra ese « reloj » que da cien vueltas entre sus dedos : pasa la mano repetidas veces sobre el cristal de su esfera, como si tratase de limpiarle de las neblinas que obscurecen su intelecto y nos mira con desconfianza por temor de aparecer víctima de algún burdo engaño. Renunciamos al fin a hacerle ver toda la utilidad del barómetro. En toda la conversación no cesa de pasar los dedos de sus manos por entre los de los sucios pies, no sin cierta deleitosa fruición y en medio de la triste indiferencia en que le tiene sumido el peso del *tolb* temible que pesa sobre él, nos muestra, no sin orgullo amoroso, sus tres hijos varones, niños sonrosados embutidos en sus chilabas, uno de los cuales, Alí, nos mira con sus ojos negros.

Dadas las once, el buen Sidi Hassen, apreciando en nosotros claras muestras del cansancio del día, opta por retirarse, llenándonos de íntimo contento ; nos desea las buenas noches, no sin recomendar-nos antes, con gran empeño, cerremos la baja puertecilla de aquel chiribitil sin ventanas. Todo medrosicos seguimos el leal consejo y henos ya encerrados en aquella tumba, envueltos en nuestras mantas, tendidos en las colchonetas, dispuestos a pasar esta primera noche sin desnudarnos. (Más tarde hemos llegado a pasar hasta 18 seguidas.) La noche, en tanto, llena el ambiente de su frescura y esplendidez : sin más que salir al patinillo se contempla un cielo bellissimo, en e que las estrellas brillan en toda su transparencia.

14 de abril.

Al abrir muy de mañana la puertecilla del *in pace* que nos ha servido de dormitorio, entra en la habitación el aroma del monte y distinguimos, en la lejanía, envuelto en gasas de nubes, el Risco de la Niña.

Sidi Hassen está ya en el patinillo hirviendo el café (*caua*), que, sin aderezo de pan ni manteca, nos sirve en seguida. Al instante requerimos nuestros útiles, y salimos de Ain Xixa guiados por Mohamed ben Hach Lagmech, con dirección a Yebel Musa, no sin antes enviar la mula que lleva nuestra carga por otro camino menos áspero que el de la montaña.

Lentamente vamos ascendiendo por la vertiente occidental de Yebel Musa, entre espesos bosques de vegetación mediterránea,

constituídos por el lentisco verdinegro, seculares algarrobos y largas galerías de tupidas adelfas a lo largo de arroyos bulliciosos, entre azulados pedrizales. El bosque es en ciertos trayectos tan espeso, que nos obliga a ir de uno en uno, en la estrechez del húmedo camino.

Vemos estos bosques silenciosos, refugio del *Inuus sylvanus* a que debe también el Yebel Musa su sobrenombre de Monte de las Monas.

Alcanzamos ya en su curso superior, en tanto el paisaje se va haciendo de cada vez más fragoso, los arroyos que bajan del collado de Ain Barca, la graciosa curva en forma de hoz que reúne de su lado norte el Yebel Musa al ingente macizo del F'gies.

Entre los prados, una mora que sale de mísero poblado nos ofrece queso, entendiéndose desde lejos con Mohamed, pues en señal de respeto y de pudor se mantiene a gran distancia nuestra.

El camino y la mezquindad con que nos obsequió al desayuno el buen Sidi Hassen, han abierto nuestro apetito : entre los lentiscos, sobre el pedrizal, a orillas de arroyo transparente, damos cuenta del queso, que diputamos todos por inmejorable por méritos de su calidad no de nuestra hambre, sin que Mohamed abandone su sobriedad.

Otra vez la ascensión entre las peñas que la erosión mecánica ha desprendido, a dentelladas, de la masa blanco azulada de caliza jurásica del Yebel imponente. Camino del Collado, un fuerte viento levante nos va arrojando a la cara girones de niebla que vienen del lado oriental, y en lo alto del paso, en pleno Tizi n'Ain Barca (Collado de la Fuente Barca), el aire agita los retorcidos tejos de su cumbre, añosos, sombríos y cubiertos de musgo, en tanto la niebla los invade.

Estamos ya en pleno Collado: un frío húmedo nos hace tiritar. El barómetro señala 600 metros ; nos quedan, pues, 250 para llegar a la cumbre del mismo Yebel Musa. Pero con niebla no presenta interés alguno y renunciamos a su ascensión. La cumbre se levanta al norte de Tizi n'Ain Barca, el cual queda encerrado entre los colosales botareles del Yebel Musa y de F'gies.

A pesar de la niebla, contemplamos a nuestro sabor la ingente masa, El Elefante, como le llamó Estrabón, con justo término, pues visto desde el Estrecho sobre el que se desploma en acantilado y con su color gris azulado de la caliza, semeja la masa deforme de dicho animal.

Esta costa, desde remotos tiempos, ha jugado histórico papel, como lo demuestra la cita: más recientemente, al W. del Yebel, en el litoral, en la orilla africana del Estrecho, reformó El Ksar el

Seguir (Alcázar pequeño) Alfonso V de Portugal, conquistador de Tánger y de Arcila.

Comenzamos el descenso del Collado por su vertiente este, por imponente derrumbadero, donde algunos tejos, solitarios, templados en su lucha tenaz con el levante, brotan en el canchal calizo. Es el momento en que la niebla, resuelta en agua turbulenta, nos empapa en su lluvia, fría y tormentosa, encajonada entre los enormes paredones calizos. La grandeza soberana del momento y del paisaje que tiene allá en lo hondo el azul cobalto de la bahía de Benzú, compensa con creces lo penoso de la bajada entre las piedras que la lluvia torna resbaladizas.

En el enorme muro, cortado a pico, del colosal arbotante del Yebel Musa, se observan cuevas, de difícil acceso, habitación probable del hombre primitivo, pues que otros han recogido en estos lugares utensilios protohistóricos. Nos es fácil alcanzar una de ellas, pero su exploración es muy superficial: carecemos de medios para la labor espeleológica.

En las cumbres la caliza azulada, desnuda de vegetación, permanece envuelta entre nieblas; las laderas y base de este macizo se adornan con espesos lentiscares que tenemos que ir separando a nuestro paso.

Así llegamos al aduar de Benzú, en donde aparece nuestra mula, conducida por un moro de Ain Xixa, que la ha traído por otro camino. Nos despedimos de Mohamed, el moro de los ojos de inteligente fulgor, y media hora después la locomotora veloz de las obras del Puerto nos deja en Ceuta.

15 de abril.

Hemos resuelto abandonar Ceuta, o mejor, en general, la kabila de Andyera.

Desde hoy tomaremos ya el camino de Tetuán para pasar más tarde a Tánger, Arcila, Larache y Alcázarquivir.

Por primera vez, hemos alquilado caballerías, único medio de locomoción en Marruecos; no hay ni ferrocarriles ni carros. Se puede decir que el moro no conoce la rueda. Todo el transporte se hace a lomo.

Muy temprano comparece a la puerta del hotel (que es de dos asturianos y administra un inglés), un pobre mulero, con cara de hambriento, miserablemente vestido, únicos ejemplares que la Península

ha vertido hasta ahora en la zona de influencia española. No se ven sino pobres alquiladores de caballerías y el tipo odioso del cantinero, puesto en un camino con las mismas intenciones que José María en Sierra Morena : desvalijar al que pasa. Acompañan al mulero cuatro caballerías, por llamar de algún modo a aquellos desventurados esqueletos : dos son de carga y dos de montura (?). Cuando el alquilador es español, las caballerías no valen nada y están muy mal tratadas: si es moro, traerá hermosos y robustos caballos morunos, que con todo el peso de su carga suben al trote las cuestas más empinadas.

Nuestras cajas llenas de provisiones y útiles de todas especies se acomodan en dos caballerías. Navarro, Quirós y yo preferimos marchar a pie, no sólo por ir recogiendo rocas y plantas y estudiando el camino, cuanto por gozar del paisaje. Desde que la guarnición de Ceuta verificó, en 27 de abril de 1911, un primer avance para crear así un nuevo estado de derecho que pudiese servir de pretexto para concertar un tratado con Francia en el que no quedásemos reducidos, como fundadamente se temía, a las plazas costeras, de hecho ha desaparecido el campo exterior.

Tomamos la carretera de Tetuán, que va bordeando la costa, de norte a sur, a las mismas orillas del Mediterráneo.

En tanto Navarro estudia Geología, y yo recojo plantas; el sol es abrasador, tanto que decidimos entrar en la *jaima* de un *cauasi* (cafetero).

Son notables estas jaimas, miserable tienda de arpillera, tendida al viento y perdida en medio del campo, lejos de todo poblado, que los cauasi establecen cerca de algún camino o próximas a algún grupo de trabajadores, con la estrategia de la araña para situar su tela. El moro cauasi vive en su interior como en su casa : tiene una hornilla portátil, una tetera, algunos vasos, té verde, mucho azúcar y nanna (hierbabuena). Cuando llegan los parroquianos, les prepara el té; el resto del día se tumba al sol, nuevo Diógenes, entre sus harapos y su miseria. El riquísimo té a la moruna, dulcísimo brebaje en que flotan las hojas lacias de la hierbabuena, hay que tomarlo hirviendo, cogiendo el vaso a lo largo de una generatriz, con los dedos pulgar y medio, por no quemarse : no hay remedio mejor para el cansancio y la sed, que desaparecen como por ensalmo.

El buen cauasi nos sirvió los vasos, en pleno silencio de esta raza indiferente y callada, en tanto que varios moros dormían en el suelo y que otro compañero, vigilante y silencioso, fumaba *kif* (cañamo) en su diminuta pipa de barro rojo al extremo de larga caña.

Al mediodía llegamos a La Condesa, cuyo oficial, avisado por el general Arráiz, se pone amablemente a nuestra disposición. Después de un baño en el mar, almorzamos en la cantina, barracón de tablas de un andaluz : su dueño evoca los venteros del *Quijote*. Hoy ya todo ha desaparecido : los antes sonrientes lugares, la guerra los tiene ensombrecidos y el nombre de La Condesa y sus Cudías inmediatas despierta en los españoles trágicos recuerdos (fig. 9.^a).



FIG. 9

Disponiéndonos para la marcha hacia Monte Negrón. Un alto en La Condesa
(El caballo blanco es un excelente ejemplar de caballo moruno)

Al atardecer llegamos a la enhiesta posición militar de Monte Negrón, en la que la oficialidad se desvive por atendernos. Decidimos pernoctar y pasar todo el día siguiente, para el 17 continuar nuestra marcha, en otra etapa, al Rincón del Medik.

Todas las posiciones, como esta, con defensas, tienen fuerzas de infantería, algunas piezas de artillería y parejas de caballería o policía indígena, en Monte Negrón, esta última al mando del teniente El Medani, rifeño inteligente que lleva al servicio de España veinticinco años y habla el castellano a la perfección. La posición domina por el norte todo el bellissimo valle del Uad el Tarf (Río Negro); por el este, da frente al Mediterráneo que se domina en toda su magnificencia y por el sur se halla en comunicación heliográfica con el importante campamento del Rincón del Medik.

El capitán Zavala manda la posición y rivaliza en atenciones con los oficiales a sus órdenes.

16 de abril.

Por primera vez en la vida nos despierta a las cinco el alegre toque de diana, que el trompeta florea delicadamente en obsequio a los huéspedes civiles de la posición. ¡Oh! pobre corneta, algún campesino que al tocar recuerda a sus padres y nos envía en sus « fioriture » abrazo fraternal, en tierras que no son las de la península!... Rústica hospitalidad de veneros siempre vivos y como entre sus piedras toscas centellea su claro filoncillo de plata!

Se oye el rumor de los soldados al abandonar sus camastros, el chapoteo del agua al lavarse, risas, empujones y al salir al aire, el sol ilumina todo el valle del Río Negro, de cuya vegetación saca tonos azules y violáceos, y las aguas del Mediterráneo centellean vivamente en el cálido panorama de sol.

La policía indígena, envuelta en sus airosas capas azules que cubren la grupa del caballo, está ya montada y pica espuelas, abandonando Monte Negrón para ir a prestar sus servicios. Son figuras admirables las de estos moros, montados a caballo, a todo correr por cuestras y caminos, erguido el busto, y en arco violento el cuello gracioso del caballo inquieto, a quien obliga rienda tiránica.

La Comisión se divide las tareas : el botánico y el entomólogo bajamos al valle del Río Negro, decididos a recorrerlo en su cono de deyección o curso inferior ; Navarro y Quirós suben a Yebel Zemzem, guiados por el cabo de la policía indígena Teiebben Tuhamed, que, como todo perfecto guía... no conoce el camino.

El curso inferior del Uad el Tarf, se distingue por su rica vegetación, sus espléndidas praderas del fondo, invadidas por fresnedos en los lugares húmedos, en contraste con las colinas de Monte Negrón y Yebel Zemzem que ofrecen jarales, higueras-chumbas y alcornoques, entre cuyos árboles no faltan otras curiosas plantas, a más del abundantísimo palmito (*Chamaerops humilis*), entre cuyas inflorescencias busca Escalera unos notables curculiónidos.

Admiramos sus cultivos en estos feraces campos que los aluviones del río han formado en su desembocadura : entre las siembras de sus titos o almortas notamos a las pobres mujeres marroquíes, bestias de carga del país.

La mujer no goza en Marruecos de ninguna consideración social ni privada. Soltera, pertenece por entero al padre, que la vende al mejor postor, sin que a ella le quepa ningún derecho de elección respecto del hombre que será su marido. El novio, de algún modo

hay que llamarle, discute con su suegro el precio de su mujer, y si convienen, se la lleva, no sin solemnes y vistosas ceremonias. Casada, dentro del hogar conyugal, que si el moro es rico y ha podido comprar otras, tendrá que compartir con varias mujeres, el moro la coloca por debajo del fusil y del caballo. Es solamente su hembra y su sirviente, pero nunca su compañera. Jamás participa de la vida de relación del marido : no ve a sus amigos, ni interviene en sus fiestas, ni conversaciones, ni en sus tés. Se mantiene en habitaciones reservadas, con natural crecimiento de su curiosidad que es enorme en la mujer marroquí. La campesina, que a los treinta años parece abuela de sesenta, llena su cara de arrugas y miseria, pare y cría sus hijos que lleva de pequeños atados a la espalda, o al pecho para que vayan mamando, en tanto cargan, inclinadas por ambos pesos, enormes haces de leña o hierba, de cuya guisa se las observa por todas partes. Marchan semidesnudas y descalzas, las piernas defendidas del monte por toscas aspilleras atadas con cuerdas. Labran el campo, forman yunta con el pollino o la vaca, cuidan del ganado, ordeñan, hacen el queso y la manteca, recogen la cosecha, hacen todo y cuando viaja el matrimonio, marcha siempre a pie, cargada con el hijo, en tanto que el marido, como señor desdeñoso, sin carga ninguna, monta el caballo, jugando con el fusil o fumando su pipa de kif, seguido de ella o ellas, jadeantes, como esclavas (fig. 10).



FIG. 10

Galantería marroquí

Postal burlesca muy popular en Marruecos, de « Au Bon Mathurin » Tánger, representando al vivo, una de las escenas que con más frecuencia se ven en dicho Imperio.

(Aunque caricatura es de asombrosa fidelidad)

La prostitución (se llaman *butanas* las dedicadas al humillante tráfico) es un azote entre las moras : significa para la mujer marroquí mayor libertad y personalidad que el matrimonio.

¡Triste estado de un país en el que de la prostitución se educa un mejor derecho!

El macizo de Yebel Zemzem, cuya cumbre culmina a los 380 metros sobre el mar, está constituido por arkosa, cuya silícea naturaleza se manifiesta patentemente en la vegetación xerofita que lo cubre (alcornoque, jara, higuera chumba). Desde su cima se domina todo el mar, desde Punta Almina, en el promontorio del Hacho, hasta Punta Omara y en el continente las montañas de Andyera y las de Beni Hosmar, al sur de Tetuán, entre las cuales se yergue, como un coloso, el famoso Yebel Quelti (2,200 metros), cuya nieve irradia a lo lejos destellos luminosos.

Después del baño, nos reunimos para almorzar. Comparece el moro Ameido o el *Castaña*, como le llaman en la posición, un hombrecillo enteco, arrugado, tostado por el sol, repugnante, confidente de Monte Negrón y *xerf* del aduar vecino, de míseros tejados de paja. Como ve en nuestras manos una tortuga cogida en Yebel Zemzem, parece estremecerse y nos cuenta, con apasionado acento y poniendo todo su espíritu en el brillo de sus ojos, una supersticiosa historia, a la que no es ajena el diablo, acerca de unas fiebres que tuvo a consecuencia de haber matado unos quelonios de estos.

Suplica al médico de la posición baje al poblado para visitar a una mujer y un niño de dos años, recientemente circuncidado (la circuncisión es común a moros y judíos) por que examine la grave infección que el niño sufre como consecuencia de haber usado en la operación un cuchillo sucio.

Ameido ofrece un té a Quirós, que ha bajado con el doctor, en la puerta de su vivienda miserable. En tanto el sol se oculta entre los montes de Andyera, el valle queda invadido en sombras, con la tonalidad de un paisaje vasco, y la voz aguda y dolorida del imán del poblado, cantando la oración vespertina del *magrheb*, se extiende por el valle como un vientecillo sutil buscando el contacto de los tintes purpurinos del cielo.

17 de abril.

Desde Monte Negrón emprendemos hoy el viaje al campamento del Rincón del Medik : unos 15 kilómetros, como la distancia de Ceuta a Monte Negrón.

No hay alteración esencial en el paisaje, y la desembocadura del Uad Smir, en que nos detenemos para almorzar en la playa desolada, parece la del Río Negro. Unos muchachos moros, al sol sus piernas bronceadas, nos contemplan absortos, tendidos en la arena cálida (fig. 11).

El camino, siempre paralelo a la costa, marcha ahora por el interminable arenal, a la izquierda de las dilatadas lagunas del Smir, (unos 5 kilómetros), que constituyen a fines del verano un foco serio de paludismo. Marchamos por esta carretera a Tetuán, que está tendida a lo largo del arenal, a las tres de la tarde, bajo un sol abrasador, ahogados en el polvo que levantan nuestras pisadas. De vez en cuando se cruzan con nosotros fuerzas del ejército, carros de Administración militar o Ambulancias sanitarias que transportan enfermos.

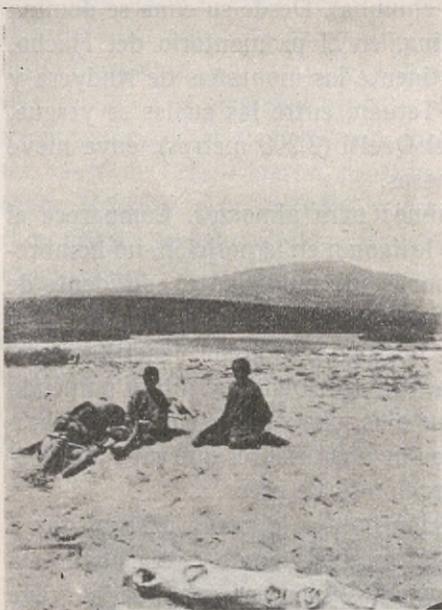


FIG. 11

Muchachos moros, tendidos en la arena, a orillas del Smir. Yebel Zemzem al fondo

Hemos abandonado ya la kabila de Andyera, que no volveremos a visitar : estamos ya en el Hauz de Tetuán.

Después de este paso angustioso del arenal, hemos ya en el Rincón del Medik, que tiene todo el aspecto de lo improvisado. He aquí al lado de la costa una serie de barracones de madera, habitados por toda suerte de aventureros, las cantinas atiborradas de botellas de cerveza y ajeno, de latas de conservas, donde se sirve al pobre soldado, a peso de oro, el perverso aguardiente, saturado de furfurol. Hay en construcción un hotel de madera, futura amenaza del viajero. Entre las tiendas formadas por tablas, esteras y pipas viejas, el establecimiento de un cauasi, de porte aristocrático, de tez blanquísima, vestido todo él de color morado, natural de Mogador y amigo antiguo de Escalera : no tardan en reconocerse y hablar de tiempos pasados.

Nos sirve el vaso de té, que restaura nuestras fuerzas y apaga la sed. Bebemos en su casa el agua malsana del Rincón, hervida y sin hervir, y ambas son muy salobres e impotables de todo punto.

En torno a las casuchas de tablas, existen barracones y tiendas de campaña del ejército, que son los hornos de la administración militar en que se cuece el pan que consumen todas las tropas de esta región.

El campamento, situado en una eminencia, frente a Kudia Taifor, domina toda esta aglomeración de casuchas, el desfiladero del camino de Tetuán y, lo que es más grave para la salud del soldado, las lagunas, hoy en vías de desecación, del Smir. Las tropas están acampadas en tiendas de campaña, llenando el monte de blancos cucuruchos con cierta simpática visualidad.

El teniente coronel Madroñero Peñuelas nos recibe con inolvidable afecto y nos participa que el alto Comisario general Alfau le ha encargado saludarnos en su nombre, en espera de que le visitemos en Tetuán.

Por primera vez levantamos nuestra tienda de campaña, cómoda y capaz, que nos ha servido de habitación durante tanto tiempo. La elevan y arman varios soldados, en medio del campamento, sobre un suelo de arenas y cantillos de la playa con que las tropas han arreglado todo el suelo. A la noche, la oficialidad organiza un banquete en nuestro obsequio en la tienda de la plana mayor, al que acuden por excepción 16 oficiales, el capitán de Estado Mayor Salinas y el intendente Madariaga. La mesa está debidamente decorada con ramaje de jaras y brezos, tomados en el monte aquella tarde misma.

En tanto nuestro pobre mulero, mal guisado entre sus harapos, come de su amargo pan y duerme al abrigo de nuestra tienda en la frescura de la noche.

18 de abril.

Es inolvidable el despertar en la tienda de campaña, al son de la diana que pone en conmoción a todo el campamento, en tanto el sol asoma por entre las tranquilas aguas del Mediterráneo, de un azul blanquecino. Apenas en pie, miro la instalación de los termómetros y me sorprende que en el Africa de la leyenda la mínima durante la noche haya sido de 4º.

Llegados al Rincón del Medik, en el ángulo que forma Ras el Tarf (Cabo Negro), con la dirección general norte a sur de la costa,

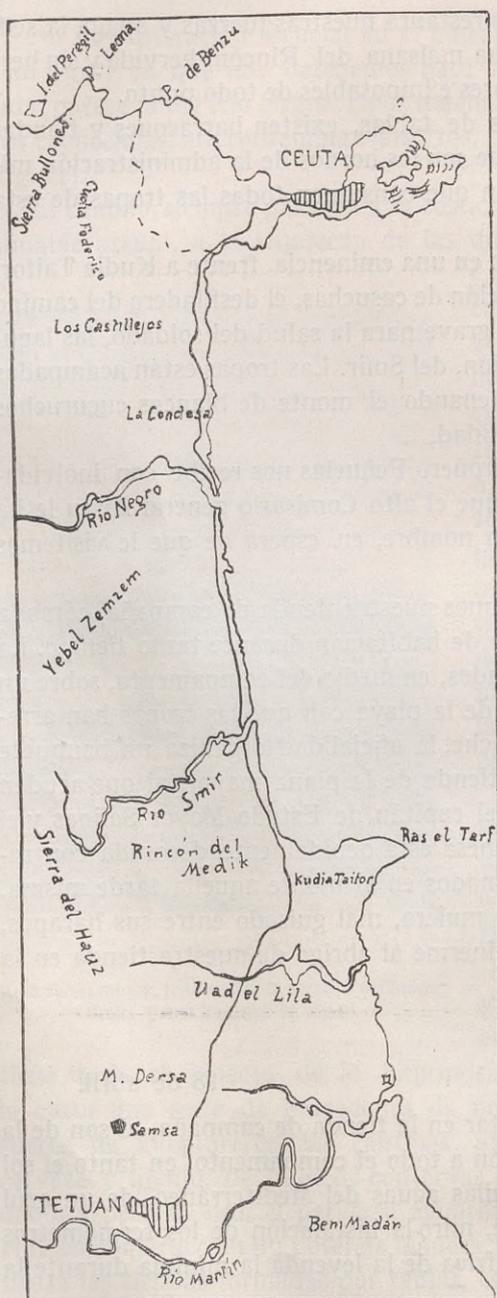


FIG. 12
Itinerario de Ceuta a Tetuán
por la carretera de la costa (42 kilómetros)

podemos recapitular la geomorfología de esta región tan peculiar, en arco sobre el Mediterráneo. (Fig. 12).

El paisaje entero desde la ciudad de Ceuta a la península de Cabo Negro, está constituido por tres fajas paralelas en el sentido de E. a W. La primera es una verdadera faja o cinta litoral, de todas, la más oriental y próxima al mar, arenosa (fig. 13), ofreciendo extensas formaciones de dunas (que fijan sabinas y lentiscos) muertas ya, y tan patentes que, como puede verse en la fig. 14, por debajo de la capa vegetal (creada por la propia actividad biológica de la vegetación que las cubre) en que se desenvuelven las raíces de dichos arbustos, de un espesor esta capa de 50 a 60 centímetros, y hasta de un metro, se observan estratos de conchas de moluscos actuales encima del fuerte espesor de la arena de la duna fija por dichos vegetales. En esta faja, en la desembocadura de los ríos consecuentes (Fenidak, Negro, Smir, entre los más im-



FIG. 13

La faja litoral arenosa en las cercanías de La Condesa
Al fondo, Kudia Taifor

portantes), se forman pantanos, salsas y lagunas por entarquinado del suelo, constituyéndose en la faja media que citaremos a continuación, por acarreo y depósito de materiales recientes, fértiles

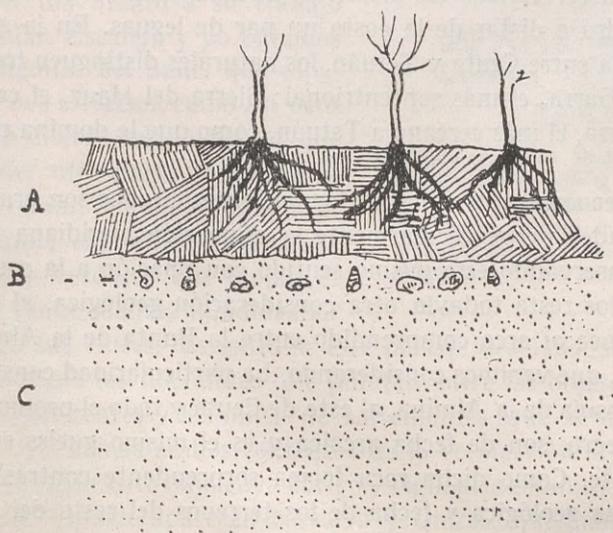


FIG. 14

Corte natural observado en el camino de Ceuta a Tetuán,
en la orilla derecha del Smir, junto a la costa

A, Tierra vegetal.—B, Capa superior de conchas comprendida entre A y C, espesor de la duna fija

vegas que utiliza la agricultura ventajosamente. En esta faja arenosa, inconsistente, que bordea las lagunas del Smir se ha tendido la carretera de Ceuta a Tetuán (línea de punto y raya en la fig. 15 y de trazo continuo en la fig. 12), desdichadísima en la mayor parte de su trazado.

La segunda, en contacto con la litoral y situada más al interior, es la formada por colinas y laderas que dan sobre las arenas costeras y es la que llaman en el país las Kudias, en indicación de lo repetido y genérico de este accidente geográfico. Se hallan todas en una misma alineación paralela al mar y de norte a sur son: Kudia el Hamram, Kudia Harle, Kudia Tauk, Monte Negrón, Yebel Zemzem, Kudia de Zeguelel (en que se asienta el campamento militar del Rincón del Medik), cubiertas de una peculiar vegetación xerofita (cistáceas, alcornoques, etc.). Sus materiales son permo-triásicos.

Por último, la más interna, situada al W. de las dos anteriores, está constituida ya por las grandes alturas montañosas del arco orográfico que se incurva en Yebel Musa, con dirección al Rif, estableciendo continuidad con el Sistema Penibético peninsular (1). De su curva oriental interna brotan las fuentes de los ríos Fenidak (valle de los Castillejos), Negro, Smir, Uad el Lil y el mismo Martín, de muy escaso recorrido los primeros, pues la zona realmente montañosa vendrá a distar de la costa un par de leguas. En la sección comprendida entre Ceuta y Tetuán, los naturales distinguen tres partes: Yebel Garra, el más septentrional; Sierra del Hauz, el central; y Yebel Dersa, el más cercano a Tetuán, como que le domina por entero.

En consecuencia, los valles de los ríos antes citados son transversales y hienden perpendicularmente la alineación meridiana de las Kudias, conservando este mismo sentido con relación a la costa (figura 12). Nos resta todavía otra consideración geológica, al menos en lo que toca al arco comprendido entre la Punta de la Almina y Ras el Tarf, que venimos considerando. La particularidad consiste en que la península de la Almina, al este de Ceuta y todo el promontorio de Cabo Negro, son de fecha arcaica y es el mismo gneiss su roca constituyente. Como dicha roca forma sorprendente contraste con la naturaleza geológica y fecha de los terrenos del resto del país y ambos macizos se hallan situados en los extremos del arco recortado de playa arenosa, cabe muy bien pensar si no representarán ambos

(1) Dantín (J.). *Tectónica y Orogenia de la Península Ibérica*. ESTUDIO, año I, tomo I n.º 2, pág. 241 y 242, con una figura explicativa.

promontorios residuos de antiguas tierras estratocristalinas, hoy hundidas en el actual emplazamiento de las aguas, es decir, que se extendían al este de la costa actual que resultó del hundimiento: en toda esta playa, a pocos metros del litoral, la profundidad se hace en seguida considerable, por lo que resulta extremadamente peligrosa (fig. 15).

Como la Península de la Almina tiene El Hacho por su eminencia, Ras el Tarf, tiene a Kudia Taifor por la suya (310 metros).

El perfil de la costa tendida en una línea de Ceuta al Rincón, es casi recto, sin otro saliente que la minúscula Restinga, frente a Monte Negrón; el despejo del paisaje permite ver desde el mismo Rincón este arco espléndido en toda su extensión colosal.

Como de costumbre, cada uno pasa el día atento a su trabajo particular. Escalera y yo bajamos a las lagunas del Smir, que esperamos nos ofrezcan, como así ocurrió, un interés mucho mayor que cualquier otra parte que pudiéramos explorar. Sin temor ninguno al paludismo, exploramos sus aguas mansas y verdosas que mojan el pie de tanta planta, hundidas en

el fango sus raíces. Es extraño este paisaje desolado, sin otra vida aparente que los libelúlidos que pululan entre las hojas, al aire sus alas transparentes y los miles de saltamontes que brincan en las orillas. Quedamos ambos contentos de la recolección (1) y regresamos al campamento bajo cuyo abrigo y vigilancia estamos trabajando.

Poco después, aparecen Navarro y Quirós, que han explorado Kudia Taifor, en compañía del capitán Salinas y de un argelino

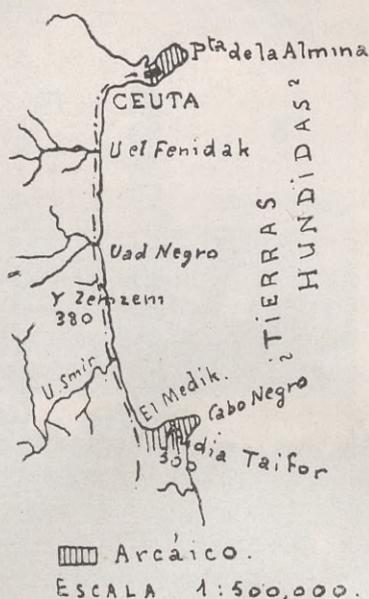


FIG. 15

De Ceuta al Rincón del Medik, en donde se observa como sólo la Península de la Almina y Cabo Negro son arcaicos, en contraste con el resto, indicando la posibilidad de haber pertenecido a tierras hoy hundidas al E. en el Mediterráneo.

(1) Los detalles referentes a las plantas recogidas, al carácter general de la vegetación de nuestra zona y a la geografía botánica del Marruecos español, quedan reservados de intento para un capítulo especial.

francés, dueño de un barracón y contratista de la carretera. Se hacen lenguas de lo espeso de los jarales y lentiscos que invaden Kudia Taifor, contribuyendo a dar redondez a sus curvas elegantes y de la bella y

vieja guardiana moruna que en el mismo Ras el Tarf, sobre el acantilado, vigila un viejo decrépito, héroe de la raza legendaria, que tiene todavía para sus enemigos un gesto feroz (fig. 16).

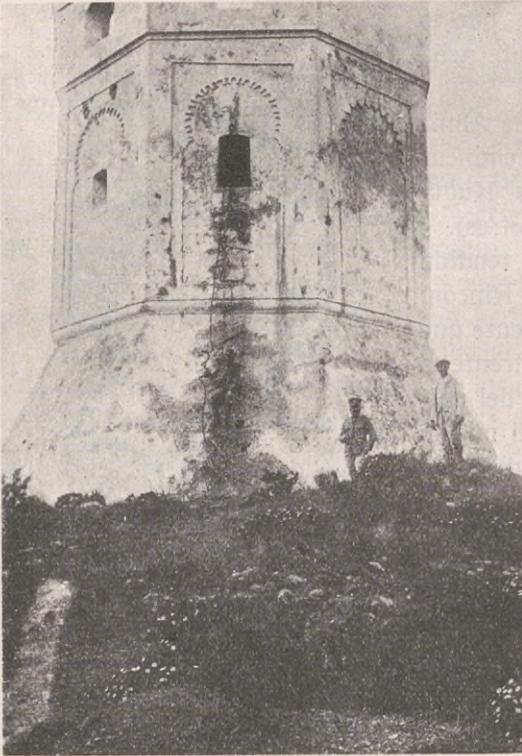


FIG. 16

La guardiana mora del extremo de Ras el Tarf

19 de abril.

Abandonamos hoy el Rincón del Medik, camino de Tetuán: por última vez vemos blanquear Ceuta, recostada en su tombo, como una cinta blanca en una frente rosa. Son unos 12 kilómetros los que nos quedan para alcanzar Tetuán (el moruno Titaen), la ciudad santa, la Sevilla africana.

Como el Rincón del Medik se halla situado en el ángulo que forma la espina vertebral de Ras el Tarf, con la línea de costa que viene recta de norte a sur, desde Ceuta, para dejar este cabo a nuestra espalda y llegar a la capital de nuestra zona, es necesario salvar el angosto desfiladero, cuyos materiales arcaicos ha hendido la carretera en su trazado, por entre enhiestas colinas cubiertas de espesura prieta. Al término del desfiladero, la histórica Torre de Kilalim, donde el 60 nos fueron entregadas las llaves de Tetuán.

Pasada la angostura de este paso, he aquí que se abre repentinamente la llanada, extensa, plana y uniforme, como un tablero, con suave inclinación hacia el mar, del Uad el Lila (fig. 12) y más

allá los llanos del Río Martín (Uad el Jelú), que tienen por su límite meridional las montañas sorprendentes de Beni Hosmar, con el hermoso y radiante Yebel Quelti o Yebel Anna, que la nieve estría de rayas blancas (fig. 17).



FIG. 17

Llanura del Uad el Lila (próxima a Tetuán

La llanura del Uad el Lila, cubierta de palmitos como todo el país, presenta algunas lagunas, de su parte oriental, y está constituida por estratos, perfectamente horizontales, de una arenisca de fecha probablemente pliocena, conforme con el testimonio de la facies de las rocas y los fósiles recogidos en el corte de donde obtenían la piedra del afirmado de la carretera a Tetuán. El estado físico de esta arenisca terciaria unido a su silícea naturaleza, producen juntamente en su descomposición un suelo eminentemente arenosilíceo, que podrá aprovechar, no obstante, beneficiosamente la agricultura.

La cuenca y el llano del Uad el Lila se hallan separados de la cuenca y planicie de Río Martín (Uad el Jelú) por una arista montañosa (que recuerda, en su disposición, la arcaica de Ras el Tarf) permotriásica, que la carretera se ha visto precisada, a cortar, en el punto de emplazamiento del puesto militar de Los Malalíes.

Salvada la arista montañosa, verdadera cresta que destaca en el llano, se entra en la planicie aluvial del Río Martín, cuyos materiales actuales cubren con su manto una extensa invasión del mar

plioceno, que llegó con sus olas seguramente al pie mismo del Yebel Dersa, en cuya ladera meridional se asienta hoy, bañada en luz y en sol, la blanquísima Tetuán.

Al abrigo de la posición de Los Malalíes, junto a la carretera, existe una cantina de tablas y hojalatas mal clavadas, por dentro manchada de humo, como pipa aculotada. Este establecimiento surte a los trabajadores de la carretera que son, juntamente, moros y cristianos : les tiene sujetos por un mugriento cuaderno de apuntes, único código de justicia en aquella cantina, perteneciente a un país que comienza, como ha dado en decirse, a la vida de la civilización.

Apenas entrados nosotros en busca de algo que comer, penetra también un pobre muchacho moro, pidiendo su pan diario, pero el cantinero, amo o contratista, después de consultar su cuadernillo, observa que el moro ha faltado a la lista o llegado tarde y se lo niega, humillándole. Brillan en los ojos del dominado destellos de cólera ante el cristiano despreciable, lacayo en la Península y señor en el Uad Lila, pero recordando cuan estrecha es la dependencia económica en que se halla respecto de aquel ser, calla y permanece cabizbajo, dudando donde poner los ojos.

En la cantina nos convenimos con el dueño en que se nos hará la comida : allí hay un desventurado niño español, escapado de las páginas de alguna novela picaresca, quien sabe por qué providenciales combinaciones caído en manos del honrado cantinero, explotador de moros y cristianos por medio de vales. Se le pone a nuestra disposición para guisarnos el almuerzo, pero no sabe. « Ya se ve, señor, los trabajadores no comen huevos fritos », nos dice. Hay que ayudarle en aquel chiribitil que hace de cocina. El comedor es la misma habitación en que están los camastros de los obreros, que un presidiario rechazaría indignado.

Un mes después de nuestro paso por esta cantina, quien sabe si en venganza del odio provocado, los moros la asaltaron de noche y entre los inermes trabajadores, bien ajenos a tanta culpa, hicieron una espantosa carnicería, matanza de Los Malalíes que estremeció a España de horror.

A las dos de la tarde, cayendo sobre la llanura todo el sol africano, continuamos nuestro camino. Navarro y yo seguimos a pie : los demás montan a caballo, impacientes por recoger cartas de familia, con tanta ansia deseadas, que nos estarán esperando en Tetuán.

Hay al lado de la cantina, en plena llanura, la jaima de un cauí, en cuyo interior, abrasados de sed, penetramos Navarro y yo a tomar el té (*atai*) a la moruna, con la nanna de rigor. El establecimiento está compuesto de cuatro palos que sostienen una estera en caballete. Dentro, sentados a la moruna, varios moros, entre ellos un policía indígena y tendido todo a lo largo, sin noción ninguna del tiempo que en tanto transcurre, con cara soñadora, otro moro que sacaba de su *guembrich* (tosca guitarra de dos cuerdas), notas graves y delicadas, sonoras como un zumbido, netamente morunas, de una sencillez primitiva, en tanto los demás le escuchaban en silencio. En tanto, el cafetero nos prepara el té, también nosotros le oímos con unción emotiva: reina un sopor que a todos nos invade de indolencia y suenan con agrado en la quietud callada las notas graves, armoniosas, que traen a la memoria recuerdos de música española, como el rumor del agua en la taza del jardín solitario.

Abandonando su aire soñador, curioseosa en mi caja de las plantas, llena a la sazón de vegetales: suelta grandes risotadas al ver que recogemos hierbas y basta advertirle que yo soy *telib* (médico), modo único de que me entienda, para que vuelva súbitamente a su seriedad y comedimiento, con lo que se manifiesta el respeto de los moros por quienes ejercen la medicina.

Es inolvidable esta escena en la que un poco de arte ha fundido en un mismo sentimiento dos pueblos y dos civilizaciones.

Dejamos la jaima, salimos al sol y marchamos carretera adelante, sin olvidar los sonos de las dos cuerdas del *guembrich* durante mucho tiempo. Nos han confortado con sana alegría y compensado de las escenas de la cantina.

Conforme nos vamos acercando a Tetuán, se hace muy sensible el cambio de decoración: a ambos lados del camino, huertos y caseríos, hundidos en la fronda primaveral, espléndida y luminosa. El campo, los sembrados, las márgenes de la carretera, cubiertos, para mayor decoro, de las campanillas azules del *Convolvulus tricolor*.

Henos finalmente en Tetuán, la bellísima ciudad, típica y blanca: penetramos por el cementerio moro, nos sorprenden las mezquitas, las calles estrechas reverberando al sol el jalbegó de sus muros, las tapadas silenciosas, entre cuyos albos rebocillos y el oleaje de sus vestiduras, brilla el azabache de sus ojos y el ir y venir de los moros con sus reatas de caballerías cargadas.

Los hoteles son excesivamente caros y decidimos alquilar una huerta en los alrededores, como a medio kilómetro de la Puerta de la Reina. Su dueño, el buen Sidi Mohamed ben Jacobi, tuerto y antipático, rastrero y servil, nos la alquila en el precio de un duro *hassani* diario, si le firmamos un recibo de que la tomamos por ocho días al menos y de que le hemos entregado la cantidad total. Firmamos este extraño documento y entramos en posesión del inmueble, bello y abandonado, con una casa ruinoso en medio, evocadora de escenas de amor, un pozo y una selva de higueras y granados, entre los cuales armamos nuestra tienda, acampando como gitanos.

Se nos han agregado Lolo Escalera, hermano del expedicionario, un niño de nueve años, gran jinete, valiente y decidido, armado de sus frascos de insectos, a cuya caza ya se viene dedicando hace un par de años, no obstante su edad escasa. Vive, como su hermano, en Tánger, ha recorrido gran parte de Marruecos y habla el árabe correctísimamente. Le acompaña un su criado, Embark, moro nacido en Mogador, cetrino y de perfil fino y recortado, vistiendo unos extraños pantalones de color de rosa hasta media pierna. Embark será nuestro criado y quien nos guise durante la expedición.

Colocado el abultado equipaje en la casita ruinoso, nos acomodamos en la tienda para dormir, sobre el mismo suelo, envueltos en las mantas.

Tetuán

20-21 de abril.

¡Hémos ya en Titauen, la ciudad rica y santa a un tiempo mismo!

Tácitamente, los individuos de la Comisión, llevamos, separados en dos grupos, una vida distinta : Navarro, Escalera y yo, por la índole de nuestras tareas, pasamos el día entero en el campo ; Quirós, por los estudios a que se dedica y Cabrera, por acompañarle, llevan una vida enteramente urbana.

A su pesar, la mañana siguiente al día de llegada, viendo salir el sol sobre el blanco impoluto de la ciudad, adivinamos en ella tantos atractivos que decidimos recorrerla juntos, rendidos a los encantos de un mundo ignorado.

Después del almuerzo abandonamos la huerta, en suave temple de sol, al aire el rojo vivo de la flor del granado, virginidad manci-

llada que promete un fruto y por la Puerta de la Reina, Bab el Oglá, que guarda la policía indígena de vistoso uniforme, penetramos en las calles empinadas de la ciudad, duro contraste de luz y sombra.

Es toda ella, en la estrechez de una larga vía, un continuo ir y venir de jinetes y conductores de recuas de pollinos, gritando ¡bala! ¡bala! al peatón, sin detener por eso la marcha de la caballería, pues cuenta con que el advertido se separe. Los muros de uno y otro lado se unen a veces por atrevidos arcos en herradura, bellísimos, que ponen en la calle su nota misteriosa al emsombrecerla.

Bajo uno de estos arcos vive nuestro casero El Jacobi, y vamos en su busca para pagarle. Mis compañeros discuten la conveniencia de entrar todos juntos en su casa y aun más si tiene la intención de invitarnos, cortés, con el té: en cuanto a mí, me atrevo a aventurar una opinión contraria. Llamamos en su casa y aparece él mismo, con su gesto y maneras peculiares: da las palmadas de costumbre para advertir a las mujeres que deben ocultarse, y después, cuando nos disponemos a pasar, llevándonos la mano al salakot... nos prohíbe el paso. El mismo saca después a la puerta papel, tinta y un palito aguzado que sirve de pluma y nos invita a pagarle, lo que hacemos en el acto y a firmar el extraño recibo. Hecho esto, se nos inclina hasta los pies, extrema su amabilidad y cierra la puerta.

Nos cruzamos frecuentemente con tapadas silenciosas que andan como sombras, aventurando suave y graciosamente en el suelo empedrado sus babuchas elegantes bordadas en seda, oro o plata. Son las aristócratas del rico Tetuán, que vuelven del cementerio (donde han ido a sentarse en corro con otras moras para reír y charlar) o que van a orar a la mezquita más próxima. En contraste con ellas, vese a las pobres campesinas, esposas únicas de hogares miserables, trepar por las calles en pendiente, llevando a sus espaldas cargas de leña o hierba y en sus pechos el hijo mamón, agobiadas hasta tocar la tierra.

No llaman menos nuestra atención, ahora tan solícita y en perpetua vigilancia, las variadas tiendas, en manos de moros y judíos, muy pocas en manos de cristianos. El moro, tendido o sentado en su chiribitil, cuyo mostrador queda al nivel del piso elevado de la tienda, permanece quieto, silencioso, como figura de cera, pendiente de su pipa o tomando rapé en el dorso de la mano: si el comprador pide algún artículo que cueste algún trabajo buscarlo, el moro os dirá, sin abandonar su postura señorial: «Vete a buscarlo más

arriba, ahí, en mi vecino de al lado.» Por lo general, vende siempre azúcar de pilón, que pende del techo envuelta en su papel azul, manteca, variadas confituras y bujías esteáricas, a más de los llamados genéricamente artículos de Fez, consistentes en collares de cuentas, pulseras, abalorios, platos y vasijas de vivos colores vidriados.

El judío, más cuidadoso de su comercio, no precisamente en lo que se refiere a la limpieza, es más industrioso y trabajador. Halaga al comprador lindamente y sacará utilidad hasta de los papeles viejos que han servido de envoltura a los paquetes. Se los ve en el barrio judío a la puerta de sus tiendas o bazares, sucias y miserables, con su gorro negro de lana o algodón en la nuca y su bata hasta los pies, estañar, componer, arreglar sus cachivaches, a estos tímidos hijos de Israel que a la menor alarma cierran las puertas de su barrio.

Es curiosa la mezcolanza de tanto mercader de estos tres pueblos que conviven juntamente y no menos notable observar, como durante tres días seguidos de la semana cierran y abren estas tiendas, en aras de sus creencias religiosas. El viernes, su día de precepto, cierran los mercaderes moros, en tanto las tiendas de los demás permanecen abiertas; el sábado toca su turno a los judíos, pues es fiesta que observan escrupulosamente y el domingo descansan los cristianos.

Al término de la callejuela estrecha se halla la extensa Plaza de España, *El Feddán* sucia y escombrada, llena de pollinos con carga: aquí se encuentra la Residencia general, en donde habita el Alto Comisario, en el palacete de un jardín con palmeras.

Tomamos una callejuela, acodada y solitaria, en donde se está arreglando el palacio del Jalifa. Yo no sé todavía por qué callejas, abandonadas y tortuosas, damos en los zocos o mercados, donde los vendedores están asociados en gremios: tenemos entonces la clara percepción de que estamos en lo más interesante de Tetuán (1).

Visitamos el zoco de las babuchas, largo y estrecho, no sin pasar por la hermosa Puerta de la Zauia de Sidi Barakka, el santo famoso. Es una calleja oscura, con parrados en ciertos sitios, llena de aguas sucias: a uno y otro lado tenduchas lóbregas, siempre su piso al nivel del mostrador, única entrada del obrador, en el que el babuchero y sus aprendices cortan el cuero y fabrican el calzado nacional. Sorprende ver tanto babuchero junto, cuando apenas si se

(1) Para más detalles, léase:

Joly (A.) «Tétouan» (*Archives marocaines*, t. IV, V (fasc. 2 y) y VII).

Joly (A.) «L'industrie à Tétouan» (*Arch. maroc.*, t. VIII, XV y XVIII).

ven compradores y el género, mancha de un amarillo agradable, permanece en el almacén, a espaldas del industrial que, impertérrito, continúa haciendo babuchas. Se mueve por el zoco, en todos sentidos, a todo correr, un pobre moro, cubierta la espalda con una piel curtida que le arrastra hasta los pies y que va vendiendo en pública subasta, gritando con todos sus pulmones: ¡*Arbá der velium!* ¡*Arbá der velium!* (¡Cuatro reales!, ¡cuatro reales!) por ver de animar a los rematantes, como en un barato al martillo.

El dédalo de callejas nos reserva aún otras sorpresas, como la del vendedor de *sfens*, buñuelo exquisito; los del *kefta*, carnero picado con pimienta y cominos, puesto a asar sobre unas brasas, en la propia enjundia de su sebo, clavado en largas agujas, formando como una salchicha y que una vez asado se come, aun caliente, sobre el mismo asador, bocado delicado si los hay, y unos vendedores de sardinas fritas que nadan en pringue y tienen caras terribles (figura 18).

Más allá el zoco del pescado, con su olor pestilente, y a su lado, en contraste, el bello zoco de las flores de azahar, delicado y sutil, con su aroma penetrante y sus tonos pálidos (fig. 19).

El zoco entero hormiguea en asistentes: las mujeres con sus blancos jaiques o sus vestidos de telas rayadas, tocadas su cabeza con el enorme sombrero cónico, de alas tan desenvueltas, que cuatro bridas, rojas o azules, las sujetan a la copa por que no se abatan. Las vendedoras, quietas, silenciosas, tímidas como un perseguido, sentadas o en cuclillas, a lo largo de los muros, o de la fila de tiendas, delante de ellas su mercancía: pan, en cónicos montones, leche o azahar. Las casadas, tapada, al menos su boca, con un blanco rebocillo.



FIG. 18

Del Zoco de Tetuán
Un vendedor de *kefta*, con su hornillo portátil



FIG. 19

Tetuán. Zoco del Azahar (Véase las campesinas con sus sombreros enormes)

De etapa en etapa, llegamos hasta los barrios altos de Tetuán, en la parte de la ladera del Dersa, los del *Aiun* (barrio de los manantiales), de bellísimas fuentes árabes, empotradas en el espesor de los muros, no aisladas en medio de la calle (fig. 20).



FIG. 20. — Una fuente en el Melah de Tetuán

Lentamente, el alma dilatada, como si tuviese necesidad de hacerse más grande para recoger tanta sensación plácida, emprendemos el regreso, no sin pasar de nuevo por el zoco atrayente. De camino vemos las mezquitas, de puerta entrebierta, lo que añade mayor misterio y da más audacia a la curiosidad. Es de ver la unción con que penetran los creyentes y el ambiente de reposo solemne

en que se envuelve la lámpara solitaria que acierta a verse desde la calle.

Henos ya camino de nuestra huerta, fuera del recinto amurallado de la ciudad; a nuestra derecha las montañas de Beni Hosmar, azuladas cual nunca : tras ellas, muy al interior, la sagrada Xexauen, ciudad religiosa, hostil al cristiano, en la brava kabila de El Jamás, en la que hasta ahora no ha penetrado más europeo que el francés Foucauld, en 1883, y tuvo para ello que disfrazarse de mora, siguiendo a un su criado que aparentaba ser su marido (1). ¿Qué sorpresas reservará esta ciudad misteriosa cuando se la conquiste, pues pertenece a nuestra zona, limpia como está de todo extraño contacto?

A la tarde, en la puesta del sol, cuando las sombras se van abatiendo sobre la huerta, se oye, clara y distinta, la voz aguda del *muezzin* que subido en el alminar de la mezquita invita a la oración. La voz vibrante, estremecida y lejana, semeja un clarín de guerra, el de la patria que sucumbe, convocando a sus hijos. Es bellissimo el momento y más el del *feljr*, en que al amanecer se oye la oración del alba. Una paz solemne invade los campos y los espíritus, que vibran temerosos a la voz del *muezzin*, y la tarde muere.

22 de abril.

De mañana, amenazando lluvia, hago con Navarro una excursión a la desembocadura del Río Martín, por estudiar geológica y botánicamente la llanura aluvial.

La llanada, en dirección al este, se presenta plana y uniforme, hasta el propio mar, en un horizonte despejado: en ella desenvuelve el Martín sus últimos perezosos meandros, en torno a un paisaje desolado. Filas de moros, prolongadas en el camino arcilloso, van y vienen de la aduana de Río Martín, con carga, en borriquillos y caballos, para el comercio tetuaní.

En esta última sección del curso inferior del Uad el Jelú, un río consecuente, materiales aluviales cubren por completo la formación pliocena, que el mar de esta fecha llegando hasta Yebel Dersa, originó con sus depósitos. Louis Gentil, primero (2), y después Navarro,

(1) Vic. Ch. de Foucauld. *Reconnaisances au Maroc*. París 1888.

(2) Marqués de Segonzac. *Voyages au Maroc* (1899-1902). París.

Gentil (L.) et Boistel (A.) « Sur l'existence d'un remarquable gisement pliocène à Tétouan » (C. R. A. S. CXL. 1905, pág. 1725-1727).

en el curso de esta expedición, han encontrado fósiles pliocenos abundantísimos en una marga gris azulada, en un rico yacimiento situado por debajo del cementerio hebreo de Tetuán. El piso es plaisanciense o plioceno inferior (tercer piso mediterráneo de Suess.)

En cierto modo recuerda este valle disimétrico el del Guadalquivir, también sujeto en tiempos a una extensa invasión del mar plioceno que batió en acantilado Sierra Morena y dejó en el valle ricos depósitos, llegando hasta Sevilla y aun más a su norte. Depósitos aluviales han cubierto con posterioridad esta formación de fines del terciario, por labor secular de las corrientes de agua.

El predominio de la arcilla en toda la llanura, como demuestran sus pegajosos barros y el hecho de que se hienda en trozos poligonales durante el tiempo seco, unido a la circunstancia adversa de su escaso desnivel, son causas de que esta parte de los llanos del Martín propenda a encharcarse, conforme, sobre todo, se van alcanzando las proximidades del mar, en la confluencia con el Río Alcántara (fig. 12). Forman manchas y rodales en estas llanuras los juncos y las litráceas, en testimonio de su humedad y se pueden recoger salsoláceas, en prueba indicatoria de su salobre condición.

El Alto Comisario de España en la zona de su influencia, general Alfau, llevado de su amabilidad y de su interés decidido e inteligente por cuanto toque al conocimiento de Marruecos y a la debida ilustración de la opinión, ha decidido dedicarnos la tarde entera, en una entrevista cordial y franca, cambiando impresiones de toda especie. Es un hombre alto y fino, simpático, distante de todo empaque prosopopéyico, inteligentísimo, cortés y bueno.

Nos recibe en su despacho, con algunos de los oficiales de su Estado mayor, y manda llamar al anciano Ali Ben Mohamed Esselauí, un intelectual marroquí, cuya conversación, en mediano castellano, lenta y pausada, produce en todos grata impresión. Esselauí es de tez blanquísima : las canas de su barba hermosean su rostro y añaden más distinción a toda su agradable figura. Le escuchamos todos, respetuosos y embelesados, la historia del Roguí, el último pretendiente en tiempos de Muley Hafid, el Sultán imbécil, y nos cuenta, con acento sentimental, el trágico fin del usurpador, que llegó a ser verdadero Sultán del Rif indomable. El Esselauí se hace lenguas del valor («hombre de mocho corazón», dice golpeándose el pecho con su puño cerrado, en tanto se dirige a mí) de este Roguí desventurado, llamado Chilali ben Dris Serhuni el Yusef y saludado por las kabilas con el mote de *Bu-Hamara* (el

padre o mejor el tío de la burra) y lo disputa por salvador del honor de su país en tiempos en que por la invasión extranjera, el Imperio daba señales de desmoronarse y sucumbir. Nos cuenta sus victorias sobre las tropas imperiales de Abd-el-Aziz y de Hafid, y Navarro, que le conoció y trató con él, nos refiere como administraba justicia en la Alcazaba de Zeluán y la enfermedad que padecía como reliquia de una grave herida en el pecho, cuando la caballería del Sultán, que le había derrotado, pasó sobre su cuerpo al galope. El Esselaui pone tonos de indignación, en su hablar reposado, cuando narra su muerte, asesinado a tiros de revólver cobardemente por Muley Hafid, enjaulado el triste en los jardines imperiales de Fez, cuando los leones a quienes se le había echado para que le devorasen, respetuosos de una majestad caída, no osaron tocarle.

La conversación deriva por otros caminos y el General, cortésmente, nos regala con *champagne*. Levantamos, finalmente, la última copa, brindando por la prosperidad de la zona y muy especialmente porque la obra de civilización emprendida por España se lleve a cabo sin derramamiento de sangre. Y este sentimiento pacífico que nos posee, nos conmueve a todos íntimamente. Pero los hechos, no más que un mes más tarde, nos llenaban a todos de sorpresa dolorosa, y a la hora actual, los campos siguen tiñéndose de sangre, poniendo estremecimientos de inquietud y de pena en el alma nacional, ya dolorida.

A la salida nos damos una vuelta por el Melah, la judería, el barrio en donde vive, hacinada en estrechas callejuelas, de pasadizos, techos volados y tiendas, la tímida población hebrea.

El barrio se halla todo él rodeado por la muralla y tiene su puerta, única entrada, en el ángulo norte de la extensa Plaza de España. Se les ve a ellos sentados en sus tiendas, en bazares donde se venden clavos, botones, baratijas, trajes de todas clases, usados y des-



FIG. 21. — Una calle en el Melha (barrio judío) de Tetuán

lucidos. Más allá callejas estrechas, con extraños pasadizos y las casas, algunas realmente señoriales, pintarrajeadas de arriba a abajo, de un tono de añil o almazarrón, siempre rabiosos (fig. 21).

Los hombres gastan una bata, negra o de color, hasta las botas, faja de seda, sencilla o llena de colorines si es sábado, atada a la cintura como en el hábito de un jesuíta, un gorrete negro en la nuca e invariablemente un flequillo rizado sobre la frente que les da un aspecto ciertamente reñido con su calidad de varón. Ellas visten a la europea, con vistosas pañoletas de seda sobre los hombros y un precioso pañuelo de seda recogiendo por entero la mata del cabello hasta la frente, porque a las casadas les está prohibido enseñar el pelo a nadie que no sea su marido. Los chicos, que invaden las calles del Melah, llevan trajes a la europea, pero siempre extravagantes, con telas y figurines ridículos, con desdén de la estética más elemental. El hombre no presenta más que dos tipos: o delgado y flaco, de nariz aguileña, negro el pelo y alimonada la color o rebosando de puro gordo y carnoso, reventando la hopalanda por sus costuras, con andar de pato torpe. No hay términos medios. Son ellos quienes van al mercado, con su capacho en la mano, discutiendo todo hasta el último céntimo y es frecuente ver a algún judío que regresa al Melah con un carnero muerto y desollado, recién sacrificado por el rabino, pendiente de su cuello y manchándole en sangre y mugre.

Ellas son tipos bellos, de interesante palidez, de delicadeza de marfil, aun cuando de caderas, casto refugio de la raza prolfica, anchas y opulentas: casadas engordan, como la burguesa española y adquieren un tipo carnoso, basto y desagradable.

A los pocos días de estar en Tetuán, llega la fecha de su Pascua (1), celebrada en recuerdo de su salida de Egipto: cierran, como un sólo hombre todas las puertas de sus tiendas, con lo que se resiente el movimiento mercantil de la plaza, pues que en sus manos se halla casi todo el comercio. Con sus trajes de fiestas, sus ricas fajas y pañoletas sedeñas, de llamativos tonos (rojos, azules, amarillos) se les ve pulular por todas partes, embobados en La Luneta, en éxtasis ante el panorama de las montañas próximas de Beni Hosmar, andar por los alrededores, en la puerta de sus casas dentro de la judería.

Los judíos han sido los gananciosos con la ocupación de la zona: ahora están seguros y restituídos a su dignidad de hombres, con la

(1) *Aid el F'tir*, en árabe.

eficacia de la protección de las armas españolas. El moro, más altivo y superior, desprecia desde lo más profundo de su alma a este pueblo tímido y humilde, servil y bajo, sin un sentimiento de independencia y fiereza que le enaltezca. La ciudad de Tetuán, llena de una aristocracia mora, por el dinero y por la sangre, con el Melah brindando el misterio de sus ocultas riquezas, se ha visto muchas veces amenazada por el instinto guerrero y rapaz del rebelde moro montañés que eleva la guerra a la altura de una profesión. En las veces que los montañeses han tomado Tetuán y entregádola al pillaje, han sido los moros ricos y los judíos quienes han sufrido más (1). Cerraban las puertas del Melah, lanzaban gritos de terror, se escondían como liebres, y llegaban después invariablemente las horas angustiosas de saqueo y matanza. Ahora gozan de plena paz y viven la serena vida del derecho estos timoratos hijos de Israel.

23 de abril.

Tenemos enfermo a Embark, nuestro criado moro y hoy crece nuestro número con la llegada de un su amigo, el honrado y simpático moro Aliesib, que viene por su propia decisión a ayudarle en sus funciones. Conmueve contemplar su aspecto de miseria, deslucidos y rotos sus escasos vestidos.

Apenas hemos terminado de comer, bajo la sombra plácida del frondoso albaricoquero de nuestra huerta, he aquí que se abre la puerta y penetra, todo inquieto y violento, un aissaua. Su tez, de un moreno oscuro, tostada por el sol todavía; su barba entrecana, en afirmación de una edad cercana a los cincuenta años. Es portador de un barrilete de madera, tapada una de sus aberturas con basto lienzo y apenas nos distingue comienza a gesticular y a hablar en árabe en alta voz, en tanto nosotros, todo suspensos, curiosos le seguimos hasta el pozo. Deja en el suelo su tonelete, y extrae de su interior largos bálagos, que rompe en pedazos antes de masticalos y engullirlos. Una vez masticada la paja, comienza su rito de encantador de serpientes: abierto el saco, colocado ante su boca,

(1) Joly (A). « Le siège de Tétouan par les tribus des Djebala, 1903-1904. (*Archiv. maroc.* t. III, pág. 266).

En el curso de este sitio las 24 cabezas de los Andyera, muertos en uno de los combates por los de la plaza, fueron colgadas en *Bab-et-Tut* (Puerta de Tánger), después de saladas en el Melah por los hebreos que, aunque protestaron, se vieron forzados a ejecutar la macabra operación (julio, 1903). Hemos tenido ocasión de contemplar el muro y los clavos de donde pendieron las cabezas.

invoca a las serpientes con mágicas palabras, cuyo tono de misterio exagera, y las conjura a salir. Toca un pandero sin rodajas con su mano nudosa: las serpientes, siguiendo su costumbre, se obstinan en no salir, no obstante la fuerza del conjuro y los tonos graves del pandero.



FIG. 22

El aissaua de Tetuán, con una culebra al cuello, en el momento de morderle otra en el lado izquierdo de la cara.

Algo amostazado y confuso, el aissaua se ve obligado a meter la mano y extrae del fondo del tonelete dos hermosas culebras que rodea a su cuello en contorsiones que estremecen, en medio de los saltos y voces descompuestas del encantador.

Agarra una de las culebras enroscadas, la lleva a su lengua húmeda y el reptil, sacando su lengua bífida del estuche de su boca chata, muerde al aissaua en la lengua y corre la sangre sin que el encantador dé la menor muestra de dolor. Se limita únicamente a restañarse el líquido rojo con la paja masticada, arrojando después al suelo toda la sangre.

Tomando después las culebras las rodeó al cuello de Escalera, pronunciando, en tono sacerdotal, palabras en las que rogaba a las serpientes no le mordiesen ni le hiciesen mal (bien que él mismo las mantenía muy sujetas por la cabeza), como para hacernos creer que estaban domesticadas y obedecían a su encanto.

Por último, llevó una de las serpientes al ángulo externo del ojo izquierdo, en cuya posición y en tanto le mordía rabiosamente el ofidio, haciéndole una herida de la que manaba sangre abundante, le ha sorprendido la fotografía, debida a Navarro, de la fig. 22.

Bien a pesar del fondo místico que inspira a los aissauas y que les conduce a esta insensibilidad para el dolor, aceptó una propina que sin duda esperaba. Guardó después arrolladas sus dos serpientes, arrugó las telas que tapaban la abertura del tonelete y

abandonó la huerta, una vez grabado en nuestros espíritus su recuerdo imperecedero.

Mas no por esto debe suponerse que son ajenos los aissauas a un sentimiento religioso inspirador. Quirós les viene sorprendiendo diariamente en la amplia explanada de la plaza de España, formando parte, entre las chilabas de moros urbanos y montañeses, del corro ante el que efectúan sus extrañas prácticas, sus saltos y toques de bronco pandero, quedando suspenso cuando de súbito nota que la multitud interrumpe sus risotadas y se entrega fervorosamente a callados rezos. Quién imaginara un saltibanki en el aissaua, se encuentra ante un sacerdote. Se ha tratado, en plena plaza de España, de sorprenderles con nuestra fotografía; pero, con voces de disgusto, han recogido sus bártulos, cesado en sus ceremonias y vuelto grupas, ante la multitud que hacía causa común con ellos.

La visita del aissaua en nuestra huerta ha despertado en Quirós gran curiosidad por conocer, no tanto el origen como la significación social de esta secta religiosa, tan extendida en los bajos estratos del pueblo marroquí, y ha marchado con Escalera, el intérprete de la comisión, en busca del Esselauí, alegrándose a un tiempo mismo de haber hallado pretexto tan decoroso como éste para visitar en su casa al simpático intelectual tetuaní.

A su vuelta nos refiere que Alí Ben Mohamed Esselauí vive en una callejuela, no lejos de la hermosa mezquita de Sidi Raisuli, y que le ha recibido vestido enteramente del blanco magnificante que con tan severa sencillez saben llevar los ricos de Tetuán. El viejo Esselauí, soltero, tiene en su casa tres esclavas negras, traídas de niñas del Senegal, pobres mujeres que ignoran que ha existido en el mundo un Abraham Lincoln, y antes de él un Cristo que ha predicado la igualdad de los hombres. Sus carnes no se han estremecido a las caricias maternas, ni con los dolores del parto. La Naturaleza las hizo hembras; los hombres las han convertido en obreras neutras, como hormigas sin alas, en esta extraña comunidad social. En tanto Nambroca, la esclava escultural, sirve el te con pastas morunas, elaboradas por ella misma y sus compañeras, Esselauí va mostrando su cultura y enseñando a Quirós, entre varias cosas, siempre interesantes, dos curiosos astrolabios, diversos libros, y, sobre todo, como ejemplar único, un cuadro en el que se contiene todo el derecho hereditario musulmán, que ha ido componiendo con extractos de un antiquísimo tratado andaluz. Le enseña también una carta del fa-

llecido presidente don Segismundo Moret, en contestación a la enhorabuena que le dió su amigo el propio Esselauí al ser elegido Presidente del Congreso español.

Se habla también del P. Lerchundi, y Esselauí da, conmovido, curiosos pormenores sobre el fraile español, de quien fué su amigo leal y colaborador en la Gramática y Diccionario árabes, a que debe el religioso su celebridad.

Finalmente, el huésped amable satisface plenamente la curiosidad de Quirós en lo que toca al verdadero origen de los aissauas. Refiere que Sidi Ben Aisa (de Aisa, *aissaua*), fundador de la dicha comunión religiosa, cherif edrisita, oriundo de la tribu de los Se-fian, en el Garb, floreció hace tres siglos y mereció recibir de los suyos, por motivos de su vida ejemplar y ascética, pura y honrada, el sobrenombre de *Chej el Hamel*, esto es, el de Chej perfecto. Fundó una *zauia* en Mequinez y realizó en este su santo refugio muchos de sus milagros sorprendentes, lo que por instantes aumentaba el número de creyentes.

A la muerte de tan extraordinario varón, que había consagrado su vida entera al culto de su propio misticismo, fué tan honda la impresión producida en los discípulos por la desaparición del maestro, que fueron presa repentinamente de extraña agitación convulsiva, casi incesante. En recuerdo de dichos estremecimientos, sus actuales degenerados adeptos verifican grotescos movimientos rítmicos con la cabeza y el tronco, siendo fuerza confesar que esta secta, que viene de fuentes de tan puro misticismo como Sidi Ben Aisa, ha degenerado en ritos y creencias groseras y repugnantes : Esselauí no vacila en compararlos con los anarquistas europeos, en cuanto teniendo por idea madre un tan alto movimiento espiritual de tan honda y pura renovación social, la práctica grosera y equivocada en gentes incultas ha envilecido la doctrina.

Anualmente celebran los aissauas una fiesta, famosa en todo el Imperio marroquí, durante el *Mulud*, fecha de la concepción del profeta Mahoma (Sidi Mohamed), en la que los movimientos y bailes llegan a alcanzar una verdadera frenética exaltación, devorando lo que el público tiene a bien arrojarles en tanto danzan (trozos de yeso, de cuero, etc.), hasta que la festividad tiene su término con la sangrienta ceremonia de devorar crudo un carnero que, recién degollado, se arroja desde una altura a la procesión de los secuaces, llevándose cada uno el trozo que puede, tirando del pobre animal en una porfiada rebatiña.

Toda la esencia íntima y fragante del misticismo de Sidi Ben Aisa se ha perdido con el tiempo, al contacto del bajo pueblo marroquí, y en vez del culto interno puro, no han quedado sino las ceremonias externas, como en toda religión que degenera y cae en la barbarie. Entre todos estos signos puramente externos, sin valor espiritual alguno, distingue a los aissauas una corta trenza, que arranca de la misma coronilla, en recuerdo del mechón de pelos con que aquel santo asceta se sujetaba a la pared por no rendir su cuerpo al sueño cuando, durante la noche, se entregaba a largas oraciones (1).

Con aire de triunfo nos enseña Quirós, al cabo del relato de su visita al Esselaii, su cuaderno de notas, en donde el venerable intelectual marroquí ha estampado con su cálamo, en caracteres árabes, como un obsequio delicado, el siguiente pensamiento:

« Cuida bien de las palabras que salen de tu boca, pues acaso son el origen de tu desgracia. »

Al leerlo, todos sonreímos ligeramente, pues que es Quirós, precisamente, quién menos ha menester de la advertencia. Es el más silencioso y taciturno de la expedición.

Muéstranos también su tarjeta, donde el Esselaii ha cuidado de poner su nombre en caracteres árabes, tan elegantes siempre, y debajo, en otra línea, en caracteres latinos.

24 de abril.

De mañana subimos Navarro y yo al Yebel Dersa para explorarle botánica y geológicamente.

Salimos de Tetuán por la bellísima puerta de Ceuta y pasamos después por el curioso cementerio hebreo. En estos días los judíos están atravesando la Pascua, festividad en recuerdo de su salida de Egipto, durante la cual, y por espacio de ocho días, cesan en sus trabajos, cierran los establecimientos y pasean por todas partes. Nos les encontramos camino del Yebel Dersa, cuando vuelven del cementerio israelita, en el que, ellos con sus trajes de lujo, y ellas tocadas con sus pañoletas de colorines y su cara sana, colorada, basta, van llorando a sus muertos, a gritos de plañidera, como de tradición ritual, llenando el valle con sus gritos penetrantes, lamentos lastimeros de la raza que se ve perseguida hace dos mil años y se mantiene merced a su fecundidad inextinta.

(1) Hemos pensado que deben existir estrechas relaciones entre esta trenza de los aissauas y la coleta del torero, atendido su origen árabe.

Es cosa bien sorprendente, sobre todo a los ojos de la España católica e intransigente, la coexistencia de los tres cementerios cristiano, judío y moro, separados, eso sí (aunque sea bien triste esta realidad), pero no lejos, y cada uno con su carácter. El cementerio marroquí es muy grande, está lleno de vegetación, que crece libre y espontáneamente, y queda dividido en dos partes por un estrecho camino que pone en comunicación la carretera de la puerta de Ceuta y unas estrechas callejas que van a dar a la puerta de la Reina ; en él las sepulturas quedan señaladas por piedras planas y largas, clavadas de canto en el suelo, encerrando el cuerpo del enterrado y por una o dos piedras colocadas en el lugar que corresponde a la cabeza. No hay más adorno exterior y evoca el lugar de eterno reposo, con la concepción materialista de que el cuerpo vuelve a la tierra, en evolución incesante.

El cementerio hebreo, menos conforme con el concepto naturalista, tiene sus tumbas enyesadas por el exterior y pintarrajeadas rabiosamente de añil o almazarrón ; grandes piedras grabadas descansan sobre ellas, como lápidas.

Los enterrados, perdida por completo con su muerte toda personalidad, no son más que muertos, ajenos ya a todas las fechas y divisiones civiles. No obstante, los vivos, atentos a poner de relieve la ridícula relatividad de las cosas humanas, graban sobre sus tumbas el día de su muerte. Y es de ver como los cristianos ponen 1912, los judíos 6300 y los moros 1321, como si el tiempo, ese gran devorador, fuese distinto para las diversas razas humanas y hubiese entre ellas abismos milenarios.

Henos aquí sobre el Yebel Dersa, después de haber pasado por el campamento español, situado a mitad de la ladera y dominando por completo Tetuán, vestido siempre de su blanco impoluto.

Yebel Dersa es también como el Yebel Musa, de calizas secundarias y muy probablemente también de la misma fecha, esto es, calizas jurásicas ; se aprecia que descansan, como los materiales mesozóicos de Sierra Bullones, sobre algunos terrenos primarios, entre los cuales no son de difícil reconocimiento el silúrico y el devónico, sobre el último de los cuales se apoyan, pero no directamente, las supradichas calizas jurásicas.

Hasta el momento actual, y al menos en todo el territorio que llevamos recorrido, puede establecerse que el suelo tiene un extenso basamento paleozoico, de fácil reconocimiento en muchos sitios;

sobre él, en las cimas, mantos de calizas jurásicas (Yebel Musa, Yebel Dersa), de extensión variable, pero siempre grandes.

El país se encontró invadido más tarde por el mar plioceno, que inundó enormes extensiones del territorio; por debajo del cementerio hebreo existe un rico depósito de arcillas gris azuladas, encerrando numerosos moluscos fósiles, recogidos en gran número por Louis Gentil, en 1904, y por Navarro en 1913, con ocasión de la presente expedición (1). Este depósito, de fecha plaisanciense, indica que el Océano y el Mediterráneo comunicaban únicamente, como ahora, por el Estrecho de Gibraltar.

La cadena comprendida entre el Uad Martín y el Mediterráneo (de Tetuán al Yebel Musa) es jurásica, y más concretamente, liásica en su mayor parte, como el propio Peñón de Gibraltar, situado enfrente de Yebel Musa (conforme ha demostrado Choffat). En la base de estas calizas secundarias y sobre el primario existe una interesante y potente formación permotriásica, de tonos rojos (pudingas, areniscas y arcillas abigarradas), que no hay que confundir con el devónico (2).

Por debajo de los materiales liásicos de Yebel Dersa y al contacto de los depósitos infrayacentes en que descansa, surgen tobas calizas de algún espesor, que ya hace años fueron descubiertas por Buchet (3). En dichas tobas o travertinos cuaternarios, se han hallado impresiones de hojas (diversas especies de *Laurus*, *Salix*, etc.).

El rasgo morfológico de la cadena más sobresaliente está en su forma de rosario, debido a la disposición de las capas, alternativamente en bóvedas o pliegues anticlinales y pliegues sinclinales (Yebel Kelti, al sur de Tetuán y a su norte Yebel Dersa, Sierras del Hauz, Yebel Musa). A partir de Yebel Kelti, los ejes de los pliegues de esta arista orográfica descienden sensiblemente hasta Yebel Musa (más de 1,200 metros en sólo una extensión de 60 kilómetros). El Estrecho de Gibraltar ha venido, pues, a romperse en esta zona de descenso, hundido entre dos anticlinales semejantes: Yebel Musa y el Peñón de Gibraltar (Yebel Tarif), las dos columnas de Hércules.

(1) Gentil (L.): y Boistel (A.) « Sur l'existence d'un remarquable gisement pliocène à Tétouan ». (C. R. A. S., CXL, 1905; p. 1725-1727).

Gentil (L.): « Note sur la Géologie du Maroc ». (Bull. Soc. Géol. de Fr., t. IX, 1909; 4^o ser p. 220-231.)

(2) H. Coquand padeció este error explicable « Description géologique de la partie septentrional de l'Empire du Maroc ». (Bull. Soc. Géol. de Fr. 2.^a ser., IV, 1847.)

(3) Mission Buchet: « Rapport sommaire d'ensemble ». (Bull. du Comité de l'Afriq. franç. Renseignements coloniaux, p. 227-234, t. 1906.)

Digamos de una vez para siempre que el estudio de toda la parte recorrida de la zona española nos ha permitido determinar, como de antemano podía ya suponerse, las relaciones evidentes del sistema montañoso de La Yebala con el sistema del Rif (que es uno mismo), y de éstos, con nuestro Sistema Penibético. Hay en toda la zona dos elementos componentes : la montaña y la llanura. En cuanto a la primera, puede afirmarse que todo el amplio haz de montaña que encierra el Mediterráneo occidental (parte integrante, a su vez, del gran Sistema alpino) es independiente del Atlas, con el que a menudo se le ha venido confundiendo. Por lo que toca a la llanura, las planicies que con el sistema yebálico y rifeño completan el suelo de nuestra zona de influencia, las cuales alcanzan el mayor desenvolvimiento en la cuenca del río Luccus, atestiguan todas una extensa invasión del mar plaisanciense en todo el norte de Marruecos, en donde dejó potentes depósitos, el cual, por aquella época, con tan extensa inundación marina, quedaría acaso reducido a la mitad de su actual extensión. Más tarde amplios depósitos aluviales han cubierto con sus mantos los materiales pliocenos (Uad Martín, Uad Luccus).

Se debe a Louis Gentil un corte geológico muy instructivo para demostrar los empujes manifiestos que hay en toda la curva montañosa comprendida entre Yebel Musa y Melilla hacia el exterior de la curva general descrita por estas montañas, del mismo modo que en el Sistema Penibético se advierten también otros empujes hacia la porción externa del eje orográfico, en dirección al valle del Guadalquivir, apreciados hasta ahora, al menos, en dos puntos diferentes de Andalucía por los trabajos de René Nicklès y de Roberto Douvillé (1). El corte geológico de Gentil, a que nos estamos refiriendo, a través del sistema montañoso de La Yebala, corre a lo largo de Ras el Tarf (Cabo Negro); del E. al W. se observan micacitas, atravesadas por erupciones graníticas, pizarras y cuarcitas del silúrico, pudingas y areniscas rojas del permotriásico, calizas compactas (sin reconocimiento alguno de estratificación) del lías medio, coronadas por las calizas margosas toarcienses del lías superior, y terminando la ordenada sucesión estratigráfica la serie eocena con capitas calizas del *Nummulites Fabiani*.

(1) R. Nicklès : *Sur l'existence de phénomènes de recouvrement dans la zone subbétique*. (Comp. Rend. Acad. Scienc., tomo CXXXIV, primer trimestre, 1902.)

R. Douvillé : *Esquisse géologique des Préalpes subbétiques* (part. centr.) Paris, 1906, 222 páginas, con grabados.

Dantín (J.) : *Resumen fisiográfico de la Peninsula Ibérica*. (Trabaj. del Mus. de C. Nat. de Madrid. N.º 9, 1912.) Véanse las págs. 122 y la fig. 33.

Las calizas, las margas jurásicas dan lugar a un conjunto de pliegues empizarrados que del E. al W., esto es, del lado interno al externo de la curva, han corrido sobre el eoceno por empujes orientales, y cabalgan sobre él, fenómenos tectónicos que alcanzan tanta generalidad y extensión que repercuten hasta el W. de Tánger, pues que pueden ser observados en el propio acantilado del Cabo Espartel.

La tectónica y naturaleza de la roca se refleja en las formas del relieve : así la zona de las Cudias no representa sino una meseta permotriásica que disecan los valles de los ríos Fenidak, Negro y Smir, en el horizonte del keuper y detrás de ella, como dominando esta especie de antepaís más litoral, las crestas rígidas, agudas, de brusca ruptura de pendiente de las montañas del Sistema yebálico-rifeño, formadas por las calizas liásicas.

La evidencia de estas observaciones sobre el terreno, interpretadas después a la luz de los principios fundamentales de la tectónica actual, confirman en definitiva las ideas geniales de Suess, antes adivinadas que observadas, acerca de que el Sistema Penibético de la Península ibérica se continúa en la cadena rifeño-yebálica, extendida de Yebel Musa a Guelaia. En ambas hay corrientes, debidos a empujes que han venido del Mediterráneo occidental, hacia el lado externo de esta inmensa curva, tendida entre el Cabo de la Nao, el Estrecho de Gibraltar y Guelaia. Conviene advertir, no obstante, que falta mucho por conocer, especialmente en el Rif central y oriental, hoy vedado por completo al europeo, y que tardaremos algunos años en conquistar, a causa de que en el reparto de Marruecos nos ha tocado en suerte el belicoso Rif, en donde ni los sultanes han podido nunca imponer su autoridad.

Es ya sabido de antiguo, en lo que afecta a la paleogeografía del Mediterráneo occidental, que viene produciendo bibliografía tan abundante, que el sistema montañoso rifeño-yebálico no sólo está en comunicación por el Estrecho de Gibraltar con el Sistema Penibético, sino que más al E. hay una verdadera cresta submarina desde la Península de Guelaya (Melilla) a Cabo de Gata, estableciendo una nueva continuidad más oriental entre el Africa y España. La isla de Alborán emerge de esta cresta como saliente único, y en ella encontró el geólogo Ossan una andesita (*alboranita*), acusadora de la dirección de toda una línea de erupciones volcánicas análogas a las del Cabo de Gata al N. y a las de la región del Rif oriental al S.

Ahora estamos ya en condiciones de explicarnos con mayor facilidad la concepción que asigna al Mediterráneo occidental el valor de un antiguo núcleo herciniano, hundido más tarde en fecha reciente, en su medio, en el interior de la curva de toda la zona plegada terciaria que le estaba rodeando : Punta Almina, Ras el Tarf, etc., no son más que reducidos vestigios del extenso primitivo núcleo, hoy hundido ; el Sistema Penibético, Yebel Musa, Yebel Garra, Sierra del Hauz, Yebel Dersa y toda la orografía del Rif, constituyen la zona plegada que ha quedado enhiesta en torno al núcleo roto y hundido, dejando el enorme espacio que hoy ocupan las aguas del Mediterráneo occidental. La cresta submarina de Cabo de Gata al Cabo de Tres Forcas, sin otra eminencia emergida que Alborán, acusa, con sus erupciones modernas, el hundimiento del núcleo herciniano, hoy bajo las aguas.

Es más que probable que el lugar donde se emplaza actualmente el Estrecho de Gibraltar, en el sitio en que la línea de montañas se incurva, no represente en realidad un sitio de ruptura, en que el eje orográfico se interrumpa por fractura, sino más bien una zona sumergida bajo las aguas marinas a causa de que los pliegues del sistema yebálico van siendo menos altos de cada vez, conforme se camina hacia el N., a partir de Yebel Quelti (2,200 metros), con la disposición alternante de anticlinales y sinclinales, que ya cuidamos de señalar que y da a la cadena su disposición en rosario indicada al principio.

Nuestro criado Embark ha traído hoy de los zocos una compra original : ha comprado *cuz-cuz*, una extraña cuzcucera cónica, de barro, llena de agujeros, indispensable en la lenta elaboración del plato nacional, y, entre otras cosas, un vino de gusto especial, de tonos amarillentos y extraordinariamente alcohólico, que le ha vendido un hijo de Israel, diputándolo por bebida de príncipes, y que no es más que una fermentación alcohólica del zumo de madroño. No podemos soportarle.

Pero nada llama tanto la atención de Embark y despierta tan vivamente sus dormidos entusiasmos como las municiones compradas para preparar los cartuchos. Sus ojos negros, en un fondo de amarillo atabacado, adquieren fulgor extraordinario ; sus labios finos se mueven con actividad no habitual cuando requiere las municiones, los tacos, los cartuchos y los va cargando con toda la competencia de un hombre de guerra. Toma mi escopeta de caza, la mira en todos sentidos, levanta el gatillo y se ve en él deseos de po-

seerla, no por ser buena, sino por tratarse de un arma. Después, siempre que marchábamos, en nuestras sucesivas etapas de Tetuán, y de este punto a Arcila, Larache y Alcazarquivir, solicitaba de mí le permitiese llevarla y era de ver la gracia con que se la cruzaba en bandolera, ya marchase a pie, ya a caballo. Los moros que atravesaban el camino se detenían ante él, le pedían el arma, la miraban en todos sentidos, se enteraban de su mecanismo, hacían además de apuntar, siempre gozosos, y terminaban por devolvérsela; después Embark, retrasado, nos alcanzaba a la carrera. Con frecuencia, en las marchas, sonaba un disparo: era Embark que había matado alguna tórtola o alguna garza blanca.

El capitán del tabor marroquí de Tetuán, Fernández Burriel (ahora en la brigada Berenguer), cuyo padre fué distinguido naturalista, nos favorece con su amabilidad, y en su deseo de facilitar nuestra misión, nos lleva a todas partes, siempre cariñoso y cortés. Nos ha conducido a las dos casas más fastuosas de Tetuán, mostradas siempre como una obligación tradicional a todos los viajeros que visitan la ciudad: son las de los potentados tetuaníes Sidi Mohamed el Hach y Sidi Abdelquerib el Lebadi, más espléndida ésta que aquélla. Son de ver sus escaleras magnificentes, sus patios solitarios, bañados en una luz igual y difusa, en el rumor manso del agua que brota de la taza central y llena de frescura el ambiente, en el cuadrado regular de sus arcadas árabes. Ocultas las mujeres en estrechas habitaciones interiores, que jamás enseña el huésped, escondidos también eunucos y servidores, estas casas inmensas parecen desiertas, a pesar de su fasto oriental. Por otra parte acentúa esta sensación de abandono la ausencia casi total de muebles, siendo digno de recordarse una colección de espejos con sus marcos que ocupan todo un testero, colocados como en un almacén, seguidos, unos al lado de otros. Hay en esta colocación cierto infantilismo salvaje, enamorado del espejo europeo, con sus marcos dorados, sin observar cuán profundamente desentonan en los arabescos de las paredes.

Vemos también el palacio del Jalifa, que ha de entrar solemnemente en Tetuán pasado mañana. A pesar de la proximidad de la fecha, el palacio está todavía por arreglar; las habitaciones llenas de escombros; algunos carpinteros cepillando maderas de cedro (muy común en Tetuán, en indicación de que este árbol existe en el Rif), impregnando el aire de su aroma, penetrante y balsámico.

En estas visitas nada sorprende tanto al europeo como los diminutos azulejos esmaltados con que se decoran suelos, paredes y fustas de columnas, formando con ellos dibujos caprichosos. Estos azulejos (blancos, azules, verdes, amarillentos, etc.), son de muy reducido tamaño, como de un centímetro cúbico, una de cuyas caras se tiñe del esmalte coloreado al horno. Después, con estos dados, los asoladores o albañiles van empedrando el suelo o la pared con tan menudos elementos, haciendo una labor fina y de especial agrado a la vista, pero sumamente cara por lo lenta, dado el número extraordinario de azulejos que consume cada metro cuadrado. La combinación de formas y colores da lugar a variados arabescos y hace más espléndidos y luminosos los conjuntos.

Completando el conocimiento de los azulejos que han excitado nuestra admiración, el capitán Fernández Burriel nos guía a unos yacimientos cercanos a Tetuán, no lejos de la hermosa Puerta de Tánger, en el trozo de muralla que mejor se ha conservado en Tetuán. Los yacimientos son hondas cuevas (Cuevas del Agesul), defendidas en su entrada por robustas chumberas, excavadas en el horizonte de las arcillas pliocenas gris azuladas que hemos reconocido ya bajo el cementerio israelita. Hay en ellas unos moros horribles, de dientes puntiagudos, cubiertos del barro ceniciento, que están incesantemente amasando las arcillas pliocenas para elaborar después, aun el barro blando, azulejos y vasijas, que modelan magistralmente a mano, cuya presión comunica extrañas plasticidades al material arcilloso. Después pasan al horno, en donde la peroxidación del hierro tiñe el barro de tonos rojizos: más tarde se añade al azulejo el color y el esmalte, obteniéndolos de una vez por millares, como granos de cosecha abundante.

25 de abril.

Cuando nos hallábamos organizando una interesante expedición geológica y botánica a las inexploradas montañas de Beni Hozmar, al S. de Tetuán, he aquí que de improviso recibimos de Madrid un justificado telegrama, ordenándonos marchar a Tánger con la mayor premura, a causa de especiales circunstancias que es preciso aprovechar. Le hemos recibido al atardecer, en la soberana caída de la tarde de estos climas, en nuestra huerta, en el momento en que el bosquecillo de granados comenzaba a llenarse de sombras, en la solemne paz vespertina africana.

Sin pérdida de tiempo procedemos a embalar todo, en la casita derruida: los fósiles, las rocas, las plantas. Después se da comienzo a la busca, aquí siempre pintoresca, de las caballerías de alquiler, chalaneando con los moros astutos, hasta que, por fin, hemos alquilado a un español unas caballerías y a unos moros las restantes. Hay necesidad de entregarles las arras, medio duro *hassani* o moruno, en señal de que el trato queda hecho, con el derecho de apropiárselo si nosotros faltamos a lo convenido y la obligación de devolverlo si son ellos los que incurren en falta.

Después nos despedimos con sentimiento del inteligente general Alfau, quien se muestra también sorprendido por nuestra renuncia a presenciar las ceremonias de la entrada del Jalifa, solemnidad que tendrá lugar pasado mañana, y en la que ya teníamos designado nuestro puesto correspondiente en la tribuna de Autoridades. Por última vez pisamos el umbral de la residencia general, donde tan bondadosamente se nos ha tratado, abrigando la convicción de que fué un acierto encomendar a hombre de las dotes de inteligencia y buen sentido del general Alfau el porvenir de la zona, hasta el extremo que no vacilamos en considerar como un error la rectificación de política operada en julio del año anterior.

A la noche, durante la madrugada, intentan robarnos los caballos, propiedad de los hermanos Escalera, abriendo de par en par la puerta de la huerta, en pleno despoblado; los dos criados, Embark y Aliesib, éste último armado de un cuchillo, persiguen a los ladrones, y nos despiertan con sus gritos de alarma. Finalmente, nos vemos libres de los asaltantes, y en nuestro poder queda todavía el hermoso caballo blanco, objeto de su codicia: recuperamos el sueño cuando comienza a despuntar el alba.

Viaje de Tetuán a Tánger

26 de abril.

Los alquiladores de caballerías han sido puntuales a su cita. A las nueve de la mañana tenemos ya cargados dos caballos morunos, fuertes, nerviosos, resistentes; un burro de escasas fuerzas, y los expedicionarios nos acomodamos en otras cuatro caballerías de silla. Con gran sorpresa, por mi parte, me veo en lo alto de un enorme caballo blanco, de anchos cascos, noble y pacífico animal como ninguno. Embark, con su escopeta a la espalda, nos sigue a pie, y

después de atravesar en reata las estrechas calles del Tetuán bellísimo, que revive en mí tantas veces, gritando el ¡bala! ¡bala! a todo caminante, abandonamos la ciudad por la Puerta de Tánger, avanzando por calladas callejuelas.

Se ven todavía en ella los puntiagudos garfios de que colgaron las cabezas de los Beni Ider, vencidos asaltantes de la ciudad años atrás, en uno de tantos ataques como ha sufrido el rico Tetuán por parte de los montañeses. Existe siempre una rivalidad latente en esta región entre el moro de la ciudad, urbano y rico, y el pobre montañés, guerrero y miserable; han sido muchos los asaltos sufridos por Tetuán de parte de estos moros del campo, que se han entregado al pillaje, sumergiendo a los judíos desventurados en el terror más profundo. Han sido los hebreos los más favorecidos con la conquista y ocupación de las plazas por las fuerzas españolas, pues que ahora tienen garantida su libertad y su dinero libre de la rapacidad montañesa.

Compréndense estos ataques repetidos del campo a la ciudad, no ya tan sólo por diferencias étnicas y por la codicia que despierta la rica Tetuán, sino porque faltan en Marruecos vínculos sociales que unan a todos sus naturales en una fuerte nacionalidad. Cuando el marroquí pelea defiende más su propiedad que su patria: falta entre los moros trabazón, disciplina social. Las kabilas no son partes homogéneas de un todo, sino tribus antagónicas y enemigas. La ciudad es un islote en medio del campo hostil que la rodea, que la intimida y la saquea cuando le place. Circunstancias accidentales, razones transitorias, pueden unir en un mismo sentimiento a todo un grupo de kabilas y llevarlas juntas a la guerra, pero en la pelea cada una luchará por su cuenta, y en cada kabila cada hombre será ante sí su propio capitán, que peleará aparte de los demás, sin someterse a disciplina ni autoridad alguna, sin mengua de su independencia.

Apenas salidos de Tetuán, nos felicitamos por no haberse presentado ningún incidente con los moros que retrasase nuestra marcha, cuando he aquí que de súbito comienza una porfiada querrela entre el español de las caballerías de silla y el moro de una de las de carga. Nuestro compatriota deseaba añadir a la carga unos pequeños sacos llenos de cebada para la alimentación de las bestias durante las dos jornadas que había de durar el viaje; el moro, irritado, no consentía en añadir nada nuevo a lo que él reputaba un peso ya excesivo. La disputa llegó a hacerse muy violenta: el marroquí,

digno y terco, antes de acceder al deseo del español, consintió en deshacer el trato, librando a su caballería de toda la carga, renunciando al alquiler y al viaje, reintegrando el medio duro hassani, que en arras se le había adelantado, y regresando, con gesto altanero, montado en su mula, a su amada Tetuán. Nosotros, pacientes, aplaudiendo en lo íntimo su fiera actitud, hubimos de esperar a que se encontrase otra mula donde llevar el bagaje abandonado en el camino.

El itinerario de hoy, de Tetuán al Fondak de Ain Yedida (Fondak de la Fuente Nueva), muy recorrido ya por todos los viajeros que han visitado el Marruecos nord-occidental, presenta un camino de los más pintorescos. En un principio se va remontando el curso del Uad el Martín, de E. a W., el cual, antes de recibir el Uad el Hayra, y cuando se interna hacia la kabila de los Beni-Ider (en dirección al S.), recibe el nombre del Uad el Xekor. Los llanos del Martín hacia el W. son muy fértiles vegas que demandan un intenso cultivo de olivo y cereales. Se extienden casi hasta el propio Puente Busfeja, dominado por Dxar Lauzien, teatro hoy, y durante medio año de 1913, de tan cruentos combates; desde la confluencia del Uad el Jemis (que viene del N. W.) con el Uad el Xekor (procedente del S. E.), el camino tuerce un poco al NW. hasta alcanzar el límite de la turbulenta kabila de Wad Ras (Uad Ras), que evoca el recuerdo de la guerra de 1860 (fig. 23).

El trayecto conserva su aspecto de fértiles vegas, llenas de cultivos, sucediéndose sin interrupción, hasta que por las cercanías de los límites de la kabila citada se accidenta el terreno y la línea ondulada de las lomas limitantes se hace más áspera y quebrada: no es sino la influencia en el modelado del relieve de la distinta erosión del permo-trías que aquí aparece en enormes manchones, sin interrupción hasta el Fondak, dando al suelo los tonos rojo oscuros de sus abigarradas areniscas. Toda la región montañosa que se extiende hacia el N. del camino del Fondak hasta el Estrecho, está por conocer todavía; pero ha de explicar la tectónica de la cadena. Señalemos la depresión por donde corre el Uad el Jemis, verdadero valle longitudinal, por su importancia en la Geografía humana; en él se halla el Zoco del Jemis de Andyera, el más famoso de la región, al que acuden miles de kabileños armados.

Por estas lindes nos salen al camino algunos moros de amenazadora catadura, no a causa de la miseria en que se envuelven, cuanto por la dureza de su gesto, encargados de la *m'sala* (especie de aduana

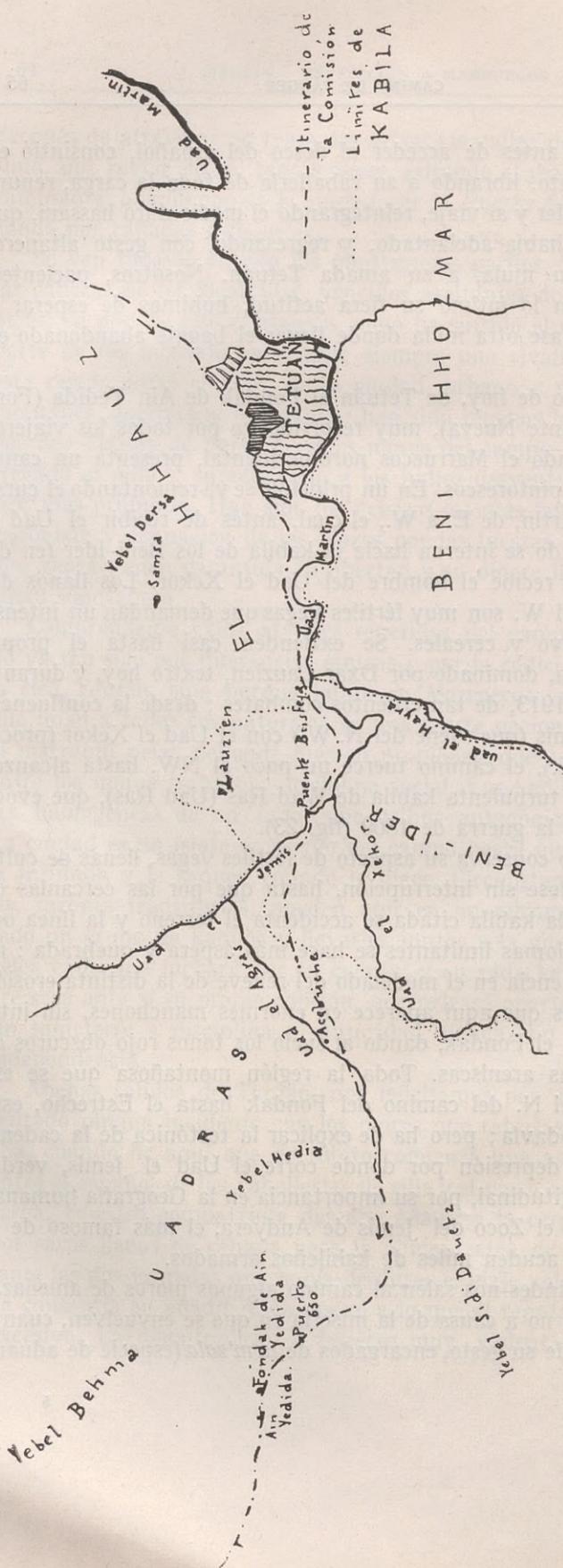


Fig. 23

Itinerario de Tetuán al Fondak de Ain Yedida

(Del croquis del Imperio de Marruecos por la Comisión del Cuerpo de E. M. del Ejército)

Escala 1:100,000

en los linderos de las kabilas en donde se paga un cierto derecho de peaje variable con las circunstancias del país y... aun las del viajero), que, con ademán exigente, pedían ¡Favor! ¡Favor! o ¡Flux! ¡Flux! (dinero), recordando las maneras del pobre que, con un trabuco, pide limosna en Gil Blas de Santillana. Se contentaron con la muy corta cantidad que les brindamos.

El camino se va estrechando en tanto converge hacia el Uad el Agrás, cambiando entonces bruscamente de aspecto el territorio que súbitamente se embellece : el hermoso desfiladero del Fondak aparece como una trinchera entre montañas, angosto como un embudo y vestido de su vegetación espléndida.

A su entrada, junto a Ain Trafel, como un heraldo eterno, viene desafiando los siglos y los hombres, un gigantesco acebuche (*Olæa oleaster* D. C.), milenario, cuya copa, enorme y paternal, invita a un alto, protegiendo con su sombra a toda nuestra caravana y a unos cuantos moros que se nos unen, con todas sus reatas, buscando mayor seguridad en el paso temeroso de este desfiladero, mantenedor de toda una fundada tradición de violencias y asesinatos. Todos nos refugiamos, allá a las tres de la tarde, bajo el espeso follaje, salpicado actualmente del blanco crema de sus flores, promesa de abundante cosecha, del solitario acebuche patriarcal, para comer : después fotografio el curioso ejemplar, aquí reproducido (fig. 24).

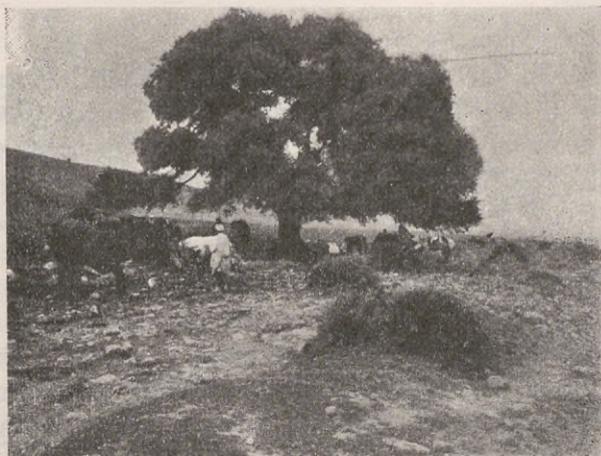


FIG. 24

Un acebuche milenario, con la caravana bajo su copa, no lejos del Uad el Agrás, a la entrada del desfiladero del Fondak de Ain Yedida. En el primer plano, palmitos (kabila de Uad Ras)

Finalmente, cuando el espíritu anda recreado en la maravilla del paisaje, se corona el puerto de la collada (650 metros de altitud), divisoria de aguas mediterráneas y atlánticas, abierto en el eje orográfico potente que viene desde el NW. de Andyera y cuyos macizos limitantes toman aquí los nombres de Yebel Behma, muy abrupto del lado atlántico y Yebel Sidi Dauetz, este último más bajo que

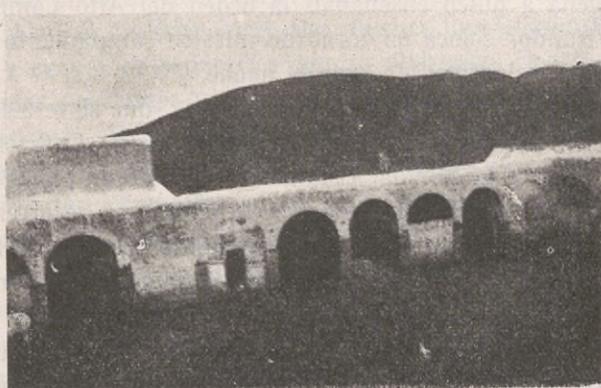


FIG. 26

Interior del Fondak de Ain Yedida (la torada abandonó el patio al despuntar el día 27)
Al fondo, Yebel Behma

el anterior, pero dominando la izquierda del camino. Ahora es cuando todo cede al encanto del panorama : a la espalda los hondos valles del desfiladero, con el tono sombrío del lentisco al atardecer y delante el espléndido escenario de lomas y colinas extendidas hasta Tánger, doradas débilmente, en un vaho azulado de ensueño, por los últimos rayos de un sol que se pone, hundiéndose en el mar. Como a un kilómetro del puerto, ya en la vertiente atlántica, enhiesto en una eminencia rocosa, semejante a un castillo feudal, el Fondak de Ain Yedida, refugio obligado del viajero que marche a Tánger. Resulta confortante, consolador, este débil abrigo en medio de los inquietos hijos de Wad Ras, en el cruce de los muchos caminos que en él confluyen y que conservan, con todo el justo orgullo de una ejecutoria, una sombría leyenda de crimen. Así el viajero, cansado, además, de permanecer todo un día a caballo en la molesta silla moruna, respira satisfecho cuando llega a esta especie de parador,

enorme corralón cuadrado con una galería de columnas en su interior que lo circunda, con dos cuartuchos, reducidos e infectos, situados a ambos lados de la puerta única y que pueden alquilarse para dormir. A la sazón, el patio central estaba ocupado totalmente por una torada y los cuartitos laterales por dos butanas y un su criado (preparándoles el té) que marchaban a Tetuán (fig. 26).

No hay otro recurso sino acampar al exterior, al abrigo de su tapia meridional, protegidos por el pequeño destacamento de policía indígena a quien enseñamos la orden del Alto Comisario : el sargento Kandor coloca en torno de nuestro campamento dos centinelas, que no duermen en toda la noche.

Hemos levantado dos tiendas : la grande, que sirve a la expedición de casa cómoda, y otra más pequeña, donde Embark atiza el fuego y nos hace la comida. Estamos al lado de un oficial de caballería del ejército sueco que invierte su licencia en recorrer Marruecos, y en este momento le hemos sorprendido preparando la piel de una *Ciconia Abdimii* que acaba de matar. Viaja como un gran señor, seguido de dos criados, uno de ellos descarado y vestido como un moro de opereta (con pantalones rosa y unas extrañas ligas azules), que, aprovechando la ignorancia del sueco sobre el país y las costumbres, le viene explotando lindamente y poniéndole por cada docena de huevos precios de nabab.

En la paz callada, mientras el sol se pone, se ensombrece más el tono severo verdinegro de los lentiscos, espesos y prietos, en tanto las cumbres de los collados se recortan en un fulgor violeta. No lejos del Fondak se funden en la obscuridad las siluetas de toda una fila de moras, acurrucadas, silenciosas, como inmóviles cariátides, en contraste el verde de los haces de hierba fresca que ofrecen en venta con el albo de sus paños impolutos.

Hay mucho de grande en el silencio de la soledad de estas gargantas, en tanto los centinelas de la policía indígena pasean ante nuestra tienda, guardándola, bien ajenos a que un mes después de nuestro paso los kabileños de Wad Ras habían de hacerles sus prisioneros, internándoles en la agreste kabila.

Situados ya en la vertiente atlántica de Yebala, es ocasión de decir dos palabras acerca del carácter de las relaciones entre la morfología del relieve y la índole y distribución de la red hidrográfica.

Aun cuando, localmente nada más, la vertiente occidental de Yebel Behma sea más abrupta que la oriental, el hecho general es que el lado mediterráneo, próximo al mar, de la cadena yebálico-

rifeña es mucho más abrupto e inclinado que la vertiente atlántica, larga y tendida, patente disimetría resultante del hundimiento del primitivo núcleo existente en las hoy aguas del Mediterráneo occidental.

El relieve del lado mediterráneo de la cadena está constituido por valles hondos, normales a la dirección general de la costa, separados por crestas cortantes y jóvenes. En oposición, los valles de la vertiente occidental, pertenecientes a las redes hidrográficas de los ríos más importantes (Uad el Hharixa, Uad el Jarrub (1), Uad el Haxef, Uad el Lukkos, etc.), son muchos menos profundos, más abiertos, y en vez de separarles agudas divisorias, tienen sus cuencas divididas por lomas y colinas de suaves contornos. Parece que éstos están más próximos a su perfil de equilibrio (algunos lo han alcanzado ya como el Uad el Haxef, Uad el Lukkos, este último en su curso inferior, demuestra ser un río muy viejo), en tanto que los que hienden los pliegues del lado mediterráneo son ríos mucho más recientes, en los comienzos de su labor erosiva, a causa de que el hundimiento del Mediterráneo occidental rejuveneció vivamente la geografía y las aguas corren por un relieve reciente y fresco.

El carácter de la erosión fluvial, de mayor actividad en el lado mediterráneo, a causa de la mayor inclinación en la pendiente, explicará las frecuentes capturas que la vertiente oriental habrá verificado y verificará todavía, de los ríos de la vertiente opuesta. Así, ya advierte Gentil que el Uad Isumaten, en su alto valle, que nosotros llamamos Uad el Hexaix, cruzado por De Foucauld cuando su atrevida expedición a Xexauen, debió pertenecer a la cuenca superior del río Luccus, y hoy vierte, con ocasión de su captura, en el Mar Mediterráneo.

El alcance de los problemas que aquí se esbozan no escapará a ningún geólogo por poco perspicaz que sea, pero ya se observa que empezamos por no conocerlos apenas, a causa del desconocimiento que del país se tiene.

27 de abril.

Apenas amanece tras Yebel Behma, en la frescura matinal de los rocíos africanos, estamos ya en pie, hablando, en francés, con el oficial sueco, que me pregunta el nombre del palmito y del lentisco,

1 Uad el Jarrub, o río de los algarrobos (*al-jarrub*, algarrobo).

despierta su curiosidad por tales plantas tan distantes y extrañas a la flora de Suecia, y de otra parte tan abundantes en todo Yebala.

Acomodada la carga, puesto todo en orden, estamos disponiéndonos a partir en el momento en que surge el diligente arrendatario del Fondak, soberbio tipo masculino que, ya la tarde anterior, en tanto con brazo potente clavaba los piquetes, ayudándonos en la tarea de levantar la tienda, había llamado nuestra atención por su belleza varonil. Viene a exigirnos un real por cada caballería y algo más por cada uno de nosotros, moros y cristianos, como si hubiéramos dormido en el interior del Fondak, cuando hemos pasado la noche fuera de él, en pleno campo. Se le hace ver que no le somos en nada deudores y condescendientes, más sólo a título de gracia, estamos dispuestos a concederle una propina, que se le pone en su mano. En un rasgo digno, demanda su injusto pago y rechaza la dádiva, como hombre de sana moral : admiramos la energía y el rasgo del bello bárbaro, pero no pasamos por su exigencia. Extendemos, a petición propia, un documento laudatorio para el sargento Kandor y los soldados moros a sus órdenes, a causa de lo bien que nos han guardado, y a las seis y media partimos para Tánger, no sin pasar antes por Ain Yedida (*Fuente Nueva*) y beber de su agua fresca.

En la propia Ain Yedida se bifurcan dos caminos principales : al S. W., el que conduce a Arcila (siguiendo los valles del Uad el Hharixa y cortando el del Uad el Jarrub), y al N. W., marcha el que lleva a Tánger, siguiendo el curso tranquilo del Uad el T'Zelata de Wad Ras, que, aguas más arriba, tiene por su afluente principal Uad el Aquiba del Fondak.

Hemos desembocado en un país de gran uniformidad, sin un bosque, constituido todo él ya, hasta el propio Tánger, por llanuras de regular amplitud, recortadas suavemente por líneas de colinas de dulces contornos, de fresco verdor en la espléndida primavera por que atravesamos. Todo el campo está sembrado de cereales (cebada, trigo), hasta el horizonte mismo, en esta luz difusa de abril, en tanto suaves cefirillos hacen ondular las espigas balanceantes y llenan el manto de verdura de irisaciones de esmeralda, en el eterno poema del campo. Por encima de los agros, sobre las llanuras dilatadas, unidas de paz, algunos moros conducen su arado, sacerdote que pone al descubierto las entrañas de su víctima, preparando la tierra para la siembra del sorgo ; sus paños, blancos y de am-

plios pliegues, que llegan a veces hasta el suelo, evocan, en la mansa quietud, los pasados tiempos bíblicos, de sencillez y de unción.

Ahora, en el camino silencioso, se van haciendo frecuentes los santuarios, de blancas kubbas, envueltos en misterio, en el centro de un bosquecillo de palmitos, de intento dejados crecer, en tanto algunos grupos de moros jadeantes, cubiertos del polvo del camino, tienden, ante ellos, sus manos suplicantes. Pasan también caravanas de miserables mujeres cargadas, oscilando, inclinadas, al peso de sus fardos, en tanto el viento ondula sus cortas faldas listadas de rojo o de azul.

Sobre la una, después de cruzar un repetido paisaje de colinas, damos en el vallecillo del Uad el Yuma, de escaso caudal, en cuyas aguas cenagosas algunos galápagos asoman su obscuro caparazón. Hay en sus orillas algunas adelfas, única nota de vegetación en el paisaje terroso y desolado. Al N. W., la colina de Yebel Zinat, en cuya base estamos comiendo, a diez minutos de la residencia del Raisuli, el famoso bandido. Días más tarde no hubiera podido pasarse por allí, so peligro de ser secuestrado.

Cuando de nuevo montamos a caballo para reanudar nuestra marcha, nos hallamos a muy poca distancia del Uad el Taifín (aguas más abajo llamado Uad el Quebir (1) y casi en la desembocadura Uad el Mharhar), que cruzamos, para kilómetros después atravesar el límite del hinterland tangerino que se ha declarado internacional.

El santuario de Lal la Saida está ya en la kabila de El Fahhz, de Tánger, substraída, casi en su totalidad, al influjo de nuestro protectorado.

Así hacemos los 40 kilómetros que vienen a separar el Fondak de la ciudad de Tánger, en la que entramos por su playa espléndida, a media tarde, después de cruzar su cordón de dunas, enteramente rendidos de cansancio.

El espíritu sufre en la travesía por las calles hasta la puerta del hotel, que está en el Zoco grande o de fuera, los primeros contactos, duros e inesperados, con la fuerza original de esta ciudad sin semejante.

(1) Uad el Quebir, esto es, el río Grande, palabras de donde proviene también, por corrupción, el nombre de nuestro Guadalquivir.

Tánger

28 de abril.

Por la mañana nos despierta el morito del hotel, un jovencuelo indígena vestido de chillones paños, tocado con un fez rojo, que emplea la casa para servir a la mesa, en su deseo de dar a todo un sabor oriental, quizá porque la comida no tiene ninguno. La presencia del morito alquilado nos recuerda que estamos en Tánger, la Tanya de los naturales, que tiene tan marcado su carácter original, con ciertas pinceladas de opereta bufa, siempre con el fin de la explotación del turista.

Su especial y favorable topografía, a las puertas mismas del Estrecho, la convierte en un puerto, a propósito cual ninguno, para poner en relación y contrastar civilizaciones y pueblos. Esta misión fundamental que hoy cumple la ciudad, la viene seguramente desempeñando desde los más remotos tiempos; en el otro extremo de la orilla meridional del Mediterráneo parece representar un papel análogo a la gran Alejandría.

Lo que más sorprende a quien por primera vez la visita es el carácter de su intenso cosmopolitismo: en este sentido, solamente en éste, parece el París de Marruecos. Después, el peso de su fuerza original impuesto en seguida al más indiferente.

Viven en Tánger tres poblaciones, no superpuestas, sino entremezcladas, aun cuando cada una se guíe particularmente por sus costumbres y creencias: la indígena, la judía y la europea, compuesta esta última por súbditos de todas las naciones de Europa, principalmente españoles, franceses e ingleses. De la mañana a la noche se oyen hablar en el Zoco chico y en el Zoco grande toda suerte de lenguas en una confusión de Babel, y se ven pasar, en revista interminable y variada, las más extrañas y opuestas indumentarias, desde la chilaba mora al chaqué europeo y de la chistera al fez. ¡Qué no decir de la variedad de tonos y de cabellos! Desde el rubio del sueco o del inglés que pasean absortos por el Zoco hasta el negro intenso de azulados y bruñidos destellos, parecen haberse dado cita todas las razas del heterogéneo Imperio.

Todos pasan y se confunden, y cuando la vista se detiene en el bello bereber, habitante y señor de la montaña, he aquí que le sucede la visión de la inglesa rígida, cabalgando en la roja silla moruna,

seguida del dueño de la caballería, pulido, de cuidada barba rizada, como un moro de zarzuela, poniendo en la paleta, bajo el sol que abrasa, su nota cálida de color. No hay lugar al comentario, porque aquí viene la masa carnosa de la negra del S., horrible y flácida, sin turgencias y preferida, no obstante, del señor, entre las árabes del serrallo y detrás un franciscano, de los que pululan en Tánger... sin evangelizar absolutamente a nadie y cuidándose muy bien de no salir al campo más allá del tabor extraurbano, que es francés, en tanto que el del interior de la ciudad es español. Allá cruza un viejo judío llevando encima de los hombros, alrededor del cuello, un carnero desollado que va goteando sangre, y no lejos marcha un santón, con un alto cayado, los cabellos caídos sobre su espalda y de amplias vestiduras verdes, entre el respeto de los moros y la indiferencia de los demás. Los dos zocos hierven en tipos diversos del mundo oriental y de la vieja Europa que ha vertido allí sus lacras, más sus vicios que sus virtudes. Pues si esto es ahora, si ocurre en este momento histórico, en estas críticas circunstancias, ¿qué de pueblos y costumbres no se habrán entrechocado en Tanya con motivo de las empresas fenicias, romanas y árabes, principalmente! Y si miramos al porvenir, ¿cuáles serán las sorpresas que Tánger reserve al mundo?

Esta vejez milenaria hace a Tánger indulgente y tolerante. Asombra pensar que hay mayor tolerancia religiosa en Tánger que en muchas capitales españolas. Los franciscanos españoles tienen en el Zoco chico su magnífica residencia : su campana domina los ruidos de la animada calle, en tanto por delante de la puerta pasan los entierros árabes, cuyos asistentes marchan cantando en alta voz. Verdad es que esta tolerancia admirable en que la vida se desenvuelve y fructifica, está ya contenida en el propio Corán, cuando afirma que sólo los ateos no serán salvos, pues que los creyentes en Dios, aun fuera de la religión mahometana, no quedaran excluidos del Paraíso. Fraternidad que no todas las religiones contienen, y menos aquéllas que cuando no convencen practican el exterminio.

La multitud nos conduce empujados hacia la playa, tendida como un collar en torno de la hermosa bahía. Hay aquí en el agua y en la tierra otro mundo más próximo a Europa ; no sin motivo se ven allí enfrente las costas de la España amada. Aquí están las casas consignatarias, cafés y diversiones francesas, y pasean, como en París, confundidas entre las mujeres honradas, bandadas de elegantes *cocottes*, flor delicada, pero resistente a todos los climas, y que en

ocasiones representa papel esencial en las empresas coloniales de la Europa que se desborda. No falta el café francés con su señorita del piano, siempre primer premio del Conservatorio de París y un señor grave que la acompaña tocando un violón, ya blanquecino por la colofonia ; los mozos son, invariablemente, moros vestidos de azul y rojo, que hablan tres o cuatro lenguas. El ojo vigilante de Europa tiene en la bahía un crucero español y otro francés : entre la bruma se dibuja, a lo lejos, Gibraltar, como una amenaza.

En el filo espumoso donde rompen las olas, algunos moros tiran del copo y arrastran la plata reluciente del pescado, lo mismo que en la costa española de enfrente, y otros, enteramente desnudos, se bañan tranquilamente ante la sociedad elegante que pasea sus encajes y sombrillas, en amplia feria de vanidades. Hay cierta impudicia, pero del todo amoral : el que se baña se desnuda para meterse en el agua, sin que los demás se den por enterados.

A la vuelta, recorreremos el laberinto de callejuelas tangerinas, en donde se halla la oficina española de telégrafos y al salir al Zoco chico, pasamos por una callejuela que se llama de Curro las Once, quizá en recuerdo de algún pícaro español. Pero si se desea sorprender a Tánger en su mezcolanza internacional, no hay sino marchar en dirección al monte de Tánger y se recorrerá un paseo que lleva este nombre original bilingüe : « Carrefour del mar ».

Las tiendas no ofrecen menos variedad de nombres y de artículos que el interesante mundo de las callejas. Tiendas que tienen todos sus letreros en inglés, pero que se hallan en manos de algún malagueño o de otro nacido en la propia playa de Sanlúcar ; almacenes franceses, ingleses, alemanes, llenos de artículos capaces de satisfacer la demanda más exigente del turismo, aquí en plena exuberancia ; las tiendecillas miserables de los judíos, miserables, mugrientas ; las más luminosas de los moros, tendidos en el fondo, fumando indolentemente su pipa. No faltan bazares orientales, en donde se venden relucientes objetos de Tánger y de Fez, como eskaras, lozas y armas del país, y *sotto voce*, en la penumbra de la trastienda, artículos eróticos de todos géneros.

Todo contribuye a acentuar el cosmopolitismo de Tánger, la convivencia de razas bajo principios de un mismo derecho natural. Ya acostumbrados a su fuerte sabor, extraño y único, no nos sorprendimos al leer en la puerta de una imprenta : « Invitaciones para bodas, bautizos y circuncisiones ».

Se publican periódicos de todas las nacionalidades (españoles, franceses, ingleses, alemanes), que representan en Tánger algún grupo de súbditos o algunos intereses ; la sinceridad obliga a decir que el mejor de los nuestros, es todo un periódico provinciano. No faltan otros en árabe, aunque redactados por españoles y franceses, como *Et-Taraqqi* o *El Progreso*, todo él impreso en los elegantes caracteres arábigos, excepto su mixta cabecera, en francés y en el idioma nacional (fig. 27). Se le ve mucho en manos de los comerciantes moros, allá en el fondo de su tienda-armario, en tanto aguardan la llegada del comprador.

La tarde la empleamos en subir a la empinada Alcazaba (1), donde los marabuts son tan blancos y bellos, y en la visita a la cárcel mora, no lejos del tribunal indígena donde el kaid administra justicia. En esta hermosa Tánger, la ciudad de las más cosmopolitas del globo, que vive amplia vida de libertad y de derecho ; país de capitulaciones, de jurisdicciones diversas que se cruzan en conflicto, los moros, en el retiro pacífico, como un remanso, de la parte alta de la ciudad, administran justicia. El caid, con dos adjuntos, preside y forma el tribunal, bajo un hermoso pórtico ; delante de él, a veces de rodillas, comparecen los litigantes con sus quejas, diferencias y querellas. A voces, indignados, dando adecuado colorido al tono de su discurso, las partes sostienen sus puntos de vista, con frecuentes intervenciones del caid. Visto el pleito que puede ser en queja contra la propia administración, el tribunal sentencia, y los litigantes se retiran, contentos o disgustados. Al aire libre, bajo los porches, otros moros comparecientes que esperan su turno o simplemente curiosos, asisten a las vistas y siguen con interés su proceso.

No lejos está la cárcel (fig. 28), cuya entrada llena en sombras una higuera. No tiene más que dos calabozos : en uno se hallan metidos los criminales de faltas leves ; en otro están encerrados los acusados de mayor delincuencia, pero no hay otra clasificación de delitos. El calabozo es sencillamente una habitación oscura, sin más



FIG. 27

Cabecera de *Et Taraqqi* (El Progreso), Semanario tangerino

Número del 31 de mayo de 1913
(1331 de los moros)

(1). Para más detalles, léase: G. Salmón: «La Kaçba de Tánger» (*Archives maroc.*, tomo I).

abertura visible que un orificio circular por donde los malhechores asoman sus caras siniestras pidiendo tabaco al visitante. Se disputan el aire y la luz que entran por esta abertura, lo mismo que perros, y se golpean entre sí, triunfando el más fuerte. El erotismo de la raza, sobreexaltado con el encierro, busca sus víctimas entre los más

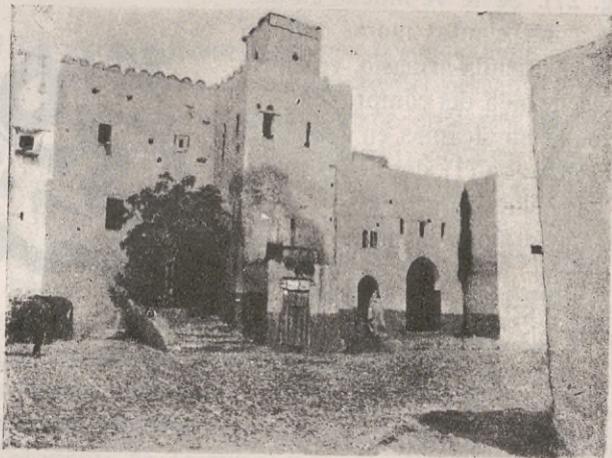


FIG. 28

La Cárcel de Tánger

La higuera señala la puerta de los presos por delitos menos graves ;
el alcaide está a la entrada de los otros calabozos

débiles en las tinieblas de la celda única, ante la indiferencia del alcaide, un moro repugnante que les disputa la mitad de las propinas, no obstante pedir él también otra cantidad por la visita. Aparte, pero en el mismo edificio, está la celda de los detenidos o condenados por delitos mayores, más amplio, y en el que los encerrados están atados con cadenas a unas columnas. El vestíbulo de entrada ofrece, en decoro de sus paredes, multitud de eskaras de palmito, de vivos colores, colgadas de sus muros ; se deben al trabajo perseverante de los presos, que las venden al visitante en beneficio de sus alcabalas, si no fuese porque las manos rapaces del alcaide intervienen en el peculio. Son siniestras las caras lamentables de estos confinados, asomando osados por el agujero estrecho, los ojos negros relampagueando en la sombra.

29 de abril.

Mas nada es tan pintoresco y atrayente en Tánger como sus dos zocos, el grande o de fuera y el chico o del interior de la ciudad, la verdadera *kaisería*, que comienza en el grande y termina frente al edificio morisco del correo español. Ambos presentan distinto carácter: el primero, es una extensa plaza irregular; el segundo, una calle estrecha en pendiente hacia el correo español, pero tan animado el uno como el otro.

Por la mañana el Zoco grande, en donde se hallan muchos hoteles resplandecientes sobre la carroña y en donde se encuentra también la hermosa Embajada alemana, de estilo morisco, la plaza rebosa en tipos heterogéneos y da a los ojos impresión agradable y abigarrada de colorido. Bajo tenderetes de todas especies, entre cajones, pipas, serones, camellos, borriquitos y relucientes mulas de alquiler, que conducen turistas al monte, se encuentran vendedores de frutas, de hortalizas, de velas, de azúcar y las silenciosas vendedoras de pan que exponen su mercancía en el suelo, formando altas pirámides. Vendedores y compradores, son de todos colores, de todas las razas y entre los grupos, ricos en líneas y en color, cruza el vendedor de agua (*garrabas*), semidesnudo y astroso, con su pellejo de cabra lleno de agua, colgado a un costado, sonando una campanilla de latón, anunciadora de su mercancía y gritando de vez en cuando: *¡El ma el Al-lah!* (¡el agua de Dios!). Allá pasa orgulloso en su mula, ricamente enjaezada, el moro notable, en su blanco traje, delante del caballete de la inglesa que en pleno zoco toma sus acuarelas interesantes.

En todo un lado del mercado, hay unos cafetines aéreos, barracas de madera suspendidas en el aire, dominando los tenderetes y toldos del concurrido zoco, llenas de moros que han trepado por una escala hasta el cafetín y están sentados en cuclillas, grave y silenciosamente, en torno a las tres únicas paredes del establecimiento, tomando su té o fumando su pipa en el ventilado tenducho, medio oculta su cara por la capucha de la chilaba, recogiendo la animación y griterío del zoco extendido a sus pies.

A la tarde, decaída la loca animación de la venta, el zoco se llena de aissauas, de esgrimidores de palo y de narradores de cuentos o historias, primeras manifestaciones de un teatro estacionado y que no llega a mayor desarrollo en Marruecos. Se sientan alrededor de estas distracciones docenas de moros que escuchan y miran en

silencio y aplauden o reprueban los gestos y ademanes del actor que narra, según acierte o no a vivir la acción que describe.

Yo me he detenido muchas veces, en la parte más alta del zoco de Fuera, ante un aissaua de tez oscura y expresiva, nariz bellamente aguileña, ojos vivos, espesa melena negra que le cubre los hombros y grandes aretes en sus orejas. He formado parte del corro, entre los moros en cuclillas, en su mayor parte kabileños de los aduares próximos y extasiádome ante sus ceremonias, siempre consistentes en tañer el bronco pandero sin rodajas, de notas opacas, invocando a las serpientes para que salgan del saco, hasta verse obligado, como de costumbre, a introducir el brazo hasta el codo para sacarlas. Ahora comienzan sus saltos, sus gritos, sus voces, entre los gestos animados que han de durar todo el día, sin quebranto de su garganta, coreándole los asistentes en algunos pasajes, para mí misteriosos, muy especialmente los chicos que encuentran en ellos motivos de holgorio.

El sol africano que todo lo ilumina, abrillanta y define las líneas, recorta las masas de color en el cielo de un azul intenso y luminoso, entre montones de estiércol, restos de verduras podridas y el ejército de moscas atraídas por el olor picante de toda clase de carroñas y podredumbres.

El zoco chico, es una calle estrecha (con todo, de las más anchas), donde reside el comercio de tienda, sin puestos ambulantes. Aquí las tiendas de europeos, las de moros y las de judíos que lañan y arreglan, en sus angostos chiribitiles, toda suerte de objetos varios. Aquí toman café negociantes de todos los pueblos, en tanto desfilan por la calle reducida vendedores de postales, de mesitas moriscas afiligranadas (*taifor*) y se ofrece la prostitución mora entre franciscanos y santones que pasan meditabundos. Los comercios indígenas y judíos tienen su mostrador a ras del edificio, en forma que el comprador queda detenido en la acera.

El melaj, con ser tan característico como en Tetuán (1) y de colores tan chillones, no está cerrado; sus calles estrechísimas y empinadas, tendidas hasta la Alcazaba, se llenan de niños hebreos que salen de las puertas sombrías.

Desde el día 22 (ya nos sorprendió en Tetuán), se hallan los judíos en Pascua, Leth Mimuna, en celebración de su salida de Egipto,

(1) Nuestro encargado de Negocios diplomáticos en Marruecos, el novelista M. López Roberts, está preparando una interesante novela sobre los judíos de Fez, los más tradicionales del Imperio, de menos contacto con Europa.

libres del yugo de los Faraones. Hoy 29, termina el período de sus festividades con la fiesta de las tortas o de las mesas, que tiene lugar a media noche. La fiesta, para ellos muy principal, consiste en reunirse a las doce de la noche las familias y los amigos para cenar en torno a mesas que rivalizan en el adorno, en la iluminación y en la cantidad y calidad de los manjares. La mesa queda decorada y alumbrada profusamente con los viejos candelabros familiares, en cuanto es de noche, y expuesta a las miradas de todo el mundo, pues que para ello abren adrede puertas y ventanas, impregnando la estancia en la suave fragancia primaveral. Es de precepto hebráico invitar a los extraños y así, cuando nos detenemos, ya de noche, en la calluja oscura ante una ventana resplandeciente, salen dos hebreos y tuteándonos como es costumbre en el país, nos invitan cortesés a honrar su mesa.

Encantados de su cariñosa fraternidad, nos sentamos ante la mesa espléndida, rebosante en fruteros de todas clases, repletos de extrañas golosinas y confituras, de naranjas, de guindas en dulce; los platos, los cubiertos, las copas, todo refulgente, esperando los convidados nocturnos. Un viejo, un joven, un niño nos van ofreciendo sucesivamente, clavados en el tenedor, dulces de toda especie. Hablamos con ellos de la significación de su fiesta, de la campaña que alborea en España para que vuelvan y nos infiltren su espíritu industrioso y sagazmente mercantil; pero nuestros huéspedes ignoran este movimiento; al saber que la parte más culta de la nación española, acostumbrada al ejercicio (sino en la ley, en la costumbre) de una sana libertad de cultos, aboga por su vuelta, parecen alegrarse. Su falta de cultura es grande; no saben que hasta el siglo xv han habitado España.

Hay después una despedida cordial y al salir, vemos las mujeres, de delicado y pálido perfil semita, ataviadas con sus mejores trapos y la bella pañoleta de seda, trabajando afanosamente en la cocina en retoque del último detalle. El pueblo hebreo está contento esta noche, este pueblo firme y vigoroso, quizá por sumar un año más a los miles de persecuciones y matanzas desde que el patriarca Moisés los libró del ominoso yugo de los Faraones.

Al regreso hacia el hotel, en una tiendecilla todavía abierta en el zoco grande, un susi toca el guimbrich de su país (sólo tiene dos cuerdas). Escalera, conocedor de Marruecos, le habla en *chelja*, toma su guimbrich y en medio de la noche, en la quietud solemne del callado zoco, arranca de sus cuerdas una antigua canción susi, grave

y sentimental, que el marroquí del Sus, ensimismado en éxtasis, escucha con los ojos entornados, añorando sus tierras lejanas...

Reposamos, al fin, del día tan pródigo en sensaciones exóticas, humanas y conmovedoras. La solidaridad humana que hace de todos los corazones uno solo, es más extensa de lo que se cree.

30 de abril.

El correo tarda en traernos una carta de interés y nos retiene en Tánger contra nuestra voluntad, que desea ya verse en el valle del Luccus, por los campos de Larache y Alcazarquivir.

En la inacción y aun cuando Tánger haya quedado, con extenso dominio que le es afecto, fuera de la zona española, Navarro organiza una expedición geológica a Punta Malabata, en tanto yo me dedico exclusivamente a mis plantas, separando las ya recogidas en Ányera y El Hhauz de Tetuán.

Navarro marcha acompañado de Embark en dirección a Punta Malabata, el cabo oriental más extremo de la rada magnífica de Tánger. Al llegar a los límites de la ciudad, el tabor francés extraurbano, que sale a su encuentro, le advierte que no responde de la seguridad en el campo, en consejo de que no vayan más allá. Navarro, desoye el ruego, recorre toda Punta Malabata y vuelve a Tánger sano y salvo.

Entre las múltiples notas interesantes que en la esfera extensa de la actividad tanyerina, cruzan y se entrechocan ante los ojos del viajero, nada tan vistoso y fantástico como los bellos cortejos nupciales, de encantadora visualidad. La novia, invisible por completo a los ojos profanos de los curiosos, marcha encerrada en estrecho palanquín (*ammaría*), sobre una mula engalanada; en torno de ella, gentes con faroles monumentales, de exquisito gusto árabe, alumbran el cortejo seguido de músicos con gaitas (*er gaita*) y tambores sonoros. Más lejos un grupo de moras tapadas, anima la ceremonia luminosa ululando con los agudísimos gritos característicos con que en Marruecos se manifiesta la alegría. Es uno de tantos actos de los que componen las bodas morunas durante tres noches seguidas; la novia es así conducida al hogar de su prometido que desde hoy será para ambos el domicilio común. No hay para el matrimonio ninguna ceremonia religiosa; basta una convención mutua entre el novio y el padre de la mujer; después tienen lugar tres noches de ceremonias prenupciales, puramente populares y civiles. Cuando la vida termina

el cadáver, conforme a la usanza mora, permanece muy poco en la casa mortuoria ; los parientes y amigos encierran al fallecido en un ataúd enorme (donde cabrían muy bien tres o cuatro) y le llevan al cementerio. La presente fotografía representa la sencilla conducción de una mora; el ataúd, de tamaño desahogado, cubierto por un blanco



FIG. 29

Tánger. El entierro de una mora al pasar, en el Zoco grande o de fuera, por delante de la Embajada alemana

lienzo, en él tendida la faja roja que usó en vida la difunta, era conducido en andas por cuatro moros, precedido de unos y seguido de otros, pero en número reducido. Conductores y asistentes marchaban cantando, dando a sus tonos graves, marcada unción religiosa, con toda la celeridad que les permitían sus piernas, sin dar señales de fatiga ; a duras penas les seguí todo el zoco chico, empujando a la gente, y cuando ya en el zoco grande estaba a punto de dejarles escapar, por la gente que se interponía después de enfocados, pude sorprenderles ante la puerta blanca y linda de la Embajada alemana (fig. 29). Siempre a la carrera y sin interrumpir su canto, terminé por perderles pronto de vista.

Pronto abandonaremos con dirección al S., la ciudad atrayente, la cosmopolita Tánger. Navarro hace una última expedición a Cabo

Espartel, hasta el propio faro internacional, cuya estación meteorológica viene funcionando desde 1894.

Yo me dedico a dar la última mano a los preparativos del viaje, adquiriendo camas de campaña y mosquiteros amplios, que nos defiendan del peligro de los mosquitos de la pantanosa cuenca del Luccus. Recorro almacenes ingleses, franceses, acumulando provisiones.

Tenemos un encuentro con un curioso tipo de alquilador de caballerías, indígena, que explota sólo extranjeros. Habla correctamente cinco idiomas, pero esta cultura no le impide ser el pícaro más redomado; sus hábiles chalaneos avergonzarían a un gitano. Menosprecia el dinero de su país y prefiere el español, a falta del inglés. Renunciamos a los tratos con hombre tan avisado, cuya cara de gracioso socarrón parece el retrato de Sansón Carrasco. Ultimamente, nos concertamos con tres honrados moros, también acostumbrados al Pactolo de los ingleses; acuden al hotel y escrupulosos, van tomando bulto por bulto, para calcular, en *suaris*, la carga total de tantas cajas y fardos como ya componen nuestro equipaje.

3 de mayo.

Hoy a las cinco comenzamos el viaje a Alcazarquivir, que ha de durar tres jornadas: la primera hasta Arcila, por el interior; la segunda hasta Larache, por la costa; la tercera hasta Alcazarquivir, remontando el Luccus. Quirós queda en Tánger, en espera de noticias familiares.

Decir las cinco de la mañana ha sido una concesión al propósito, no a la verdad. Los moros arrieros se presentan con puntualidad inglesa (adquirida tal vez en Tánger), pero ya la carga en la calle, sostienen una cuestión muy violenta acerca de cómo debe ser repartida. Cargan y descargan multitud de veces, sin ponerse nunca de acuerdo, no hallando nunca equidad en el reparto. Las voces suben de punto, en tanto se llama a otro moro que acude, remiso, con su caballería. Vuelta a la discusión, hasta que, enérgicos, intervenimos. Hemos perdido cuatro horas; con estas disputas hay que contar siempre en Marruecos.

Cuando, por fin, montamos a caballo, buscamos el camino interior, seguidos de la reata y de los moros que todavía discuten, aunque amistosamente. El camino de franca dirección al S., cuando atraviesa la kabila de El Fahhz, de Tánger, en la zona internacional,

adolesce de cierta monotonía cuando recorre un uniforme país de colinas, muy suavemente onduladas, en el que ya comienzan a señalarse las celebérrimas tierras negras (*tirzs*) que caracterizan el occidente marroquí. El campo, en plena primavera africana, rememora Andalucía; praderas de malváceas, de jaramagos y mostazas silvestres, de borragináceas (bellísimas las praderas de *Echium*), de compuestas, poniendo en el paisaje la nota tierna y gentil de sus tonos de rosa, de crema, de violeta, del blanco de nieve de las margaritas.

Por primera vez, desde que estamos en Africa, vemos allá a lo lejos, en el horizonte, al lento andar del caballo, la fila de camellos que, cargados, avanzan como pavos, moviendo a compás su cuello en arco y mirando a todas partes con sorpresa. Lentamente nos vamos acercando bajo el sol ardiente y el polvo que flota; estamos ya en medio de ellos siempre fieles a su paso regular.

Cuando hacemos alto en *Bir el Marat* (Pozo de los enfermos), a la sombra de unas frondosas higueras, ha llegado la hora de comer. Pero nuestros moros, conocedores del terreno, nos recomiendan la mayor diligencia y no nos permiten sino comer de pie y a la carrera; el Uad Haxef, que horas después hemos de atravesar, está influido por las mareas y de no darnos prisa nos exponemos a no poderle vadear a causa de la pleamar.

El criado Embark, el bereber de labios finos, cruel como un escita, maltrata sin piedad al moro más viejo de nuestros arrieros; los demás se indignan del ultraje al anciano y nosotros también. Son de ver los ademanes amenazadores y el brillo de los ojos de Embark; el odio de la raza que estalla durante la disputa; los gestos de despecho impotente y de desconsuelo del viejo, al mirarse humillado por un joven. Embark pretende montar en la caballería que el viejo defiende, con justicia, habernos alquilado únicamente para la carga. Es el primer síntoma de rebelión en el poco simpático bereber.

Montados a caballo y en marcha de nuevo, andamos por los linderos de la zona internacional de Tánger, a punto de abandonarla y penetrar en territorio ya español. El camino marcha por el alto de una enorme loma, de suelo rojizo, por pertenecer al permo-trías, y va dejando a la derecha, hundidas en el fondo, las llanuras arenosas del Uad el Mharhar y las lagunas y marismas de Xarf el Akab, en una lejanía de brumas. Ahora, desde lo alto, en tanto los grandes brezos golpean pecho y patas de los caballos, vemos ya el Atlántico,

libre y majestuoso, ajeno a las angosturas del Estrecho, pulverizar sus espumas en esta inhospitalaria costa occidental.

Así llegamos a la temerosa *Akba el Hhamara* (Cuesta Colorada) en la soledad del peligro, que los caballos descienden despacio, tanteando cuidadosos las peñas amontonadas del rojo canchal, en el extraño paisaje silencioso.

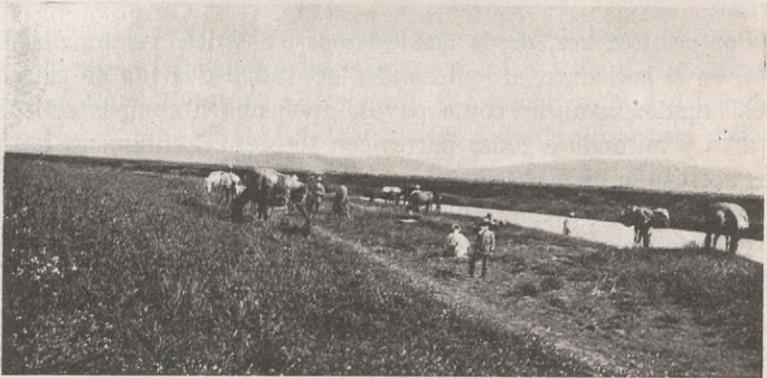


FIG. 30

Esperando la bajamar para que el vado se haga practicable, ante el Uad el Haxef

Salvada la arista montañosa después del descenso se abren las amplias llanadas del Uad el Haxef (río de las Tembladeras) en plena kabila de El Garbía. Llegados ante la orilla derecha del ansiado río, y estando todavía elevado el nivel de las aguas, nos vemos obligados a detenernos, esperando que el reflujó nos depare ocasión propicia. Durante la espera se van deteniendo junto al vado, otros caminantes moros, atentos también al descenso y acabamos por formar grupos pintorescos (fig. 30).

Como yo, por no perder tiempo, herborizo entre tanto, tomándome por *telib* (médico) uno de los caminantes, con turbante de pelo de camello, se acerca temeroso y me demanda, humilde, algún remedio para sus labios hinchados y sus encías que se le caen a trozos, atacados por una enfermedad para él misteriosa. Es un nómada que vive en la orilla opuesta; monta una yegua hermosísima, la venerada de sus ojos, cuyas crías nacen todas muertas, lo que atribuye, con aplomo de convencido, a algún maleficio.

Al cabo de tres cuartos de hora, poniéndose el vado posible por el descenso paulatino de las aguas, nos decidimos a atravesarlo, en grupo animado y pintoresco, alcanzando el agua al pecho de los caballos y tanteando a la ventura, los sitios menos peligrosos. Nuestros arrieros moros que marchan a pie, con las babuchas en las manos alzadas sobre las cabezas, con algunos otros peatones, entre ellos



FIG. 31

Vadeando el Uaf el Haxef. El nómada, sobre su yegua, tratando de meterse en el agua

una pobre anciana, entonan en coro un cántico a Allah, de tonos agudos y fervientes, pidiendo a Dios buena suerte en el peligro; los hermanos Escalera, conocedores de las costumbres, se asocian a ellos, en señal de tolerancia, lo que regocija a los moros. Llegados a la otra orilla, hay un sentido canto de gracias por el feliz arribo (fig. 31).

En la llanura, hasta la línea de colinas que separan a éste del valle del Uad el Garifa, entre los barrizales peligrosos en que las caballerías cargadas se hunden hasta el vientre, a riesgo de no poder salir, el nómada nos va señalando sus libres dominios, donde practica el pastoreo entre las viznagas, siempre a la luz del hermoso sol. Kilómetros después, a la altura del Dxar Ulad Aauta, nos abandona cariñoso y se interna entre las jaimas de los demás nómadas. Todas las tiendas son de aspecto miserable; el color pardo del pelo de camello o de cabra, de que están tejidas, las confunde con el tono terroso de la llanura desierta.

De nuevo subimos colinas, hasta llegar al bosque silencioso de acebuches, que protege, en su orilla derecha al Uad el Garifa, en pleno descenso, hasta el punto de que las aguas, arrastradas con violencia hacia el mar, desvían un tanto de su ruta a los caballos. Hay también en las faldas N. de este bosque de obscuro verdor, un pueblo nómada; de sus jaimas colocadas entre la espesura, sale un jinete al galope de su yegua sedosa, sin herir apenas la tierra con sus cascos ágiles, en la paz solemne y callada de la tarde que cae. El río tiene destellos amarillos; el mar, bermejos.

Henos ante las aguas mansas del Uad el Helú, último río que vadear en el largo camino; ahora estamos ya en la tensa playa de Arcila, por donde trotamos entre la espuma de las olas que se extienden y mojan el casco de los caballos. Está anocheciendo y en la playa enorme destaca, sobre el oleaje y el ruido, la paz solemne de un morabito protegido por el rígido penacho de una palmera. Algunos judíos pasan como sombras cuando penetramos en la vetusta Arcila, la Aceila portuguesa, de sólidas murallas que recuerdan su dominación. La ciudad pequeña, reducida, muerta, nos retrotrae a otros siglos; no hay sino moros y judíos en sus tenduchos oscuros. Todo respira vetustez y en este sentido es la ciudad más interesante que puede visitarse.

Por intermedio de un funcionario consular, nos avistamos con el hermano del Raisulí que consiente en que nos instalemos en la playa, fuera de la ciudad, no lejos del cementerio moro y del morabito que parece santificarlo. De noche ya, instalamos la tienda y vemos que unas inglesas intrépidas acampan cerca, rodeadas de todo género de comodidades.

El frío es vivo durante la noche, pero el ruido del mar y su fragancia salina, tienen tal fuerza de encanto, en la penumbra del farolillo de nuestra tienda de campaña, que todo lo hallamos bueno.

4 de mayo.

El tiempo ha cambiado: el cielo está todo él cubierto con tendencia a lluvia, y el mar, agitadísimo, de un gris ceniza, con ráfagas verdosas.

En la quietud matinal del día uniforme, algunas moras, de vestidos albos, avanzan por la playa, camino del cementerio para acompañar sus muertos.

Bien temprano queda levantada la tienda, atados los bultos y nosotros montados a caballo : las inglesas de la vispera, con su cortejo de nabab, nos preceden un buen trecho.

Pasamos, a espaldas de Arcila (Erzila de los moros), en el camino que cruza por entre la ciudad y el campamento de Aox, a la sombra de acebuches y granados. En dirección a Larache, por el camino interior en un principio, se corren primeramente lomas de tierras rojas (hamri); más tarde verdaderas montañas, con valles y hondonadas, vestidas de su manto pomposo de lentiscos. Este paisaje africano se halla ahora envuelto en niebla espesa, como un país del N. y en medio de la grandeza callada del panorama, la niebla se deshace en lluvia y nos empapa, abriantando las hojuelas de los lentiscos.

Así dura el camino, montuoso y áspero, entre la lluvia que lava los cantos, cerca de hora y media, hasta que, sensiblemente, por entre las piedras resbaladizas de un camino, nos desviamos hacia el W. buscando el mar. Los moros nos hablan del interés que tiene ahora para nosotros el estado de la marea : si hay pleamar nos queda vedado el cómodo camino del mar. Cuando de pronto, en el curso de la discusión, abocamos por el despeñadero de un torrente a la playa misma y percibimos, enhiesto en la torrontera, árida y desierta, un blanco marabut, con aire de abandono, sin más compañía que el ruido del mar, coronado de espumas.

Henos ya en la playa hermosísima, tensa como un tablero hasta cerca de Larache y tan estrecha que el oleaje la llena de sus algas y espumas.

Sólo se puede marchar por ella cuando la marea está baja y aun así, las grandes olas bañan de espuma las patas del caballo.

Un cordón de altas dunas, forma, a lo largo de la costa, una faja litoral.

La playa, se extiende ya, hasta la lejanía, sin otro accidente que este cordón de dunas hasta Punta Cenitosa, momentos antes de llegar a Ain Tfelt (Fuente de las Adelfas), en la que parte del acantilado se ha derrumbado sobre la playa, obstruyéndola y formando un enorme derrumbadero que el mar invade con su oleaje : hay que descender del caballo, pasarlo con grandes precauciones y conducir de la brida, al animal que baja resbalando.

Minutos después, en la desolada extensión arenosa alcanzamos el hermoso oasis de Ain Tfelt, la fuente fresca y serena entre las adelfas, minúscula manchita de vegetación. El agua purísima,

brota mansa, al pie de una adelfa, depurada por su filtración detenida a través de las arenas de la duna que se halla allí detrás, redondeada y calva, como el lomo de un monstruo tendido. El paisaje es un tanto extraño : de frente al Atlántico, la planicie risueña y azul, y en el arenal de la playa el bosquecillo de las robustas adelfas, gruesas como árboles, rodeado de dunas peladas, tendidas hacia el interior, algunas altas, 60 metros, y aquí y allá matas de gramíneas, rígidas, amarillentas, imagen de la desolación. Por todas partes el arenal donde se hunden los pies y en el que el aire levanta pálidas oleadas de arena.

Fuerza es detenerse en el oasis para comer, al apoyo del agua y en espera, durante tres horas, de que baje la marea para que nos sea posible reanudar la marcha.

Cuando montamos de nuevo, la extensa playa, ahora dilatada hacia el Atlántico por la baja mar, mantiene su carácter : el caballo trota en la uniformidad del tablero arenoso.

Una hora antes de Larache, doblamos la duna hacia el interior y por la duna misma, que alumbra un sol de la tarde, avanzamos lentamente hasta dar frente al bellissimo Larache, de blanco impoluto, en cascada sobre la enorme duna, muerta o fijada que de la orilla izquierda del río Luccus se extiende hasta más allá del paralelo 35°.

Estamos ya en la orilla derecha del río Luccus que describe aquí extensos meandros, como anillos de un monstruo que se retuerce lento : hay una serie de fajas paralelas espumantes en la desembocadura, en el lugar de la barra temible, allí donde se mezclan las aguas dulces y las marinas.

A su vista nos explicamos el antiguo mito del dragón guardador (el río) del Jardín de las Hespérides, que no son sino los fragantes huertos de naranjos que en masas azules se distinguen en la otra orilla.

Como en Marruecos no hay puentes en los ríos, es de precisión embarcar en grandes lanchones negros para pasar a la orilla izquierda en que se halla Larache. Manéjanles remeros moros, tristes y humildes, sujetos a la mísera soldada que les concede un antipático personaje, legítimo descendiente en línea recta de algún antiguo pirata berberisco, que, tocado con vestidos de colorines y protegido por una gran sombrilla, pasea por la orilla y vigila el negocio, cobrando directamente el importe del pasaje. Tiene desdenes de gran señor para todo viajero, maneja los lanchones a su arbitrio

en el servicio de mercancías y el hermoso puerto de Larache (siempre lleno de vapores no obstante sus adversas condiciones), que puede ser un puerto comercial de primer orden, superior al propio Casablanca, se halla en sus manos, ineptas y rapaces. Así los moros le designan con el nombre de *mul-uad*, el amo del río, porque lo es de hecho. Cobra el pasaje, sin sujeción a tarifa, conforme al aspecto del viajero y en tanto los míseros tripulantes empujan el lanchón, recordando el romance de Góngora, el amo negrero discute con nosotros, se golpea el pecho proclamando su honradez y acaba por confesarnos que vive sobre los «cabaleros». Nosotros pensamos tristemente que el tráfico del puerto de Larache, el único que tenemos en el Atlántico, de tal importancia estratégica comercial para nuestra zona, está en las manos de este pirata y que si la eficacia colonizadora de la raza llega hasta trasladar trozos enteros de la España picaresca, somos ya capaces de cualquier empresa. El comercio de Laraché, cuya aduana está abarrotada siempre de mercancías, amontona queja tras queja, clama porque cese la viciosa organización del puerto, fuente de riqueza, vía comercial que no tardaremos en cegar (1). El amo del río, siempre bajo su verde quitasol, retira, no obstante ser poco más de media tarde, el último lanchón y he aquí que nos vemos obligados a dejar en la orilla derecha del Luccus, toda la caravana de moros y caballos, los cuales pasan la noche al abrigo de un barracón, hasta el día siguiente.

La cuenca del río Luccus

5 de mayo.

No nos detenemos en Larache (*El Araïsch*), sino para dormir, Hoy a las seis de la mañana, pasan nuestros arrieros, las caballerías y el bagaje que ya es muy grande, formando un promontorio en la barcaza, entre los moros y las caballerías.

Reunidos todos, en la marina, de la orilla izquierda del río, partimos para Alcazarquivir (*El Ksar-el-kebir*), contentos ya de

(1) La situación geográfica y la posición comercial de Larache, sólo a 90 kilómetros de Europa y en el cruce de caminos de Rabat, Wazan, Fez, Alcazarquivir, Tánger y Arcila, son envidiables. De otra parte el río Luccus es navegable hasta Mexera Neyma y forma, en su desembocadura un hermoso puerto natural. Así está de desenvuelto ya su comercio y su movimiento. Medios hay hoy sobrados de evitar la barra, y de construir un buen puerto: Casablanca tiene una barra más temible que la de Larache y los franceses no han vacilado en votar para su puerto 25 millones de francos. Auguramos para Larache un espléndido porvenir, con poco que se favorezcan sus condiciones naturales.

hallarnos en el valle del Luccus y decididos a explorar, en cuanto nos sea posible, toda la cuenca que queda dentro de nuestra zona.

Salimos de Larache por el Fondak alemán, cruzando la inmensa duna arenosa en que Larache se halla enclavado, entre cercas de pitas y chumberas, y descendemos después, como a la media hora de marcha, abandonando la duna que queda al N. W. a las espléndidas llanuras aluviales del Luccus, dilatadas hasta el horizonte, entre cuyo azul caliginoso destaca Yebel Sársar, emplazado ya en zona francesa.

El río Luccus, en su trabajo secular de talla y edificación, ha extendido estos sedimentos aluviales y constituido las terrazas de estas llanuras amplias, en las que, alcanzado su perfil de equilibrio, se desliza divagando, en anchos y perezosos meandros, con aquella lentitud que conviene a su senectud. Ahora, bajo el sol de mayo, la planicie africana está vestida de espesa pradera, impregnada en luz : se diría que no es la luz quien baja hasta las plantas, sino que son ellas quienes la desprenden. Bandadas de garzas blancas cruzan la pradera y por los caminos polvorientos, en el suelo de pantanos y barrizales que se secan con el buen tiempo, filas de sosegados camellos, meciéndose con paso tardío.

Andamos sobre la zona de inundación del Luccus : en la época de las lluvias, el Luccus se desborda e invade la llanura, en una extensión de 4 kilómetros, de una y otra margen. Los viajeros se ven forzados, durante el invierno, a buscar un camino más alto, en la cota de los 60 metros, más al W., atravesando el bosque de Larache (Gaba el Araisch). Nosotros marchamos por el camino más bajo, comprendido entre el río y el bosque mencionado, que queda a nuestra derecha.

En el Adir, encontramos yeguas y toradas salvajes que, habiendo pertenecido al Sultán Muley el Hassan, quedaron abandonados y se han hecho cimarrones. El Estado español abriga el propósito de utilizarles como base de un depósito de sementales y remonta (1).

El camino se va haciendo más frecuentado : largas caravanas de camellos, caballos y moros que vienen de Alcazarquivir, de Uazán, de Fez y aun de puntos más lejanos del Imperio, se cruzan

(1) *Adir* significa « campo impropio para el cultivo » (generalmente pantanoso) en que se deja brotar la hierba por que sirva para pasto o forraje. Pertenecientes en su mayor parte al Sultán, ciertos adirs pueden ser de uno o varios particulares que lo explotan en común arrendándoles, a muy bajo precio, para pastos.

con nosotros. Hasta que de improviso, llegamos ante un cauasi, oculta su tienda entre tarays, al lado de un pantano, frecuentes en estas llanuras que azota el paludismo. El lugar está lleno de caminantes que reposan, bajo la sombra de los tarays, a la hora del mediodía. El cauasi pertenece a la secta de los hamadchas; la cicatriz, honda, de un hachazo, cruza su frente y se pierde en el pelo.



FIG. 32

Mezquita de Sidi Bu Galeb, el santo toledano, a la entrada de Alcazarquivir
Grupos de moras en sus cercanías

Bajamos del caballo y nos confundimos con el grupo de los moros, deteniéndonos en la hora más ardiente y seca del día para almorzar y después, parece de rigor tomar el vaso de té con nanna.

Cuando reanudamos la caminata, se ofrece ante nosotros la llanura inmensa, plana, sin un árbol ni la merced de una sombra... A lo lejos una línea blanca, tendida en la llanura, en una faja de verdor, entre arboles: es Alcazarquivir.

Horas después, solos en la llanura vadeamos el Luccus, en el vado de Mexera el Zaara (1): el agua nos moja las piernas y la carga, a nosotros los jinetes, y a los moros, que lo vadean a pie con las babuchas en alto, les llega hasta los sobacos.

Hace mucho tiempo que, ya en la orilla derecha del río, estamos viendo Alcazarquivir, pero siempre, creyendo alcanzarle, nos parece estar a la misma distancia.

(1) Mexera, en árabe, quiere decir vado.

La planicie es inacabable. Finalmente, al cabo de unos 30 kilómetros desde Larache, doblamos en la entrada de la ciudad moruna el hermoso santuario de Sidi Bu Galeb, santo mahometano, nacido en Toledo, patrono de los enfermos en general y más especialmente de los leprosos (fig. 32).

Henos ya en la Alcazarquivir, la bien deseada, en plena ruina de su pasado esplendor, con todo el encanto de las flores de un



FIG. 33

Nuestra tienda en Alcazarquivir
A la izquierda la jaima del cauasi; al fondo Yebel Gani

herbario. Estamos ahora en plena calle Real, estrecha como un pasillo, entre las urbanas tapadas silenciosas, cuidadosas de su misterio y la bandada de chicos israelitas que nos miran con sorpresa. La única fonda rebosa de gente: fuerza es que volvamos grupas, en dirección al campamento de Sidi Aixa, donde se alojan las fuerzas españolas que guardan la ciudad, como a un kilómetro de ella.

Su Jefe, teniente coronel de Infantería de Marina, nos recibe atento y nos señala sitio para establecer la tienda, entre una noria rodeada de chumberas y la jaima miserable de un cauasi de Kebdana, honrado y cariñoso vecino. Estamos fuera del campamento, pero a su abrigo (fig. 33).

6 a 9 de mayo.

Ya hacía días que no oíamos el toque de diana, cuando hoy, a las cinco de la mañana, he aquí que nos despiertan los toques agudos y penetrantes, como voces amigas de la patria lejana, de la diana de caballería, melódica y marcial... En tanto el sol sale. Hay en el campamento un corneta admirable, que imprime a las notas un sentimiento, delicado y angustioso a la vez : nos parece la voz de la madre que nos llama de lejos.

Durante la noche hemos sentido mucho frío en el interior de la tienda : cuando salimos de ella encontramos todas sus telas por el exterior, cubiertas de escarcha, las cuerdas tensas, a punto de romperse y el termómetro de mínima por debajo de cero. Asistimos, no sin sorpresa, a un fenómeno nuevo para nosotros y muy frecuente en estas regiones durante la primavera : la precipitación de fuertes rocíos durante la noche en toda la faja costero-atlántica, fenómeno de decisivo influjo en la suerte de la vegetación y por de contado en la geografía humana.

La ciudad está a nuestro S. W. El Ksar-el-kebir (el Castillo grande) fué fundado por el gran Yakub el Mansur (Santiago o Jacobo el Victorioso), el mismo Sultán que creó Alcázar el Seguir (Castillo pequeño), sobre el Estrecho de Gibraltar, como se dijo en su lugar debido. Se deben al mismo el alminar de la mezquita de Marrakesk, la kutubía famosa en todo el Imperio, la Torre de Hasán, de Rabat y muy señaladamente nuestra esbelta Giralda de Sevilla.

Alcazarquivir emplazada estratégicamente en el concurrido y amplio camino de Fez, arrastra todavía un pasado esplendor : la población, como olvidada, en la llanura, se compone exclusivamente de moros y judíos que conviven hace siglos. Los europeos existentes, en escaso número, son posteriores a la ocupación española.

En torno a sus cercas de pitas y chumberas que las rodean por todas partes, montones de estiércol (llamados «yebalas» irónicamente) enseñan la estratificación secular de sus capas, arroyos de aguas cenagosas corren por todas partes, entre secos cañares. Es una población muy moruna, pero pobre y miserable, sin aquel aspecto suntuoso que conserva la sacra Tetuán (1). No domina aquí

(1) Un trabajo monográfico sobre la ciudad se ha escrito por Michaux-Bellaire y Salmón : *El Qçar-El-kebir. Une ville de province au Maroc Septentrional.* (Archiv. maroc., tomo II).

el blanco purísimo de jalbego que hace de la ciudad tetuaní justillo de doncella : las casas, en Alcazarquivir, tienen el tono terroso del ladrillo que las compone. Es un nuevo influjo del país en la geografía humana ; la llanura, falta de piedras y abundante en arcillas, crea el alfarero.

El estado ruinoso de la ciudad, confunde en un todo homogéneo sus partes antes distintas : la medina, o ciudad en que habitan los moradores, la kasba (o alcazaba nuestra), constituida por un verdadero recinto fortificado, refugio de las fuerzas de la plaza que ha de ser el punto fuerte de resistencia en caso de ataque y el melaj o judería, con sus casas de zócalos azules o rojos habitadas por descendientes de los expulsados de España.

La ciudad conserva fuerte su sabor añejo, la angostura de sus callejas acodadas, su cuneta central llena de fango, su empedrado desigual, sus casas de ladrillo con la pátina secular. En los tejados de las casas, de las mezquitas, entre las tejas desunidas por el empuje de musgos y jaramagos, las cigüeñas tienden sus nidos en sombrilla y estiran sus patas rojas.

Puede servir de tipo a las calles de la ciudad, la estrechísima calle Real, con una puerta árabe que se abre sobre el zoco, llena en sombras recortadas por los toldos y emparrados que la defienden de la lluvia y del sol. Adquiere un sabor original cuando entre su angostura aventuran el paso camellos en fila, olfateando el ambiente con su cuello tenso y sus ojos suspensos, entre los compradores y paseantes de la calluja mísera, ocupando con su masa toda la anchura. Allí los sucios tenduchos de moros y judíos, discretamente en sombra, encerrados en la tienda sin más salida que el mostrador que avanza fuera del muro y deja fuera, en medio de la calle, al comprador. En tanto llega, el moro pasa las cuentas de su rosario rezando (1).

Si no hay, en realidad, diferencia esencial con las demás ciudades marroquíes, es de notar en todo una mayor miseria, lejos de la suntuosidad y colorido de Tetuán. El zoco, reducido, con su caz de aguas cenagosas que lo atraviesa, su fila de casas bajas, ruinosas,

(1) La moneda moruna es de plata y cobre (la primera de fabricación francesa o alemana). Comprende el *duro hassani* (valor 20 reales nuestros o 23 hassani) ; el *medio duro*, la *peseta hassani* (valor 5 reales morunos) ; los *dos reales hassani* (40 céntimos españoles), y el *real hassani* (20 céntimos nuestros), estas dos últimas muy confundibles por ser del mismo diámetro, aunque distintas por no ser del mismo espesor. El real hassani comprende 50 chapas (nuestros antiguos ochavos morunos), únicas monedas de cobre y muy toscamente troqueladas.

polvorientas, que se disponen en su torno, presenta sus tenderetes miserables, sus montones de jabón obscuro, sus barreños de gruesas aceitunas pasas, sus vendedores de frutas, de granos, de dulces de rabiosos colores, ennegrecidos por las moscas, de pipas de barro cocido para el kif, todo en medio de un ambiente pegajoso de pringue y sudor. En tanto, las cigüeñas revolotean sobre el concurso y el sol abrasador, en el aire sereno, abrillanta cuanto se agita. No falta tampoco el clásico vendedor de agua, con su odre de piel de cabra, vendiendo en cazoletas de latón que destellan al sol, por una o dos chapas, el agua de Dios, el cuerpo bronceado del mercader inclinado al peso del odre apoyado en su costado; ni los adules o notarios, guardadores de la fe pública, limpios y pulidos en el interior de su tienda abierta en el zoco, redactando o registrando títulos en medio del pueblo; ni el bazar indio en que se exponen para la venta objetos de Oriente y del mismo Marruecos, especialmente artículos de Marrakesk y de Fez, llenos de esmaltes y colores (con no poco falsificado).

Parece próspera, en Alcazarquivir, la industria textil: aquí hacen los moros paños para la confección de las chilabas, al modo que Tetuán conserva la especialidad de las babuchas. Metidos en un cuchitril, o abrigados por cobertizos de muy bajo techo, vese a los moros tejedores, lanzando a mano la lanzadera de madera para pasarla por entre los hilos de la urdimbre en el primitivo telar. Otros, niños o viejos, en cucilllas ante la devanadera construída con cañas por ellos mismos, arrollan y preparan el hilo en canillas de caña para introducirlas más



FIG. 34

Alcazarquivir. Interior de un telar moruno
El operario devanando el hilo en canillas
para la lanzadera

tarde en la lanzadera ya vacía. La figura adjunta (fig. 34), representa el moro en este momento, ante su devanadera primitiva.

En Alcazarquivir hemos notado, más que en ninguna otra ciudad marroquí, recuerdos de la madre España; las casas tienen, en su disposición interior y ornamentación, un fuerte sabor toledano. En el camino de Fez, hacia el S. E. existe otro santuario (semejante al del toledano Sidi Bu Galeb), en donde se venera a la hispalense *Fátima, l'Andalusi*. Todavía se canta, y es popular entre estas gentes, la canción melancólica, *Ya asafi*, o *los pesares*, que no es sino la tierna despedida a Granada, aun añorada a través de los siglos, como un preciado bien (1).

Los rocíos son tan extraordinarios durante las noches, que poniéndose tensos los vientos de cáñamo que sujetan nuestra tienda, a causa del agua absorbida, uno de los palos maestros se ha roto en dos por la tensión de las cuerdas, y la vivienda se ha desbaratado sobre nosotros, interrumpiéndonos el sueño. Lo hemos arreglado como hemos podido para seguir durmiendo.

Se viene repitiendo por algunos diarios españoles, al referirse a La Yebala, la parte occidental de nuestro Marruecos, que se trata del Garb. Es necesario que acabe este equívoco y que digamos de una vez para siempre, que no tenemos en nuestra zona de influencia una sola pulgada del Garb, región que se extiende al S. de Yebel Sársar, cuya montaña pertenece de lleno a la zona francesa. La cuenca del Sebú, es el Garb; la cuenca del Luccus, pertenece a La Yebala. Así, nosotros poseemos dos grandes regiones naturales: La Yebala y el Rif, pero no somos dueños de nada del Garb, colocado más al S. del paralelo 35°. Emplazado el Garb, al S. de las tribus de Jolot y Tilig, el Uad Dradar parece separarle de la Yebala. El límite más natural nos parece la línea que une el Yebel Sársar, con la orilla N. de Merdja Ez Zerga (que el propio Uad Dradar forma en su desembocadura) (2).

(1) He aquí el texto de esta canción, toda ella llena de poesía y ternura y de sabor oriental: *¡Cómo recuerdo el pasado lejano! ¡Oh, Dios mío, días de alegría y de placer, noches dulcísimas!*

Se acabaron ya las hermosas noches de Granada la deliciosa, donde conocí a las mujeres que me enseñaron el amor, ¡ay, Dios mío!

¡Ay, Dios mío! Deseo que tu bondad me permita volver.

¡Oh, Dios mío! Reúneme con la que amo y déjame gozar de la paz.

¡Oh, tú, que los ojos no ven, que nunca has faltado en la esperanza de nadie: ¡oh, tú, el de los juicios insondables y el de las órdenes sin réplica!

Cada estrofa se termina siempre por el mismo estribillo: *¡Oh, moradas de Andalucía que abandonamos, no podré olvidaros nunca!*

(2) Para los franceses no hay cuestión: saben que el Garb les pertenece por completo (Michaux-Bellaire: *Le Gharb Archiv. maroc.*, tomo XX, 1913).

Expedición al Yebel Sársar

10-11 de Mayo.

Navarro y yo hemos organizado una expedición que hacemos juntos, a Yebel Sársar, de la zona francesa, montaña de suaves líneas, con 680 metros de elevación, divisoria de los valles del Luccus y del Sebú.

A media noche, casi al punto de romper el alba, tenemos un incidente desagradable. Un moro, no sabemos aun quién, nos roba el hermoso caballo blanco de Escalera el mayor, hermoso ejemplar de tipo moruno. Los relinchos del caballito de Lolo Escalera, al encontrarse sólo, una vez robado su compañero, nos despiertan a Embark y a mí al mismo tiempo, y de noche salimos de la tienda, sin ver nada en la llanura oscura y desierta. El ladrón habrá montado en el caballo y huído a galope hasta su kabila, que suponemos sea la de Erhona, en los límites con la zona francesa. Entre nuestra alarma, Embark monta a caballo, toma mi escopeta y cartuchos y sale a galope tændido, veloz como el viento, flotando al aire sus vestidos de color.

Con el alba llegan las mulas, ensilladas a la moruna, conducidas por un muchacho, concertadas la víspera. El joven morito, con su fez rojo y su cara fresca de campesino, viene acompañado de un árabe barbilindo, limpio y pulido, con paños lujosos y con cara tal de intelectual, que Navarro y yo no vacilamos en llamarle, en pleno Africa, el joven ateneísta. Henos aquí montados, al trotecillo corto nuestras mulas, en tanto nos sigue a pie corriendo, jadeante, pero sin detenerse un punto, el pobre morito, como es uso bárbaro en Marruecos. Cruzamos Alcazarquivir, sus huertas bellísimas, en el vaho transparente de la frescura matinal, llenas de fragancia; sus *yebalas* de estiércol, sus aguas infectas entre los cañaverales y las chumberas, hasta tomar el ancho camino de Fez, amplia avenida de granados. Atravesamos el Luccus por Mexeráa es Surrak, entre los moros que lavan frotando la ropa con los pies, para encontrarnos, de la orilla opuesta en el canturreo de la terraza de los aluviones del Luccus, que dura un buen trecho, hasta que suavemente se va elevando el terreno, y accidentando el país en forma gradual, con aparición de acebuches y de higueras, en lindos bosquecillos. El sol abrasa, al pasar por el arenal del poblado de Ziar Duab Meld, con las

cigüeñas enhiestas en los techos de paja de sus nualas. Poco más lejos el campamento militar francés, ondulando la bandera tricolor. Por los estrechos vallecillos, invadidos de la vegetación primaveral, colorida y vigorosa, entre los palmitos, contorneando el Yebel Sársar por su W, llegamos por fin al poblado de Aziber-Rumana, como a 15 kilómetros de Alcazarquivir, en la kabila del Sársar y fuera de nuestra zona.

Los perros semisalvajes, flacos y sucios, salen de corrales y casas, recibiéndonos con ladridos furiosos, que ponen en conmoción la paz de la aldea, parda y terrosa, sin una sola nota de alegría en su desolación. Las mujeres, en la miseria de su vivir, se muestran curiosas de nuestra presencia, no menos que los niños, que asoman por las bardas bajas de sus corralizas : pasamos por entre sus caras suspensas, cuando se nos conduce al otro lado del pueblo, en su parte E., dominando el valle que conduce a Yebel Sársar. Vedle aquí el famoso Sársar, frente a nosotros, destacando en el paisaje de líneas suaves de esta campiña de dulces pendientes, de tierras negras o pardas, como nuestras amadas castellanas, indicando a las claras su topografía senil, en que las masas, por virtud de los siglos, se vienen fundiendo. Es todo él de un verde oscuro por su matorral espeso de lentiscos, vegetación que da más redondez a sus ya graciosas líneas. El, como una arista, separa del lado N. las llanuras del Luccus, del lado S. las onduladas y dilatadísimas del Sebú, con todo el territorio de Wazán, allá hacia el S. E. (fig. 35).



FIG. 35

Yebel Sársar visto desde el Aziber Rumana (zona francesa)

Llegados a las afueras del pueblo, sin saber cuál sería nuestra suerte por nuestro desconocimiento del árabe, he aquí que nos levantan una tienda, nos ponen dentro un ruedo de albardín (lo llaman tapiz y no prescinden jamás de él recibiendo al huésped) y nos rodean hasta veintidós moros. Decididos nos sentamos en el tapiz presuntuoso y nos ponemos a comer : nos obsequian con manteca, huevos de perdiz y las tres protocolarias tazas de té. La comida es una curiosa escena muda : los moros, sentados en círculo, con aire socarrón e inteligente, nos miran asombrados cuando manejamos un abre-latas u otros adminículos europeos. De vez en cuando, hablan entre sí y atruenan el campo con sus carcajadas sonoras, como las de los niños que ríen sin reservas y sin comedimiento, a cuyo regocijo nosotros nos asociamos de buena gana. La mayor parte, durante nuestra refacción, se hacen cuidadosamente, con las manos, que no se dan punto de reposo, el aseo de los pies ; otros toman rapé en el dorso de la mano ; el sentado a mi izquierda, ofrece un enorme cáncer en la boca que ya le lleva destruída una buena parte. Como vertemos vino en un vaso, la algazara sube de punto en sus caras infantiles : ofrecemósles el líquido, pero solamente tres beben y lo hallan tan bueno que terminan la botella. Les sorprende la extraña ligereza de mi vaso de aluminio y, sobre todo, el cortaplumas, modelo del ejército suizo, en forma que se hacen explicar pieza por pieza. Es inolvidable esta escena, de los primeros contactos entre dos civilizaciones.

En tanto, el de cara más socarrona de todos ellos elabora el té (1), algunos insisten en su rapé y lo aspiran con el mayor deleite. El ateneísta, parece hombre de prestigio : la finura de su piel, su porte, su habla, mantienen respetuosos a los moros.

Siempre sin prever lo que ocurrirá más tarde, terminamos nuestra comida. El ateneísta requiere su pesado fusil maüser de diez tiros, y otros tres moros se arman también con fusiles del mismo sistema, sin el cual el moro no concibe su existencia. Se nos invita a montar en las mulas, lo que hacemos gustosos, en tanto que cada uno de los moros armados cabalga ya en su lustroso caballo moruno, sin otro arreo ni aderezo que un trozo de cuerda de palmito, atado al hocico del animal. Con su fusil en bandolera, montados

(1) El té moruno (*atai*) se hace del siguiente modo : En la tetera se echa agua hirviendo y en seguida té verde ; se saca después una taza de la infusión anterior ; se añade en la tetera más agua hirviendo, azúcar en grandes trozos y en cantidad, hierba buena (*nanna*). Una vez reposado todo, se añade el contenido de a taza antes extraída y se sirve todo muy caliente.



en pelo, vuelan que no corren por el campo en cuesta y vuelven a nuestro encuentro, pues que nosotros, no obstante los recios estribos y la cómoda silla moruna, ni siquiera pensamos en competir con ellos.

Cuando marchamos al trote buscando el Sársar, camino de su cumbre, llegamos al poblado tendido en su falda S. : Dimena. Notamos, ya en su vecindad, una fuerte agitación, marcadamente



FIG. 36

Yebel Sársar, fotografiado desde su base
En primer término a la derecha, el poblado de Dimena

en los hombres, que se arremolinan gritando: nuestro desconocimiento del árabe nos mantiene en la ignorancia de cuanto ocurre y la significación de sus voces descompuestas. Sus ademanes nos apostrofan claramente, no sólo a nosotros dos europeos, sino también a los cuatro moros que nos acompañan. El camino pasa rozando las bardas limitantes del poblado y es forzoso que pasemos por él: el ateneísta se adelanta y asomado a ellas, como nuevo don Quijote, parlamenta con ellos y no les cede en lo violento del ademán ni en lo recio de la voz. Así les entretiene, en tanto que los otros tres acompañantes nos ruegan con señas y gestos que pasemos cuanto antes poniendo nuestras mulas a todo correr, por la urgencia de alejarse. Así lo hacemos con toda diligencia y pasamos al galope el camino abierto sobre el derrumbadero de un valle bellissimo (figura 36). Presto el rezagado, que ha conseguido entretenerles, nos alcanza, no sin que todos temamos por la vuelta, cuando comenzamos, entre los lentiscos y majuelos, el ascenso del Yebel Sársar.

A medida que ascendemos se va acentuando la pendiente: es forzoso dejar las cabalgaduras a media ladera y terminar por marchar a pie hasta la cumbre (680 metros), entre el monte de lentiscos que se enraman. Es de ver el afán de los moros por mirar con los prismáticos que les enajenan, contemplando las rosadas llanuras lejanas del valle del Sebú y las del territorio de Wazán, no sin dirigir inquietas miradas al aduar de Dimena que se agita allá abajo.

El descenso nos reserva el momento más querido de cuantos he pasado en Africa. A pesar de la seria barrera que supone la diferencia de idioma, noto en nuestros guías y guardianes cierta inquietud que va aumentando conforme nos acercamos al poblado, que acentúa su agitación de antes. Ya salen en nuestra busca los hombres de Dimena, orgullosos y resueltos, cuando apenas he preguntado a Navarro si no observa que corren vientos de fronda. Cuando de pronto llega el momento más interesante (aun tiene para mí el perfume de su encanto): nuestros cuatro moros, serenos y dueños de sí mismos como en una parada, se adelantan decididos, requieren sus armas y las preparan, cruzadas en el cuello de su caballo airoso. Vedlos aquí, bellos en su resolución, el ojo avizor y brillante, como gallo de pelea, deseosos de hacer uso de sus armas y oír el eco de los disparos repitiendo en las peñas, tan caro a un oído bereber. Ya corren los de Dimena llamando a concejo, se reúnen, se dispersan, avanzan, sin que nosotros hayamos detenido nuestra marcha, conforme bajamos el bello Sársar. Los nuestros se adelantan y se ponen a parlamentar, en tonos vivísimos y siempre atentos al arma, con los contrarios: un anciano, al parecer el chérif del aduar, lleva el peso de la discusión. No nos damos cuenta de lo que hablan: sólo notamos su agitación y su indignada actitud. Aun nos estamos preguntando su causa, pero súbitamente la cuestión cambia de aspecto, los rostros se animan y alegran: el anciano se adelanta hacia mí, lleno de cariño y de agrado, me estrecha fuertemente la mano y luego lleva la suya a los labios para besarla amorosa y respetuosamente, conforme a la fraternal usanza moruna. Repite la ceremonia con Navarro y otros varios hombres se desviven por atendernos. A empellones, somos introducidos en la casa del anciano y bajo un cobertizo, lleno de aperos de labranza, de tinajas, con una cama empotrada en la pared, nos regalan con un tazón de leche agria, huevos duros y las tres tazas de te reglamentarias que contiene una bandeja colocada en un afiligranado taburete morisco. Navarro y yo, en medio del ágape, los ladridos furiosos de los

perros, la agitación del exterior y los agasajos con que nos colma el anciano y los muchos moros que con nosotros participan del convite, nos preguntamos que habrá podido pasar, imaginando si no habrán sido solamente rivalidades de pueblos vecinos. Sentados en el suelo, escuchando las vociferaciones de los moros, que hablan siempre con fuerte voz y dan a la conversación una animación extraordinaria, esperando que termine de hacerse el laborioso té, permanecemos un buen rato.

No queda ya mucho tiempo de sol cuando abandonamos al anciano bondadoso. El nos ayuda a montar, nos despidе cariñoso y no sin veneración llevamos nuestra mano a los labios, por acomodarnos a la costumbre, después de haber estrechado la suya.

Todavía nos sobra tiempo, antes de entrar en Azib para dar una vuelta al hermoso valle, espléndido de luz y de color, por contemplar la lujuria de las tierras negras, las siembras gigantes de trigo y de guisantes. Caído el sol, regresamos a Azib : los últimos rayos arrancan, en esta tarde de mayo, de los lentiscares del Sársar destellos violetas que se van perdiendo en la noche, como vagas fosforescencias que se extinguen.

Es de noche ya, corre un vientecillo glacial y no sabemos aún donde hemos de dormir : millares de cantos suenan en la paz solemne del campo, con un chirrido monótono. Siempre al lado del ateneísta, se nos conduce a un corral, alfombrado de su buena cuarta de estiércol : se levanta la tienda, verdadero trapo abierto en todos sentidos y a todos los vientos y los veintitantos moros de la mañana vuelven a rodearnos. Hay también un buen rebaño de ovejas y unas cuantas vacas, de las que nos separa pudorosamente la lona de la tienda : de vez en cuando con sus patadas comprometen la estabilidad del tenderete e irreverentes nos inundan el suelo, con grave apuro nuestro que no sabemos como escapar. Apórtase la cena, de la que apenas si probamos bocado : la conversación de los moros no ha cesado un segundo y es de cada vez más fuerte. No tiene límites la resistencia de sus gargantas. Decidimos tendernos envueltos en nuestras mantas : nos acompañan, tendidos como nosotros en el suelo del corral, los veintitantos hombres. Sus ronquidos, su olor, el balido de las ovejas, las vacas, las pulgas que se pasean por nosotros como los liliputienses sobre Gulliver atado, no me dejan apenas dormir. Como un pastor, boca arriba, cuento cien veces las mismas estrellas, flores de la pradera celeste.

Mas el amanecer, impregnados los valles de verde suave en la neblina húmeda del alba, tan característica del W. de Marruecos,

es tan bello, que pronto olvido las molestias de la noche. ¡Cómo el Sársar me aparece confuso, cual en una leyenda noruega!

Brilla el sol y obtiene de piedras y plantas destellos inesperados: el corral me parece ahora de una poesía particular, con el agrio olor del estiércol. En la casita del dueño, colocada en el fondo, se oyen voces de mujer y llantos de niños, pero no puedo verlos. Noto semejanzas con Andalucía; recuerdo paisajes de Castilla, el redil levantado entre los terrones de la tierra parda. ¿Acaso no somos hijos directos de estos moros que ahora se desperezan, traen en un cubo la leche tibia y espumante, y preparan el té? (1).

Montados a caballo después del desayuno, regresamos a Alcazarquivir, con nuestro morito espolique y el ateneísta. Pero no regresamos por el mismo camino, sino que desviándonos hacia la derecha, a la altura de Kudía Ketib el Hamsa, seguimos a media ladera las faldas de Yebel Sársar en su vertiente N. W., paralelos al curso del Uad el Hamatza, en las mismas lindes de las kabilas de Sársar y de Jolot y Tilig, por entre espesos jarales y lentiscos. Conforme el camino desciende, buscando el nivel del Luccus, se va substituyendo al lentiscar, vegetación de higueras y acebuches que forman, en las antiguas terrazas, bosquetes rientes, de un marcado sabor mediterráneo, especialmente entre Yebel Gani (330 metros) y Yebel Ketama, y cuando ya, dejadas atrás las alturas, damos en la planicie del Luccus. Hay aquí cultivos de higueras, de granados, en plena lujuria: el sol obtiene bruñidos destellos de sus hojas brillantes, en una orgía de luz y color.

Atravesamos el Luccus por Lal-la-Mariem y perdidos en la llanura extensa, sin sombras, llegamos abrasados, en pleno mediodía al campamento de Alcazarquivir. Da agrado colocarse en la sombra de la tienda de campaña.

Minutos después baja de su mula ante nosotros, nuestro compañero Quirós, por cuya suerte estábamos inquietos, desde que quedó en Tánger. Le acompaña Embark, a quien encontró ayer mismo en el zoco de fuera de Larache, buscando el caballo blanco robado de quien no tenemos noticia alguna. Quizá a estas horas se está vendiendo en algún lejano zoco. El regreso de todos, nuestra reunión definitiva, aumenta el contento.

(1) El alemán Schulten ha reconocido que iberos y berberiscos somos hijos de la raza que desde tiempos prehistóricos se ha extendido por las tierras del Mediterráneo occidental, al estudiar, con ocasión de sus excavaciones de Numancia (ESTUDIO, año 11, tomo VI, 1914, páginas 228-248, con láminas) los campesinos de Soria.

Expedición a Uad el Mehazen

13-15 de mayo.

Hemos convenido con el hoy general Fernández Silvestre, en visitar la kabila de El Jolot, en la zona donde se halla el Uad el Mehazen, región que tiene entre los mismos naturales fama de ser la más fértil del país : su estudio me atañe, pues, a mí más principalmente que a ninguno. Se conviene en que llevaremos escolta, porque ya se palpa en el ambiente claro anuncio de guerra, y han comenzado las agresiones aisladas. Se nos da un sargento, un cabo y nueve soldados de caballería, con 150 cartuchos por plaza y dos soldados de Administración militar con acémilas que llevan la tienda y las provisiones de la tropa. De todos ellos conservamos los mejores recuerdos : sólo la certidumbre de que algunos, como el sargento Arellano, han perecido en el ataque a Alcázar, nos estremece de dolor. Se nos da además, de guía, un policía indígena, de barba como el ébano, que monta a caballo como un centauro.

La partida, hoy 13, es rica en incidentes. Dispuesta la escolta, con su simpático sargento, un niño bravo, al frente, los judíos arrieros, alquiladores de nuestras caballerías, riñen tan gravemente entre sí, a causa de la carga (la eterna querrela de Marruecos) que renuncian al alquiler y se retiran con sus nueve cabalgaduras. Se necesita todo el prestigio y amabilidad del inteligente Cónsul de Alcazarquivir para hacerles volver de su acuerdo. De otra parte, nuestro criado Embark, quizá humillado porque va a marchar a pie delante de judíos, pide su cuenta y se marcha a Mogador, su país, súbitamente, sin más bagaje que un hatillo de ropa, brillando la resolución en sus ojos bereberes. Marcha a pie y se pierde en la llanura.

Finalmente, podemos partir, guiados por el policía indígena, con su vistoso uniforme, erguido el busto en su caballo tordo, encorvado el cuello graciosamente, a causa de la rienda, con toda la elegancia y el dominio del jinete árabe.

El camino, en franca dirección al N., no presenta accidentes : corre a lo largo de la llanura plana y tendida, donde comienzan a aflorar las tierras negras (*tirz*, en singular, *tuares*, en plural), prototipo de la fertilidad. Ahora, a mediados de mayo, la vegetación en

pleno desarrollo, es encanto de los ojos ¡las bellas praderas de tonos violetas por las flores de los *Echium!*... Llegados al Uad el Uarur, vadeado en su punto Mexerãa el Uarur, en tanto los caballos, inclinando el cuello, beben en su corriente y sacan el hocico goteando, notamos como la ruta oblicúa al N. W., siguiendo las mismas lindes de la zona de inundación del Luccus. Así es a nuestra izquierda el



FIG. 37

Huerta del Sultán (Kabila de El Jolot)

Puente sobre el Uad el Hhimer (arroyuelo afluente del Uad Mehazen), al lado de éste último

terreno, desolado, arcilloso, hasta llegar al Uad el Mehazen (1), afluente del Luccus, como el anterior, que vadeamos también.

Siguiendo su orilla derecha nos vemos pronto al lado de la Huerta del Sultán, frente al puente ruinoso sobre el Uad el Hhimer (2), cuyos arcos de ladrillo, decrépitos, conservan todavía su pasada gracia. Parece que este puente marca el lugar de la batalla de los tres reyes (agosto de 1578 o Chumad-el-Lual de 986), en tiempos

(1) La fuente principal del Uad Mehazen no se halla, como ha dado en decirse por autores franceses (*Les tribus arabes de la vallée du Lekkoûs*) por Bellaire et G. Salmón. Archives marocaines, tomo IV, 1905, pág. 1, 151), en Yebel Alam (Beni-Aros), a poca distancia de la tumba del venerable Muley-Abd-es-Selam ben Mxix. *Ain Baraka* (la fuente bendita) pertenecerá, pues, a otra corriente, quizá al Uad el Jarrub.

(2) El sultán Muley Abd-el Melik mandó destruir, antes de la batalla de los tres reyes, un puente sobre el Uad el Mejazen, cuyas ruinas hemos contemplado hoy. El puente, que todavía queda y presta servicios, está tendido sobre el Uad el Hhimmer, casi en el punto de confluencia con el Mejazen, al S. W. de la Huerta del Sultán

de Muley Abd el Melik, llamada de Alcazarquivir, donde pereció don Sebastián, el rey portugués (fig. 37).

Desmontamos cuando la tarde va de vencida : penetramos en la abandonada Huerta del Sultán, desde donde vemos el poblado de Ulad Ben Said ; nuestra escolta quita a machetazos la maleza

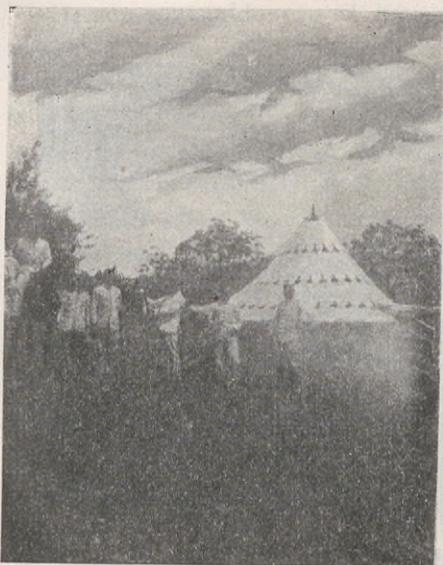


FIG. 38

Huerta del Sultán (Uad Mehazen). Los soldados de nuestra escolta preparando la cena. La tienda, en otro tiempo, perteneció al Raisuli.

para montar la tienda (una de las tomadas al Raisuli, en una escaramuza), de extraños atavíos (fig. 38). Del lado de Larache se pone el sol, en la quietud callada del campo que se pierde a lo lejos.

De mañana el policía indígena nos ha traído, tan sólo por seis reales morunos, todo un cubo de leche, tibia y olorosa : procede del poblado de Ulad Ben Said que quince días después estaba ya en armas.

Remonto el Uad el Mehazen, en dirección a las montañas del E., de rosados tonos, atrayentes con el misterio de lo desconocido, las cuales todavía permanecerán algunos años sin que las conozcamos

del todo. Tomo notas y recojo ejemplares. Cuando a mi vuelta paso por Ulad Ben Said, entre las huertas y chumberas de su contorno, un moro amable, de coleta aceitosa, me enseña complaciente los árboles donde hay tórtolas para que mejor las tire.

Reconocida esta parte, por la tarde, se abaten las tiendas para marchar a Mexera Neyma, al W., en donde haremos noche. En tanto se llenan los preparativos de marcha los moros de Ulad Ben Said, invaden la huerta, se sientan en el suelo y nos miran con un desdén orgulloso, donde brilla la malevolencia : seguramente se sorprenden de vernos allí, pero les contiene la presencia de la escolta. La estrechez de los caminos, entre los trigos y las cebadas altas, que nos cubren a caballo, nos obliga a ir en fila, marchando siempre detrás la escolta, cuyas armas destellan al sol, uno a uno. Atravesamos

la zona de inundación del Luccus, hacia el S. W., pasando por Duar el Garbia y algunos arroyos, temerosos por sus fangos, donde los caballos se hunden hasta el vientre (Jolch el Hharahar, Jolch Mekitzla). Lástima grande que el Luccus desborde y anegue estos territorios, de feracidad comparable a la Chauia francesa.



FIG. 39

Nuestro campamento en Mexera Neyma, a orillas del Luccus. La llanura de inundación en la actual terraza del río

Mexera Neyma, en donde desembarcan las mercancías que desde Larache vienen remontando el Luccus para ser transportadas a Alcazarquivir, tiene un destacamento mandado por un oficial : se halla como a unos 12 kilómetros de la Huerta del Sultán.

Aquí se ve la llanura en toda su extensión y magnificencia (figura 39) : quizá no hay otro punto mejor para dominarla en toda su magnitud. Un corte transversal de estos viejos aluviones del Luccus, en los que el mismo río ha modelado la planicie de la terraza, desde Mexera Neyma hasta el poblado de Ulad Ben Said (fig. 40), demostrará su escaso desnivel. En la planicie inmensa y desolada, entre las hierbas que el viento hace oscilar, perdida, como un punto, hay una tumba, lugar de reposo de un desventurado gallego muerto de congestión al bañarse en un remanso del Luccus, en la mansedumbre de las aguas fluviales el hombre nacido en las Rías Bajas, mojado mil veces por espumas marinas.

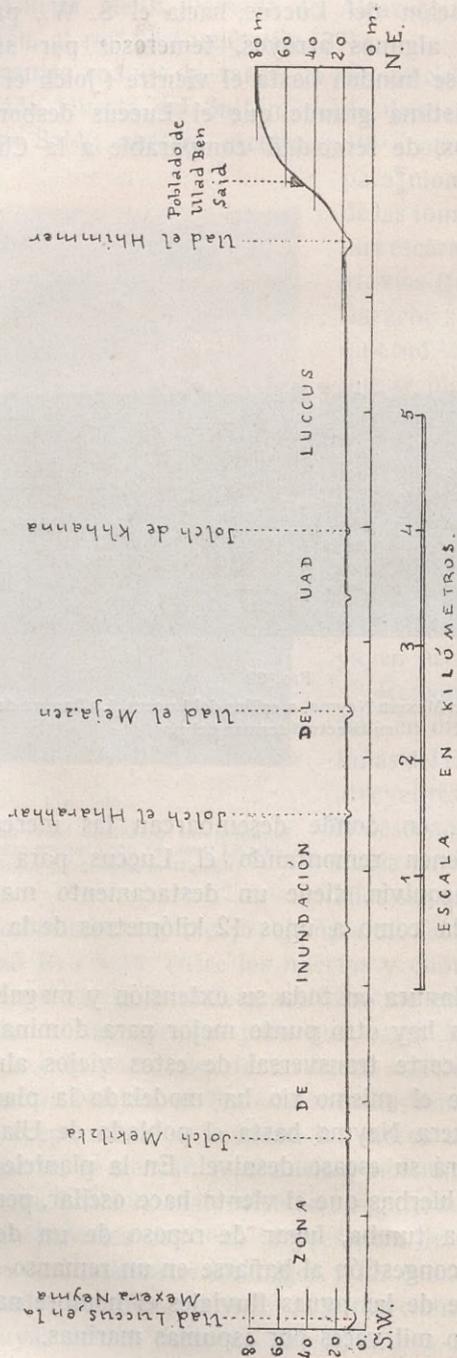


FIG. 40

Corte transversal topográfico, en la llanura del Luccus, de Mexera Neyma al poblado de Ulad Ben Said, en la kabila de El Jolot. Se aprecia bien la terraza y su escaso desnivel (distancia entre las curvas de nivel : 20 metros)

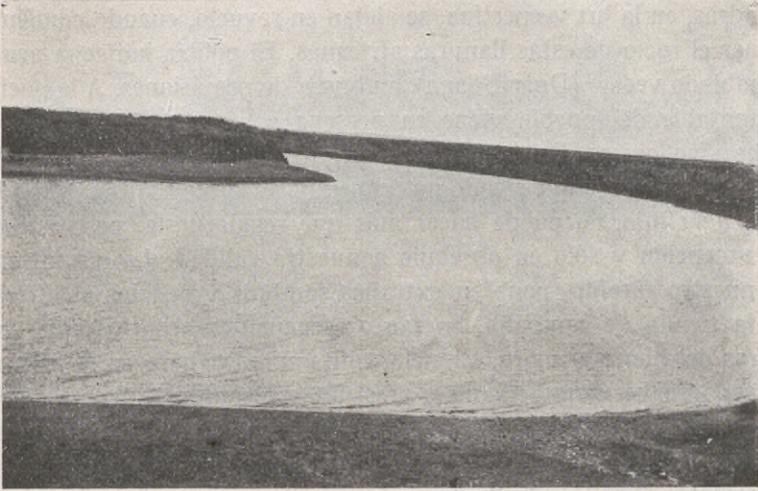


FIG. 41

La curva (meandro) del Luccus, en Mexera Neyma



FIG. 42

Un meandro del río Luccus, aguas arriba de Mexera Neyma
Un bosquecillo de acebuches en los aluviones

A unos metros de su tumba, aun reciente, fresca la tierra que la descubre, el Luccus describe sus meandros amplios, en la quietud de sus aguas serenas (figs. 41 y 42).

Al caer de la tarde refleja en el agua su cielo rosado ; algunas alondras, en la luz vespertina, se alejan en revuelo, cuando comienza a caer el rocío de estas llanuras africanas. El policía indígena acude al poblado vecino (Duar Bdana), en busca de provisiones. A la noche, un notable del pueblo viene en persona a ofrecernos un cubo de leche : no quiere dinero por ella, asegurando que pertenece de derecho al ternero y que siendo un crimen negociar con lo que la madre debe a su hijo, no puede hacer más que regalárnosla, pero a título de excepción y sólo en obsequio a nuestra calidad. La luz incierta de nuestro farolillo pone en extrañas sombras y reflejos el interior de la tienda de campaña, en tanto escuchamos absortos estas palabras del honrado moro. El cielo, contemplado ahora en la llanura, en toda su hermosa redondez, presenta espléndidos fulgores, líneas blanquecinas luminosas. Los judíos duermen al abrigo de nuestra tienda. La silueta del centinela de la escolta, que vigila por todos, se recorta, negra, en la llanura.

El cielo está amenazador, hoy 15, cuando amanece.

Como de costumbre, trabajaremos por la mañana y caminaremos por la tarde.

Río arriba, recorro el país durante la mañana, con Navarro que me acompaña. Cuando de improviso un chaparrón violento, sorprendiéndonos en la planicie sin árboles, nos obliga a buscar el refugio de la tienda.

En tanto ordeno las plantas y datos recogidos, tres *tolbas* (maestros conocedores del Corán), de rostro apicarado, se sientan en la puerta de nuestra tienda y riendo como pordioseros injertos en pícaros, nos recitan cantando, algunos versículos del Corán. Comprendemos que su fe en el libro santo es tan grande como la nuestra.

El tolba regenta la escuela marroquí. Dicha escuela, suele consistir en una habitación muy reducida donde los niños sentados y aun tumbados en el suelo, pasan el día entero salmodiando el Corán, con un canto monótono y agudo. El tolba se limita a enseñar y comentar el Corán, en una enseñanza eminentemente religiosa.

Hacia las dos, levantamos y plegamos la tienda : cargadas las caballerías, dispuesta la escolta, todos a caballo, nos despedimos del atento oficial y abandonamos Mexera Neyma (fig. 43). La llanura se extiende sin interrupción, sin una sombra, sin un relieve, durante 15 kilómetros, entre los trigos y las cebadas, hasta Alcazarquivir, ante cuyo campamento nos apeamos. Nos despedimos,



FIG. 43

Al partir del campamento de Mexera Neyma
En segundo término, la escolta de caballería

cariñosos y conmovidos como camaradas, de los soldados, hermanos nuestros : ruegan, al irse, que influyamos en otra ocasión para escoltarnos de nuevo. Días después, así lo hicimos con el mayor agrado.

17-19 de mayo.

Los rocíos son de cada vez más fuertes : durante una de estas noches, la humedad, poniendo tensos y rígidos como alambres los vientos de cáñamo, ha sido causa de la rotura de un segundo palo y de un nuevo hundimiento de la tienda sobre nosotros.

Las lluvias arrecian también : es el pequeño máximo de mayo que nos sorprende. Nos es imposible salir : los barro arcillosos del llano se adhieren al calzado formando tortas e impiden la marcha : el suelo está lleno de charcos, por su impermeabilidad, en todas partes.

Los judíos, pretextando la lluvia por guardar su fiesta del sábado, no acuden, y cuando en la creencia de que vendrán, plegamos la tienda, una lluvia torrencial nos empapa por completo, sin defensa, en el lodazal encharcado del campamento. Todo lleno de agua, tienda, camas, equipaje, nos vemos precisados a pedir al Comandante refugio. Se nos ofrece la hermosa tienda levantada para el Alto Comisario, general Alfau, que llegará mañana. Durante la noche, la humedad y el frío son extraordinarios : la tienda espaciosa, empapada por la lluvia persistente, ha sido para nosotros una verdadera cámara húmeda. Tenemos los miembros entumecidos, ropas y zapatos están húmedos y el cañon de la escopeta tomado de herrumbre al despertar del día siguiente.

Todavía, el pobre cauasi rifeño, nuestro vecino, ha pasado peor noche : fiel como un perro, envuelto en sus trapos miserables, ha vigilado nuestro equipaje, abandonado en el barro.

Los judíos, hoy puntuales, acuden de nuevo con su reata de caballerías en las que cargan el equipaje, no sin las disputas de costumbre a que ya nos hemos habituado.

A las diez abandonamos Alcazarquivir, en el que hemos vivido unos quince días. Pasamos, al salir, junto al bello Sidi Bu Galeb, iluminado fuertemente por el sol, en la humedad de la mañana : algunas moras, entre las chumberas en flor, ponen la nota blanca de sus paños, en su andar rítmico. Caminamos francamente al N. W., por la llanura uniforme, buscando el Luccus que atravesamos por la pontona, tendida por los ingenieros militares, en la hondanada del meandro que allí traza el río, de orillas casi a pico.

De nuevo la llanura otra vez, sin un accidente, siempre seguidos de la escolta de caballería (cuatro hombres y un cabo), ahora más reducida a causa de la paz de la kabila que queremos visitar. Cuando de improviso se cruzan con nosotros algunos oficiales de Estado Mayor, seguidos de una escolta de policía indígena, todos al galope de sus caballos : preceden al Alto Comisario, general Alfau, que recorre el territorio de su mando. Le vemos, al lado del entonces coronel Silvestre, con todo el séquito de altos funcionarios, civiles y militares, de la zona y una escolta mínima. Nos saludamos cariñosamente, con el afecto y el interés que dicho general pone en todas las cuestiones que le están afectas, en tanto todos o nos apeamos o refrenamos los caballos.

Gratamente impresionados, proseguimos nuestro camino, que ahora se accidenta, mientras atravesamos el Bosque de los Alemanes, un alcornocal espléndido, en las arenas de las antiguas dunas que aquí alcanzan hasta la costa unos 30 kilómetros de anchura. El arenal, cubierto o no de bosque, se nos presenta ya sin interrupción, suavemente ondulado con toda la topografía dunar, más modelado por los vientos que por las aguas ; no hay una sola piedra, y la comida, los trajes, todo se cubre de una capa de arena impalpable. Hay un cierto encanto en la novedad de este paisaje desnudo, de tonos amarillo-rojizos, extenso como un mar, desolado, batido por el viento que levanta y arrastra las arenas inconsistentes, apenas sin vegetación, adaptada estrechamente al medio, perdidas aquí y allá algunas manchas de alcornocal, como este bellissimo que estamos atravesando o aquellos lejanos que negrean en la arena, uno

a S. W. (*Gaba el Dajla*) y otro al N. (*Gaba el Araisch* o Monte de Larache), que hoy quedan, como manchas residuales nada más, del extenso bosque que, en pasadas edades, debió cubrir por completo el país.

Así, tras interminable caminata, llegamos sobre las tres de la tarde al campamento de la Guámara o Huahuara, no lejos de los



FIG. 44

Muará er Rmel el Tatanien. Estercoleros y *nualas*. En la *nuala* cónica, una cigüeña en su nido, levantado en la extremidad del techado

poblados Muará er Rmel el Fugani y Muará er Rmel el Tatanien (Muará el de las Arenas el de arriba y Muará el de las Arenas el de abajo), en la kabila de Jolot y Tilig (fig. 44).

La Guámara, en lo alto de una eminencia, colina de suaves laderas en la duna muerta, de vertiente más inclinada en el interior, está guardada por un destacamento de infantería y algunos ingenieros encargados del heliógrafo, al mando de un segundo teniente del batallón de la Reina, don Francisco López Domínguez, cuyo buen sentido se ha comunicado igualmente a los dos sargentos a sus órdenes, personas con quienes intimamos en seguida y de quienes conservamos el más excelente recuerdo.

Levantamos la tienda cerca del parapeto y nos es difícil comer sin que las arenas invadan los alimentos. De noche se nos presenta, en toda su majestad, el más claro plenilunio que hayamos visto. Y es una escena de paz y de grandeza, la luz de la luna sacando destellos del paisaje extraño de las dunas, en el silencio y la quietud ca-

llada. Nada tan hermoso como esta salvaje soledad : nosotros mismos, fundidos en la unidad de la Naturaleza, hablamos en voz baja, temerosos de turbar el silencio solemne de las arenas desiertas, en la serenidad de la noche.

20-21 de mayo.

De mañana, hoy 20, el sol, sin obstáculo alguno, pone ardiente el suelo arenoso-silíceo. Ahora, con el sol a mi espalda, tengo ocasión de contemplar el médano inmenso, tal vez de fecha pliocena, hoy fijo o muerto. La vegetación depende aquí del medio, sobre todo en el aspecto edáfico o ecológico : es francamente silicícola y tiene extensas y múltiples raíces en defensa de la inconsistencia del suelo en que brota.

Pronto nos distribuimos el trabajo : yo llego hasta Gaba el Dajla, casi en contacto con el paralelo 35°, límite de nuestra zona. Navarro, a caballo, recorre la duna atravesándola, hasta el Atlántico, y alcanza el mismo paralelo 35°, en donde halla a la comisión española de límites, encargada de fijar en sus detalles la frontera entre



FIG. 45

El acantilado arenoso de la duna pliocena consolidada en la costa del propio paralelo 35°, junto al Atlántico. La fotografía indica bien la altura de la duna (superior a 60 metros) y la erosión litoral en sus arenas consolidadas.

nuestra zona y la francesa. Encuentra que esta duna colosal, fija ya, muerta, cubierta a trechos, incluso de la cosecha cereal, llega hasta el mismo mar, ya consolidada, con una altura de unos 60 metros en la costa (fig. 45).

La tarde entera la consagro a la preparación de las plantas. Hay,

cuando el sol se pone, en la frescura del atardecer, un triste incidente. Un niño moro, detenido en el campamento por robos cometidos en los aduares próximos, subtrae a un soldado de nuestra escolta todo su peculio. Da pena ver su cara infantil insensible al rubor de su delito.

De noche, en tanto los centinelas, en el silencio, desde el fondo de sus chabolas, lanzan de hora en hora el grito de *¡Uno!*, *¡Dos!*, *¡Tres!*, *¡Cuatro!*, sucesivamente, en el orden en que se hallan, atentos a su vigilancia, como un alerta, nosotros, con el teniente, bajamos a Muará el de las Arenas de arriba, en la majestad de la luna llena. Es inolvidable la velada a la puerta de una nuala, entre los moros, graves y silenciosos, que nos acogen fraternalmente, nos invitan a té y nos regalan con sus pipas de kif. Se habla de todo y sorprendemos la sencillez en estas almas de hombres no civilizados. La luna, en tanto, en la noche serena y africana, irradia y platea todos los perfiles de las cosas y parece presidir y asociarse, como un algo que nos abraza y confunde a todos en un mismo sentimiento de humana fraternidad.

De regreso, cuando descansamos en la tienda, la voz azorada y breve de un centinela, nos despierta suspensos: el niño moro acaba de escaparse saltando el parapeto y pregunta al teniente si dispara. El Teniente, en un primer impulso, dice que sí, y ya nos figuramos ver el pobre niño corriendo por la llanura, a la luz de la luna impávida, sorprendido por la bala que lo detiene y lo tumba, en tanto nosotros, estremecidos, oímos el disparo. Pero el Teniente (¡cómo tranquilizó mi corazón!) rectifica su orden, y contentos ya, respiramos todos, representándonos ahora al niño libre, huyendo de todos, dilatadas sus narices al aire de libertad en la noche solemne, amorosa y callada, como una madre que lo recoge para esconderlo.

Hoy 21, por la tarde, abandonamos la Huámara, no sin sentimiento. El Teniente, cortés y cariñoso, nos acompaña unos kilómetros, ahora en dirección al N., a lo largo de la duna uniforme, camino de Larache. Estamos siguiendo el trazado, del futuro ferrocarril de Larache a Alcazarquivir, en el arenal sin fin, dentro de esta duna que continúa hasta Arcila, si bien con disminución de su anchura, más allá de la orilla derecha del Luccus. Atravesamos el Uad Sahhsuhh (o Sajsuj) antes de entrar en Gaba bu Xarem (la parte más oriental del bosque de Larache), ya en contacto con la zona de inundación del Luccus. El bosque es uno de los alcornoques que ayer divisábamos en torno a la Huámara: su punto central, en este recorrido, es tal vez Ain ex-Xuc (Fuente de los Pinchos), en donde hacemos un pequeño alto (fig. 46). Por estos contornos la anchura de la duna que llegaba en la Guámara a unos 30 kilómetros, se reduce aquí considerablemente: los aluviones del Luccus que la cubren en su lado más oriental, la dejan reducida a unos 6 ó 7 kilómetros.

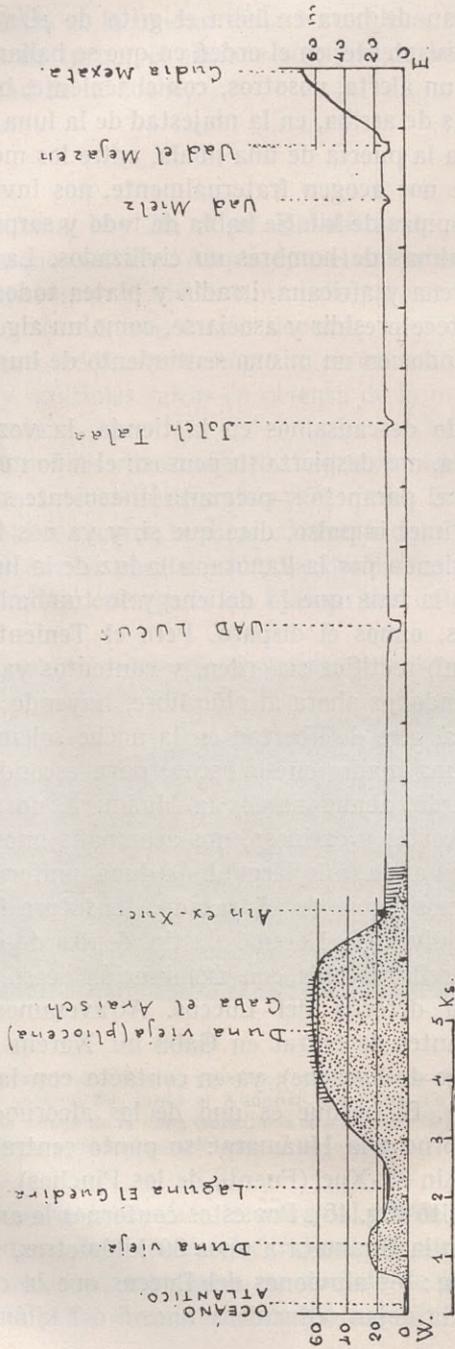


FIG. 46

Corte transversal, de E. a W., desde Cudia Mexata al Atlántico, a través de la terraza del Luccus, a los 34° 42' de lat. N. Se ve la duna antigua pliocena, alcanzando alturas de 60 metros, recubierta, en parte, de su vertiente oriental por los aluviones del Luccus (Las curvas de nivel están separadas de 20 en 20 metros; la escala en longitud se halla al pie del dibujo)

Poco más tarde, tomamos decididamente la dirección N. W., camino a Larache, siguiendo el camino alto, no lejos de donde comienzan las obras del ferrocarril mencionado. Una caravana de camellos se nos incorpora, y entre los moros que van y vienen, ya en número más frecuente, siempre sin abandono del arenal, entramos en Larache. La escolta se despide de nosotros y se dirige al cuartel; nosotros nos refugiarnos en un barracón de madera, pintada de verde, con techos de zinc (especie de plomos de Venecia, ¡oh, manes de Silvio Pellico!), que



FIG. 47

Una calle nueva de Larache

lleva el título pomposo de Hotel Madrid. Dentro de su modestia, es la mejor construcción del improvisado Larache español, formado por barracas de tablas y latas viejas, con habitantes que traen a nuestro recuerdo el barrio del Albaicín, en Granada, o el de las Injurias, en Madrid (fig. 47). ¡Oh! potente fuerza colonizadora la de nuestra raza, y cómo en sus empresas civilizadoras incorpora a los pueblos bárbaros todo el agrio sabor de sus costumbres y de su castizo vivir nacional...!

22-24 de mayo.

Nos quedan algunos días para dedicarlos por entero a esta región de Larache.

En un principio habíamos decidido estar en Arcila el día 21 de este mes, marchar a Zinatz (la residencia del Raisuli) más tarde, por atravesar una región no explorada aun científicamente y por el Fondak de Ain Yedida, después de haber acampado en los alrededores de Zinatz unos cuantos días, marchar a Tetuán y Ceuta con destino a España. Los temores de la guerra que se ve venir y se espera para un plazo no más de días, nos obligan, de acuerdo con el

entonces coronel Silvestre, a cambiar por entero de plan y reducirnos a permanecer en Larache y explorar después la kabila de Es

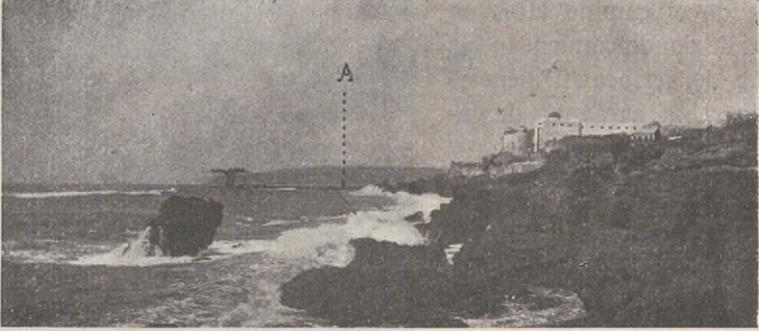


FIG. 48

Costa de Larache : la labor de la erosión litoral, en las proximidades de la desembocadura del Luccus. A.

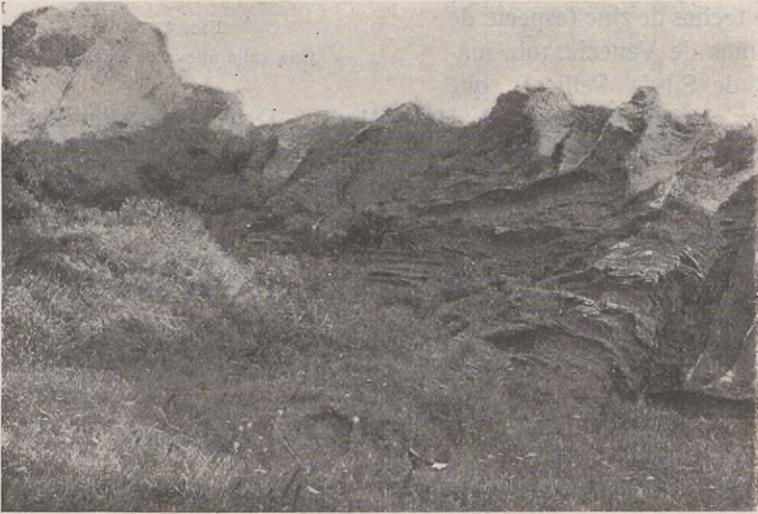


FIG. 49

Formas de erosión en las arenas del acantilado de Ras en Nador, al S. de Larache

Sahel, en dos etapas sucesivas entre el zoco de T'Zelata y el zoco del T'Zenin.

Larache está enclavado a la orilla izquierda del Luccus, en las antiguas dunas consolidadas. Sus calles y sus casas miran al río,

sobre el que parecen caer en cascada y se vuelven de costado al mar. El Atlántico libre bate la costa (fig. 48), desmorona las arenas pliocenas de la duna fuertemente consolidada y llena de bloques desiguales y caóticos la plataforma litoral con los restos y trozos del acantilado que destruye el oleaje. La superficie superior de estas dunas, sometida a los agentes atmosféricos en una parte o en otra constituida por dunas más recientes, presenta, ya por los vientos, ya por la simple acción de las aguas de lluvia, curiosas formas en su corte, efectos de esta activa erosión (figura 49). De otra parte, las aguas de lluvia, filtradas a través de las arenas superiores, más sueltas e inconsistentes, se detienen al contacto de las arenas inferiores más firmes (por pertenecer a dunas más antiguas), y brotan en el plano de conflicto de ambas : de estos



FIG. 50

Los manantiales de agua dulce, en el acantilado de Ras en Nador, sobre la playa de Larache. Véase a los moros, sin cuidado alguno, hundiendo los pies en el agua, disponiéndose a recogerla.

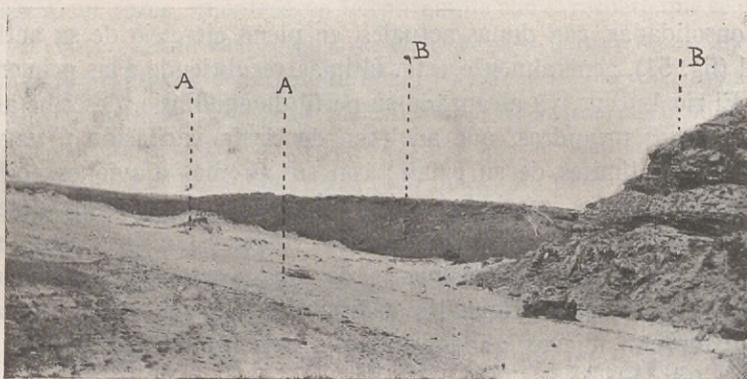


FIG. 51

Paisaje de dunas antiguas (pliocenas) en contraste con dunas actuales, en la costa atlántica, al N. de Larache. A : Dunas actuales activas. B : Dunas antiguas fijas

manantiales, que tienen este origen y afloran en el acantilado de la playa, se surte de aguas Larache, por lo menos hasta la fecha de nuestra llegada (fig. 50).

En toda esta costa atlántica, y señaladamente en las porciones más inmediatas a ambos márgenes del río Luccus, se repite con frecuencia el paisaje de dunas anteriores, enteramente muertas, fijas



FIG. 52

Los últimos meandros del Luccus (vistos desde las ruínas de Lixus), con los fangales inconsistentes cubiertos de su peculiar vegetación salina. Larache

y consolidadas, con dunas actuales, en pleno ejercicio de su actividad (fig. 51), generalmente, estas últimas, recubriendo a las primeras.

El río Luccus, ya alcanzado su perfil de equilibrio, describe aquí sus últimos meandros, que adolecen de cierta vacilación y vaguedad en los límites de su cauce; con sus propios aluviones edifica extensos fangales, marismas, y en el conflicto del río que desemboca, y del mar que lo invade con sus mareas, fangos y aguas son salinos y amparan el crecimiento de una vegetación francamente halófila, en los planos fangales (*Chemmich, Klej*) que el río desplaza o invade con nuevos aluviones en los desbordamientos que se suceden (fig. 52).

La propia desembocadura del Luccus, amplia y profunda, forma el puerto de Larache, de porvenir seguro, no obstante sus dos enemigos: la barra (fig. 53), y el ferrocarril futuro de Tánger a Fez,

que se llevará, de tránsito en nuestra zona, tan sólo, todo el comercio europeo-marroquí (1).

La temperatura en Larache, entre el mes de mayo, que está en sus fines, el suelo arenoso y los techos de zinc de nuestra barraca, es intolerable: las bujías se funden,

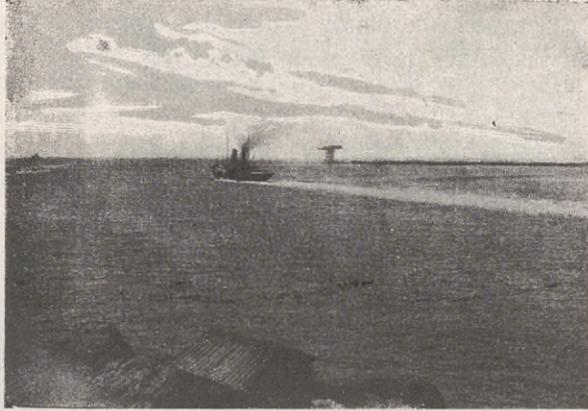


FIG. 53

El Puerto de Larache, en construcción de la orilla derecha del Luccus. El vapor que sale está ya cerca de la barra

y derretidas, se adaptan a las formas de la palmatoria. Después del mediodía, sin brisa, bajo a la playa, y mientras mis compañeros se defienden a la sombra de las rocas amontonadas en la costa deruida, yo desafío el calor y el sol que me abrasan, y en lo alto de una roca plana que quema los pies, pongo mis papeles de estraza, porque el sol los seque. Un moro, de un negro azulado, susi, me acompaña con frecuencia, pero sin reparar en mí: de rodillas, con un rosario en una mano, vuelto a oriente, y haciendo extraños círculos en el aire con el índice de la mano que le queda libre, se entrega a sus rezos, mientras yo le contemplo con el respeto que se debe al creyente. Pasan las horas y ni él ni yo nos hemos movido; terminadas sus oraciones se tumba al sol tórrido y se duerme, mientras el sol, en la tarde caliginosa, saca destellos de sus carnes bronceadas.

Es curiosa esta playa, llenas de peñas que se desmoronan, donde se bañan, con la impudicia de la inocencia y no de la malicia, moros y cristianos, porque la frescura del agua nos haga a todos más soportable el calor del día.

El calor no nos impide salir al campo por mañana y tarde a los que en él tenemos nuestro trabajo. Navarro y yo, con las suficientes provisiones y material, pasamos el día entero fuera de la ciudad.

(1) Léanse, a este propósito del comercio y porvenir de nuestra zona, los temas de la Sección colonial, parte a). Territorios de ocupación, del II Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, verificado en Barcelona del 10 al 15 de noviembre de 1913, si bien las conclusiones no se distinguen por lo concretas.

Hoy 23, hacemos una excursión por la orilla derecha del Luccus y la cantera de donde extraen la piedra las obras del puerto, al pie de las ruinas de Lixus, la fenicia (fig. 54).



FIG. 54

Cantera de las obras del puerto, al N. E. de Larache, en la orilla derecha del Luccus y al pie de las ruinas de la antigua Lixus. Areniscas eocenas

En un principio, en una de las lanchas del puerto, de la marina de guerra, hemos remontado el Luccus a remo, trabajosamente, porque en baja mar las aguas del río parecen precipitarse hacia su salida. No es menos difícil hallar un lugar de desembarco; algunos marineros se lanzan a tierra y se hunden hasta los muslos en el húmedo fangal negruzco. Seguimos nuestro viaje, sin encontrar aún lugar abordable; el oficial ordena entonces formar un puente con los remos clavados en la orilla y más lejos tablones hasta la orilla seca y consistente. Pasamos sobre los remos, y ayudados por los marineros, hundidos en el barro movedizo, ponemos los pies sobre los tablones que resbalan en el fango con trayectorias inesperadas, hasta llegar a sitios firmes.

Poco más tarde, nos separamos Navarro y yo, cada uno con un trayecto diferente. Recorro Cudia Dahari, la eminencia más alta de estos contornos (unos 100 metros sobre el nivel del mar), que me ha de ofrecer por estas razones algún interés en su flora, e igualmente las colinas y lomas que se extienden hacia el N. (Cudia ez Zunáa) con los minúsculos arroyos que las desaguan. El calor se hace cad

vez más insoportable entre los angustiosos trigos y cebadas de suelo reseco y agrietado.

A punto de dar por terminada la excursión, y cuando estoy pensando en el regreso, tres moros que surgen de la ladera de un arroyo me rodean, y ya humillados, ya con cara agresiva, me piden *flux* (dinero) por acompañarme hasta Laraisch (Larache). Por gestos les convenzo de que no tengo necesidad de ellos, pues que conozco el camino, pero insisten en ello, hasta que, observando que no cederé, dos de ellos, cerca ya del poblado de Rkada, optan por retirarse, y el último me sigue a distancia, hasta que se oculta en unas chumberas y no vuelvo a verle.

En dirección a la costa, en línea recta hacia el W., salgo al cordón litoral de dunas vivas y muertas, y desde allí contemplo el aduar próximo, semioculto entre las marañas de pitas y chumberas que lo redea y defiende, de tonos vivos al sol cálido de la tarde.

Recorro penosamente la duna y llego a la playa frente al Luccus, deteniéndome antes en la barraca de un cauasi, lleno de miseria, que cuida con amor un cajón plantado de nanna con que aromatizar el té. Poco después, en la barcaza que empujan remeros moros, bogamos hacia la otra orilla del río, ahora imponente, con la marea que sube y lo eriza en crestas espumosas. Regreso muy satisfecho de mi recorrido.

25-28 de mayo.

La población de Larache (*El Araïsch*, los Parrales, en indicación de lo frecuente que debió ser en tiempos pasados el cultivo de la vid), presenta su parte mora, en la que son de notar el bazar (*kaisería*), dentro de la medina y la alcazaba, en su porción más alta.

El primero (fig. 55), recuerda en su arquitectura, extraña al estilo nacional, la dominación portuguesa. Bajo



FIG. 55
Larache. El Zoco de dentro

sus arcos, moros y hebreos, tienen sus tenduchos, sucios y pringosos; otros sus tenderetes de golosinas, de pan o de juegos de cubiletes al aire libre, en medio de la calle. Aquí hemos visto un día caer un moro moribundo, enfermo repentinamente; acudir otros corriendo, y tendiéndole sobre unas tablas, con hondo estremecimiento de sus carnes palpitantes, comido de moscas pertinaces, llevarlo ante

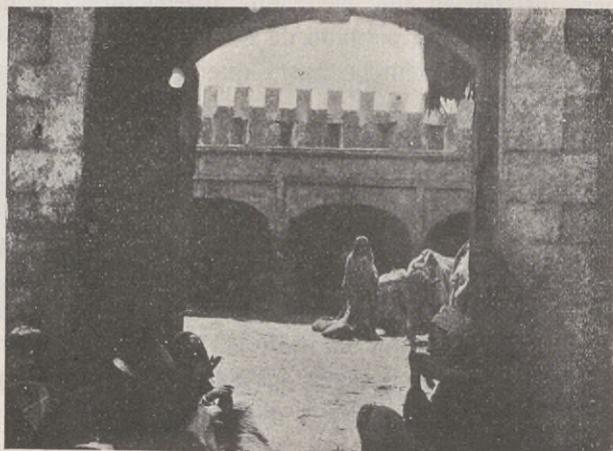


FIG. 56

Larache. Zoco de la Cebada. En su puerta, los mendigos

la *zauia* más próxima, en súplica de que el santo lo salvase, lo que, contra lo esperado, no se realizó. Quedó allí el cadáver, como un despojo, bajo el sol tórrido, padre de la vida.

Pasos más allá el bello Zoco de la cebada (fig. 56), destinado exclusivamente a la venta de este cereal, en el patio lleno de luz, de paños blancos, de sacos en pilas, del grano que cae en cascada sobre montones cónicos. A su puerta, bajo el arco de graciosa curva, los pordioseros moros y judíos, mendigando con tonos de canturria, por Abd-el-Kader o Muley Idris (1), con rostro inexpresivo de ciego.

Al abrigo de unas murallas, a punto de salir del recinto moro, no lejos del Zoco del carbón (de otra parte inmediato al de los gra-

(1) Muley Idris, quizá el santo más venerado de todo Marruecos, patrono de Fez y sexto descendiente del Profeta, fué el fundador de la dinastía nacional de los Idrisidas, que libertó al Imperio de la dominación abbasida. Reposa en la *zauia* de Yebel Serjún, junto a Fez.

nos), se nos ofrece ocasión de sorprender una consulta médica, en pleno aire libre. El médico (*telib*) está sentado a la sombra del muro (fig. 57) y espera sus enfermos: no tiene más material ni más ciencia que el Corán, allí a su lado y... quizá sea demasiado. Dos moras han acudido a él: una de ellas le cuenta sus dolores, le expone sus síntomas; el *telib*, atento, los interpreta y hace el diagnóstico, con toda la ridícula gravedad de muchos médicos europeos, toma la pluma y copia el versículo del Corán más adecuado al caso. La doliente paga sus servicios y se retira con la sagrada receta: todo pareció indicar que los honorarios fueron más modestos que en la orilla opuesta del Mediterráneo.



FIG. 57

Larache. Las moras retirándose, terminada la consulta con el *telib*

Fuera de las murallas, el extenso zoco de fuera, muy animado el día de mercado (Zoco el Arbáa, o mercado del cuarto día, esto es, del miércoles). A la tarde, desaparecidos los puestos, alejada la nube de compradores y vendedores, aparecen los narradores de cuentos



FIG. 58

Larache. Narrador de cuentos o leyendas, en el Zoco de fuera, ante el círculo de su público indígena

(fig. 58), que no son sino los precursores de un teatro que está en sus comienzos. El relator pone en su gesto, en sus palabras todo su gusto, su modo de sentir y expresar la leyenda o la historia

que desenvuelve ante su público absorto que llora, ríe, se alegra o se indigna con él mismo (1).

En este zoco se halla el Larache español, en sus principios nada más, formado por un conjunto de barracas y casuchas de madera con techos de zinc, cafetuchos y figones de ínfima categoría. Entre las tablas desvencijadas, algunos cartelones invitando con el alquiler del inmueble o de una cama con colchón. La población española recién llegada, se aloja como puede en aquel pueblo heterogéneo e improvisado, de antemano sometida y resignada a dejarse desvalijar o a meterse en hoteles que no son sino antiguos fondaks adecentados, en cuyo patio central, aposento anterior de toda especie de caballerías, se halla ahora la mesa redonda.

Hago una pequeña expedición a la laguna de El Gedira (figura 46), pequeña cuenca cerrada que se encharca con las lluvias, colocada al S. de Larache, y a la distancia de unos 5 kilómetros, separada del mar por las elevaciones de Cudia Hhamra (40 metros), verdadera cresta de N. a S. que aquí forma la antigua duna. La laguna, alargada, tiene 2 kilómetros de longitud y menos de medio de anchura. Su fondo es arcilloso y explica que las aguas puedan quedar retenidas en la región de las arenas de la duna del país litoral.

Hemos asistido en la ancha calzada del Zoco de dentro, una de estas noches, a una de tantas fiestas prenupciales como por aquí se verifican, pero que no cede a ninguna en su fuerza original. Su recuerdo me aparece ahora vivo y creome asistir a su holgorio y luminosidad extraordinarios. Una comitiva de innumerables moros, en su mayor parte jóvenes y niños, algunos de ellos de muy poca edad, llenó el zoco, llevando cada uno una vela blanca encendida, formando corros en torno a otros, portadores de bandejas metálicas llenas de velas, adheridas en su fondo, azules y rojas, encendidas también. En tanto cantan a voz en cuello hasta ensordecen, se entregan a extraños movimientos: el portador de la bandeja la baja hasta el suelo o la levanta hasta la altura de la cabeza, porque los demás que le rodean le sigan en sus movimientos o le contraríen, en una especie de juego como el de nuestro estira y afloja, que dan al espectáculo animada vistosidad, en medio de un bullicio indes-

(1) Las publicaciones de la *Junta para Ampliación de Estudios* contienen un buen trabajo acerca de algunos de estos cuentos, tomados precisamente en el mismo Larache. Alarcón: *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache. Historia del bodegonero criminal*. Madrid, 1913.

Véase también L. R. Blanc: « Deux contes marocains en dialecte de Tanger » (tomados en el Zoco grande). (*Archives Marocaines*, tomo VII, pág. 415.)

criptible. Estas repetidas flexiones están lejos de cansarles, antes les aumentan la animación y el contento: tambores y gaiteros manejando con inusitada energía sus instrumentos, haciendo girar rápidamente el tambor, porque presente al palillo que redobla sus dos caras, acrecientan el ruido y dan un cierto ritmo a los cantos y figuras. La multitud, extraña a la ceremonia que contempla, ríe con ellos y se ve arrastrada en su vértigo, en la embriaguez de la alegría, en una sugestión colectiva. La algarabía es enorme: todo el mundo se empuja, se acerca, se ve separado por los demás y quien viese a los oficiantes en medio de la noche, con los extraños reflejos que las luces dan a los rostros, entregados a sus risotadas, voces y contorsiones, los tendría por poseídos.

Algunas moras se suman al cortejo; otras, desde las azoteas y estrechas ventanitas de sus casas, recortándose sus albos trajes en el obscuro del cielo, se asocian con sus gritos penetrantes al esplendor de la fiesta. Un corro presenta un nuevo aliciente: en medio de él un turco, de fino bigote, de tez bronceada, vestido todo él de rojo sedero, baila y da estremecimientos a su cuerpo, con el temblor de una gota de mercurio. Es de verle bailar en la noche, a la luz de las bujías multicolores, sería y grave su fisonomía repugnante, culebreando su cuerpecillo, mísero y vicioso, en giros indecentes.

La escena presenta para nosotros fuertes atractivos: cuando la multitud, en el paroxismo de su entusiasmo, ha recorrido el zoco y se dispone a la carrera a franquear la Puerta de la Alcazaba (figura 59) en dirección a la casa de la prometida, nos metemos espontáneamente en el torbellino y bajo los arcos, prodigio de gracia, de la puerta en cuestión, nos vemos prensados.



FIG. 59

Larache. La bella Puerta de la Alcazaba, en el Zoco de dentro

Del amplio zoco hemos dado en las calles estrechas, de altos muros sin ventanas, de este barrio típico que recorreremos sin que cesen un punto la gaita y los tamboriles, estos últimos en giros vertiginosos por encima del que los tañe, hasta dar en casa de la novia. En tal momento, en medio del bullicio, un moro se nos acerca lleno de júbilo y nos dice a nosotros europeos: « Es mi hermana la que se casa », con el tono fraternal de un antiguo camarada.

Pero de súbito todo cesa: la comitiva, portadora de la *henna* (1) penetra en casa de la novia; los amigos del prometido se marchan con él en celebración de su adiós a la soltería (la *cantarada* castellana), y nosotros, europeos únicos del antes bullicioso concurso, quedamos, todavía bajo el influjo de la ilusión, en la calleja solitaria y temerosa. Y cuando regresamos pensativos, un moro llama en una puerta, se abre en la casa un ventanillo y una voz de mujer, discreta, pregunta: ¿Muley Edris? — ¿Lala Aisa? — pregunta a su vez el esperado. Por los muros blancos, en la noche, pasa un venticillo sutil: se diría el soplo eterno de don Juan, más poderoso que la muerte.

Estamos ya dispuestos, de acuerdo con Silvestre, a verificar las últimas etapas de nuestro viaje, por la kabila de Es Sahel, en las posiciones, entonces las más avanzadas, de la comandancia de Larachè: Zoco et-T'Zenin (zoco del lunes) y Zoco et-T'Zelatza (zoco del martes), los puntos más próximos a la cadena yebálica.

Pero la guerra está a punto de entablarse y no podremos viajar ahora sin el apoyo de fuertes escoltas: la situación está de cada vez más grave, y si hace quince días recorrimos El Jolot con regular escolta de caballería, ahora preciso es que sean mayores.

Cuando con el simpático Teniente Coronel, Jefe de Estado Mayor, arreglamos al detalle la cuestión de la escolta hasta T'Zelatza, nos dedicamos a buscar caballerías, entre los tipos pintorescos de los fondak. De un moro obtenemos el alquiler de cinco caballos; de un

(1) Al-henna o *Al-hinna*, en castellano *alheña*, por corrupción (*Ligustrum vulgare*.) La corteza tintorial de esta planta, hervida previamente con limón y vinagre (como reactivo ácido para que enrojezca), produce el color anaranjado intenso, tan característico, con que se tiñen la piel y las uñas, quizá como vestigio de algún recuerdo guerrero. Desde el día de esta ceremonia, y como preparación previa para la boda, se autoriza a la novia para frotarse y teñirse con henna las manos y los pies, cuando con anterioridad sólo se le permitía untarse un poco las uñas. Con este teñido más general goza de un privilegio de las casadas: mañana se la llevará en mula y palanquín a casa del novio.

En las kabilas árabes del Luccus, el tatuaje, raro en los hombres es muy común en la mujer. Suelen tatuarse especialmente el bajo vientre, por excitar la voluptuosidad del marido, con una palmera (símbolo de fecundidad). La tatuadora (*uchama*) ejerce su profesión dibujando con espigas o con la punta de un cuchillo.

judío, un caballo y una mula ; de un anciano venerable, de cuidada barba, otro caballo, y de un antiguo soldado del Mahzen, el último. Todos ellos son de aspectos y cataduras diferentes.

Es Sahel

29-31 de mayo.

A las cinco de la mañana, el judío, previamente disfrazado de moro para viajar, acude a buscarnos con las nueve caballerías : dos indígenas le acompañan. Poco después llegamos junto al Luccus, en espera de la gran barcaza panzuda que nos ha de trasladar a la orilla derecha. Cuando la embarcación encalla en la arena, desembarcan algunas campesinas, el hijo atado al pecho o a la espalda, ellas inclinadas con agobio por el peso de la leña o la hierba, conduciendo leche, queso o pan para la ciudad. Conforme desembarcan una oleada de moras que indiferentes esperaban la llegada de la barcaza, las van substituyendo : se acomodan en la popa con sus niños y sus mercancías, sin decir una palabra, sin un grito : mudas, ante todo. Después toca el turno a nuestros caballos: van saltando la borda uno a uno, tumultuosamente, haciendo oscilar la barcaza con su salto, sonando sus cascos en las tablas, salpicando el agua, cayendo del lado de las moras sin que éstas se asusten, griten ni se muevan, bien en contraste con las mujeres europeas. Carga, animales, personas, revuelto todo como en un naufragio, en tanto la marea sube, atravesamos el cauce del Luccus y desembarcamos en la orilla opuesta. Tienen cierto sabor bíblico estos remeros con chilaba: parecen arrancados de la estampa de algún grabado antiguo, en los libros del abuelo.

Es necesario, una vez desembarcados los caballos, cargar de nuevo : con ello comienza la riña de rigor entre los arrieros. Todas estas operaciones consumen gran tiempo y son las diez y media de la mañana, cuando nos vemos camino del Zoco de T'Zelatza de Reisana. Seguimos la orilla derecha del Luccus, entre los fangos secos y cuarteados, hasta Xemmix, en donde se nos reúnen un sargento y dos policías indígenas, por orden recibida ayer tarde de Larache. La policía, tocada con bellos sombreros cónicos, vestida con vistoso uniforme, galopa delante de nosotros en pleno campo, apenas nos ha visto : ellos nos conducirán, a falta de escolta más numerosa, hasta el Zoco de T'Zelatza y a la vista de la posición se volverán a la suya,

pues la seguridad del país se ha desvanecido y es preciso que todo el mundo se halle en su puesto.

El Luccus queda a nuestra espalda, de esta vez ya para siempre, al penetrar en la kabila de Es Sahel, cuyo aduar de Gharsa (esto es, La Huerta), atildado y lleno de frescura, tiene cierto parecido con un poblado valenciano : allí los ricos y cuidados cultivos, allí los limpios y diligentes pobladores aechando sus granos, preparando su lino en un ambiente de paz, de prosperidad y de alegría.

Pasos más allá, aun bajo el influjo del encanto de este rincón, damos entre los arenales bermejos del monte de Es Sahel (*Gaba Es Sahel*), donde se extiende el salvaje alcornocal, extensa mancha de bosque, la mayor de las que aun quedan en nuestra región, indicando, en la estrecha relación ecológica, la naturaleza silíceo del suelo. Admirados, le cruzamos silenciosos en el espesor de su fronda, de acentuado carácter mediterráneo, siempre precedidos de un policía indígena, mancha polícroma por sus atavios, que brilla en los ojos.

Más allá se suceden llanuras y colinas, cuando de nuevo, en el paisaje arenoso y desolado, surge la fuente Ain Jamasa, ocultas sus aguas cristalinas en el helechal bajo una higuera que brinda con la opulencia de su copa augusta, en una orgía de follaje, de frescura y de luz.

Desde el Luccus venimos ascendiendo, en una gradual sucesión de escalones y llanuras tabulares, terrazas aluviales, que se suceden hasta que llegamos al Zoco de T'Zelatza de Reisana (Zoco o mercado del martes de Reisana). Su Capitán nos recibe con la atención que en todas partes.

Ahora que estamos ya en pleno campo, lejos de la pacífica Lache, no tardamos en darnos cuenta de la gravedad de la situación y en percibir que la guerra (que desde entonces dura) está a punto de estallar. En la posición se está construyendo un reducto y una chabola de piedra. Sentados en la tienda del Jefe del destacamento, y cuando, amable, nos pone al corriente de la situación, un soldado conduce un moro herido en la cabeza, su cara cubierta de sangre : es un ladrón de ganado, tipo frecuente en este país pastoril, a quien el pastor, guardián del rebaño, ha sacudido un palo formidable en la cabeza. Se le registra y decomisa un largo cuchillo, afiladísimo, con el que ha pretendido asesinar al cabrero, y guardado por un centinela de vista, restañada la sangre por sí misma, se sienta al sol, trezando palmito.

La situación es realmente inquietante. Parece ser que todo el origen de este estado de cosas se halla en que hace días, cierto habitante de estos poblados, cometió un delito. La autoridad española determinó prenderle, pero el moro huyó, y a falta del presunto delincuente, no se halló otro mejor procedimiento, en represalia coercitiva, que secuestrar todas las vacas del aduar, medida que estamos muy lejos de aprobar. Naturalmente, los moros se sintieron irritados y se esperaba algún ataque.

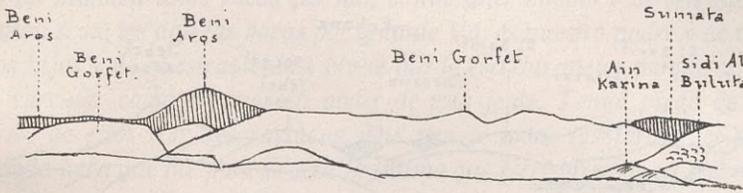


FIG. 60

Croquis panorámico de las kabilas yebálicas o *yebllies* Beni-Gorfet en primer término y Beni-Aros al fondo, al N. E. del Zoco de T'Zelatza. (Según Michaux-Bellaire: *El Habt; Arch. Maroc.* tomo XVII).

A la puerta del campamento, y a su abrigo, el judío Maimón, que sirve de intérprete, vive con su hijo, y en una angosta tienda de ramaje ha instalado su cantina este aventurero. No obstante su estrechez, aquí tiene su aparato para hacer el té, sus provisiones, cajas de hilos y agujas, vino y papel y tinta con que los soldados tejen el poema diario, los ojos puestos en la madre o en la novia lejanas que él distingue allí, al otro lado del mar, aguardándole estremecidas... El hijo Abraham, presto al sacrificio, ayuda a su padre en el vivir miserable, y todavía un niño, ha recorrido gran parte del mundo y templado su espíritu en toda suerte de humillaciones y zozobras. De noche se refugian, previo permiso del Capitán, dentro del recinto, por huir de hombres y chacales : entonces Maimón guarda su hijo y su bagaje, su corazón y su hacienda, y cree olvidar sus miserias en la paz del crepúsculo y del campo que canta.

Desde el alto en que está emplazada la posición se domina un vasto paisaje. De su parte N. E. las montañas, desconocidas todavía, por donde se extienden las temidas kabilas de Beni-Aros (1) y de

(1) *Beni* (los hijos de), como *Ahl* (las gentes de).

Beni-Gorfet (fig. 60). De la parte S., y como a la distancia de unos 35 kilómetros, se distinguen las terrazas del Luccus, Alcazarquivir y el panorama de las montañas que vienen a levantarse próximamente en los límites de nuestra zona con la francesa, en la separación de las cuencas del Luccus y del Sebú (fig. 61). Y cuando estamos mirando con los gemelos y el catalejo del campamento, vemos unas figurillas que se mueven en el tablero del suelo terroso : son los infantes de la columna del entonces teniente coronel Bermúdez de

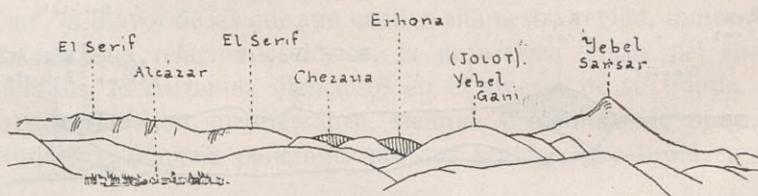


FIG. 61

Croquis panorámico de las montañas en las kabilas de El Serif, Erhona y Jolot, hacia los límites de nuestra zona (tomado al S. del Zoco de T'Zelatza)

Castro, que van avanzando hacia nosotros, desde Alcázar, y llevan también caballería y cañones. De cada vez se van acercando más, hasta que la distancia nos permite reconocer, jubilosos, al simpático y cariñoso sargento Arellano que nos escoltó durante el viaje a la kabila de El Jolot.

Poco después, al pie de la posición, la columna levanta sus tiendas, pone sus armas en pabellón y establece su campamento. El teniente coronel Bermúdez de Castro nos guarda la atención de subir expresamente a saludarnos : poco después bajamos a devolverle la visita, en tanto el sol cae y conocemos a su hijo desventurado, que pocos días después moría en un combate ante los ojos de su pobre padre (5 de junio). No nos olvidamos del sargento humilde, a quien también abrazamos.

Cuando tornamos a la posición las cosas han tomado ya un giro grave y decisivo. Los montañeses, respondiendo al decomiso de su ganado y haciendo uso del mismo injusto derecho, nos han secuestrado tres arrieros andaluces, a muy pocos kilómetros de T'Zelatza, los cuales marchaban desde Tánger a Rabat para poner, en esta úl-

tima, una fábrica de churros, con el mismo espíritu aventurero del siglo xv.

Bajo la tienda, a la luz difusa del calado farolillo moruno, copio su carta, enviada por un emisario de los propios secuestradores, respetando sus faltas ortográficas :

Señor comandante de las fuerzas españolas del Trata (debe decir Telata) le rrogamos tres desgrasiados es pa ñoles que es ta mos en poder de de moros des de aller y vamos para Alcar sar quivir y nos cojieron alos tres y á 5 caballerías y las cargas y no nos de jan salir astaque no les manden unas vacas que han cojido aller mismo y di sen que nos matan si no les dan las bacas por lo tanto Vd. es nuestro padre y de nuestros hijos y de nuestras bidas. No le puedo escribir mejor porque se puede carcular como estamos en poder de esta jente. Tenga pieda de nosotros, de estos tres desgrasiados. Dis pen se todas las fartas del papel y de la letra que me pare se sera la ultima que escri biremos en este mundo. Antonio Sánchez Astorga. Juan Garsía Herrera. Francisco Heredia Jiménez.

Nombre de la kabila El Chirifa Orose (debe querer decir Beni-Gorfet, véase la fig. 60) por si le mandan las bacas porque disen que nos manta (matan) sino bienen las bacas perderemos la bida mi capitán tenga la bondá de ponerle un par te á Angel Lopes, el Balensiano que es el amo de las caballerías en Tánger.

Y en un papel suelto, siempre con lápiz como la carta misma, añadían :

Mi capitán con el moro que lleba la carta nos mandará Vd. lo que sea, á desir para saber si nos matan ó no porquera mejor que nos uvieran matado en el acto que no estar como estamos.

A la vista de esta carta que agrava visiblemente la situación, ya tan delicada, el Capitán de T'Zelatza y Bermúdez de Castro, se oponen a dejarnos partir solos, sin antes telegrafiar a Larache en demanda de instrucciones : el último nos ruega que partamos con su columna, a las cinco de la mañana, con dirección a Arcila. Pero nosotros, deseosos de estudiar la localidad, nos negamos a su ruego. Ya en la noche, en el silencio del campamento, celebramos un consejo, y no falta quien, atrevido, manifieste sus deseos de ser secuestrado, por gustar de emociones.

El 30 de mayo, cuando amanece tras las montañas de rosa de los Beni-Aros, el valle y las llanadas se bañan en sol, entre jirones de niebla : la columna de Bermúdez de Castro, con su aparato de guerra, está ya desfilando silenciosa, en la paz augusta del campo. Hacia el N. vemos como acaban por fundirse con el suelo las siluetas de los hombres.



FIG. 62

Zoco de T'Zelatza de Reisana (Es Sahel). El capitán Verdiguier resolviendo las diferencias entre los moros de la kabila. La fotografía da también cuenta del país y del matorral de palmitos que cubre todo el suelo. Véase el aspecto senil de la topografía.

Cada uno se entrega a sus tareas, en espera de salir para el Zoco del T'Zenin, después del mediodía. El campo está hermoso como nunca : la fuerte rociada de la noche acentúa la frescura matinal. Aquí sí que todo es amor, todo concordia : no entre los hombres. Al regreso, el Capitán, fuera del reducto, resuelve las diferencias entre los moros de los aduares próximos, actuando de juez de paz (en tanto Lolo y Maimón le sirven de intérpretes), como es ya uso en toda nuestra zona (fig. 62), sometiendo al juicio de la autoridad, seria y constituida, todos sus litigios sobre cuerpos y bienes.

De Larache han contestado autorizando nuestra salida, pero protegidos por una fuerte escolta.

Después de comer, abatida la tienda, nuestra escolta, compuesta por treinta y siete hombres del regimiento de la Reina, se dispone en guerrilla y nos coloca en medio. Son justamente la mitad de la

fuerza del destacamento. Cinco hombres marchan a la vanguardia, de exploradores, descubriendo y ojeando lomas y colinas, atentos a toda sorpresa; los demás marchan ordenadamente, bajo el sol seco, sin fatigarse.

En el camino se suceden las mismas formas y paisajes que venimos viendo desde el Luccus: una serie de llanuras que se suceden como anchos escalones planos, siempre flanqueados por las montañas desconocidas del E.

Así llegamos, poco antes de la mitad del camino, al santuario de Sidi Mohamed ben Yilali, al comienzo de la extensa planicie de Fahz Raiban, como nota de bendición. En este punto confrontamos con cuarenta y cuatro hombres de infantería de Marina, al mando de un Oficial y los hombres de Z'Telata se vuelven a su posición en tanto marchamos con los recién hallados para el Zoco del T'Zenin, de donde salieron para buscarnos.

Aquí, la amplia llanura, seca y árida, surcada por escasos arroyuelos fangosos; allá, a lo lejos, las ruinas de Tabernæ no lejos del Uad el Rsafa. Terminada, asciende el camino, y después de una marcha de 18 kilómetros, llegamos al Zoco del T'Zenin de Sidi el Yamani, enhiesto en una colina. En su alto consultamos el barómetro: 160 metros hemos ascendido desde nuestra salida de Larache.

El teniente coronel Alcántara y la oficialidad, todos pertenecientes a la infantería de Marina, nos reciben con aquella cordialidad a que ya nos tienen acostumbrados.

La posición del Zoco del T'Zenin (zoco del lunes), entonces la más avanzada al E., del lado de la montaña (hoy lo es el Zoco el Arbáa o mercado del miércoles, unos 8 kilómetros a su N. E.), resulta la más expuesta por esta razón. Así se explica que fuese la atacada en primer lugar, tres días después de estar nosotros en ella.

Su situación privilegiada abarca extenso horizonte, de un atractivo particular del lado de las sierras orientales. Allí destaca y yergue su cumbre el alto Yebel Alam (2,300 metros), en donde está enterrado, no en un santuario, sino a la sombra de un *Quercus*, el santo más célebre en todo el N. de Marruecos y señaladamente en Yebala; el gran Muley Abd-es Selam ben Maxix ben Mauxur ben Brahim Al-Hassani, que vivió en el siglo XII de nuestra Era, bajo el sultán Abd el Muman. Sus virtudes, su prestigio religioso, tienen sobre los moros tal ascendiente, que en diferencias de extrema gravedad, ofendido y ofensor, acuden sobre su tumba, sin testigo alguno y el

que debe jurar, por defenderse de lo que se le imputa, dice en alta voz: *Hakk ha dhá l'baraka*. «Yo no he hecho lo que se me atribuye.» Una de las hijas del varón venerable ha dado los chorfas o dinastías de los Uazani, del Xerif de Uazán que conserva íntegro, como flor de santidad, el prestigio religioso del santo fundador. En estos lugares, al abrigo de la tumba que los reúne, por virtud de su cele-



FIG. 63

Interior del santuario del Zoco del T'Zenín, con la tumba de Sidi el Yamani. Véanse los pegotes de barro debidos a los pecadores.

bridad, verifican los caídas y notables sus reuniones y deciden de la paz y de la guerra. Es un foco de resistencia a nuestro protectorado (1).

Del lado S. del Zoco del T'Zenín, sin duda lo más interesante, es el bosque sagrado del santuario de Sidi el Yamani, donde, entre los acebuches milenarios, oculta en un bosque de elevados palmitos, se halla la tumba del venerable milagroso (fig. 63). No es sino un modesto espacio, cerrado por cuatro paredes enjalbegadas, y en cuyo suelo se halla la tumba del Yamani, decorada con tres granadas mohosas, de antigua artillería. Uno de los muros está

lleno de pellas de barro: muestran la confesión moruna, que, lejos de ser auricular, consiste en decir los pecados a la pared (Dios está en todas partes y lo sabe todo), tapándolos luego, por una pudibundez explicable, con los pegotes que pueden verse en la fotografía.

Este bosquecillo, muy reducido, es con todo espléndido por el tamaño de sus árboles, y tiene, junto a la fuente de que el destacamento se surte de agua, una higuera frondosísima, como sólo se ven en el N. de Marruecos.

(1) Toda la Yebala berberisca es país *blad-es-siba*, de hecho, es decir, no sometida al Sultán, en oposición a *blad-el-Mahzen*, territorio sujeto a su autoridad política (sólo las tribus árabes El Jolot y Tilig y Jo!ot). Aunque nuestra zona es, como se vé, berberisca en su mayor parte la antigua lengua tamasirt que hablaba el bereber se ha perdido por completo.

Ahora, si miramos hacia el N. E., se distingue a lo lejos Yebel Hhebib (800 metros), en la kabila de su nombre, más allá de El Garbía (fig. 64) y como a unos 22 kilómetros (1).

En la posición misma conocemos dos moros confidentes : Chialí, que ostenta orgullosamente un rifle, regalo de los nuestros, y Abd Selam, el de la skara magnificante, de las que llevan los mon-



FIG. 64

Montañas de las kabilas de El Garbía y Yebel Hhebib. Vista panorámica al N. E. del Zoco del T'Zenín

tañeses de Beni-Arós. Los dos, no obstante su condición, tienen nobles fisonomías : brilla en sus ojos una lealtad, ausente en los que hasta ahora habíamos conocido.

(1) Para la Cartografía de nuestra zona recomendamos las cartas y trabajos siguientes : *Croquis del Imperio de Marruecos, por la Comisión del Cuerpo de E. M. del ejército. Con curvas de nivel y a la escala de 1 : 100,000. En dos hojas (Tetuán-Tánger-Ceuta-Arcila) y (Larache y Alcázar).*

Mapa de la parte N. de Marruecos, por la Comisión del Cuerpo de E. M. del ejército. Escala de 1 : 500,000.

Maroc. : *Carte dressée et dessinée*, par R. Flotte de Roquevaire. Paris. En 4 feuilles et une brochure de 64 pag. Escala 1 : 1.000,000.

Del mismo autor : « Die Kartographie von Marokko ». (*Peterm. Mitteil. LVI*, 1910, págs. 213-216 y 270-272.) Historia muy completa de la cuestión.

Larras (Cap.) : *Cartes de reconnaissances du Maroc, levées et dessin*, par., 1898-1906.

Cartes de la Mission hydrographique du Maroc, 1905-1908. (En lo que a nosotros interesa, publicada la costa occidental de Africa, y las radas de Arcila, Larache y Tánger, a la escala de 1 : 10,000).

Entre otras muchas citemos además : La carta geológica de Gentil que acompaña su trabajo : « La Geologie du Maroc et la gènesé de ses grandes chaînes ». *Ann. de Géogr.*, tomo XXI, 1912, págs. 130-158 y el trabajo de Flotte de Roquevaire : « Essai d'une carte hypsométrique du Maroc », *Ann. de Géogr.*, tomo X, 330-345.

El último día de mayo exploramos las cercanías del T'Zenin, pero el Coronel ha dado orden de que no se nos permita separarnos más de 1 kilómetro de la posición y acompañados de algunos oficiales y cinco hombres. En estas condiciones — tan inminentes es ya la guerra y no se nos quiere exponer a las consecuencias de una sorpresa, — exploramos ligeramente hasta el kilómetro señalado y recogemos plantas.

A la tarde salimos para Arcila, protegidos por una fuerte escolta de cuarenta y cinco hombres de infantería de Marina : mediado el camino confrontarán con cazadores de Figueras que, ya avisados heliográficamente, saldrán a buscarnos. Como de costumbre, los hombres se disponen en guerrilla : diez marchan, dispersos, a la vanguardia ; la masa va en el centro, envolviéndonos, y diez aún a retaguardia. Con sus uniformes claros sólo el movimiento les hace perceptibles cuando marchan por el suelo arenoso de estas dunas fijas de El Sahel.

Cuando en un estrecho vallejo, entre palmitos y chumberas hallamos los cincuenta hombres de Figueras, dos parejas de caballería y el Oficial que manda la fuerza, notamos entre la tropa la presencia de algunos camilleros. Y cuando apenas uno de nosotros se sorprende de tanta precaución, he aquí que se hacen necesarios : uno de los soldados de caballería que acaba de caer con su caballo al paso de un arroyo, siente tales dolores en una pierna, que no puede sostenerse en la silla. Es un momento de angustia indecible aquel en que vemos como el soldado se queda lívido, y como más tarde, armada la camilla, se le tiende en ella. Después la comitiva se pone en marcha, silenciosa al peso de su angustia, y nosotros, hombres civiles, nacidos en la paz y amantes de ella, creemos experimentar la sensación de la guerra, cuando marchamos tras del pobre soldado, hermano nuestro, más ahora que nunca, a lo largo del camino penoso, deteniéndonos de vez en cuando, porque descansen los que le conducen.

Ahora ya vemos el mar que nos impregna en su fragancia salina y baña también con su fresca la camilla humilde.

De esta guisa llegamos al campamento de Aox, situado al E. y como a 1 kilómetro de Arcila. Apenas levantada la tienda, acudimos al barracón-hospital por ver a nuestro soldado. Está más tranquilo, acostado en su cama, y lo que en un principio se supuso fractura, no es tal vez, sino una rotura sinovial.

Nos cuenta su caso, y conmovido, se acuerda de su caballo (el amigo leal, quizá, en tierra africana) y le llama el « probetico ».

como a un hermano, revelándonos con el vocablo su origen meridional. Se le gratifica para tabaco y queda allí, entregado al recuerdo de su buen animal, el compañero fiel.

Arcila. — Viaje a Tánger. — Regreso a España

1-3 de junio 1913.

Arcila es una población enteramente muerta, pequeña y callada, llena de recuerdos, como sus murallas, de la dominación portuguesa (fig. 65). Su población es, en su totalidad, indígena y judía

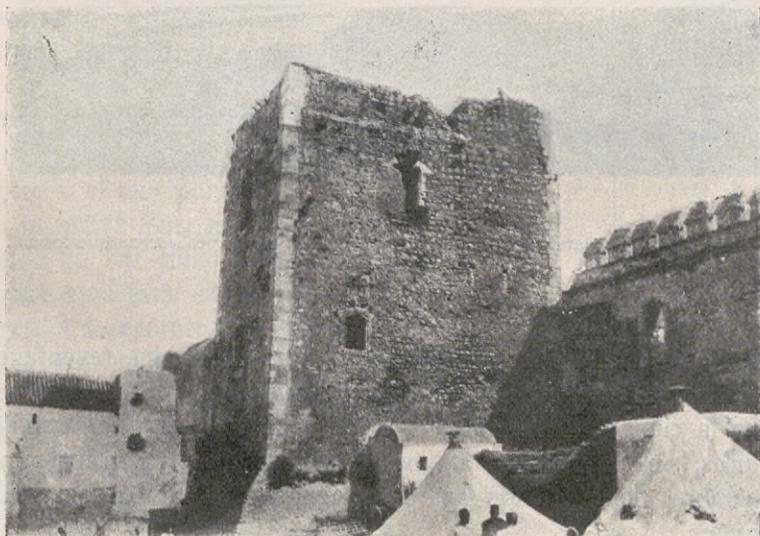


FIG. 65

Arcila. Un rincón de la plaza

(apenas si hay españoles), pero los israelitas son aquí, en su espíritu y su estirpe, tan antiquísimos como la vetusta ciudad. Su tipo es el hebreo Ben Chitón, Cónsul de España, Francia, Inglaterra, Austria-Hungría y Portugal, cuya casa, en los días festivos, se adorna con las banderas de todas estas naciones. Ben Chitón no ha pisado Europa más que en su punta S. W., en Cádiz, y allí ha dejado

su traje talar de judío para vestir el chaqué, pero no el espíritu. Es un hombrecillo rechoncho y astuto, que no sabe lo que pasa en el mundo ni lo que hay del otro lado del mar, y rico satisfecho de la vida, pero que arrastra un vivir miserable de avaro. Nos enseña su huerta espléndida, y en una efusión generosa nos ofrece los frutos que, agusanados, han caído de los árboles al suelo. Clama contra el Raisuli que le ha robado y dejado en la miseria, lo que no podemos

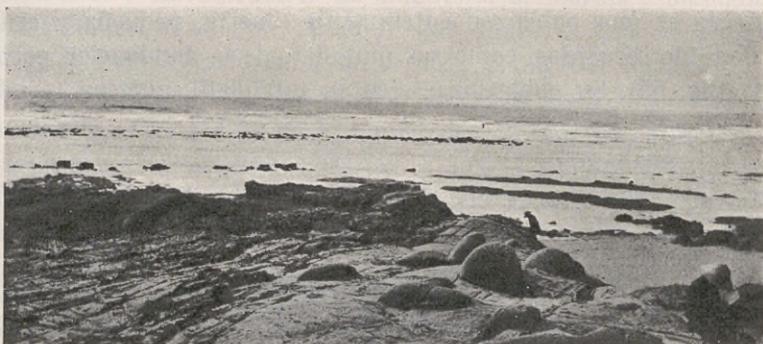


FIG. 66

Arcila. La plana plataforma litoral, con los nódulos de la roca eocena que forma la costa

creer, y de pronto nos mira riendo de puro satisfecho, reventando sus carnes en el chaqué angosto, con grave apuro de las costuras. Como la ciudad, vive todavía tres siglos atrás y emplea términos arcaicos, sin comprender tampoco mucho los nuestros, con lo que el hombre, no queriendo aparentar ignorancia, nos divierte más todavía.

La ciudad ha debido arrastrar siempre en todos los siglos la insignificancia presente. Su costa es adversa para el establecimiento de un puerto : una plataforma litoral rocosa, casi plana, separa la ciudad de los fondos bruscos, con lo que la costa se hace del todo inaccesible (fig. 66).

Quirós, Navarro y yo damos una vuelta entera a la ciudad, en torno a su recinto. No lejos de la puerta de Bab-el-Homar, el santuario con la cúpula bellísima (la *kubba*) de Sidi el Uasani, con el decoro de su palmera ; los fosos de la muralla convertidos en un bosque de ricinos, de acebuches, de chumberas enormes, y allá en el

fondo de su espesura, otro santuario que visitan moras silenciosas, irradia blancura. Todavía, frente al mar, allí donde las olas, espumando entre las rocas, baten la muralla, otro santuario, albo, impoluto, que evoca al santo muerto, renovando su materia en la actividad incesante de las aguas.

La noche nos reúne en la tienda por última vez : el farolillo nos alumbra pensosamente y nos funde en un grupo. También esta tarde, al caer el sol, allá a lo lejos, hemos visto arriar la bandera al toque lánguido de oración, en tanto el mar pulverizaba en la playa sus espumas. Queda en mí como un recuerdo vivo esta última visión del campamento, estos sones, este mar.

El coronel Silvestre no puede ya darnos escolta, porque no más que a unos 20 kilómetros de Arcila comienza la zona internacional de Tánger. El Raisuli se halla en Zinatz ; la inseguridad en los caminos crece, y especialmente el de Tánger es lugar de agresiones y robos diarios, sin olvidar los secuestrados de Beni-Gorfet.

Con todo, a las seis de la mañana de hoy, día 2, montamos a caballo y aban-

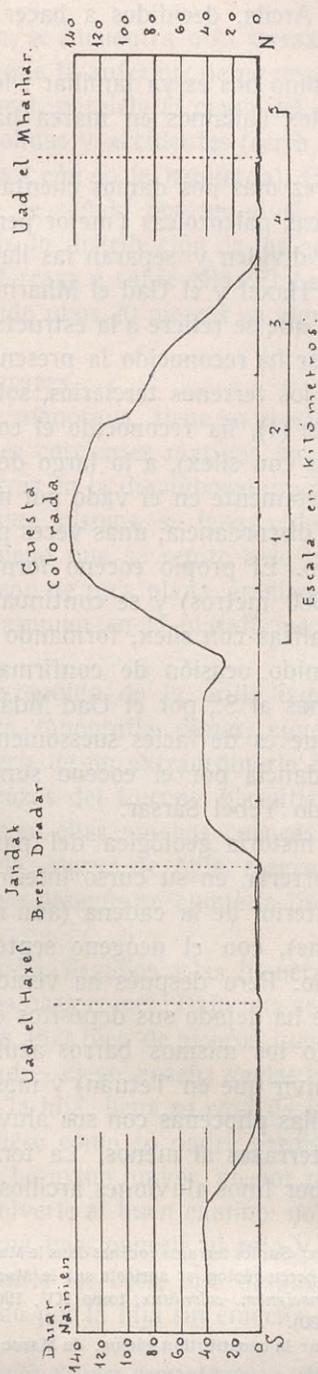


FIG. 67

Perfil topográfico en dirección S. a N., de Duar Nainien a la llanura de inundación del Uad el Mharhar porque se observen las llanuras aluviales de estos ríos perpendiculares a la costa, separadas por la arista permo-triásica de Cuesta Colorada (Akba el Hhamara). (El perfil se ha hecho conforme a las curvas de nivel, separadas por distancias de 20 metros)

donamos Arcila, decididos a hacer frente a toda suerte de aventuras.

El camino nos es ya familiar : le hemos hecho cuando vinimos. Los ríos los hallamos en marea baja y podemos vadearlos fácilmente.

Una vez más nos damos cuenta de la topografía de estas aristas de rocas paleozoicas (mejor permotriásica), como Cuesta Colorado, que dividen y separan las llanuras de inundación de los ríos el Uad el Haxef y el Uad el Mharhar (fig. 67).

Por lo que se refiere a la estructura exterior de la cadena rifeño-yebálica, se ha reconocido la presencia del cretáceo y más especialmente de los terrenos terciarios, sobre todo del eoceno. Brives singularmente (1), ha reconocido el eoceno inferior (cuyos materiales son calizas con silex), a lo largo del Uad el Marhar y en el Uad el Haxef, justamente en el vado por nosotros atravesado y recubierto en franca discordancia, unas veces por el eoceno superior, otras por el mioceno. El propio eoceno forma cumbres como la del Yebel Alam (2,300 metros) y se continúa al S. de Alcazarquivir por las mismas calizas con silex, formando la base del Yebel Sársar, como hemos tenido ocasión de confirmarlo, para prolongarse después, todavía más al S., por el Uad Mda, hasta Uazán. El dicho eoceno inferior que es de facies suessoniense, se halla a veces recubierto en discordancia por el eoceno superior que forma la cumbre del mencionado Yebel Sársar.

Si la historia geológica del país aquí se hubiera detenido, el Luccus correría, en su curso inferior, por la línea de contacto del eoceno exterior de la cadena (aún reconocible en la propia cantera de Larache), con el neógeno septentrional del llamado Estrecho Sud-Rifeño. Pero después ha venido la invasión del mar plaisanciense que ha dejado sus depósitos en la cuenca del Luccus (hemos encontrado los mismos barros azules, con fauna plaisanciense en Alcazarquivir que en Tetuán) y más tarde el río Luccus ha cubierto estas arcillas pliocenas con sus aluviones, en los que hemos reconocido dos terrazas al menos. La terraza inferior, la más moderna, formada por finos aluviones arcillosos, constituye la llanura, panta-

(1) Brives: «Sur les terrains eocènes dans le Maroc occidental». (C. R. A. S. tomo CXL, 1905).
Brives: «Aperçu géolog. et agricole sur le Maroc occidental». (Bull. du Comité de l'Afrique française. Renseignem. coloniaux, tomo XV, 1905, págs. 92-100. 1 cart. geológ. a la escala de 1 : 2.000.000).

Brives: «Sur la constitution géolog. du Maroc occidental». (C. R. A. S. CXXXIV, 1902, págs. 922-925).

nosa en muchos sitios. Más alta, se encuentra otra terraza, formada por gruesa grava, más antigua que la anterior, de no mucha altura, que se mantiene, como es natural, paralela al curso del río y en la que la erosión ha labrado ya colinas y accidentes (cerro de la Miel en la orilla derecha, cerro de la Leña en la izquierda). El plano de contacto entre ambas terrazas se señala por un nivel acuífero y muestra, en el aspecto humano, la distribución de los aduares que se hallan al pie de la antigua terraza o sobre ella. El Luccus corre por la terraza más joven, hundido unos 20 metros en algunos sitios, en el espesor de los aluviones.

Tal es la historia de sus terrazas.

La costa occidental, recta y monótona, tiene su erosión y topografía condicionadas por fuertes corrientes marinas en el sentido N. a S. El accidente de las barras en la desembocadura de los ríos, la inclinación hacia el S. de estos mismos, su lengua de dunas en la orilla derecha, son un fenómeno que se repite a lo largo de la costa (1). En el mar los fondos son de roca plana, areniscas eocenas, como las que por excepción, asoman en la plataforma litoral de Arcila.

La antigua duna fijada, extendida de la orilla izquierda del Luccus al mar, ofrece una rica topografía dunar, cuyo levantamiento topográfico detallado sería de un extraordinario interés. Su posición con respecto a las terrazas del Luccus, permitirán fijar la edad de estas dunas. Señalemos en ellas muchas cuencas cerradas: (Lagunas de El Gedira, ya citada, Marya de Agla, Marya de Eulaa Arafa, Marya Zerga, etc.), a cuyo desagüe se opone la propia topografía dunar.

Como a 30 kilómetros de Arcila, llegados a las higueras frondosas de Bir el Marat, nos apeamos para comer. Bajo una sombra próxima, hay un grupo de mendigos, más bien de pícaros, que de Tánger marchan a Alcazarquivir. El padre, ciego, enseña vacías las cuencas de los ojos, irritadas y rojas, y la hija, llena su cara de juventud y de salvaje atrevimiento, nos refiere cómo su padre perdió los ojos: en su juventud fué ladrón, y su hermano mayor, ya por representar el brazo de la familia, ya por volverle al buen camino, no halló mejor procedimiento que aguzar una hoz, ponerla al rojo y sujetando después la cabeza fraternal sacarle los ojos, uno después de otro. Nos horroriza este relato, referido por la hija sin emoción, como ex-

(1) Pobeguín : « Sur la cote W. du Maroc. Falaises, dunes et barres. » (*Bull. du Com. de l'Afrique franç. Renseign. colon.*, tomo XVII, 1907, págs. 248-257, con figs.)

traña al sentimiento y hecha a la costumbre, y ahora recordamos el gran número de mutilados que hemos visto en Marruecos, castigados por la familia o por el Sultán, en la barbarie de sus costumbres y de sus luchas. Aixa, la muchacha, tiene tatuada la cara y es toda una moza de partido : la lascivia brilla en sus ojos, escapa de su fulgor salvaje. Hay bajo la higuera en sombra, al sol africano del mediodía, palpitaciones de vida picaresca, más exaltada, libre y jugosa al aire libre de la llanura marroquí que en el estrecho patio de Manipodio.

De otra sombra percibimos un moro que trae diez y siete jornadas de camino : viene de Marrakesk, armado de su buen Maüsser, y es portador de un espléndido caballo destinado a un inglés de Tánger. Juntos nos ponemos en marcha, en la tarde caliginosa, hechos ya al ardor de este sol, y, por fin, tras horas interminables que las ansias acrecen, divisamos, difusas y azules, las montañas de España del otro lado del Estrecho.

El arriero judío, excelente y cariñoso, se adelanta y nos dice en su castellano arcaico : ¡Maestro! ¡Isbania!

¡Oh! España, ¡con qué ansia te volvemos a ver y cómo procuramos escudriñarte a través de tus montañas que, dando sobre el mar, nos cierran el horizonte!

Una hora después de estarla admirando, entramos en Tánger. Arreglo, por última vez ya, las cuentas de tanta caballería heterogénea con los arrieros moros y el judío, y comenzamos los preparativos de regreso. (Véase el croquis del Itinerario).

Hoy, 3 de junio, desembarco en Algeciras del *Virgen de Africa*, que, con mar agitada por el Levante, me ha cruzado el Estrecho. Cruzo frente a las costas africanas : ¡adiós moros, judíos, paisajes, adiós bello país!... Quizá de nuevo te vuelva a estudiar con mayor detenimiento. Me danzan en el cerebro multitud de emociones, familiares y nuevas...

¡Tournez, tournez, petits chevaux de bois!

Al designarme la «Real Sociedad Española de Historia Natural», y en su delegación la Comisión del Noroeste de Africa, como individuo de la Comisión Científica por ella enviada a La Yebala y curso inferior del río Luccus, hasta alcanzar el propio paralelo 35º, tres cuestiones me fueron especialmente encomendadas para su estudio :

a) El *clima*, que en atención a lo limitado de nuestro material quedó reducido a la recolección de unos cuantos datos climatológicos.

b) *Estudio de la flora y peculiar fisonomía geográfica de la vegetación* en todo el territorio explorado.

c) *Estudio de la agricultura del país*, en su actual consideración presente, sin olvido de señalar los cultivos que pudieren intentarse y el régimen agrario a que debe someterse la zona si ha de interesar la resolución del problema.

En el bien escaso tiempo que ha durado toda la expedición, dos meses justos en una estación como la primavera (1), tan a propósito para la florecencia de multitud de especies y en que el tiempo hace soportables los viajes, en su mayor parte a caballo, por tal país, hemos recogido abundantes ejemplares, más que suficientes para poder determinar el carácter de la vegetación del territorio.

He aquí ahora, individualmente, cada una de las materias señaladas en el índice anterior :

(1) Contrasta con la penuria de nuestros medios la esplendidez francesa. La Société de Géographie de París, preocupada con el inventario metódico de las riquezas naturales de Marruecos, organizó, en fines de 1912, una misión de estudios, que había de permanecer en suelo marroquí durante cuatro o cinco años seguidos, sin interrupción. A los gastos que esta misión de estudios origina desde que está funcionando y pueda producir hasta el término de su cometido, contribuyen, sin regateo, la misma Sociedad de Geografía, con los fondos que destina, especialmente a exploraciones, diversos Ministerios, la Academia de Ciencias, el Museo de Historia Natural, diferentes empresas privadas, interesadas en el éxito de esta colonización que toma a su cargo la fecunda iniciativa francesa, y lo que es más hermoso y consolador todavía, varios particulares ricos, amantes del progreso de todo linaje de estudios.

El programa de materias a estudiar comprende la geología, la zoología, la botánica y la agricultura. La Sociedad ha puesto especial cuidado en la elección de los comisionados, buscando siempre el especialista, el viajero y el conocedor de la lengua árabe. El geólogo no ha partido hasta la fecha ; en cuanto a los demás han sido designados : Bauguil, agrónomo y zootécnico ; Pallary, para la zoología y prehistoria, y, por último, ha designado para la botánica a Pitard, que ya hace ocho años está estudiando la flora y los cultivos de Marruecos. (*Annales de Géographie*. Año XXII, n.º 121, 15 enero 1913, págs. 109-110.) Véase igualmente *La Géographie* (Bull. de la Soc. de Géogr. de París), tomo XXIX, mayo 1914, págs. 380-381, en las que Gironcourt anticipa algunas de nuestras conclusiones sobre las tierras negras y los cultivos.

III

DATOS CLIMATOLÓGICOS

Durante la marcha por tan extenso territorio y en los lugares donde establecíamos el campamento, para que en algunos días nos sirviese de base de operaciones, hemos ido recogiendo, con todo el escrúpulo y detenimiento compatibles con los otros trabajos de que estábamos encargados, observaciones termométricas y psicrométricas. Respecto a su significación general, se advierten dos cosas: que muchas de ellas tienen el doble valor de haberse tomado por vez primera en muchos de los puntos visitados y que, no obstante obtener de ellas algunas consecuencias que más tarde establecemos, en realidad sólo pueden ser consideradas como datos aislados que habrán de tenerse presentes por quién haga la meteorología de nuestra zona, hartamente descuidada hasta el momento actual, no obstante ofrecer, aparte su intrínseco valor científico, adecuada e inmediata aplicación en una agricultura razonada.

El estado político del país no ha consentido el establecimiento de estaciones permanentes: únicamente Tánger y el Cabo Espartel (1), siempre al abrigo de las escuadras extranjeras, se exceptúan de la regla (se tienen abundantes datos climatológicos de estos dos puntos desde más largo tiempo y con la debida regularidad). Mas la ciudad tangerina, con el extenso hinterland que se ha juzgado necesario a las futuras necesidades de su desenvolvimiento, ha sido arrebatada a nuestra influencia.

Si apenas la costa es conocida, con mayor motivo se ignora cuanto se refiere al interior, montañoso en gran parte, habitado, en consecuencia, por gentes muy belicosas y no visitado aún por los europeos. Los franceses, buscando base científica a una agricultura adecuada, tienen ya, en pleno funcionamiento, algunas estaciones (Casablanca, Settat), en la fértil región natural de la Chauia (al S. de nuestra zona); los españoles no tenemos absolutamente ninguna en la feracísima cuenca del Luccus, que nos pertenece, y que es, de otra parte, la única región realmente rica de nuestro territorio.

Los datos termométricos y psicrométricos recogidos por nosotros, son, pues, hasta la fecha, los primeros observados y los úni-

(1) La estación meteorológica del semáforo de Cabo Espartel funciona desde 1894.

cos que hasta ahora se tienen de muchos de los puntos en que se tomaron.

No obstante la mencionada escasez de datos, el malogrado geógrafo alemán Theobald Fischer, que tanto se ocupó durante su vida de los problemas del Mediterráneo occidental de España y del Norte del Africa, publicó el trabajo más serio existente acerca de la climatología marroquí, cuyas conclusiones fueron con tal acierto formuladas, que vinieron a confirmarlas observaciones posteriores (1).

El menos iniciado en estas cuestiones comprenderá que la climatología de nuestra zona se hallará condicionada no sólo por la posición geográfica, sino también por la propia plástica del territorio. Las extensas costas, bañadas por dos mares de condiciones tan opuestas, como el Atlántico y el Mediterráneo (con más el influjo recíproco atmosférico que tiene lugar entre este mar y el Océano), la presencia de los altos macizos orográficos de Andyera y el Rif (el primero limitando el país del lado del Estrecho, y el segundo del lado N. E.), determinarán el clima, en sus grandes líneas. La región que se extiende de Cabo Espartel al paralelo 35° (límite meridional de nuestra zona) hasta la cadena del Rif, deja las dilatadas llanuras del W. bajo el influjo Atlántico.

El mar Mediterráneo es, no obstante, quien determina enteramente el aspecto genuino del país (basta a probarlo la filiación mediterránea de la flora), por hallarse emplazado en una zona crítica de cambios atmosféricos entre el Océano libre y la cuenca interior del Mediterráneo.

Los datos meteorológicos se exponen a continuación. A título de avance puede anticiparse que en el tiempo que duró nuestra expedición, y dentro del año de 1913, refiriéndonos, en especial, a las llanuras de la cuenca del Luccus, la temperatura es muy elevada en el centro del día (el 11 de mayo registramos 36° en Alcazarquivir) y apenas puesto el sol, en crepúsculo de serena majestad, el termómetro sufre un brusco descenso, al amanecer se hace sumamente baja, llegándose a mínimas de 2° dentro del mismo día, cayendo fuertes escarchas o rocíos. Después de días muy calurosos y secos,

(1) Fischer (Th.): «Zur klimatologie von Marokko». (*Zeitschr. der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*. Band XXXV, 1900, n.º 6, págs. 365-417. La lámina 10 es la *Regen-karte von Marokko*.)

Consúltese, además, del mismo autor (muerto en Marburg en 1910), las siguientes:

Fischer (Th.): *Studien über das klima der Mittelmeerländer*. (Doctor A. Petermann's Mitteilungen. *Ergänzungsheft* Nr. 58. Justus Perthes. Gotha. Julio, 1879. Con tres cartas en color); y

Fischer (Th.): *Wissenschaftliche Ergebnisse einer Reise im Atlas. Vorlande von Marokko*. (*Ergänzungsheft* Nb. 133 zu Petermann's Mitteilungen. Gotha. Justus Perthes, 1900, 165 páginas, con tres cartas de itinerarios.)

hemos visto al amanecer, nuestra tienda de campaña cubierta por entero de escarcha, aun a finales de mayo. Estos rocíos sorprenden por su extraordinaria intensidad y duración, suficientes a explicar el sostenimiento de una vegetación que durante el día resiste activa evaporación bajo un cielo sereno y ardiente.

A) TEMPERATURA

El material de la Comisión me ha permitido registrar temperaturas ordinarias, máximas y mínimas en aquellos lugares en que la instalación de los termómetros ha sido posible.

Se comenzaron las observaciones en el Rincón del Medik, junto a Ras el Tarf, a orillas mismas del mar. Los datos son los siguientes:

Días	Temperatura ordinaria	Temperatura máxima	Temperatura mínima
17 abril, 6 tarde.....	17°		
18 » 7 »	15'5°	Al sol 25°. A la sombra 20°,5	6'5°
19 » 6 mañana....	12'5°	4°

El cielo constantemente despejado.

DATOS TERMOMÉTRICOS REGISTRADOS EN TETUÁN

Días	Temperatura ordinaria	Temperatura máxima	Temperatura mínima	Observaciones
20 abril, 5 t.....	21'5°	»	»	Despejado
21 » { 7 m.....	15'5°	} 29'5°	} 7°	} Idem
» { 9 m.....	22°			
22 » { 6 m.....	15'5°	} »	} 7°	} Llueve
» { 7 t.....	12'5°			
23 » { 7 m.....	13°	} »	} 6'5°	} Idem
» { 7 m.....	14'5°			
24 » { 1 t.....	24°	} »	} 5°	} Idem
» { 7 t.....	14°			
» { 11 m.....	16'5°			
25 » { 4 t.....	19'5°	} »	} 7°	} Idem
» { 6 t.....	16°			
26 » { 6 m.....	13°	} »	} 7°	} Despejado
» { 6 m.....	13°			

La ocupación en otros trabajos (recolección de plantas, etc.), me ha impedido seguir las observaciones con la regularidad que demandan. Como resumen de los días que permanecemos en Tetuán, con todo, puede decirse que el tiempo ha sido caluroso para la estación, de gran quietud

atmosférica (causa de que se hiciesen más sensibles las temperaturas); las noches, en oposición a los días, extraordinariamente frescas.

Al ponerse el sol, la columna termométrica cae bruscamente, tornando el frío sensible, comenzando a soplar viento W., es decir, del Atlántico, que sobre su violencia no cesa hasta el amanecer.

Señaladamente, la noche del 21 al 22, fueron grandes el viento y el frío, amaneciendo cubierto, con tendencia a lluvia. Llovió más tarde, con viento W., sin interrupción ya durante la mañana: menuda y persistente favoreció las siembras. Los días sucesivos hasta la tarde del 25 continuaron las precipitaciones, ya con carácter torrencial (especialmente la noche del 24) originadas por fuerte poniente.

El 23, niebla espesa, acompañante de la lluvia, invadió el valle del Río Martín (Uad el Jelú), ocultando las bellísimas montañas de Beni Hosmar.

LA CUENCA DEL LUCCUS

Aunque las observaciones en las llanuras del río mencionado, se han limitado a un solo punto (Alcazarquivir), no obstante, lo mucho que hemos explorado esta cuenca, la estación tiene bastante importancia.

En el cuadro siguiente se detallan las observaciones (1).

Como antecedente puede decirse de antemano que en el centro del día son altas las temperaturas y que, apenas el sol puesto, las noches se hacen muy frescas. Es un hecho ya conocido que, en general, la temperatura de la costa occidental es fresca y, sobre todo, uniforme, aun cuando se haga bastante sensible la diferencia entre la noche y el día. Con los primeros rayos del sol se eleva la temperatura muy rápidamente (consúltense las registradas a las seis y nueve de la mañana). Si las mañanas se distinguen por su serenidad atmosférica (con el aumento consiguiente de sensibilidad a la temperatura), de once a cinco de la tarde sopla el viento poniente que, refrescando un tanto, hace tolerable el calor. Se me ha asegurado (no respondo de la exactitud del dato) que en ciertos días del verano la temperatura excede de 56°, y de faltar este viento, el calor se torna asfixiante y de todo punto intolerable.

La oscilación diaria es un hecho digno de señalarse.

Los rocíos y escarchas diariamente registrados, sin interrupción, indican, de noche, temperaturas por debajo de 0° que no son extrañas, ni aun en la propia costa, a las dilatadas llanuras del Luccus.

(1) Las de los días 14, 15 y 16 de mayo se deben al capitán Ferrer Izquierdo, a quien dejamos encargado de esta misión, en tanto nosotros recorríamos las llanuras de la kabila El Jolot.

La temperatura media del año es bastante baja a lo largo de esta costa atlántica: en Cabo Espartel la media anual es de 17°, 7 (12°, 4 en enero, y 23°, 3 en Agosto); en Tánger, 13°, 9 en enero, y 24°, 2 en agosto, indicando ser algo más cálido por estar más bajo y hundido que el Cabo Espartel. Debemos a Fischer el descubrimiento de corrientes marinas frías, que bañan el litoral W., marroquí e ibérico, en una faja que, a partir de la costa, tiene una anchura de unos 12 kilómetros mar adentro (estudios de Krämer, entre Arcila y Cabo Espartel): son la causa inmediata del descenso de temperatura, por su repercusión sobre la atmósfera, especialmente en verano y, con más precisión, de abril a octubre.

Parecerá superfluo advertir que, aun sin datos, y en términos generales, las temperaturas van aumentando de la costa al interior y del

CUADRO DE TEMPERATURAS DE ALCAZALQUIVIR

Días	Temperatura ordinaria	Temperatura máxima	Temperatura mínima	Observaciones	
6 mayo	7 m.....	14'50	»	Despejado.	
	12 m.....	25°			2°5
	7 t.....	14°			
7 »	6 m.....	9°	24°	»	
	9 m.....	21'50			Nublada la tarde.
	3 t.....	23°			
8 »	10 m.....	20'50	21°	»	Lluvioso.
9 »	6 m.....	9°	»	»	Despejado. (La escarcha de la noche pasada, abundantísima).
	9 m.....	18'50			
	3 t.....	23°			
10 »	10 m.....	14°	»	7°	Despejado (por la mañana hasta las diez, nublado con tendencia a lluvia).
11 »	»	36°	2'50	
12 »	6 m.....	15°	30'50	7°	
	9 m.....	24°			
	7 t. (al caer el sol).	20°			
13 »	7 m.....	13°	»	8'50	
	3 t.....	24'50			
14 »	9 m.....	20'50	»	»	
	3 t.....	15'50			
15 »	9 m.....	18'50	»	8'50	
	3 t.....	19°			
16 »	9 m.....	16°	»		Amaneció lloviendo torrencialmente, con viento S. W. Por la tarde despejado.
	6 t.....	17'50			
17 »	6 m.....	13'50	»	8'50	
	9 m. (cielo cubierto).	18'50			
	5 t.....	22°			

N. al S., esto es, de Cabo Espartel al paralelo 35º, limitante de nuestra zona (1).

B) VIENTOS

Todos los fenómenos relacionados con los vientos en Marruecos (como de rigor en estrecha correspondencia con la repartición de la presión atmosférica), están presididos por la posición del máximo barométrico del Atlántico oriental. No habiendo registrado en el curso de la expedición una sola presión atmosférica, nos limitaremos a establecer ciertas observaciones generales, tomadas por nosotros directamente.

En las llanuras occidentales, de Arcila al repetido paralelo 35º, no hemos tenido un solo día de siroco, seco y abrasador. En oposición, el viento S. W. que viene del Atlántico y que por su origen occidental llaman los moros *garbí* (de *garb*, occidente), no ha cesado durante todo el tiempo de nuestra permanencia en las llanuras del Luccus. En el párrafo de las temperaturas advertimos que, de once de la mañana a cinco de la tarde se levantaba un fuerte garbí o poniente, verdadera brisa marina, debida a diferencia de caldeoamiento entre la tierra (fuertemente calentada por el sol) y el mar.

Del modo que en la parte occidental los vientos del W. y S. W. (portadores de humedad al mismo tiempo por haber atravesado el Océano) son los dominantes, en el N. las circunstancias están condicionadas por los cambios que tienen lugar en el Estrecho de Gibraltar, a causa de diferencias de presión y caldeoamiento entre mares de condición tan opuesta como el Atlántico y el Mediterráneo. Estas diferencias explican la existencia dominante de vientos del Este (levante) o del W. (poniente); los del N. o del S. son raros (Tánger, Tetuán, Ceuta). La impetuosidad del levante es proverbial: lo saben los habitantes de estas tres ciudades y todavía con mayor motivo los de las partes altas (Puerto del Fondak, por ejemplo, el paso entre la región E. y W. del N. de nuestro Marruecos).

C) HUMEDAD—LLUVIAS

La corriente fría costero-marítima tenía un gran influjo, respecto de las temperaturas, en la faja litoral: comprobaremos al presente que no es menor su influencia sobre la humedad atmosférica.

(1) Con disgusto hubimos de renunciar a instalar los termómetros en Larache, tanto más cuanto que el calor iba aumentando en términos que el día 26 de mayo (sin duda el más caluroso de cuantos veníamos sufriendo) las bujías se derretían, y, fundidas ya, se moldeaban sobre la palmatoria y objetos próximos. El calor resultaba sofocante a orillas mismas del Atlántico.

La zona litoral atlántica marroquí puede caracterizarse con la fuerte humedad del ambiente, claramente traducida en las nieblas registradas y, muy marcadamente, en la intensidad y duración de los rocíos que caen sobre la zona, los cuales contribuyen a aminorar los rigores de la temperatura diurna (1).

Especialmente en las extensas llanuras comprendidas entre los límites de la zona internacional de Tánger y los de la nuestra con la francesa, los rocíos sorprenden por lo abundantes y continuos. Al levantarse con el alba y salir de la tienda de campaña, constituye para el no iniciado, una agradable novedad, contemplar los campos, las plantas, el exterior de la tienda y los propios vientos de cáñamo, tensos y rígidos a causa del agua absorbida, cubiertos por completo de la considerable rociada. Durante nuestra expedición por la cuenca del Luccus, ni un solo día dejó de presentarse el fenómeno cuya intensidad iba siempre en aumento: el agua que ha mojado el suelo y las plantas, a pesar de la fuerza del sol, no se seca y desaparece hasta mediada la mañana, y a veces hasta muy cerca del mediodía.

En ocasiones, y aun en el mismo mes de mayo, el suelo ha aparecido por la mañana cubierto de escarcha, lo que representa temperaturas mínimas de 0° ó inferiores a esta cifra. El 6 de mayo, en Alcazarquivir, la escarcha se presentó sumamente abundante (el frío había sido muy vivo aquella noche), y, no obstante, a las siete de la mañana, el termómetro registraba ya una temperatura de 14 grados 5 (2).

Las nieblas son también muy frecuentes y duraderas, en expresión de esta misma humedad, en el país del sol luminoso. El 30 de mayo, hallándonos en el Zoco T'Zelata, observamos al amanecer un rocío extraordinario: la tela de la tienda se caló por completo y el suelo y las plantas llegaron a humedecerse tanto, que, no obstante la estación y la fuerza del sol, no se secaron hasta el mediodía. El fondo de los valles y lo hondo de las llanadas estaban, a la salida del sol, cubiertos por extensa fajas y jirones de niebla, dando suaves tonos a la grandeza del paisaje. Esta niebla no se disipó hasta más de mediada la mañana.

Queda todavía por señalar el hecho, corroborante de esta misma humedad, de las dificultades que se oponen a reunir un herbario en

(1) Por falta de transparencia en el aire, a causa de la humedad, las placas fotográficas no impresionan debidamente las lejanías. El cañón de la escopeta, colocada de costumbre en el interior de la tienda de campaña, se cubrió de herrumbre.

(2) La rociada más abundante tuvo lugar en la noche del 6 al 7 de mayo; el rocío cubría al día siguiente hierbas, tiendas, etc., con sus enormes goterones, humedeciendo mucho el suelo.

debidas condiciones si no se utilizan medios artificiales para desecar los papeles entre los cuales han de comprimirse las plantas frescas para que se sequen. De nosotros podemos asegurar que, señaladamente, en Alcazarquivir hemos pasado bastantes malos ratos por evitar que las plantas se llenasen de moho, lo que a fuerza de dificultades conseguimos, pues si bien el calor seco del día era suficiente a secar perfectamente el papel, apenas puesto el sol y, especialmente, en la quietud atmosférica nocturna, volvía a absorber con rapidez la humedad hasta empaparse en ella. No hago esta advertencia, sino para que mi experiencia sirva de consejo a los que por allí herboricen (1).

Los datos que siguen, resultado de nuestras observaciones en la zona, expresan la humedad relativa de los puntos recorridos (2).

TETUÁN

Días	Humedad relativa	Días	Humedad relativa
20 abril.....	82	24 abril.....	89
21 abril.....	75	25 abril.....	89
22 abril.....	100		

ALCAZARQUIVIR (CUENCA DEL LUCCUS)

Días y horas	Humedad relativa
6 mayo.....	75
7 mayo { 9 mañana.....	84
{ 3 tarde.....	83
8 mayo.....	91
9 mayo { 9 mañana.....	91
{ 3 tarde.....	75
12 mayo.....	100
13 mayo.....	60
14 mayo { 9 mañana.....	73
{ 3 tarde.....	100
15 mayo { 9 mañana.....	80
{ 3 tarde.....	71
16 mayo.....	89
17 mayo.....	90

(1) Gentil lo advierte también en la pág. 258 de *Le Maroc physique*. Paris. Alcan.

(2) Para las observaciones se empleó un psicrómetro. Se han aplicado las conocidísimas ablas, conociendo la temperatura del termómetro seco t y húmedo t' y su diferencia $(t-t')$.

Digamos, finalmente, como la expresión de un hecho general, que en la zona atlántica occidental, caracterizada por estos fuertes rocíos, posee una humedad relativa más débil en verano que en invierno.

Respecto de las lluvias estableceremos algunas generalidades que fijen el carácter de este fenómeno metereológico y datos de nuestra propia observación. Naturalmente, son siempre función de las presiones atmosféricas, de la temperatura y de la dirección del viento.

Al menos, en la parte por nosotros recorrida de la zona marroquí sometida a la influencia española, desde este punto de vista pluviométrico, el régimen es, sobre poco más o menos, el mismo de nuestra Península Ibérica y especialmente el de Andalucía : las lluvias tienen lugar en el invierno, sin que por eso dejen de ser lluviosos la primavera y el otoño. El verano es, por el contrario, una estación enteramente seca. Conforme se marcha del S. al N., la estación de las lluvias, abarca una mayor parte del año, lo que se refleja en el crecimiento del número de días de lluvia : en Alcazarquivir comienzan en octubre y suelen durar hasta mayo, resultando el verano (de junio a septiembre), extraordinariamente seco, y en Tánger, colocado no más unos 100 kilómetros más a su N., si bien el mismo período estival, es escasísimo en lluvias, ni siquiera esta estación seca queda desprovista de ellas, como se sabe de largo tiempo (1).

Como sucede con la distribución de las lluvias en las diferentes estaciones ocurre con la cantidad de agua precipitada : va disminuyendo también gradualmente conforme se camina de N. a S.

En toda la región occidental atlántica, las lluvias se presentan con los vientos W. y S. W. que son los dominantes, como advertimos en su lugar, muy especialmente con este último.

En lo que se refiere más concretamente a la cuenca del Luccus, se me ha asegurado por personas residentes en el país, que el período de las lluvias tiene sus comienzos en fines de octubre o principios de noviembre, alcanza su máximo en febrero y va después disminuyendo paulatina y sensiblemente en marzo, presentándose un nuevo y débil aumento en mayo, hasta llegar el verano en el que las lluvias se suspenden por completo. Durante el mes más lluvioso (febrero), las precipitaciones, de un marcado carácter torrencial,

(1) El número de días de lluvia es, en Cabo Espartel 79, y en Tánger 94, esto es, quince más no obstante su proximidad.

encharcan todo el territorio, sumamente arcilloso y llano (por consecuencia sin desagües ni permeabilidad alguna), desbordándose el Luccus, que las lluvias han hecho crecer de modo desmesurado, invadiendo la llanura por entero y tornando el terreno en pantanoso por su naturaleza eminentemente arcillosa. La naturaleza mineralógica del terreno, la fuerte proporción de arcilla coloidal que contiene, explican su fácil y rápido encharcamiento, con persistencia de extensos pantanos donde crecen tarays y el que en el verano, período de la sequía, la tierra se endurezca y agriete considerablemente, con perjuicio, a un tiempo, de la vegetación y del cultivo. Consecuencia de semejante régimen geográfico es el terrible azote del paludismo que estalla a finales del verano y principios del otoño.

En todo el tiempo que permanecemos en Marruecos, tuvimos diez días de lluvias, siempre con viento poniente o S. W., aun en el propio Tetuán, en donde los días que estuvimos acampados en los alrededores de la ciudad no dejó un sólo día de llover (del 21 al 25 de abril, ambos inclusive), generalmente con fortísimo poniente.

En la cuenca del Luccus nos vimos sometidos al ligero aumento pluviométrico del mes de mayo : las lluvias fueron fuertes, de carácter primaveral, se verificaron siempre con viento S. W. y encharcándola, convirtieron la llanura en extensos lodazales. La mayor tuvo lugar el 18 de mayo en el que, desde la madrugada estuvo cayendo una fuerte lluvia torrencial, sucediéndose los aguaceros durante el día sin interrupción. El mismo 31 de mayo durante la noche y el 1.º de junio, desde su madrugada hasta media mañana, nos llovió torrencialmente en Arcila, con viento S. W., del propio Atlántico, pero el 2, el mismo viento, duro, frío y persistente secó el suelo hasta desaparecer toda huella de humedad (1).

Carecemos en absoluto de datos acerca de la montaña : su clima tiene que ser, sin duda, muy diferente y contribuir no poco a modificar, en parte, el peculiar carácter climatológico que, al influjo de

(1) Por falta de un pluviómetro adecuado no hemos podido tomar la cantidad de lluvia caída.

Se tienen datos de Tánger, en donde la media anual es de 815 mm. ; con 318 en el invierno ; 310 en primavera ; 19 en verano, señalando el período de la sequía, y 168 en otoño. De Cabo Espartel se sabe que la media anual es de 763 mm. (con un máximo de 1,143 milímetros en 1895, y un mínimo de 572 mm. en 1896) ; con 233'6 en otoño, 299'8 en invierno, 188'4 en primavera y 16'2 en verano.

Se ve, en resumen, lo que hemos afirmado : es lluvioso el invierno, principalmente, siéndolo también el otoño y la primavera ; seco el verano.

la corriente fría marina del Atlántico, debe nuestro Marruecos occidental y estamos por decir que toda la Yebala.

El régimen pluviométrico expuesto, es francamente mediterráneo (como en toda la cuenca de este mar interior) pues que le caracterizan las lluvias invernales, sin que, de otra parte, el otoño y la primavera dejen de ser lluviosos y la estación seca corresponde al verano, regulando esta periodicidad, como ya es sabido, el desplazamiento de la zona de las calmas tropicales.

Con los datos apuntados, basta para notar que el clima de toda nuestra zona de influencia en Marruecos, es un *clima mediterráneo*. Representa, como todos los de su nombre, una señalada transición, de una parte, al clima desértico (por su estación seca del verano), y de otra, al clima templado, frío en invierno (por dominar los vientos del W. que llevan consigo las abundantes lluvias de dicha estación). Su escasa nebulosidad, su luminosidad clara e intensa le caracterizan también.

Pero el clima presenta su más fiel reflejo en la vegetación del país: la estrecha ecuación que liga entre sí, en la complejidad de sus acciones recíprocas y simultáneas, la temperatura, el viento, la humedad y las lluvias, adquiere todo el valor y su expresión más adecuada en la fisonomía particular de la vegetación, como puede verse en el capítulo siguiente.

IV

LA VEGETACIÓN. — SU CARÁCTER. — SU DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA FORMACIONES VEGETALES

Las plantas recogidas en el curso de esta excursión exploratoria, suman algunos centenares (entre ellas bastantes especies nuevas y curiosas) y permiten afirmar como expresión general del carácter común a todas ellas, que la zona marroquí, sometida al influjo de nuestro protectorado, está por entero incluida en el *dominio de la flora mediterránea*.

Se sabe que, por excelencia, los límites de la región mediterránea son precisamente los del olivo (1), árbol de follaje persistente, teme-

(1) Molliard (M.): « La limite de la culture de l'olivier ». (*Ann. de Géogr.*, tom. III, París, 1894).

Fischer (Th.): « Der delbaum. Seine geographische Verbreitung, seine wirtschaftliche und kulturhistorische Bedeutung ». (*Dr. A. Peterm. Mitteilung. Erg. Nr. 147. Gotha. Justus Perthes, 1904.*)

roso de las heladas, propio del clima cálido y seco de la región mediterránea : verano sin lluvias, con la subsiguiente detención estival de la vegetación.

La región que el propio olivo limita queda caracterizada por una vegetación que está compuesta esencialmente de plantas dicotiledóneas, marcadamente de consistencia leñosa (árboles, arbustos, matas) de hoja perenne, esto es, de follaje siempre verde durante todas las estaciones del año. Aquí el predominio de arbustos vivaces con hojas persistentes (lentiscos, cornicabras, laureles, madroños) y de árboles de idéntica fisonomía (garroferos o algarrobos, *Quercus* de hojas no caedizas, como la encina y el alcornoque y especialmente los acebuches u olivos silvestres que son los que más señalan la flora mediterránea). Todos ellos llenan las laderas de montañas y collados formando verdaderos bosques y comunicando al paisaje, en contraste con la transparente luminosidad del aire, la nota austera de su verdinegro. (1)

Tan características como los acebuches (2) son las adelfas (*defla, f'felt*), las cuales, gigantes, forman verdaderas galerías a lo largo de las orillas de los cauces, poniendo en el panorama del país la nota viva de sus flores purpurinas y contribuyendo, con las otras especies ya citadas, a que sea la zona un trozo de Andalucía, enteramente semejante a ella, para indicar, todavía con más precisión, su filiación mediterránea.

Las formas de todos estos vegetales leñosos, obedeciendo a las mismas necesidades fisiológicas, son tan semejantes, que pueden ser referidas no más que a dos tipos : al laurel o al olivo. Sus hojas tienen todas la misma textura rígida, ya por refuerzo de su cutina o por secreción de cera, barniz, etc., sobre la epidermis ; el propio tono verde oscuro e idéntico brillo, como aporcelanado, en su cara superior (olivo, algarrobo, naranjo). Así pudo decir Goethe, para caracterizar con ello el dominio mediterráneo : *la naranja dorada brilla al través del sombrío follaje*, pincelada maestra del paisaje.

La zona presenta *bosques de clima subtropical seco*, compuestos por los árboles antes citados, de hojas persistentes, pequeñas, rígi-

(1) El lentisco se llama *btom ; dró, graui, tebdikt*. De su fruto (*habbat khadra*) se obtiene un aceite y hacen las mujeres, para su consumo particular, un manjar afrodisíaco.

El madroño, *asasun sasnú*.

(2) *Zitun berri*, esto es, aceituno u olivo silvestre. El nombre de *zitun* que se da en Marruecos al olivo no es árabe, sino hebreo (*zeit, sait*), de donde se derivan nuestras voces de *aceite, aceituna, aceituno* y el mismo *acebuche*. La palabra *aceite* es casi la hebrea *zeit*. (De Candolle, *L'origine des plantes cultivées*, pág. 222 - 227. París, 1896).

das, como endurecidas y barnizadas (laurel, olivo, alcornoque, las propias coníferas de hojas aciculares), de tonos sombríos, presentando además especiales disposiciones, que en breve citaremos, contra el peligro de la sequía periódica estival. Estos árboles no son exclusivos; se hallan en mezcla con otros, más propios de las *regiones boreales subtropicales* que pierden sus hojas al llegar el otoño (fresnos, nogales, higueras, morales, etc.)

En la zona de Andyera recorrida (sirvan de tipo Yebel Musa, Ain Xixa, etc.), son los lentiscos, cornicabras y algarrobos los que, con el madroño, forman la espesura de sus extensos bosques.

El alcornoque forma una mancha en Benzú (asociado con monte bajo de brezos de alta talla) volviéndose a repetir la asociación vegetal entre Larache y el Zoco T'Zelatza de Reisana, en el hermosísimo bosque de Sahel (*Gaba el Sahel*) uno de los más considerables de cuantos quedan, a título de manchas residuales nada más (pudiera llamárseles *bosques testigos*) en las hoy áridas llanuras de la cuenca del Luccus.

El acebuche u olivo silvestre (*Olea europæa*, var. *Oleaster* D. C.) alcanza siempre talla y corpulencia no comunes, aun en las propias llanuras en que forma bosques de consideración, predominando en Larache y Alcazarquivir.

Entre el bosque se inmiscuye la asociación de *matorral*, la formación mediterránea más característica en estas regiones, muy ligado al bosque o desenvolviéndose con entera independencia allí donde le substituye, pero, en todo caso, ocupando grandes extensiones.

La asociación fisiológica de plantas leñosas o semileñosas que conviven constituyendo el *matorral*, parece en la región, cuando depende del bosque, su parte accesoria, pero es, en realidad, la formación más extensa, más característica de cuantas asociaciones vegetales componen la vegetación de la zona española. Dicha importancia, dicho mayor desenvolvimiento, no hacen sino corroborar el clima subtropical de verano seco en que está enclavada.

Si se le estudia en su conjunto y en sus detalles, se observa está compuesto por formas de hojas muy pequeñas (tipo el mirto) rígidas, persistentes, brillantes, o de hojas algo mayores (tipo adelfa), pero, con todo, análogas y sin excepción dispuestas para hacer frente a la sequía del verano sin lluvias.

El matorral es de una extrema variedad: si fisiológicamente tienen todas una misma fisonomía, como resultado de una idéntica adaptación a exigencias comunes, sistemáticamente, o mejor, desde el punto

de vista floral, las especies son muy diversas. Citemos ciertas plantas espinosas, muy comunes (*Cratægus*, *Prunus*, rosa, zarzas, leguminosas leñosas o espinosas como las retamas, aulagas, etc.); extensas asociaciones de brezos de alta talla, de cistáceas (*Helianthemum*, jaras de flores blanca o rosa, formando *jarales* de consideración), de timeleáceas (torvisco o matapollo), de labiadas leñosas (romeros, cantuesos, tomillos, salvias, etc.), (1) con otras muchas (mirto, laurel, adelfa, lentisco, madroño, boj, palmito) las cuales con los brezos, jara, labiadas y torvisco, tienen las hojas persistentes, cuando no además brillantes y coriáceas. No olvidemos tampoco las *Ruta*, *Cotinus*, *Rhamnus*, *Ilex*, etc.

Además de estas asociaciones vegetales del bosque y del matorral, existe todavía otra : la llamada, yo no sé si con una justa propiedad, *estepa de gramíneas*. Las llanuras presentan en primavera extensas manchas violeta que deben su color a la flor de los *Echium* (hierba viborera) o blancas, debidas a las margaritas (*Anacyclus*, *Anthemis*) en extensiones de muchos kilómetros (llanuras del Luccus, faja litoral arenosa de Larache al paralelo 35°). Algunas otras plantas silvestres como la visnaga (2) y el cardo mariano (3) (*Silybum marianum*) tan abundantísimas ambas en Andalucía, constituyen casi el fondo de la vegetación herbácea de la cuenca del Luccus. Se puede concluir que esta flora no es muy rica, aun cuando conviene advertir que, en general, se han recorrido las llanuras solamente, pues las montañas, en este país del *blad-es-siba*, no puede todavía recorrerlas el europeo. En oposición, esta vegetación herbácea de la estepa de gramíneas, que vive sólo la primavera, es espléndida : las plantas alcanzan enorme desarrollo y los tonos, abigarrados y brillantes, de tanta flor, dominando los amarillos, blancos y violetas, son verdadero encanto de los ojos.

Como la región mediterránea tiene por carácter, conforme ya advertimos (véase clima), un régimen de lluvias durante el invierno y un período de sequía en el verano (verdadero clima subtropical con una estación seca), la flora tiene un marcado carácter *xerofito*, esto es, está en su mayor parte organizada para resistir dicha sequía que, periódicamente, se presenta en el año. Veamos como este carácter xerófito se da o manifiesta en las plantas de la zona marroquí.

(1) El torvisco, *azzaz*; la mejorana, *mardaduch* (añadida al *kefta*); el romero (*ikli-el-Yebel*, *azir*); el mirto, *as*, *rijan* de donde el nombre andaluz de *arrayán*.

(2) *Visneg*, en Marruecos, en indicación de que el nombre vulgar castellano ha derivado del árabe.

(3) *Axfur*, *dadanard*.

Es un hecho ya sabido que las especies vegetales de regiones secas no sólo se procuran el agua por toda clase de medios, sino que la conservan por modos diferentes, protegiéndose contra la transpiración, función por la que las plantas pierden su agua. La defensa contra la sequía toma formas muy diferentes; he aquí las más importantes entre las que pueden observarse entre todas las recogidas o señaladas en la zona:

Hojas (pita o *Agave americana* L.) o tallos áfidos (chumberas o *Cactus Opuntia*) que se tornan crasos, carnosos, a causa del enorme desenvolvimiento de sus parénquimas acuosos, recubiertos y protegidos por gruesa epidermis cérea contra la desecación (1). Esta disposición es la ordinaria en las más resistentes a la sequía, en forma que, durante el verano o épocas de sequía extrema, son las únicas lozanas del territorio.

Hojas pequeñas (brezos, labiadas) que a veces son muy reducidas y aun se transforman en espinas (cardos) como en el propio caso de la higuera chumba, citada anteriormente, en la que las hojas se han convertido por entero en espinas y en una substitución fisiológica, equivalente y necesaria, el tallo se ha hecho craso y aplastado (cladodios). Además de las citadas, como las plantas espinosas son muy frecuentes, podemos mencionar otras: la propia pita, el ya señalado cardo mariano, el *Solanum Sodomæum* L. (2), espinos, el mismo palmito, etc., con otros numerosos arbustos espinosos, cabalmente adaptados y propios de los climas secos subtropicales.

Las hojas son también, en otra forma xerofita de defensa, sumamente pelosas (borraja, gordolobo).

Otras hojas son alargadas, delgadas y de bordes replegados uno contra otro (gramíneas, algunas otras monocotiledóneas; labiadas leñosas como el tomillo, el cantueso, romero, salvias).

Ciertas hojas y tallos, lugar de secreciones particulares, con la tendencia de defender la planta de la transpiración: cera o barniz (jaras).

Si las pitas y chumberas defienden setos y vallados como en el S. y S. E. de España, acentuando aun más, de una parte la semejanza con los paisajes andaluces, y de otra el carácter xerófilo de la vegetación, los árboles y arbustos lo corroboran igualmente. Dos

(1) La higuera chumba se llama *karma* o *karm-en-nuzara* (y *karmus* el fruto), así como *jendi*.

(2) Solanácea espinosa muy común en el E., S. E. y S. de España donde se la llama *tomatillo del diablo*.

son sus principales formas de adaptación al clima : en su mayor parte siempre verdes, de hoja perenne, acostumbran a tener éstas, espinosas o recubiertas de una cutícula espesa, barnizada a su vez por una secreción cérea y hasta en ocasiones la especie tiene el tronco defendido de la evaporación por abundante tejido suberoso o corcho, como el alcornoque, tan abundantísimo en nuestro Marruecos. No debe olvidarse una curiosa disposición, tal vez la más eminentemente protectora : los estomas situados en el fondo de criptas pilíferas (adelfa).

Adaptaciones todas ellas suficientes a establecer las adecuadas relaciones existentes entre el clima y la fisiología que reacciona frente a él. Aun cuando pertenecientes a familias diferentes y aun distantes en la sistemática, el aspecto general de las especies, su organografía (en cuanto no es sino la expresión de una fisiología que las condiciones edáficas imponen), tiene multitud de rasgos comunes. Cabe, bajo este aspecto, preguntarse en que grupos naturales fisiológicos, desde este punto de vista particular de la fitogeografía, pueden incluirse, al menos, los árboles y arbustos que dan fisonomía mediterránea a la vegetación de la zona.

La *forma laurel* de Grisebach, es una de las más abundantes. Con ella pueden homologarse por la forma, tono y brillo de las hojas ciertos *Quercus* (defendidos, además, de la sequía por su capa de corcho : *Q. Ilex* L., *Q. coccinea* L., *Q. suber* L.) Las mismas auranciáceas (aunque especies cultivadas y de origen asiático), como el limonero y el naranjo, obedecen a esta forma tipo y dan idéntica fisonomía al paisaje de este dominio. Todas las citadas tienen su follaje siempre verde.

La forma garrofero o algarrobo (*Ceratonia Siliqua* L.) aun cuando para Grisebach constituye un árbol monotipo a causa de la disposición pennada de sus hojas y su fruto carnoso en semejanza de cesalpináceas tropicales, para nosotros, por la firme consistencia de su epidermis foliar reluciente, está más cerca de la forma de los *Quercus* de hojas persistentes y debe asimilarse a ellos.

Quédanos otra forma tipo : el acebuche, por excelencia distintiva de la vegetación mediterránea.

Por el intermedio de la adelfa, también de hoja persistente, pero grande (y no pequeña, como el mirto), pasamos, por la forma matorral, a una porción de arbustos o matas leñosas que son ya de la asociación del matorral, pero que, aun así, representan la forma del *Nerium Oleander* L., nombre que por sí mismo está indicando la

analogía de la adelfa con el acebuche. Estos arbustos o matas leñosas, son esenciales a la vegetación mediterránea y tienen a las jaras (*Cistus laurifolius* L., *C. ladaniferus* L., por sus más definidos representantes, grupo de las Cistíneas que tiene para el Marruecos español un valor tan significativo y fisonómico como para España.

Puede desprenderse del conjunto de los árboles citados y de los arbustos que con las jaras forman el matorral, otro carácter común, siempre expresión de la marcha del clima y consiste en que además de vivir socialmente, en su inmensa mayoría florecen en primavera (época de la humedad y del calor moderado), se detienen durante el verano y muchos fructifican después que ha pasado la estación seca (olivo, naranjo, madroño, *Quercus*, almendro, granado).

Dentro de las propias plantas componentes del matorral, la forma de las hojas del mirto y de las timeláceas (torviscos), así como las mismas hojuelas o foliolos de la hoja compuesta del lentisco, pertenecientes a este tipo, recuerdan, aun en su reducción, el olivo o la adelfa.

Gradualmente las hojas van decreciendo y adquiriendo formas más alargadas (brezo, romero, cantueso, por ejemplo), hasta hacerse aciculares, casi nulas a los efectos fisiológicos (*Spartium*, atocha, *Genisteas* en general), estableciendo el tránsito a los arbustos o matas espinosas, pues que varias de ellas mismas (aulagas), son espinosas, de ramas mucronadas.

Las familias florísticas que mejor la definen, son, en consecuencia, ciertas Cupulíferas (representadas por *Quercus* de hojas persistentes, propias de la región mediterránea), las propias Coníferas, que toman parte esencial en su composición, y las Ericáceas.

En cuanto a las Coníferas, separando el reducido bosque de pinos del Monte Hacho de Ceuta, los tejos y enebros (*Juniperus*) son abundantísimos, marcadamente los últimos, en el litoral mediterráneo y atlántico.

Del cedro se sabe que su madera es muy empleada en el propio Tetuán, y se tiene por frecuente en el interior con el famoso *Callitris quadrivalvis*. Hay, pues, Abietáceas (*Pinus*, *Cedrus*), una Actinostrobácea (*Callitris*), Juniperáceas (*Juniperus*) y Taxáceas (*Taxus*) (1).

Las Ericáceas, en su más lata acepción, plantas leñosas, arbustivas (madroño), o simples matas (brezos), forman matorral, de hoja

(1) El pino *taid*; *senubar*.

persistente también y con estas dos formas vegetales tan características.

De intento hemos dejado para el último lugar, la mención del único representante mediterráneo del inmenso grupo de las palmas. Queremos hablar de esta curiosa palmera enana, el llamado palmito (*Chamærops humilis* L.), endémica en el dominio mediterráneo, representante único del grupo, quizá en indicación de significar una reliquia de la flora terciaria.

El palmito, que se extiende también por el sur de España, amante de un clima subtropical con un período seco, cubre por entero, sin excepción, todo el país de la zona española en Marruecos, resultando la especie más extendida y abundante. Palmera pequeña, arbustiva y espinosa, es un tipo xerófito por excelencia entre las palmas y acentúa, como ninguna otra planta, el carácter de resistencia a la sequía estival que en conjunto presenta la vegetación de nuestra zona marroquí. Ocupa todo el suelo del territorio en una mancha continua. En oposición, la palmera de dátiles (de estipe elevado, de grandes hojas en penacho), tipo de palmas ya más exigente en humedad, escasea muchísimo, en contra del prejuicio que pudieran abrigar las gentes en España; suele señalar al viajero la presencia de algún marabut o santuario que parece defender con la sombra y a la paz del penacho espléndido de sus hojas divergentes. Hemos encontrado algunas, muy pocas, entre Arcila, Larache y Alcazarquivir.

Aunque el palmito suele presentarse solo, en asociaciones exclusivas, es frecuente también hallarle asociado con jaras y cantuesos o alhucemas (Monte Dersa de Tetuán) o con helechos (colinas y montañas del camino entre Arcila y Zoco del T'Zenín, así como en la extensa faja litoral arenosa o antigua duna fija que desde el paralelo 35° se extiende en dirección N. hasta rebasar Arcila).

La última formación de *estepa de gramíneas* nos falta por considerar. Está constituida por dos grandes elementos: o por plantas igualmente conformadas para resistir al período de sequía o por plantas que no son más que anuales, viven la primavera y se secan y agostan con los primeros rigores del verano. Esta formación se inmiscuye entre el propio matorral seco, en manchas discontinuas, o bien ocupa, exclusivamente, en la ausencia del bosque y el matorral, extensas llanuras.

Entre las de la primera categoría o adaptadas a la sequía, tenemos en la zona multitud de plantas vivaces, tuberculosas o bul-

bosas, cuyo período de vida activa se halla entre los comienzos de la primavera y la llegada del verano, en el que la vegetación se detiene, ya por efecto de la sequía misma, ya por aumento de la temperatura juntamente. Así son abundantísimas las liliáceas, iridáceas, colchicáceas, etc. (*Iris*, *Allium*, *Asphodelus* (1), *Hyacintheas*, *Scilleas*, etc.), especialmente los gamones, que llenan por entero el país. Con su tallo subterráneo y su roseta de hojas inferiores que le rodean, atiborradas de sustancias de reserva, establecen el tránsito a las plantas grasas (también ellas tienen hojas crasas, aunque subterráneas). Esta disposición señala de modo positivo la doble influencia del clima y de la estación, pues que son abundantes en las regiones de corto período vegetativo (aquí la primavera), en las que es de necesidad una protección, prolongada y eficaz, contra el peligro de la sequía.

Con estas vivaces se entremezclan otras anuales, herbáceas, primaverales, de muy escasa duración : así es la vegetación en estas estepas sumamente precoz y efímera. Las especies de esta categoría pertenecen en su mayor parte a las compuestas (*Anthemis*, *Anacyclus*, *Centaurea*, *Tolpis*, *Pulicaria*, etc.), malváceas (citemos la *Malva Hispanica* L.), convolvuláceas (como el ornamental *Convolvulus althæoides* L., abundante en la zona), leguminosas (*Scorpiurus*, *Medicago*, *Trifolium*, *Vicia*, *Lathyrus*, *Ornithopus*) (2), crucíferas (muchos géneros), escrofulariáceas, borragináceas (entre ellas el abundantísimo *Cerithe major* y *C. minor*), entre las cuales el botánico advierte algunas vivaces. Pero la familia que interviene más eficazmente en esta asociación, y proporcionando un mayor número de especies sociales, es la de las gramíneas, con plantas como las *Stipa* y *Macrochloa* (3), *Panicum*, *Andropogon*, propias de las estepas de las regiones boreales o no tan características (*Avena*).

La vegetación presenta en la zona entera una gran uniformidad (exceptuamos las cadenas montañosas que no nos son conocidas), como expresión de la igualdad del clima, en términos generales, del territorio sometido a nuestra influencia. En realidad, ocupando una posición crítica entre la región mediterránea y la estepa subtropical,

(1) Gamón o gamonito en castellano ; *koutsu*, *konut*, *bernak*, *bruag*, en árabe y bereber: Sus tallos se emplean en los techados de las nualas.

(2) En un ejemplar de *Ornithopus icnismocarpus* Coss ha hallado el micólogo G. Fragoso, una nueva especie : *Uromyces Ornithopodioides* G. Frag, recogido por nosotros en e Zoco de T'Zleatza. (*Bol. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, tom. XIII, pág. 471-472).

3 *Atocha* o *esparto* en España ; *halfa* en Marruecos.

sus especies han de adaptarse a temperaturas altas, a la sequía y a oscilaciones térmicas de cierto valor : así son los vegetales o xerofitos o de corto período vegetativo. No se olvide que con los propios árboles de follaje persistente, vienen mezclados otros que las pierden en el invierno : olmos, fresnos (1), almendro, morera y la propia higuera (*Ficus carica* L.), tan característica de la región mediterránea, como que es en ella espontánea y de otra parte, la especie más septentrional del gén. *Ficus*.

Cuando repetidas expediciones hagan definitivo el estudio de la vegetación y de la flora de nuestro Marruecos, los trabajos metódicos de los botánicos habrán de versar sobre dos cuestiones fundamentales (si se desea que los resultados correspondan al esfuerzo) : la geografía botánica, verdadera finalidad de la fitografía que debe mirarse como medio y no diputarla por fin, y las referentes a las asociaciones vegetales. La consideración, verdaderamente fecunda de las asociaciones vegetales, presenta una doble ventaja : no sólo determina el aspecto del paisaje, lo que ya de por sí es primordial, y las formas mismas de la actividad humana (que se agrupan o separan obedeciendo siempre a la distribución de la vegetación del país), sino que refleja con fidelidad escrupulosa los caracteres del clima y del suelo. Tendremos ocasión de irlo comprobando.

No será menos interesante la labor del geobotánico ecólogo, que se hará más fácil si tiene en cuenta los grandes rasgos de la plástica de la zona y su orientación general.

El estudio acabado, será entonces interesante comparar la flora de la zona baja litoral atlántica, con la de las montañas del Rif, todavía sin explorar.

En tanto lo ha consentido la rapidez con que hemos explorado comarcas tan extensas, hemos procurado principalmente estar atentos al estudio de las asociaciones vegetales. Suprimimos deliberadamente en este trabajo la tendencia puramente fitográfica, y nos limitamos a señalar el carácter saliente de la vegetación, persiguiendo más el fin geográfico que el descriptivo.

A este efecto señalaremos en el país recorrido las manchas de vegetación observadas en los lugares explorados.

(1) *Chadxarat-el-bak* (árbol de los pulgones aunque se emplea más *dérdar*).

I. Norte de la zona

ANDYERA. — Se han explorado con más especial detenimiento tres lugares : el Monte Hacho, cúspide de la península de la Almina ; Benzú, en el W. de la plaza de Ceuta, y Yebel Musa, con la región de su contorno, además de la faja litoral mediterránea hasta su contacto con el Hauz de Tetuán.

La vegetación del Monte Hacho tiene por fondo de su vegetación un matorral espeso, casi impenetrable, constituido por matas arbustivas de leguminosas espinosas de varias especies ; el *Solanum Sodomæum* ; jarales (*Cistus* de flor blanca y rosa, entre ellas *Cistus crispus* L.), en expresión de un suelo arenoso silíceo, dada la naturaleza arcaica de las rocas de cuya descomposición procede. Algunos pinos (plantados desde 1750) forman un reducido bosquecillo.

Los montes en torno a la espléndida bahía de Benzú, dominados por el fuerte de su nombre (véase fig. 1), ofrecen, como especies más dominantes, gruesos y añosos alcornoques ; las jaras antes citadas y un brezo mediterráneo de alta talla (*Erica cinerea* L.), además del palmito (*sdom*, en árabe) (1) asociado con las últimas y constituyendo con ellas el monte bajo del bosque. Tal es el llamado Monte de Ingenieros. Parece que en las cercanías de Ceuta, ya en su W., ya en su S., un carboneo desatentado, junto con las exigencias militares de la plaza, ha destruído un rico arbolado, antes constituido por alcornoques, con jaras y brezos, y de los que hoy no queda sino la manchita representativa.

El alcornoque (*Quercus suber* L.), una de las especies forestales más extendidas en nuestra zona, forma bosques de consideración en distintos puntos de Andyera y en otras varias kabilas, que se irán citando, allí donde el terreno sea francamente silíceo y sólo con esta condición, *sine qua non*. (Así se le encuentra vegetando en los terreros arcaicos ; en las pizarras silúricas y areniscas devónicas, de Benzú ; arkosa de Monte Negrón y Yebel Zemzem ; dunas pliocenas cuarzosas de Jolot y Tilig). Con señaladas excepciones, los árboles suelen ser pequeños, aunque sanos y vigorosos, en indicio de su vivir silvestre y de su falta de adecuada explotación, pues al indígena le son extraños métodos de crianza y la mayor parte de los usos

(1) Las voces vulgares se han tomado de labios de los propios moros. Se llaman *sdoma*, cuando son grandes y rodean los santuarios. Son múltiples sus usos en la economía marroquí : la yema central y el fruto (*r'az*) son comestibles : con las hojas se trenzan cuerdas (*cherit-ed-sdom*) y serones o seras (*suari*) con las fibras se tejen ruedos.

múltiples del corcho. Dichos alcornoques marroquíes, sometidos a razonables cultivo y aprovechamiento, llegarán a representar en tiempos futuros, cuando españoles o naturales decidan explotar debidamente los recursos naturales de Marruecos, una verdadera fuente de riqueza.

El matorral recién citado de jaras y brezos, corroborantes de la silíceo naturaleza de los materiales del suelo, está casi privado de especies herbáceas (fenómeno general a todos los jarales) que defiendan y entretengan la humedad del suelo ; éste, por su indefensión respecto del sol y por la sílice que le compone, resulta extremadamente seco y árido, aparte de su xerofita vegetación.

La excursión al Yebel Musa (Monte de las Monas) pasando por el Boquete de Andyera, camino a Cudia Federico y poblado de Ain Xixa, para subir después por el collado de Ain Barca y descender por imponente derrumbadero a la Bahía de Benzú, permite poder acentuar y definir con más precisión el carácter mediterráneo de la flora.

Hasta Yebel Schindir (Boquete de Andyera) las tierras proceden de la descomposición de los materiales paleozóicos y ofrecen, por tal motivo, tonos rojizos. En el mismo Boquete, y allí donde el barómetro señala los 400 metros, lugar en que se aprecian los contactos del devónico (1) con las calizas toarcienses del Yebel Musa, o mejor, con el imponente conjunto jurásico de Sierra Bullones, los bosques comienzan a hacerse considerables, ocupando manchas muy extensas, formadas con especies del alto matorral por garroferos o algarrobos (*al-jarub*, en árabe, de donde deriva el nombre castellano de algarrobo), madroños, lentiscos, cornicabras, espinos (*Crataegus*), jaras (siempre las especies de flor blanca y rosa), helechos (el común *Pteris aquilina*, L.) y hasta dos especies de altos brezos (*Erica*). Los lentiscos se hacen muy espesos y en los sitios descubiertos, bajo el matorral de palmito, hallamos la *Viola arborea* con la suerte de sorprenderla en plena florescencia.

En el plano de contacto de los materiales primarios y calizas azuladas jurásicas, brotan las aguas con cierta abundancia (no tanto como se ha exagerado) y su presencia en la región que se halla hoy en toda la actividad de su erosión, explica que los hundidos valles existentes en el corazón de Andyera estén revestidos de su vegetación es-

(1) Para Gentil, (Véase, como conjunto de sus notas numerosas en las *C. R. Acad. Scienc. y Bull. Soc. Géol. de Fr.* Gentil (L.): « La géologie du Maroc et la genèse de ses grandes chaînes », en los *Ann. de Géog.*, tom. XXI, 1912, pág. 130-158, con una cart. geol. pl. II), este terreno sería permo-triásico.

pléndida y el que sus prados, herbosos y de suaves íntimas tonalidades despierten en el viajero recuerdos de Asturias o de las Vascongadas. Este paisaje montañoso, el más imponente de cuantos hemos visitado, es inolvidable si se contempla desde el Boquete de Andyera.

Este plano de contacto, separatorio de las calizas secundarias y de los materiales primarios o permo-triásicos, viene a ser también el límite superior alcanzado por la posición de los aduares que han buscado para establecerse el nivel de estos manantiales, fenómeno muy repetido en los hechos de la geografía humana. El helecho (*Pteris aquilina* L.), en revelación de la naturaleza silíceo del suelo, no sube nunca este nivel y establece con estrecha precisión las relaciones ecológicas que ligan la planta y el suelo. Torviscos asociados con las matas de jara y de palmito, alcornoques y adelfas, siempre en galería a lo largo de las corrientes de agua, acentúan con más subidos tonos el carácter mediterráneo y dan la impresión viva de Andalucía.

Entre los dos imponentes arbotantes de caliza jurásica que dejan en su medio la collada de Ain Barca, ponen su nota, destacando en el blanco azulado de la peña, algunos tejos, que crecen aislados conforme a su vivir, de tronco sarmentoso, como retorcido por el levante tenaz.

Se ha dicho (véase : II, DIARIO), que el paisaje que se extiende desde Punta Almina a Ras el Tarf (Cabo Negro), constituía una legítima unidad geográfica, geológica y topográficamente. A su pesar, políticamente queda repartida en dos kabilas : hasta Yebel Zemzem, un poco al S. W. de Monte Negrón se extiende *Andyera*, y al S. de Yebel Zemzem, *El Hauz de Tetuán*.

La faja arenosa litoral, extensa playa de líneas regulares, que bordea la zona de las Cudias, presenta una interesante formación de dunas hoy fijadas por lentiscos y sabinas (fig. 68) (1).

El camino de Ceuta a Monte Negrón, pasando por La Condesa (fig. 69), ofrece la vegetación que en todas partes se repite : palmitos y cantuesos (*Lavandula*) forman el fondo de su vegetación de matorral (2). Plantas primaverales (borragináceas, malváceas, etc.) se asocian con él durante la primavera.

Las manchas de vegetación de Monte Negrón y Yebel Zemzem, espléndidamente mediterráneas, están constituídas por lentiscos y

(1) *Abhal*; *ar'aar*; *tag*, en el país.

(2) La especie *Lavandula vera* D. C., se llama en el país *Aljucema*, *aljuzami*, de donde deriva nuestra *alhucema*, y no se olvide que en Jaén, por ejemplo, la *h* suena aspirada, como en árabe. Los cantuesos, en general, se llaman *za'terhelthal*, *astukudes* *tifiz*, en bereber.

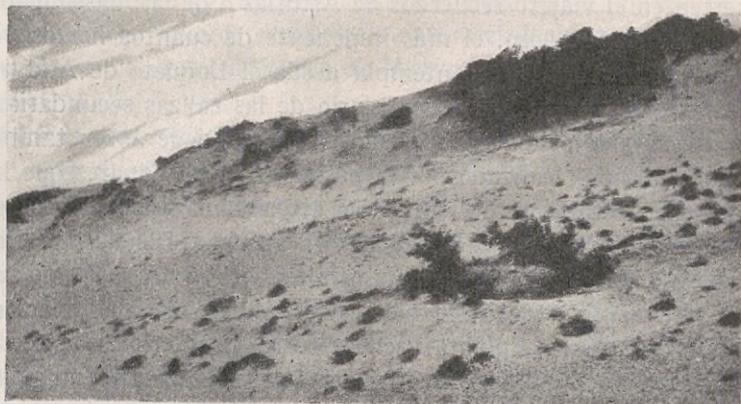


FIG. 68

La duna en Monte Negrón (Anyera)
Al fondo, sabinas fijando las arenas

cornicabras, cistáceas (*Cistus*, *Helianthemum*) alhucemas, chumberas y palmitos en una estrecha asociación marcadamente xerofita ; así, es de espesa e intrincada su *ramona* o breña (fig. 70). Hay tam-



FIG. 69

Aspecto de la vegetación entre La Condesa y Monte Negrón (Anyera)
Matorral de palmitos y jaras

bién, en expresión de este mismo carácter xerofilo, extensos alcornoques (fig. 71) compuestos de pequeños alcornoques, formando espesura, en revelación de que la sílice domina en el suelo (arkosa), y enteramente silvestres, sin que el indígena les utilice para nada.

La vegetación herbácea es muy rica en especies, especialmente en el valle plano del río Negro, y el botánico tiene siempre donde elegir. A señalar el abundantísimo *Drosophyllum*



FIG. 70 — Vegetación xerofita de chumberas y palmitos en la vertiente oriental de Yebel Zemzem (Anyera)

Lusitanicum, Lk., curiosa droserácea (1), cuyas hojas largas y lineares están llenas por completo de pegajosas glandulitas, capaces de digerir los insectos que



FIG. 71. — Alcornocal en Yebel Zemzem (Anyera)

quedan en él prisioneros. El monte es muy espeso y tiene el sello de las mismas formaciones mediterráneas de nuestra Península :

(1) Véase Darwin: *Les plantes carnivores*, traduct. franç. Paris, 1877.

domina la asociación vegetal de matorral entre cuya espesa maraña los alcornoques jóvenes forman espesuras prietas.

Si se viene del N., antes de llegar a Monte Negrón, se cruza el valle de Río Negro, en el que herborizamos con detenimiento. El paisaje no carece de contrastes : tiene por fondo las montañas de Sierra Bullones, la arista jurásica yebálica, de tono blanco azulado, de atrevidas líneas, llenas de gracia ; delante, el valle, de tonalidades verde cinabrio, con remembranzas de vascos paisajes, y, finalmente, en la desembocadura de Río Negro, después de atravesar jarales extensos, amplias lagunas y salsas, con tarays o atarfes (*Tamarix*) y plantas de estaciones húmedas y salinas (*Carex*, poligonáceas), formadas al contacto de las aguas dulces con las saladas del Mediterráneo, en medio de la playa y de sus dunas, en el paisaje desolado. Sabor de desolación y extrañeza que da a las cosas la mansedumbre de las aguas salobres, la silueta de los retorcidos tarays que surgen de las salsas, acentuado al caer de la tarde. El propio valle, marchando hacia el interior, se llena de praderas primaverales : sus materiales geológicos, de fecha reciente, en contraste con las alturas circundantes, originan con la abundancia de las aguas, una fértil vega, de prósperos cultivos. Hemos visto en este valle acebuches (1), higueras (que en toda nuestra zona de influencia se ha hecho subespontánea y brota con inusitado vigor, por todas partes, hasta en las rocas y muros), álamos (2) y fresnos que forman en las márgenes de la corriente, espesos fresnedos.

EL HAUZ DE TETUÁN. El territorio del epígrafe se extiende de Yebel Zemzem hasta las kabilas de Beni Madan y Beni-Hozmar por el S. y hasta la de Uad Ras o Uadrás, por el W.

El paisaje y la topografía no cambian de Ceuta al Rincón del Medik y cuando de Monte Negrón se camina en dirección a Tetuán, la vegetación continúa manteniendo su carácter : palmitos, jaras, cantuesos, siendo muy frecuente hallar sobre los cistus su parásito *Cytinus Hypocistis*, L., del que recogimos muchos ejemplares en flor.

La vegetación se distribuye conforme a la plástica topográfica, de la que parece ser su reflejo. La faja más próxima al mar, de escasa

(1) *Az-zabuch* o también *zitun berrí* (aceituno silvestre). De *az-zabuch*, deriva el nombre gallego *azambuge* con que el árbol se designa. De *zitun*, viene nuestro aceituno y *berrí* quiere decir silvestre ; de aquí pino *albar*, con que se designa al pino silvestre. (*Pinus sylvestris*).

(2) Se pregunta Colmeiro si el nombre de álamo no vendrá de *al-má* (que en árabe significa el agua), por ser tales árboles especies de ribera. (Colmeiro : *Diccion. de los nom. vulg. de muchas pl. usuales*, pág. 225, Madrid, 1871).

anchura, extendida hasta Ras el Tarf (Cabo Negro), se halla constituida por una línea de dunas muertas (marcadamente patentes después de cruzado el río Smir), fijas por lentiscos y sabinas. En otra faja paralela a la primera, extendida de N. a S. pero más interior, las dilatadas lagunas del Asmir (foco temible de paludismo), que alcanzan unos 5 kilómetros de longitud y no cesan hasta el propio Rincón del Medik : brotan en ellas *Carex*, más un abundantísimo *Polygonum*, (probablemente *nov. sp.*), observándose que si el número de individuos poblado las lagunas, es enorme, el número de especies es muy reducido. En este arenal, ardiente y polvoriento, se halla la carretera de Ceuta a Tetuán, cuyo trazado y construcción, especialmente en este trozo de 5 kilómetros que bordean las lagunas del Asmir, no son un acierto.

Finalmente, en escalones sucesivos, paralelos a estas fajas costeras y como a un par de kilómetros del mar, líneas de alturas, de cada vez más elevadas, que forman un arco montañoso, incurvado en Yebel Musa y de las cuales, las más cercanas a la costa, son Monte Negrón, Yebel Zemzem y las alturas del propio campamento del Rincón : son lomas, colinas y aun montañas con la vegetación de jaras, lentiscos muy espesos, brezos mediterráneos de alta talla, madroños, alhucemas, coscojas y alcornoques, patente contraste entre el tono azul, oscuro y severo, de los lentiscos y alcornoques de las montañas y colinas y el desolado de las lagunas del Asmir.

En las proximidades de la costa, los propios lentiscos (*Pistacia Lentiscus* L.) y cornicabras (*Pistacia Terebinthus* L.), tan altos, robustos y frondosos en el corazón de las montañas de Andyera (Ain Xixa, valles en torno de Yebel Musa), se tornan aquí entecos y achaparrados, señaladamente en la sección comprendida entre la montaña y la faja de las dunas costeras. No obstante, son muy hermosos (no ya lentiscos, sino aun brezos y jaras), los que cubren las elevaciones del desfiladero del Rincón a Tetuán ; los de la intrincada ramona o espesura de Kudia Taifor, cumbre del promontorio arcaico de Ras el Tarf y los que invaden por entero Kudias y montañas del W. del Rincón, comunicando, espesura tan prieta, redondez y gracia al perfil montañoso.

Se conoce en la región la salobridad de las aguas del Rincón del Medik, causa inmediata de que lagunas y lugares bajos se cubran de una especial vegetación, de peculiar aspecto, apeteceadora de suelos salinos. Las inmediaciones de las lagunas del Asmir, aparte de los lentiscos y los helechos, en todas partes abundantes

ofrecen numerosos ejemplares de *Erythræa fastuosa* Cab. (1) y gamones no menos abundantísimos, con algunas *Scilla*, como que las monocotiledóneas bulbosas, son, no menos características en la flora mediterránea (2).

El desfiladero del Rincón del Medik, camino a Tetuán, divide claramente lo situado a su N. del país abierto al S. El desfiladero angosto, aunque no muy hundido, es de naturaleza arcaica, como el propio Cabo Negro. Las faldas de sus vertientes limitantes están por entero cubiertas de una enmarañada espesura de jaras, madroños y brezos (*Erica cinerea* L.) más especialmente.

Recorrido el desfiladero se abre ampliamente al S. la extensa planicie que tiene por sus límites meridionales las montañas, enhiestas y bravas, de Beni Hozmar, erguidas inmediatamente al S. de la depresión del río Martín. Por la llanura mencionada corre el Uad el Lila, que parece estar constituida únicamente por una arenisca terciaria, formación continental de fecha pliocena. La alteración y disgregación de estos materiales origina un suelo arenoso, silíceo-calizo, pantanoso en varios puntos, cuya vegetación viene a ser, esencialmente, y en términos generales, una asociación de lentiscos, alhucemas, jaras, palmitos y gamones.

Separa la cuenca del Uad el Lila de la del río Martín una pequeña arista montuosa, permotriásica, destacando de los estratos terciarios horizontales que están depositados en su torno. Salvada, por entre rojas areniscas que ha hendido la carretera, se entra ya en los llanos de río Martín, en donde se halla Tetuán, tendida en las faldas meridionales del Monte Dersa.

La vegetación de la vega de río Martín, más espléndida a causa de la feracidad del suelo y de su orientación, de más follaje y frondosidad, no varía, con todo, fundamentalmente. El Monte Dersa, recorrido muy detenidamente, presenta espesos matorrales constituidos por las propias plantas mediterráneas características antes citadas: lentiscos, coscojas, sabinas, brezos altos, jaras, alhucemas, palmitos.

Haremos notar que en Tetuán, como por otra parte en toda la zona que abarca el protectorado español, es muy común el ricino

(1) Especie recién descubierta por el profesor Caballero en las cercanías de Melilla.

(2) La *Scilla* se conoce con los nombres indígenas de *achkil*; *basal-al-Far* (cebolla de rata), *basal-al-khanzir* (cebolla de puerco) y también *basal-al-bar* (cebolla del campo o silvestre), de donde el nombre castellano de *cebolla albarrana*. En el otoño florecen también en la zona *Crocus* (azafranes o *az-zafaran*, en árabe), que no debe confundirse con el alazor o azafrán romí, en árabe *az-zafarán rumi* (esto es, de los cristianos).

o higuera infernal, creciendo espontáneamente en setos, vallados y lugares incultos, alcanzando la talla de un verdadero arbolito. Más adelante insistiremos de nuevo (1).

La vega del río Martín, de Tetuán al mar, ha sido reconocida también botánicamente, recogiendo abundantes especies. Proyectamos, en principio, una larga excursión al montañoso país de Beni Hozmar, pues que su exploración hubiera sido de un interés patente : desgraciadamente el estado del país es tal, que la orilla derecha del Martín resulta ya verdaderamente peligrosa, y hubimos de renunciar a recorrer dichas bellísimas montañas.

UAD RAS. — Siguiendo el camino que de Tetuán se dirige a Tánger, atravesando los llanos feracísimos de esta turbulenta kabila, se va ofreciendo al viajero la vegetación habitual, especialmente las firmes matas del palmito que invade la Andalucía Baja y la Yebala, y que es, en suma, tan exclusivamente característico del Mediterráneo occidental. Algunos hermosos algarrobos (2), interrumpen la monotonía de las llanadas ardientes y antes de llegar al imponente desfiladero que conduce al Fondak de Ain Yedida, surgen en el llano, con sensación de abandono, algunos gigantescos acebuches milenarios, cuando les cruzamos cuajados de su flor de crema como si estuvieran cubiertos de nieve. La fig. 24 (véase II, DIARIO), reproduce uno de ellos y permite darse cuenta de su gran tamaño.

Pocos metros más allá del acebuche fotografiado, comienza el desfiladero del Fondak, angosto y solitario, pobladas sus vertientes de palmitos y de vigorosos lentiscos y cornicabras, casi exclusivamente, en masas espesas de alto matorral. Los arroyos que bajan tumultuosamente por las gargantas encajados entre galerías marginales de adelfas vigorosas. Se alcanza la mayor altura del puerto (650 metros), divisoria de aguas mediterráneas y atlánticas y la vegetación se mantiene la misma, sin cambio alguno, espesándose de tal modo el lentiscar que todo cuanto acierta a distinguir la vista de las montañas del Fondak no son sino apretados macizos de la especie, cuyo tono oscuro, verdinegro, da al paisaje marcada austeridad.

Del Fondak de Ain Yedida a Tánger el camino presenta idéntica vegetación de palmitos (muy crecidos siempre los que se hallan

(1) En corroboración de las ideas preliminares con que hemos comenzado este capítulo acerca de la tendencia xerofila de la vegetación, las plantas predominantes en los setos, con el ricino, son : *Papaver*, *Omphalodes*, *Borrago officinalis* L., *Datura* y el repetido *Solanum Sodomaeum*, con el *Silybum marianum* Goertn. : unas pelosas, otras espinosas, como se ve por la enumeración.

(2) El algarrobo, *kharub-el-ma'z*; *slar'na*.

en torno a los santuarios), lentiscos, jaras, gamones y adelfas, estas últimas, esclavas de su afán de humedad, en galería a lo largo de las corrientes de agua. Desde la eminencia del Fondak el terreno desciende en colinas suavemente onduladas, vestidas de malváceas, de crucíferas (1) y de *Echium*, comunicando a las praderas sus tintas violáceas, en un paisaje uniforme hasta el propio Tánger.

II. — Zona atlántica

Como fenómeno general a toda la extensa faja arenosa que desde el paralelo 35° se extiende en dirección N. hasta rebasar Arcila, teniendo, además, por límites S. E. los aluviones del Luccus, presenta una vegetación que se distingue por su uniformidad.

La constituyen, como fondo, el palmito asociado con el helecho, extensas manchas residuales de bosques de alcornoque y de acebuche; una compuesta (*Anthemis Bovæana* L.) y una crucífera (*Malcomia littorea* L.) predominan en la pradera no interrumpida de toda esta faja costera. Sirva de tipo la flora por nosotros recogida en la extensísima duna de La Huámara.

Las kabilas que, del lado atlántico, ocupan el país, desde el límite del hinterland independiente de Tánger (la extensión superficial de la zona asignada al hinterland tanyerino es de 373 km.²) hasta el meridional de nuestro territorio (paralelo 35°), son las de El Garbía, Es Sahel, Jolot y Tilig y El Jolot.

EL GARBÍA. — Hemos herborizado poco, con ocasión de cruzar esta kabila, a causa de que nos ha servido únicamente de paso, ya para marchar de Tánger a Arcila, ya en sentido inverso. Podemos decir, con todo, a reserva de insistir en el capítulo V de la Agricultura que tiene Arcila muchas y espléndidas huertas, como en un paisaje valenciano o andaluz, pero sin alcanzar nunca su magnificencia.

Son frondosos, pero tan sólo en los contornos de la reducida ciudad, los bosquecillos de algarrobos y acebuches, siendo este el punto en que mejor se ofrecen al viajero las escasas palmeras existentes en toda la región visitada. Rodean siempre los marabuts o santuarios marroquíes, al que parecen defender de su abandono con el penacho de sus hojas (fig. 72). Con los acebuches, del lado N. de la ciudad, se asocian los olmos, con otras especies arbustivas espino-

(1) La palabra jaramago, con que se designan algunas crucíferas, recuerda la voz árabe *saramak* con que en el país se las conoce.

sas, como zarzas, rosales, espino-majuelos, espinos (*Prunus*) con otras que entre ellas se entrelazan y llenan en sombra y frescura los senderos (*Vinca*, *Convolvulus*, *Calystegia sepium* R. Br., *Smilax*) (1), pendiendo de los árboles. A su sombra, helechos apeteceadores de la umbría (*Asplenium*, *Scolopendrium*, etc.) Los setos formados por altas cañas, (2) entre las cuales vides silvestres se entrelazan, como fusta ornamentada : entre la trama del va-

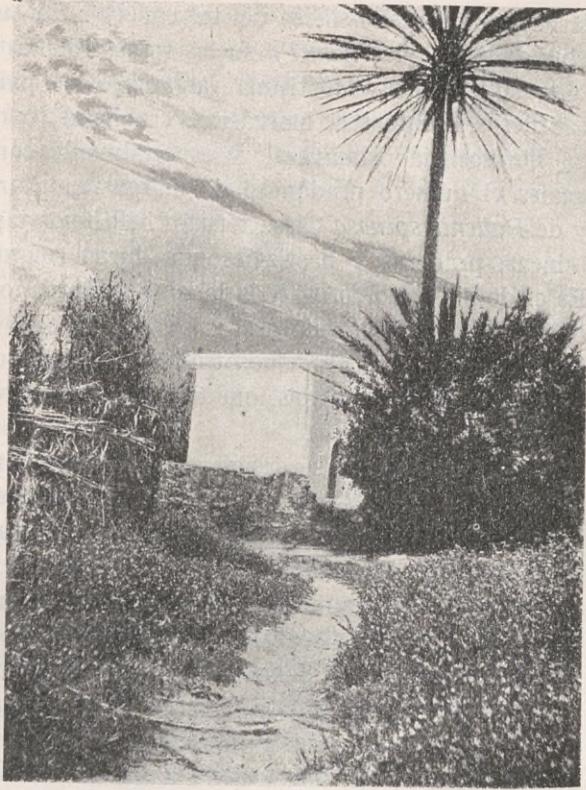


FIG. 72

Un paisaje de Arcila
Un sendero entre sus huertas, con el santuario del Uasani
y la palmera que le protege

llado, los granados en flor parecen manchas de sangre. El foso de las murallas de la Arcila vetusta es otro espeso bosque, de higueras, de ricinos (que alcanzan la talla y el porte de verdaderos árboles), de acebuches vigorosos y de enormes chumberas, entre cuya maraña inextricable ha encontrado asilo, silencioso y solitario, un marabut que irradia, allá en el fondo, rayos de su blancura. (3)

El campo restante es árido, sin árboles, y presenta, en la época que lo visitamos, como fondo de la vegetación de la estepa de gramineas, el palmito asociado con densos rodales del helecho común (*Pteris aquilina* L.), en indicación de su vegetación xerofita y de

- (1) *Smilax aspera* L. var. *mauritanica* Desf.
- (2) Caña, *kseb*.
- (3) El ricino, *ircha*, *kerna*.

la naturaleza areno-silíceo del terreno (1). En sus colinas, son muy abundantes en los *hamri* o suelos rojos, además de los citados (con toda su extensa y fortísima raigambre los palmitos), el lentisco, cantuesos, escabiosas, malváceas, crucíferas, borragináceas, en plena florescencia primaveral, y especialmente compuestas, entre las cuales el número prodigioso de margaritas (*Anthemis*, *Anacyclus*) y de *Pallenis spinosa* Cass., forman bellísimos tapices, y con las gramíneas, praderas y pastizales que duran solamente la primavera. Es el dominio, como en toda la zona atlántica occidental, de la verdadera estepa de gramíneas.

A señalar entre lo por nosotros visto, el bosque de acebuches seculares, refugio de nómadas, que de la margen derecha del Uad Garifa domina el vado del río.

ES SAHEL. — Así se designa la kabila que, más próxima al mar, se extiende entre Arcila y Larache. Los indígenas llaman *sahel* a todo suelo arenoso y en ninguna parte como aquí se halla tan justamente aplicado el nombre, pues que se trata, en su mayor parte, de una extensa duna arenosa, fija en una gran porción y a lo menos con la fertilidad indispensable a la producción vegetal.

El territorio de Es Sahel se ha recorrido en dos partes diferentes : de Arcila a Larache todo a lo largo de la misma costa y más tarde por el interior, ya en sus lindes con la kabila de Beni-Gorfet (Zocos de T'Zelatza de Reisana y del T'Zenin de Sidi el Yamani).

Después de recorrida esta región hasta penetrar en otras kabilas más meridionales y alcanzar el paralelo 35º, se aprecia que al modo que en la zona N. de Andyera, El Hauz de Tetuán, Uad Ras, etc., predominaban entre los árboles y arbustos, los alcornoques y lentiscos, muy especialmente estos últimos, en esta zona occidental atlántica es el acebuche la especie predominante ; el clima favorece su desenvolvimiento, porque la repartición de las lluvias viene a coincidir con sus necesidades fisiológicas. Como el mismo alcornoque, forma manchas residuales de bosque, sino muy extensas, formadas siempre, en compensación, por individuos de enorme talla, aun en las propias llanuras aluviales del río Luccus. Se hacen aquí raras las adelfas y a lo largo del Luccus, especialmente aguas arriba de Alcazarquivir los acebuches son los árboles que forman galería a lo largo de su curso, en contraste con la aridez de las llanuras porque corre.

(1) El *Pteris aquilina* L., planta eminentemente calcífuga, brota exclusivamente en las arenas silíceas y nos ha señalado siempre, como el alcornoque, los suelos cuarzosos.

El camino del mar de Arcila a Larache presenta fuertes contrastes : si en un principio recórrense por él lomas onduladas de tierras rojas (*sahel* rojo) cubiertas del palmito humilde y regulares montañas con valles y hondonadas, en las que crece el lentisco no tan espléndido como en Andyera y Uad Ras, el panorama cambia bruscamente cuando se sale a la playa. Preséntase entonces la costa tersa continua como un tablero hasta el mismo Larache, sin otros accidentes que el cordón litoral de las dunas y más mancha de vegetación que *Ain T'felt* (Fuente de las Adelfas). Es bien cierto que dicha mancha es única en unos 20 kilómetros, y es, además, sobre ello, muy reducida..., pero ¡cuán bella! *Ain T'felt* es un verdadero oasis, pequeña manchita verde, viva y luminosa, en contraste con el arenal en que brota. Tiene un manantial de agua pulquérrima, depurada, en filtración minuciosa, a través de las arenas de la mole de la duna enorme y crecen en su torno adelfas corpulentas, a las que debe su nombre. Son verdaderos árboles, tan robusto y grueso es su tronco, alimentados por la frescura de la fuente y están tan espesas y enmarañadas, que constituyen un verdadero bosque, sin que el sol pueda penetrarle, sombrío, desarrollándose a sus pies otra vegetación que apetece la umbría. Algunas de las adelfas se hallaban ya en flor, con una evidente anticipación de la florescencia respecto de las que hasta entonces habíamos venido viendo, fenómeno que se debía, sin duda alguna, a que las de *Ain T'felt* recibían mayor cantidad de calor por reflexión en las arenas de las dunas que las circundan. Detrás del bosquecillo de las adelfas, en charcas de agua verdosa, plantas de estos lugares : *Sparganium ramosum* Hods, *Carex*, el lirio amarillo (*Iris Pseudo-Acorus* L.) *Lythrum*, etc. (1).

Es inolvidable la extraña originalidad de este paisaje, en el arenal dilatadísimo de la playa, ante el mar añil, el oasis de las adelfas, con el espinoso *Solanum Sodomæum* L. y en su torno peladas dunas, extendidas hacia el interior, algunas de altura superior a 60 metros. Aquí se desenvuelven en algunas de ellas, deteniendo las arenas tornadizas, el citado *Solanum Sodomæum* L. erizada en espinas y en fruto ya ; lentiscos y sabinas (como en las dunas de Ceuta a Ras el Tarf), defendiéndolas de la erosión eólica y formando montículos de líneas suaves. En la playa algunas gramíneas, la *Malcomia littorea*, en el arenal soleado, con otras no menos características de

(1) El junco, *smar* ; el *Sparganium*, *berdi*.

esta estación botánica, siempre de largas y finas raicillas, inmiscuídas entre las arenas, los tallos tendidos y aplicados contra el suelo para defenderse del viento *garbí* que en caso contrario las arrancaría de suelos tan poco consistentes.

Los alrededores de Larache, en una extensión de unos cuantos kilómetros y en consecuencia, ambas orillas del río Luccus, han sido igualmente exploradas. De la Fuente de las Adelfas a la orilla derecha del río mencionado no hay a orillas del mar, sino la duna citada tantas veces, que comienzan a fijar retamas y altramuces (*Lupinus*) a más de otras especies menos comunes, pero interesantes y peculiares.

Mas al interior cesan las arenas, para comenzar, en su lugar, los aluviones del río Luccus, en una sucesión de colinas monótonas en sus terrazas. La vegetación de estas colinas está constituida, casi en su totalidad, por viznagas (1), zaragatonas (*Plantago Psyllium* L., *zargaton* o *zarkatuna* en el país), *Convolvulus tricolor*, palmitos y torviscos. Los árboles y arbustos son acebuches, numerosas higueras silvestres, brotando en la peña, lentiscos y boj. En estos suelos, ardientes y secos, entre los lentiscos, y como expresión del carácter xerofito dominante, el terreno es muy pelado y pobre en especies, no sin que abunden los *Anagallis* (*nonar*, en árabe); los *Echium* (*zorresh*, según los indígenas); las borrajas (2) extraordinariamente frecuentes; alcaciles (*Cynara spinosissima*, Presl.), y la gentil *Erythræa fastuosa*, casi exclusivamente, en cuya lista se echará de ver cómo las especies más dominantes son pelosas o espinosas. No faltan tampoco especies de la tribu de las *Genisteas*, con lo que se confirma, de un lado, el carácter mediterráneo; de otro, la tendencia xerofita.

Hemos cuidado de advertir que en toda la zona española forman setos y vallados las pitas (*sedra*, *sadra*) y las chumberas (*jendi*) en los alrededores de los poblados, sirviéndoles de natural y eficaz defensa, pero quizá no se vean con tanta profusión como en Es Sahel.

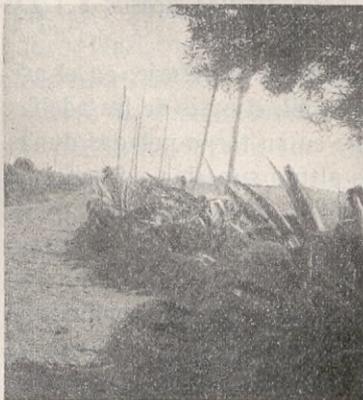


FIG. 73

Las piteras en los caminos. Larache

(1) *Viznaga*, *biznaga* en castellano recordando el nombre de *vistneg* o *bistneg* que se les da en estas kabilas.

(2) La borraja : *lisan at-Tur* (lengua de toro); *harrachya*, *harsa*.

De este modo no sólo se vigoriza el carácter del territorio, sino que por sí ponen de relieve a un tiempo mismo la naturaleza del suelo y del clima, acentuando tan fuertemente su condición xerofita (fig. 73).

La desembocadura del río Luccus, sus últimos meandros, ofrecen, en contraste con la de las colinas que le dominan, una muy peculiar vegetación, propia de suelos salinos, a causa de la mezcla de aguas dulces y saladas, allí en donde se inunda, con las mareas altas y los desbordamientos del río, la planicie aluvial. Extraordinariamente interesante al botánico tal vegetación, tie-

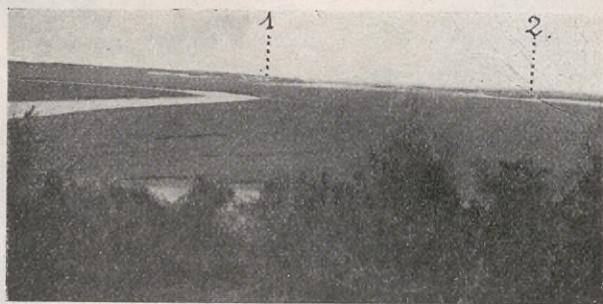


FIG. 74

La planicie aluvial de los últimos meandros del Luccus, contemplada desde Cudia Dahari, cuyos lentiscos están en el primer plano, en contraste con las salinas. 1. Larache; 2. Cordón litoral de dunas de la orilla derecha del río.

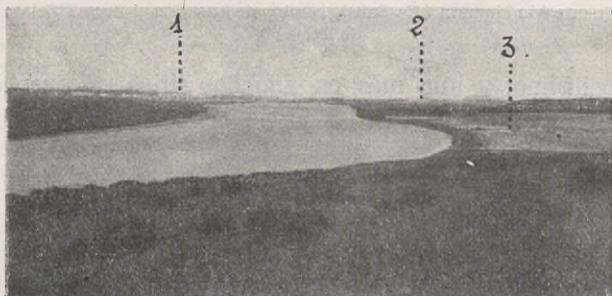


FIG. 75

El último meandro del río Luccus: la planicie aluvial con vegetación de palmitos en el primer plano. 1. Larache; 2. El cordón litoral de dunas; 3. Partes bajas salitrosas, que invaden las mareas, pobladas de *Polygonum*.

ne por sus especies más frecuentes, muchas quenopodiáceas y ciertas especies de *Polygonum*, *Carex*, *Frankenia*, etc. (figs. 74 y 75).

En la parte más interior de esta kabila, pasando por el Zoco T'Zelata de Reisana y el Zoco T'Zenin de Sidi el Yamani (puesto español el más avanzado cuando nosotros visitamos la región), se señalan, entre otros menos interesantes, como los más importantes, dos manchas de bosque: una, de gran extensión, el Monte de Sahel, y otra, reducida, el bosque sagrado del T'Zenin.

El bosque de Sahel tiene, como ningún otro, un franco carácter mediterráneo. Ocupa un inmenso y rojizo arenal y está compuesto especialmente



FIG. 76

Fuente Ain Hamasa (Es Sahel, camino de Larache al Zoco T'Zelata de Reisana)

por alcornoques, (1) de reducida talla y encargados de señalar, a la vez, la naturaleza silíceo del suelo y el manifiesto carácter xerofito de la vegetación que desde un principio hemos puesto de relieve. El bosque es, con todo, tupido y

bellísimo, y aún más en aquellos sitios en que con los árboles se asocia el matorral de las jaras, brillantes y olorosas, lentiscos, retamas, brezos,

como conviene a la flora mediterránea. Cuando, camino al Zoco de T'Zelata, se ha atravesado este bosque, se suceden de nuevo colinas y llanadas áridas, con limitados bosques

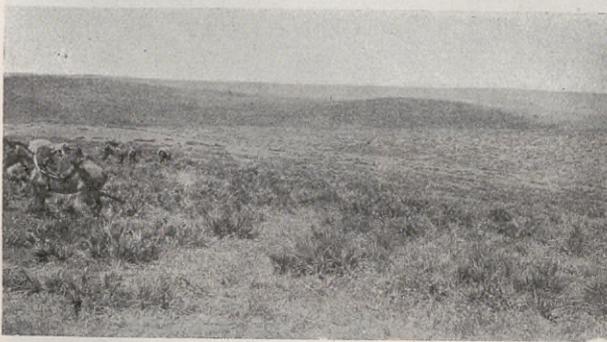


FIG. 77

La terraza al S. del Zoco T'Zelata hasta Alcázar
Matorral de palmitos en la estepa de gramíneas que llena el país

de higueras silvestres y rodales de helechos. No queremos olvidar la hermosa fuente de *Ain Hamasa*, fresca y escondida en el

(1) Alcornoque, *ferchy*; *fernán*. (Salmón, G. «Sur quelques noms de plantes en arabe et en berbère.» *Archiv. maroc.* tomo VIII, pág. 1-99. Paris. 1906).

tupido helechal, gustosa como una promesa, a la sombra de higuera frondosísima, gigante vegetal que baja sus ramas hasta el suelo como defendiéndola del sol (fig. 76). Los palmitos continúan siempre llenando el suelo con su habitual abundancia (figs. 77 y 78); algunos

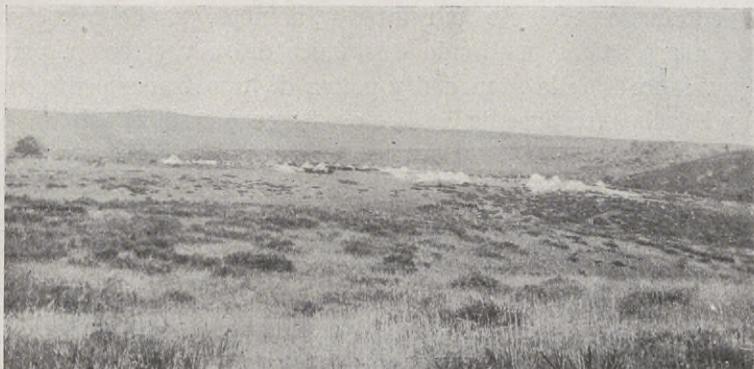


FIG. 78

La terraza al S. E. del Zoco de T'Zelata donde se vé igualmente el país cubierto por la estepa de gramíneas y el matorral de palmitos. En el segundo plano el campamento de Bermúdez de Castro.

acebuches aislados salpican, como notas únicas, las áridas llanuras. Los poblados acostumbran a estar rodeados de chumberas y acebuches, por su mayor decoro (fig. 79), y no lejos, al S. del Zoco de T'Zelata existe un bosque de estos últimos, en el que, sin excepción, cada árbol tenía uno o varios nidos de cigüeñas, llenos de estas aves.

El bosque sagrado del Zoco del T'Zenin (fig. 80) está constituido por frondosos acebuches, y no es muy extenso,



FIG. 79

Duar Rifien, al S. del zoco de T'Zelata con los acebuches que le rodean. Caballos morunos

única mancha de árboles en las peladas colinas. Alberga en su centro el santuario y tumba de Sidi el Yamani, rodeado, conforme con la vieja usanza moruna, de palmitos que, respetados adrede, alcanzan varios metros de altura (fig. 81).

La fronda de una higuera decora y llena en sombras la fuente de que se surte la posición española.

Por lo demás, todo este país interior, arenoso, cuando no presenta tierras negras, tiene por fondo casi único de su vegetación, palmitos (reveladores de la sequedad y palma de tipo francamente xerofito) y helechos (testigos de la silice del terreno) casi exclusivamente. Entre el Zoco del T'Zenin y Arcila no escasean los jarales y fresnedos en los lugares húmedos.

A la manera que en torno a las tumbas y santuarios de venerables se respetan los palmitos y se dejan crecer, las kubbas de los marabuts se señalan por alguna solitaria palmera (*Phœnix dactylifera* L.) que da al viajero una doble sensación de gracia y abandono. De Alcazarquivir a Arcila hemos observado algunas, muy pocas, contra los prejuicios que puedan tenerse en la Península acerca de la abundancia de esta especie. Debe desterrarse para siempre la idea equivocada de que son abundantes las palmeras de dátiles en nuestra zona ; su fruto es francamente pésimo y se necesita ir muy al S. del Imperio marroquí (Tafilete, oasis del Draa, etc.), o al Sahara argelino, para encontrar dátiles comestibles.

Apenas si hemos visto unas docenas de palmeras en toda la expedición : algunas quedan desperdigadas, en las llanuras dilatadas de Jahz Raiban, entre T'Zelatza y T'Zenin, destacando en la aridez.

EL JOLOT. — Marchando de Larache en dirección a Alcazarquivir, lo primero que en un principio se atraviesa es la duna fija (llega hasta más allá del paralelo 35°) en que Larache está enclavado, dejando a la izquierda sus bellísimas huertas, con cercas de pitas y chumberas. Se descende después a las dilatadas terrazas aluviales del Luccus, formando una colosal planicie (recubriendo el plioceno infrayacente) de más de 30 kilómetros de extensión, enteramente plana, sin un relieve, lo que permite ver desde bien lejos el Yebel Sársar, cono puntiagudo al S. de Alcazarquivir y ya perteneciente a la zona francesa.

Las monótonas llanuras del Luccus quedan todas ellas cubiertas por la vegetación de la estepa de gramíneas, alta y herbosa. La flora es pobre, pero la vegetación, en la época primaveral en que la recorrimos, es de una esplendidez sin igual, que recuerda Andalucía ;

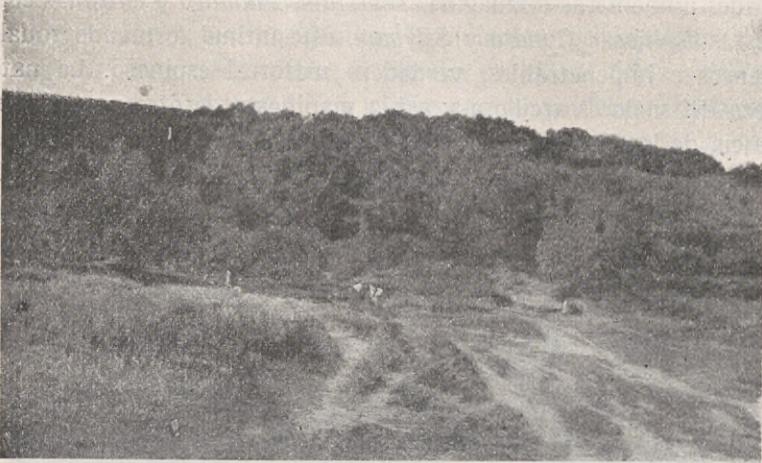


FIG. 80

El bosquecillo sagrado de acebuches del Zoco del T'Zenin (Es Sahel)
desde el S. del destacamento español

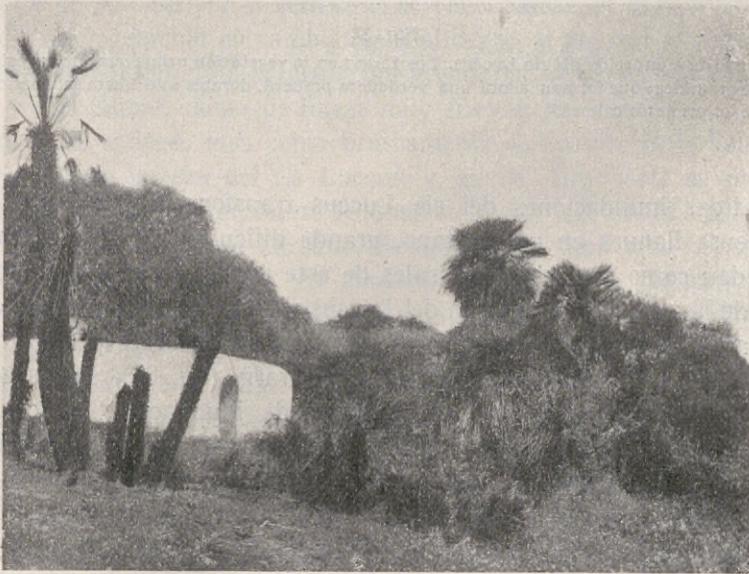


FIG. 81

Palmitos que rodean el santuario y tumba de Sidi el Yamani
en el Zoco del T'Zenin (Es Sahel). Al fondo acebuches

compónenla malváceas, convolvuláceas (*Convolvulus althæoides* L.), grandes umbelíferas (viznagas), *Teucrium*, *Plantago* y entre las compuestas espinosas *Cynara* y *Silybum*, este último formando rodales extensos e impenetrables, verdadero matorral espinoso. La naturaleza del suelo es arcillosa y así lo manifiesta de otra parte la frecuencia de los *Scolymus* (*cardillo* en castellano y *guruim* en árabe), como la de los jaramagos (*saramak*, *bujamú*), y explica el que las



FIG. 82

Llanuras de inundación del río Luccus. Los tarays en la vegetación primaveral de la estepa de gramíneas que forman ahora una verdadera pradera, durable sólo hasta la aparición de los primeros calores.

repetidas inundaciones del río Luccus transformen fácilmente la inmensa llanura en un pantano, grande dificultad de los cultivos. Quedan como residuos testificales de este régimen pantanoso, dentro de la zona de inundación del Luccus y después que las aguas del río recobraron su cauce, lagunas más o menos grandes y dilatados y peligrosos barrizales. La adjunta fotografía (fig. 82), en las cercanías de unos lagunajos de la zona de inundación, ofrece un bosquecillo de corpulentos tarays (*Tamarix*), (1) con la vegetación herbácea primaveral de la estepa de gramíneas, en ocasión de su más espléndido florecimiento, con flores de todos colores.

No sorprende que los alrededores de la propia Alcazarquivir presenten igual vegetación, herbácea y arbórea, repitiéndose las frecuentes praderas de *Echium*, de tonalidad violeta, con otras borra-

(1) Taray, *atil*, *takant*.

gináceas; de *Convolvulus tricolor*, de tono azul; de malváceas, de rosados tintes y de *Anacyclus*, *Anthemis*, *Pallenis spinosa*, *Silybum marianum* Gœrtn., con multitud de leguminosas (principalmente Genisteas), siendo abundantísima la popular orejita de liebre (*Scorpiurus*), lo que acentúa la analogía con los campos andaluces durante la primavera, aquí muy marcada y precisa. La esplendidez lujuriosa de la vegetación, la vivacidad del colorido, son pruebas patentes de la feracidad del suelo en consorcio con el clima de la estación, favorable a este desenvolvimiento prodigioso.

Las chumberas (tiene fama la bondad de los higos chumbos), alineadas en setos, se decoran de *Vinca* y *Bryonia dioica* Jacq (nueza blanca), cuando no de *Tamus communis* L. (nueza negra). Bosquecillos de higueras destacan en la llanura misma, si no es en las faldas de las colinas, reemplazados en otras partes por verdaderos bosques de acebuches gigantes, en cuyas copas millares de blancas garzas establecen sus nidos.

Dentro de la región del Luccus hemos verificado varias excursiones, en la kabila que reseñamos, en la de Ahl Serif y en la de Mezmuda (hemos rebasado el paralelo 35° unos 15 kilómetros). Las más interesantes han sido las del santuario de Sidi Mbarec, de la kabila de Ahl Serif y la verificada al Yebel Sársar, de la kabila francesa. La vegetación no cambia esencialmente, y es, con el repetido monte bajo de palmitos, la misma que invade por entero toda la Yebala.

Yebel Sársar, domo de líneas muy suaves, no es superior a 680 metros de altitud, mas como bruscamente se levanta en la llanura de la cuenca inferior del río Luccus y es de otra parte su único accidente de importancia, se le observa como una masa ingente, incluso desde el propio Larache. Es interesante subir a su cumbre: desde allí se contemplan, en dilatado panorama, las llanuras del Luccus al N. y las no menos extensas y fertilísimas del Uad Sebú al S. y con ellas todo el Garb, que se halla fuera de nuestra zona. Yebel Sársar está vestido de espeso matorral hasta su cúspide misma, formado por lentiscos altos y prietos, majuelos (*Crataegus monogyna*) y boj, entre el que se intercalan algunos acebuches y algarrobos. La vegetación herbácea formada casi exclusivamente por *Anagallis* y *Myosotis*.

Dentro de la propia kabila de El Jolot que nos está principalmente ocupando, visitamos la zona del Uad Mehazen, de mayor interés, desde el punto de vista de la agricultura, por lo que debe quedarse para el capítulo V.

Debemos decir, sin embargo, que aun cuando fundamentalmente la vegetación sea la misma existente en estas llanuras del Luccus, hemos observado algunas importantes diferencias. En primer lugar, la zona del Uad Mehazen carece de árboles y su matorral, en el que las jaras faltan de una manera absoluta y en el que se presentan algunos lentiscos, está constituido casi exclusivamente por el sauzgatillo común, *Vitex Agnus-castus* L. (*aloch*, en árabe), la verbenácea arbustiva, que forma masas sociales, cuya hoja caduca, palmatífida, es tan ornamental. Constituye matorral no muy denso, pero ocupa grandes extensiones.

La estepa herbosa de gramíneas, extendida por la dilatada llanura aluvial, se cubre, principalmente, de gramíneas, plantagináceas, leguminosas (*Melilotus*, *Medicago*, *Trifolium*, este último llamado *ufila* en el país); borragináceas (*Borrago*, *Anchusa*, *Echium*), crucíferas (rabanizas o *Diplotaxis erucoides* D. C., *Rapistrum*, etc.),

lvas, compuestas (*Barkhansia*, *Silybum marianum*, estos últimos alcanzando en muchos puntos 3 metros de altura y constituyendo espesuras impenetrables).

No hay más mancha de arbolado que la Huerta del Sultán (figura 83), entregada al abandono.

JOLOT Y TILIG. — La kabila de este nombre ha sido recorrida con la necesaria detención.

Aquí se observan, como en ningún otro sitio, las frecuentes manchas residuales de bosque a que en el curso de estas líneas hemos venido haciendo referencia. Son varias las manchas, más o menos extensas, que restan en la kabila, pero las importantes son las tres que han dejado en su centro el arenal de la Huámara: una situada a su N. E. (Monte de los Alemanes); otra, al N. W. (*Gaba el Araish* o Monte de Larache), y otra, a su S. W., que corta el paralelo 35°. El Monte de los Alemanes, que es forzoso atravesar para marchar de Alcazarquivir a la Huámara, está compuesto de alcornoques pequeños, jaras, brezos, helechos, grandes umbelíferas y la esbelta *Erythræa fastuosa* Cab., bellissimo, surgiendo en un seco arenal e idéntico al ya mencionado de Es Sahel: la naturaleza silíceo-arenosa queda de relieve con la simple enumeración de estas especies, calcifugas en su mayor parte.

Dicha vegetación, tan claramente mediterránea, se repite con los mismos caracteres y la propia asociación en el bosque del S. W. de la mencionada posición española de la Huámara, pues toda la región no es entera, sino una duna inmensa, fija o muerta, arenoso-

silíceas, sin una sola piedra, que se extiende paralela al mar y tiene, en muchos lugares, anchuras superiores a 20 kilómetros. Son suaves y onduladas las formas de su relieve, amarillento-rojizo el tono de sus arenas y brotan en ella multitud de especies vegetales, rastreras, de raíces profundas y extendidas ampliamente en todos sentidos,



FIG. 83

La Huerta del Sultán, a orillas del Uad el Mehazen (El Jolot)
Al fondo los moros del aduar de Ulad Ben Said, sentados junto a la tapia

buscando defensa a los vientos y a lo inconsistente de su suelo movedizo. Vegetación especial de duna que, entre muchas especies características, se adorna con numerosos *Delphinium* (*aisar*, en lengua árabe).

Las repetidas manchas de bosque a que se viene aludiendo no tienen otra significación que la de representar otros tantos residuos de un bosque continuo que, con anterioridad, ha debido cubrir toda la región occidental, pero que el hombre ha ido descuajando en los lugares hoy quedados al descubierto, ya para la explotación agrícola de la tierra, ya en un desatentado aprovechamiento del bosque mismo. Así el todavía hermosísimo de *Gaba el Araish*, formado en su mayor parte por acebuches, cuando no, como sucede en *Ain*

Schuk (Fuente de los Pinchos o de los Espárragos), por pequeños alcornocos, sanos y vigorosos, asociados con jaras y palmitos.

De la Huámara otra vez a Larache, cruzando las kabilas de Jolot y Tilig y El Jolot, siempre el mismo paisaje vegetal; en la extensa duna helechos y palmitos, en constante asociación con idénticas compuestas (*Anthemis*, *Anacyclus*), gramíneas (*Avena*, principalmente), y crucíferas (*Malcomia littorea* L.)

Se encuentra al S. de Larache, a unos 4 kilómetros de la ciudad, una pequeña laguna llamada *El Gadira*, pequeña cuenca pantanosa cerrada, como de unos 4 kilómetros de longitud, última laguna septentrional de las muchas que, como un rosario, se escalonan a lo largo del litoral, muy próximas al mar y con su eje mayor siempre paralelo a la costa. Cubierta de agua en el momento de nuestra visita, se podían recoger abundantes lirios amarillos (*Iris Pseudo-Acorus* L.), *Carex* y *Sparganium ramosum* Hods. Su fondo era arcilloso, en gran parte tierras negras depositadas sobre las arenas silíceas de la duna litoral.

Si como resumen queremos dar en unas cuantas líneas una idea del aspecto general de la vegetación de nuestra zona, con los datos anteriores, será mejor, en aras de la claridad, que nos refiramos a la asociación vegetal. La asociación vegetal representa siempre una verdadera unidad biológica, antes atenta a la fisiología que a la sistemática, aquí muy laxa en su rigor; las plantas que la integran presentan los mismos rasgos fisonómicos y sintetizan y expresan las estrechas relaciones que ligan la vegetación con el clima y el suelo.

Tres formaciones vegetales se reparten el territorio de la zona:

- a) El bosque.
- b) El matorral.
- c) La estepa o llanura de gramíneas.

Guardando su necesaria autonomía, las tres conviven juntas. En los sitios en que no quedan del bosque primitivo sino algunos residuos, las gramíneas y el matorral se reparten hoy los lugares que antes ocupaban los árboles.

a) EL BOSQUE. — La asociación vegetal de este nombre de la zona española en Marruecos pertenece al grupo de los *bosques subtropicales secos de árboles con hojas persistentes* (laureles, acebuches, etc.), los que se defienden de la sequía por los medios ya expuestos y entre los cuales el más característico del dominio mediterráneo es el olivo o acebuche. Se asocian con estas especies otros

árboles, que, al llegar el frío, se quedan sin hojas (nogal, morera, higuera, etc.)

Las formaciones siguientes de matorral se asocian y ligan con el bosque, aunque cubren siempre extensiones mucho más considerables.

b) EL MATORRAL. — Como perteneciente la zona a un clima subtropical, la formación vegetal más característica y de mayores desenvolvimiento y extensión es, por excelencia, el matorral. Muy complejo, está constituido por matas leñosas y arbustos, casi árboles, modificados todos, en forma adecuada, para adaptarse a la sequía del período estival. Aun cuando especies pertenecientes a muy diferentes familias, se asocian formando masas y rodales en cuanto tienen de común una misma necesidad fisiológica. Aquí las plantas de hojas reducidas (brezos, retamas, sabinas), pudiendo llegar en su reducción hasta su supresión o conversión en espinas (higuera chumba). Las labiadas leñosas componentes del matorral, de hojas largas y de bordes replegados, testificando su tendencia xerofita (romero, tomillo, cantueso, etc.)

Mas de todas las formas ninguna tan característica como el palmito, única palma enana en el mundo y único representante indígena de la extensa familia de las palmas, esencialmente tropical. Dentro de la tribu de las Corifineas es una especie propia del dominio mediterráneo, y como todas las a ella pertenecientes, de las escasas palmas que, lejos de buscar la humedad, gusta de las regiones subtropicales, con una estación seca. Andalucía Baja y el N. de Africa son los lugares de la región mediterránea en que más abunda el palmito por responder mejor a este dominio que la palmera de dátiles. La ligazón existente entre el palmito y el clima (y aun el suelo) es muy estrecha, pero adviértase que son más razones de sequía que de temperatura las que le hacen tan abundante. Lo mismo ocurre con la pita y la higuera chumba (siempre sin olvidar el origen americano de éstas y la condición indígena del palmito).

Excepcionalmente el palmito está a veces provisto de un tronco (tumba de Sidi el Yamani, fig. 81). Los palmitos son enanos, surgiendo sus hojas a ras del suelo, por lo general, cuando forman masas sociales, en extensiones considerables, dando marcada fisonomía al país y al matorral. Llena por entero en un rodal no interrumpido el territorio de nuestra zona.

c) ESTEPAS DE GRAMÍNEAS. — Con las asociaciones anteriores se asocia una tercera : la llamada, en Geografía botánica, estepa de gramíneas.

Fundamentalmente la componen gramíneas y monocotiledóneas bulbosas, inmiscuidas a veces entre matorrales de matas y arbustos secos.

Las gramíneas, mezcladas, presentan especies de la zona templada boreal (*Avena*, *Hordeum*, *Festuca*, etc.), con otras que son más francamente de la región subtropical (*Panicum*, *Setaria*, *Andropogon*).

El tapiz vegetal de estas estepas de gramíneas, discontinuo, a diferencia de las verdaderas praderas, se compone también de otras especies de muy distinta significación y origen : de tamaño muy variable, unas son espinosas, otras pelosas (borrajas, hierbas viboreras, por ejemplo).

Muchas bulbosas (gamones, ajos, *tum* en la lengua del país), se asocian con ellas y viven en compañía de grandes umbelíferas (*Angelica*, *Ammi*).

Esta vegetación es muy precoz ; no dura, de otra parte, más que la primavera, dulce y húmeda, desecándose con la presencia de los primeros calores. A punto de terminarse el invierno, brotan las flores de multitud de vegetales bulbosos (narcisos, *Scilla*, orquídeas, etc.) Más tarde, en franco período primaveral, se asocian con las vivaces multitud de plantas anuales (crucíferas, leguminosas, compuestas, umbelíferas, etc.); es el período vivo de la estepa de gramíneas, durante el cual se convierte en una rica región de pastos. Bueno es que se advierta la fugacidad de esta vegetación primaveral ; los pastos cesan cuando llegan el período del calor y la sequía estival.

Los tarays, en la franja de inundación del *Luccus*, desempeñan, en medio de estas llanuras de vegetación primaveral, papel muy interesante (Fig. 82).

En la estepa de gramíneas se señala la presencia de verdaderas plantas esteparias, crasas, muy características, con hojas carnosas que arrancan del suelo sin que el tallo se haga visible (pita) o de hojas convertidas en espinas insertas en los cladodios (palas) aplastados y articulados del tallo (higuera chumba) brotando en caminos y taludes. La falta de árboles contribuye a acentuar el carácter desolado.

En conclusión, hay en nuestra zona árboles, arbustos y matas leñosas de hojas persistentes. Las condiciones geográficas (sequía estival) determinan la presencia de plantas carnosas, espinosas o afilas (en su defensa xerofita). Se asocian con ellas las plantas herbá-

ceas (vivaces o anuales) entre las que las gramíneas son las más características. El verano agosta estas últimas. Lo característico en nuestra zona, como incluida en la flora mediterránea es la presencia del matorral. No lo es menos la persistencia de las hojas, ya en especies del matorral (brezos, jaras, palmitos, tomillos, lentiscos, torviscos) ya en los árboles del bosque (acebuche, madroño, alcornoque, laurel, adelfa, etc.). El follaje verde y perenne, la textura rígida, dura, de las hojas que son brillantes y como barnizadas en su cara superior (laurel, acebuche, naranjo, alcornoque, algarrobo, adelfa, etc.), sus tonos de un verde oscuro (acebuche, adelfa, coscoja, etc.) añaden un nuevo carácter que debe ser tenido en consideración.

Estudios posteriores descubrirán seguramente algunas especies de la flora desértica en mezcla con la de nuestra zona, eminentemente mediterránea. Crítica posición geográfica que añadirá nuevo interés al estudio de esta vegetación marroquí.

V

LA AGRICULTURA

Se ha establecido que la vegetación imprime al país (condicionado por la situación geográfica y el clima, función a su vez de ella) una fisonomía mediterránea manifiesta. En corroboración de este mismo carácter, la agricultura presenta en el territorio por sus especies arbóreas más típicas la higuera, siempre vigorosa; el almendro; el naranjo; el granado y el olivo (silvestre y no cultivado en nuestra zona) frutales propios de la región mediterránea (1).

Las higueras chumbas y las pitas, que forman setos y vallados en todos los poblados, como en el extremo S. y región S. E. de España, acentúan de modo manifiesto la semejanza con los paisajes andaluces.

Concedemos a este capítulo la importancia que le es debida. Si se quiere que la explotación inteligente de la zona sometida al in-

(1) La higuera (*Sedxar, xirxar*); el naranjo (el árbol se llama *aturundx; turundj*, de donde nuestro nombre de toronja o atoronja y el fruto *narendj* (de aquí naranja) en árabe, y *zenbú* en bereber, reservando la voz *letchina* para la dulce y *letchina dak* para la mandarina de Tánger; el granado (*Rumman, rumi* y *xullar* la flor). Un olivar o acebuchal se dice *yenan d'zeitun*; un conjunto de higueras, *yenan de xedxar*; el de granados, *yenan d'romman*.

flujo de nuestra civilización, compense, en parte al menos, el sacrificio impuesto al país, debemos pensar en cultivar adecuadamente el territorio.

Hemos creído conveniente, con ventajas de la claridad, dividir este capítulo en dos grandes partes. En la primera, señalamos el resultado de nuestros viajes y estudios acerca de los suelos y del estado actual de la agricultura marroquí, tal como se encuentra en manos de los indígenas. En la segunda, nos permitimos mostrar a la consideración de nuestro país, el porvenir agrícola que puede alcanzar la zona española en Marruecos, adaptando al país la agricultura razonada que proponemos, indicando finalmente el régimen agrario a que debe quedar sometido el territorio.

A. ESTADO ACTUAL DE LA AGRICULTURA MARROQUÍ

Si el conocimiento de los cultivos y costumbres rurales indígenas ofrece un interés sobresaliente, no es menos primordial el conocimiento de los suelos, hoy que se discute con tanto calor la cuestión del origen y significación agrogeológica de los *tirz* o tierras negras, abundantes en la porción atlántica de nuestra zona y de las más fértiles del Globo.

1. Tierras o suelos laborables

El conocimiento de los suelos o tierras del Africa española debe preceder a todo estudio agrícola. Tenemos en la zona tierras muy pobres y también otras tierras en extensión considerable, de las más feraces del mundo.

No habiendo recorrido las del Rif, tenemos que limitarnos en este estudio únicamente a las tierras de la Yebala, ya en la porción mediterránea (Ceuta, Tetuán) ya en la parte atlántica (Arcila, Larrache, Alcazarquivir) incluso hasta el propio paralelo 35° en donde termina nuestra zona.

La zona de Ceuta y su campo exterior, sin serlo en modo exagerado, es de lo más pobre del territorio. Le sigue en importancia la campiña de Tetuán, en donde las tierras son buenas y fértiles, especialmente del lado de Wad Ras. Son, por último, de extraordinaria feracidad la mayor parte de los suelos laborables de la zona atlántica occidental comprendida entre Arcila y Alcazarquivir, señalada-

mente en el valle bajo del *Luccus* que, por fortuna, se logró quedase incorporado a nuestro protectorado. Advirtamos, sirviendo a la verdad, que las huertas celebérrimas de Tetuán ocupan menor extensión que lo que imaginan quienes no las han visto.

REGIÓN MEDITERRÁNEA (CEUTA, TETUÁN).—Las necesidades militares de Ceuta y de su campo exterior han limitado mucho los terrenos de cultivo que son, de otra parte, de muy escaso valor, cuando no malos. Los del Hacho y el istmo, dado que proceden de la descomposición de su gneiss constituyente, son silíceos, explicación de su pobreza. No hay además en todo él sino unas minúsculas huertecillas, allá en el fondo de sus angostos barrancos, de que debemos prescindir. La circunstancia de que el Monte Hacho es una plaza fuerte en la que queda prohibido el tránsito al elemento civil, reduce a condición precaria al colono o colonos dueños de los insignificantes huertos. Hay en el Hacho un pinar pequeño, plantado en 1750, pero cuyos árboles presentan escasa prosperidad.

Las tierras del llamado Campo exterior, esto es, de la parte occidental de la plaza, se deben a la alteración mecánica y química, de materiales paleozoicos (pizarras y areniscas casi exclusivamente) y han dado suelos igualmente silíceos, de tonos rojizos y de productividad muy relativa. Con todo, se cultivan cereales (los suelos son sílico-arcillosos) y no escasean plantaciones de vid (*yanan dalia*). Estos campos de cultivo, se encuentran hoy, por azares de sus mañas usurarias, en manos de los hebreos en su mayor parte, pero se hallan mal cultivados, pues no siendo el judío hombre rural, sino urbano, lo da en arrendamiento, régimen de explotación muy perjudicial al cultivo.

Aun cuando no mucho, estas tierras son más arcillosas (por alteración de las pizarras primarias) que las del Hacho, ricas en hierro, pobres en nitrógeno y ácido fosfórico.

La región montañosa de Andyera ofrece escasos terrenos cultivables, como sucede en zonas tan accidentadas; la riqueza forestal y la ganadera puede decirse que es aquí la única. Se cultiva mucho el fondo de los valles, cuyos suelos, diluviales o aluviales, formados de elementos más divididos, más ponderados y humíferos, presentan una mayor fertilidad.

Pueden servir de tipo a esta clase de tierras, los suelos enclavados en los aluviones recientes y feraces de los ríos que, en el camino a Tetuán por la costa, van desembocando sucesivamente en el mar (Fenidak o valle de los Castillejos, Negro, etc.). Los materiales ac-

tuales limonosos que constituyen los terrenos en el fondo del extenso valle de Río Negro, dominado por las alturas de Monte Negrón, dan lugar a una fértil vega de tierras excelentes y ricas, fuertes, profundas y de tonos muy oscuros ; así son de altas y espesas las hierbas de sus pastos y de espléndidos sus cultivos de leguminosas y cereal. (Se cultivan habas, almortas, guisantes, cebadas, trigos *raspinegros*, pero todavía podría extenderse y ser más intenso el cultivo). Es a la riqueza en materia orgánica de estos limos, a la adecuada proporcionalidad relativa de sus elementos componentes, a lo que se debe el prodigio.

Pasado el Río Negro y siempre en dirección al S., todo Yebel Zemzem, así como en gran extensión las tierras situadas en su proximidad o en relación con esta altura, son silíceas ; la arkosa constituyente no da de sí, al descomponerse, otra suerte de suelos. Las arenas silíceas de estos terrenos son muy permeables y de escasa higroscopicidad. Así la vegetación, reflejo evidente de la naturaleza del terreno y de la sequedad del clima (y en ninguna parte es tan evidente el influjo del suelo silíceo como en la formación xerofita) acentúa su tendencia xerófila y brotan en él pitas, chumberas y alcornosques (véase IV, pág. 172), las primeras poniendo de manifiesto su extrema sequedad, los últimos descubriendo su naturaleza mineralógica. Los alcornosques de Yebel Zemzem y de Monte Negrón que crecen muy próximos quedan, por razones de su propia vecindad, muy pequeñitos, imposibilitados de adquirir su natural corpulencia.

Advirtamos de una vez para siempre que, excepto en la parte más montañosa de Andyera, el país es todo él pobre en aguas, paupérrimo en el estiaje, en contra de cuanto puedan asegurar personas de miras interesadas o ignorantes sobre el asunto. Se sirve a la patria con la verdad. Especialmente en la parte atlántica, ríos señalados en los mapas con gruesos trazos se pueden atravesar a pie o a caballo sin riesgo alguno (véase II, DIARIO) ; algunos no son sino arroyos míseros que en el verano se secan por completo.

La cuenca de Río Martín, región de Tetuán y sus contornos, es sumamente fértil. Si se camina en dirección al Mar Mediterráneo la llanura de la vega del Martín, de cada vez se hace más plana y uniforme ; en ella desenvuelve el Martín sus últimos meandros, orlados en ciertos puntos de fresnos y tarays, en indicación de sus fangos.

El terreno es sumamente arcilloso y esta condición litológica (que se demuestra en sus barros y en las grandes placas poligonales

en que se hiende durante el tiempo seco), junto a su falta de desnivel, explica la facilidad con que la llanura se encharca. La proximidad del mar acentúa este régimen; por todas partes brotan juncos y litráceas, especies acusadoras de su humedad persistente, y salsoláceas, prueba que evidencia su condición salina. Los aluviones de Río Martín que cubren en la llanura al plioceno sobre que descansan se van tornando tanto más áridos y esteparios, incluso en el sentido estricto de la palabra, por motivos de su salinidad, cuanto más cercanos del mar.

Si en sentido inverso marchamos hacia el W., remontando el curso del Martín, las siembras de cereales (trigo, cebada), van presentando cada vez mejor aspecto, por mejorar la condición de las tierras. Sin haber perdido su condición de aluviales, los más fértiles, por sí mismos, por su espesor, por su exposición favorable, son los llanos de Río Martín, de Tetuán hacia Uad Ras. En ellos, el olivo especialmente, ya en las tierras, de excelentes condiciones físicas, de la llanura misma, ya en las de las colinas circundantes, llenas de sol, brindará colosales rendimientos.

REGIÓN ATLÁNTICA (ARCILA, LARACHE, ALCAZARQUIVIR). — Las zonas de Ceuta y de Tetuán no llegan ni con mucho, en la riqueza de sus suelos, a esta zona atlántica tendida de Tánger al paralelo 35°. Pero habiendo sido excluidos Tánger, con extenso hinterland, de nuestros dominios, nos ocuparemos únicamente de la región comprendida entre Arcila y Alcazarquivir.

Los moros dan a las tierras los nombres siguientes: *ad-dahs* o tierras arcillosas; *at-tuars*, en singular *tirz* (tierras arcillosas de color negro); *ar-sahel* (tierra arenosa) *al-hamri* (tierra roja, arenoso-caliza); *bu-biad* (tierra margosa) y *al-mahaxhax* (tierras pedregosas). De todos ellos los que más nos interesan son: los sahel, los hamri, los ad-dahs o suelos arcillosos de los aluviones del vetusto Luccus y los tirzs o tuares que designaremos indistintamente con el nombre de *tierras negras*. Por una multitud de circunstancias son estos últimos los más interesantes.

En realidad, en una clasificación natural, podríamos dividir todas las tierras laborables de la cuenca del Luccus en dos grandes clases: las tierras arenosas, ligeras (entre las cuales podemos incluir los *sahel* y los *hamri*), y los *tirzs* o *tierras arcillosas*, fuertes y tenaces. Los sahel, próximos al mar, son silíceos, constituídos en gran parte por arenas de dunas, señalando la zona del alcornoque, en tanto que los hamri, de tonos rojos, teñidos por óxidos de hierro, son menos

silíceos, bastante calizos en ocasiones y en consecuencia más compactos, aunque fríos (Arcila). Los tirzs son suelos arcillosos (la fuerte proporción en que entra este elemento esencial en la tierra suele dificultar un poco las labores de cultivo): fuertes, tenaces, son siempre de primera, de sorprendente fertilidad. Esperamos que en manos de europeos darán enormes cosechas de cereales.

Los sahel (recuérdese que una kabila litoral se llama también Es Sahel), tierras arenosas, de naturaleza silíceo-caliza, proceden de arenas de los médanos, mezcladas con detritus de conchas, marinas y terrestres (suelos de la Huámara junto al paralelo 35°; de *Gaba el Araisch* o Monte de Larache; faja costera entre Arcila y Larache). Los alcornoques que les cubren, son la mejor expresión de su condición silícea (bosque de alcornoques de Es Sahel, entre Larache y Zoco de T'Zelatza; Monte de los Alemanes, junto a la Huámara; *Gaba el Araisch*, cercano a Larache, etc.). Ciertos sahel pueden resultar igualmente de la disgregación mecánica de ciertas areniscas poco coherentes (arkosa de Yebel Zemzem en la región mediterránea, también con alcornoques) pues que su naturaleza es la misma aun cuando su origen sea distinto.

La facultad retentiva que para el calor ofrecen los materiales silíceos queda neutralizada con el clima fresco, moderadamente húmedo de esta faja litoral atlántica. De otro lado, descansando los sahel sobre terrenos más coherentes, la humedad del subsuelo mantiene la frescura y riqueza del suelo activo laborable. En toda la duna, de Larache hasta nuestros límites con el Marruecos francés, la humedad queda retenida al contacto de las arenas modernas con las antiguas pliocenas consolidadas; precisamente en este plano de contacto afloran las fuentes de la playa de Larache (1).

Los *hamri* (*hamra*, *hamri*, roja) o *tierras rojas*, de ordinario más fértiles que los sahel, a causa de su riqueza en ácido fosfórico y materias húmicas, consisten en arenas más o menos arcillosas, de bermejo color. Si la proporción de arcilla se hace muy considerable las tierras pueden llegar a ser tan fuertes que se encharquen con las lluvias y se agrieten y endurezcan durante las sequías. En Arcila son verdaderos sahel rojos, de tonos sumamente vivos; secos en cuanto cesan las lluvias, quedan invadidos por la vegetación espontánea

(1) Para Gentil que ha atravesado el Garbía, en un viaje de Tánger a Arcila, las areniscas arcilloarenosas extendidas a lo largo de la costa, son pliocenas, según documentos paleontológicos. Descansan sobre arcillas, también pliocenas o sobre areniscas y arcillas pizarrosas eocenas. (La Mission Louis Gentil au Maroc, 1908. II. La Chaouia et le Maroc septentrional. *Bull. Com. de l'Afrique franç.* 1909. págs. 65-75).

de mostazas, malvas y *Anacyclus*. No hay tiz alguno, al menos en la parte por nosotros explorada. Pobres en humus, son siempre el resultado y la expresión directa del clima subtropical (lluvias de invierno y verano seco y cálido) propios del dominio mediterráneo y nueva prueba de que las tierras negras no son hijas del clima actual, sino de un régimen geográfico anterior; de otro modo no se concibe su actual coexistencia. Los suelos rojos son la consecuencia del presente; las tierras negras reliquia testigo de un régimen geográfico pasado.

Los aluviones arcillosos se extienden por considerable extensión en todo el valle y planicie del Luccus, la cual sería mucho más productiva si no estuviese sujeta a las inundaciones del río. Las tierras laborables son preponderantemente arcillosas, tenaces, de muy escasa permeabilidad a causa de la fuerte proporción en que interviene en su composición la arcilla coloidal y de la falta de desnivel que favorezca el desagüe. Las lluvias más insignificantes y los frecuentes desbordamientos del Luccus en la estación lluviosa, las inundan y encharcan con facilidad, en perjuicio evidente del cultivo a quien se substraen enormes extensiones de aluviones y limos fertilísimos que quedan entregados al dominio de tifáceas y ciperáceas y vegetación general a todo lugar encharcado. Este régimen geográfico acaba por producir, pero a muy largo plazo, suelos de origen pantanoso, bastante cargados de materiales mantillosos, verdaderos limos, ricos en substancias nitrogenadas y fosfatadas. El verano es, por el contrario, la estación de la mínima precipitación atmosférica; el terreno se seca, se contrae, se agrieta y resquebraja fuertemente, endureciéndose hasta su máximo con grave quebranto de las raíces que quedan al descubierto y se desecan o bien se desgarran por contracción de la tierra.

A pesar de que en la época de las lluvias la zona de inundación del Luccus se convierte en una laguna por los desbordamientos del río, abundan los árboles (acebuches señaladamente) de desarrollo excepcional, sobre todo en las márgenes del río. Este desenvolvimiento y el que alcanzan los cereales (la altura de sus cañas cubren un hombre a caballo), enorme talla, bastan a indicar, con todo, la riqueza de los aluviones cuaternarios y actuales del valle del Luccus.

Se han dejado intencionadamente para lo último los llamados *tirzs* (1) o *tierras negras* que aventajan a todas las demás en riqueza y fertilidad. La fama de su fecundidad es ya tradicional y se las ho-

(1) La voz árabe *tirz* y *at-tuare*s, en plural, no alude al color negro de la tierra, sino que significa tierra fuerte, tenaz, eminentemente arcillosa.



móloga en este respecto, y aun en otros, con los celebérrimos *ther-noziom* (también *tierra negra*) de universal renombre a que debe la Rusia meridional el apelativo de granero de Europa con que todo el mundo la conoce ; ambas son tenidas en el Globo por verdaderos prodigios de inagotable fertilidad. Hablaremos de ellas con particular interés ya que, por su merced, se convierte parte de nuestra región en una de las más ricas del mundo entero.

Caracteriza a los tirzs de nuestra zona, entre sus principales propiedades físicoagrológicas, sin pérdida de su condición arcillosa, gozar de tan justa y equilibrada ponderación en sus elementos que no ofrecen demasiada cohesión y mantienen entre sus partículas, la adecuada y necesaria humedad. La ponderación conveniente, de consuno con las fuertes rociadas nocturnas, disgrega y desmorona la tierra, sin apelonarla : la tierra queda, por su propia actividad en la especial biología pedológica, naturalmente mullida, modo excelente de que reserve su humedad, en un conveniente *dry-farming* natural. Como la fertilidad de los suelos es función a un tiempo mismo, no sólo de sus propias potencia y riqueza, sino del clima, cabe pensar con asombro de qué rendimientos no serían capaces estas tierras si dispusiesen del agua que la región entera ha menester. Se ha dicho que el país es pobre en corrientes y es necesario tener siempre en cuenta esta penuria de agua.

La fertilidad de los tirzs siempre muy grande, es a veces extraordinaria. Aun con inviernos poco lluviosos, producen cosechas abundantes (sin abonos y con el primitivo cultivo moruno) ; la cosecha del año de 1913, fué enorme, aunque los mismos indígenas la tienen por excepcional. Los intensos rocíos de la zona atlántica litoral, a que ya se hizo referencia, juegan papel preponderante en esta fertilidad, sin que el suelo parezca agotado no obstante las grandes cosechas que todos los años se le vienen extrayendo ha varios siglos.

Se debe esta su maravillosa fertilidad a su riqueza en humus o mantillo (causa inmediata de su color negro) y a su fuerte proporción en ácido fosfórico y potasa.

Interpretando las cifras de los análisis que vienen a continuación se observa, desde luego, que la cantidad de nitrógeno es reducida y próximamente viene a ser la media general que contienen las tierras. Puede atribuirse su color negro al carbono de la lenta eremacausia de vegetaciones de siglos y ser, en consecuencia, poco nitrogenado y muy carbonoso, en indicación de que este humus tiene un origen exclusivamente vegetal.

Es considerable la proporción del hierro y sobre todo muy altas la proporción de potasa y ácido fosfórico, de lo que depende su fertilidad, no obstante la proporción media en que el nitrógeno existe. Compárese, sin embargo, la reducida proporción de ácido fosfórico soluble al citrato (0'007 a 0'008 por 100) con la fuerte cantidad de ácido fosfórico total (0'45 a 0'48 por 100 ó 4'5 a 4'8 por 1,000), que contienen las muestras analizadas.

El análisis de los tirzs, en muestras recogidas por nosotros mismos en tres distintos sitios, ha sido realizado por el señor Piña de Rubiés, a satisfacción nuestra (Laboratorio de Química mineral del Museo Nacional de Ciencias Naturales).

ANÁLISIS DE LAS TIERRAS NEGRAS

SOLUBLES EN EL ÁCIDO CLORHÍDRICO (Cl H)	Sidi Embark	Huerta del Sultán	Luccus junto a Larache
	Por ciento	Por ciento	Por ciento
Sílice (SiO_2).....	1'97	2'79	2'85
Hierro y alúmina ($Fe_2O_3 + Al_2O_3$).....	11'37	7'56	8'71
Cal (CaO).....	4'74	7'71	7'68
Magnesia (MgO).....	1'24	1'24	2'53
Potasa (K_2O).....	0'60	0'64	0'69
Ácido fosfórico (P_2O_5).....	0'45	0'46	0'48
RESIDUO INSOLUBLE :			
Arena gruesa			16'18
» fina, arcilla, humus.....	61'36	72'53	»
Agua (H_2O) a 125°.....	10'94	9'18	9'75
	Por ciento en peso	Por ciento en peso	Por ciento en peso
Nitrógeno total (N).....	0'06	0'05	0'05
Ácido fosfórico total (P_2O_5).....	0'45	0'46	0'48
Ácido fosfórico, soluble al citrato.....	0'007	0'007	0'008
Potasa (K_2O) (no hay casi sosa).....	0'60	0'64	0'69

Sobre el origen de las tierras negras, problema todavía sin resolver, se han emitido muy distintas hipótesis que Th. Fischer resume con su particular competencia (1) : son las de Brives, Gentil, Lemoine, von Pfeil, Weisgerber y el propio Fischer, a más de otros autores.

(1) Fischer (Th.) : Schwarzerde und Kalkkruste in Marokko. (*Zeitsch. f. praktische Geol.* Bd. XVIII. 1910, págs. 105-114).

Schwantke (A.). Untersuchung der Schwarzerde von Marokko. (*Zeits. f. praktische Geol.* Bd. XVIII, pag. 114-119).

Dejando aparte la de von Pfeil (1), que las cree, en parte, originadas por la alteración de una roca eruptiva, las más interesantes son :

1.^a La de Fischer (2), que no duda en atribuir a los tirzs un origen eólico. Imagina que el polvo levantado en las regiones de estepas del hinterland, es arrastrado hacia el W. ; los granos de cuarzo y los restos mantillosos, después de rozar los unos contra los otros en los torbellinos del viento, llegan a depositarse en la región costera, cuyo suelo se halla recubierto de una rica vegetación, debida a la humedad del clima y principalmente al rocío. Los residuos vegetales que dan a la tierra negra su color son debidos a las plantas que se encuentran *in situ* y son también, en gran parte, procedentes de las propias estepas.

Sin desconocer el papel de la vegetación, creemos esta teoría eólica muy distante de la realidad a causa del grosor de los granos, que no pueden confundirse con el *læss*, pues su tamaño es apreciable a simple vista.

2.^a Se pregunta Bernard (A.) (3) si no serán, en parte al menos, suelos recientemente descuajados, que deben, por tanto, su riqueza en humus y su coloración, a la presencia anterior del bosque.

Es evidente que el bosque va desapareciendo en Marruecos con rapidez lamentable, pero los suelos forestales son ácidos y pobres, muy impropios, en un primer momento, para el cultivo, con otras razones que se reservan para más adelante.

3.^a La de Brives (4), para quien las tierras negras son depósitos de origen lacustre, sedimentados en charcos de agua estancada, siempre en relación con un subsuelo impermeable ; su riqueza en humus provendría de la descomposición de vegetales bajo el agua.

(1) V. Pfeil : Geographische Beobachtungen in Marokko (*Mitt. geogr. Ges. Jena. Bd. XX* 1902, págs. 47-73).

(2) Fischer (Th.) : Ueber seine Reise im Marokkanischen Atlas (*Verhande. Ges. Erdk. Berlin, XXVI*, 1899. *Peterm. Mitteil. XLV*. 1899).

Aun cuando el primero que observó estas tierras fué el inglés Joseph Thomson, ha sido en realidad Fischer, con ocasión de este viaje (muy grato al emperador Guillermo), el que as ha descrito en primer lugar.

Weisgerber : (« Le Chaouia. Le territoire des Chaouia », *Bull. Com. Afriq. franç. Rensegnem. colon.* Tom. XVII. 1907, pág. 209-224) hace notar que él fué el primero (*La Géographie*, 15 junio, 1900) que señaló su fertilidad excepcional.

Fischer (Th.) : Wissenschaftliche Ergebnisse einer Reise im Atlas. Vorlande von Marokko (*Ergänzungsheft* n. 133. *Peterm. Mitteil.* Gotha. 1900. 165 págs. con 3 cartas).

(3) Bernard (A.) : Une mission au Maroc. (*Bull. du Comité de l'Afriq. franç.* Paris 1904, tom. XIV, *Supl. n.º 10. Renseig. coloniaux et Docum.* 130 págs. 2 pl. croquis).

(4) Brives (A.) : Aperçu géologique et agricole sur le Maroc occidental. (*Bull. du Comité de l'Afriq. franç. Rensegnem. coloniaux.*, tom. XV. 1905, págs. 92-100, 1 cart. géolog. a 1 : 2.000,000).

Esta hipótesis presenta dos puntos débiles : a) No se comprende como los pantanos han podido extenderse en tan vastas porciones y dejar sedimentos que recubren en capas de espesor uniforme, el relieve de alturas y colinas (lógicamente éstas debieran emerger de los charcos). b) Exige un fondo impermeable, como el propio Brives objetó y no obstante el subsuelo en que los tirzs se apoyan está a veces formado por areniscas calizas y hasta por arenas y en consecuencia son porosos y permeables.

4.^a Gentil (1), en realidad, ha investigado el origen de los elementos minerales del tirz, pero no el proceso total que ha engendrado la tierra negra, si se juzga al menos por su primera nota.

Basándose en la geología de la región y en las formas del relieve, supone a los tirzs productos de la decalcificación de areniscas neógenas. Los materiales clásticos insolubles (cuarzo, feldespatos) de dichas rocas sedimentarias quedarían acumulados *in situ*, como resultado de esta alteración decalcificante. Aduce en prueba que los tirzs arcillosos descansan sobre subsuelos de caliza margosa ; los tirzs arenosos se apoyan sobre areniscas calizas.

Vincey añadió, siendo de opinión que tanto los *hamri* como los *tirzs* son productos de decalcificación de areniscas, más o menos *in situ*, que debía tenerse en cuenta el factor vegetación. Quizá una vegetación más o menos pantanosa ha jugado muy importante papel en la formación de estas tierras negras occidentales, sea en los tiempos cuaternarios, sea en los actuales históricos, bajo la influencia de la vegetación forestal por ejemplo, más o menos lujuriente, cuyos restos se han mezclado *in situ*, con los materiales mineralógicos. El color y la fertilidad se deberían al humus procedente de la citada vegetación local.

Gentil, ante este nuevo argumento, pareció quedar inclinado de su lado y aun reconociendo que la hipótesis de esta vegetación lujuriente (en que ya había pensado el explorador von Pfeil) no basta a explicar espesores de 20 y hasta 30 metros que en el Marruecos francés llegan a alcanzar en ciertos puntos estas tierras fértiles, concede que ha favorecido, al menos, la disgregación de las areniscas por disolución de su calcita aglutinante.

En su segunda nota el cambio de opinión es evidente, quizá

(1) Gentil (L.) : L'origine des terres fertiles du Maroc occidental. (*Bull. Soc. Géol. de Fr.* Sér. 4.^e vol. VIII, 1908, págs. 31-34).

Gentil (L.) : Notes sur la géolog. du Maroc. IV. Nouvelles observat. sur les tirzs dans a Chaouia. (*Bull. Soc. Géol. de Fr.*, tom. IX, 1909, 4.^e sér., págs. 230-231).

Gentil (L.) : *Le Maroc physique*. París, 1912.

sugerido por la advertencia de Vincey : los productos de decalcificación, se han cargado de productos húmicos nitrogenados, procedentes de la acumulación de las plantas herbáceas anuales que crecen bajo el clima húmedo de la zona litoral atlántica. Concede, pues, el papel que se debe a la vegetación y hasta advierte analogías de los *tirzs* y *tchernoziom* (tierras negras de la Rusia meridional).

5.^a Para nosotros los *tirzs* son arcillas de decalcificación semejantes en su origen a los *black soils* de los Estados Unidos. Coincidimos con Gentil en las proporciones de la cal, en la abundancia de la potasa y del ácido fosfórico, pero diferimos por completo en cuanto al nitrógeno. En nuestros análisis, las tierras recogidas por nosotros, no son ricas en nitrógeno, sino que se señalan por su humus carbonoso. Los *tirzs* o tierras negras marroquíes se explican entonces por un cambio de clima; el país ha estado anteriormente sometido a un clima y régimen geográfico diferentes; una vegetación de praderas herbosas, en un clima mucho más húmedo, ha cubierto el país, y el suelo superficial ha ido enriqueciéndose en mantillo paulatinamente por lenta eremacausia de la substancia orgánica vegetal. Recuérdese que las praderas turbosas acostumbra a degenerar bajo el actual clima seco en las presentes estepas de gramíneas con plantas xerofitas que hoy llenan el territorio de nuestra zona. Este régimen de gramíneas vivaces, formando la pradera, y este resultado de la tierra negra, excluyen el bosque (no hay árboles en la zona de los *tirzs*), pues la penetración del oxígeno en el suelo, que facilitan las raíces de los árboles, lleva consigo una oxidación más completa de la materia orgánica, en oposición a los efectos del verdadero fieltro de la raigambre de praderas de gramíneas. Equivale en el fondo a sostener la misma opinión que los agrónomos rusos defienden en la explicación del origen del *tchernoziom*. El humus carbonoso procedente de esta alteración, sumado a la arcilla, en buena agronomía, hubiese modificado profundamente sus condiciones físicas y producido, a nuestro entender, suelos más útiles al cultivo por aumento de su higroscopicidad.

La zona de los *tirzs* carece de árboles ; ya señalamos el fenómeno al ocuparnos de la vegetación de la kabila El Jolot, en la que las tierras negras cubren por entero el país. De esta manera, fuera de alguna higuera que crece solitaria en las colinas, las llanuras resultan peladas, de gran aridez en la estación estival, sin que ni un árbol limite el horizonte, lo que se debe, sin duda, en el régimen geográfico presente, a un descuaje desatentado de los indígenas, antes atentos a la producción cereal más remuneradora que el árbol, pero no seguramente

a que los tirzs carezcan de condiciones para el bosque pues que ahí se halla en pleno Jolot, a orillas del Uad Mehazen, la Huerta del Sultán (fig. 84), hoy entregada a su abandono y sin embargo consolador bosquecillo de árboles frutales, en toda la lujuria de su fronda cuando nosotros la hollamos.

Los tirzs no constituyen un revestimiento uniforme y total en la zona que ahora se considera ; forman manchas de varia extensión que comienzan al W. de la faja litoral arenosa, ancha en el S. (por la Huámara) estrechándose gradualmente hacia el N. por Arcila y Tánger.



FIG. 84

En la zona de las tierras negras o tirzs (kabila El Jolot)
Llegada a la Huerta del Sultán. En el suelo la estepa de gramíneas

Mas especialmente entre Arcila y el paralelo 35° son muy frecuentes. En el propio Alcazarquivir, a cosa de 1 kilómetro hacia el S. E., por Sidi Mbarec, se las encuentra ya y de muy grande espesor, en lomas de suaves contornos, muy bien expuestas y soleadas ; de estas colinas recogimos muestras. Los trigos y cebadas en ellas cultivadas, nos cubrían por completo, pero fuerza es conceder tanto valor a su propia feracidad como a su exposición conveniente. El espesor de las tierras negras es muy variable, pero he visto trincheras de un espesor superior a dos metros, al S. de Alcazarquivir, cerca de Yebel Gani, con tales condiciones físicas que conservaban una humedad conveniente hasta los terrones al parecer más secos, debido a la adecuada ponderación de sus elementos, sobre la que venimos insistiendo, y a la presencia del mantillo.

Pero donde las tierras negras se presentan con mayor abundancia, es en la kabila de El Jolot, en la parte que riega el Uad Mehazen y que visitamos por consejo del general Silvestre. Ocupan muchos kilómetros cuadrados, y sin salir de ellas, se pueden estar horas a caballo por llanadas y colinas (fig. 84) ; sus tonos son de un negro intenso y mate. La región del Jolot, a causa de sus tirzs, tiene gran

fama en nuestra zona y guarda estrechas semejanzas, en su productividad, con la Chauia de la zona francesa ; sus cebadas, a causa de la mayor densidad del grano, se pagan en todos los zocos un real más caras que las demás. Hemos visto altas cebadas, trigales hermosísimos, siembras de sorgo y de maíz ; otras en barbecho, incultas y ocupadas por la maleza.

En la orilla derecha del Luccus, así como en toda la región comprendida entre Larache, Zoco T'Zelatza y Zoco T'Zenín, en las porciones que nos ha sido dable explorar, los suelos de esta clase son no menos frecuentes, siempre de fuerte espesor, indistintamente en llanadas y colinas ; con los gemelos se las ve muy a lo lejos también. En ellas recordamos haber visto siembras de maíz como en ninguna otra parte, de altas ya y de excelentes. De Alcazarquivir (Sidi Mbarec), del Uad Mehazen (Huerta del Sultán), y de Larache, hemos traído a la Península muestras suficientes (véase su análisis).

Las manchas de tierras negras que sorprenden al viajero por su extensión y su profundidad, son singularmente propicias al desenvolvimiento de vigorosa vegetación herbácea que dura en pleno florecimiento hasta que el verano se inicia. La campiña, de fuertes remembranzas andaluzas, se llena de malváceas, crucíferas, borragináceas y compuestas, extensa y plana, hasta perderse de vista. Aprovechan los moros la temporada para dedicarse al pastoreo de que se muestran tan gustosos, pues que las hierbas de estos tizr, con la sequía del verano se agostan en breve. Es de ver su aridez estival, de que hablan los viajeros que las han atravesado en el verano y que fué causa, hasta el viaje de Fischer, de que nadie hubiese reparado en ellas, pues quedaban desapercibidas en el tono general estepario. Nosotros las hemos visto en la primavera, precisamente en el período de su máxima actividad.

Nuestra zona es, en resumen, un país agrícola de porvenir. La zona W., sometida al clima húmedo atlántico, ofrece suelos de riqueza positiva. Si en buena parte la planicie del Luccus es tan arcillosa que en el verano se endurece y se agrieta, en una porción considerable de mayor extensión, se presentan las famosas tierras negras, suelos que rivalizan, con ventajas de su parte, con los mejores del Globo. Servimos altos fines morales asegurando que aun estamos distantes de que dichas tierras, prodigio de feracidad, lleguen a ser explotadas por España que de un lado se desangra y de otro, forzosamente ha de encontrar en su cultivo compensación, en parte, al sacrificio impuesto con la colonización del terreno. Estas tierras

están demandando andaluces y levantinos que las hagan producir. Pero los campos no ofrecen todavía la seguridad que exige

el tardo buey con el fecundo arado...

ni los Gobiernos, atentos a nimias cuestiones de caudillaje, se preocupan de dirigir hacia Marruecos, continuación de nuestro país, una emigración inteligente y trabajadora, ni tampoco suponemos en el torpe capital español aquella inteligencia, patriotismo y decisión que son menester para sentir y acometer empresas de esta índole. En ello está, sin embargo, nada menos que el porvenir de la zona y la rectificación absoluta, decisiva, de nuestra secular y menguada política colonial.

2. Costumbres rurales y cultivos indígenas

a) EL RÉGIMEN ACTUAL DE LA TIERRA. — Al comenzar estas líneas lo primero que debemos preguntarnos es en qué forma los indígenas cultivan la tierra, cuáles son sus principales modalidades agrarias.

La propiedad se encuentra bastante dividida, como en todo país arcaico, en bien general.

La posesión de esta propiedad, poco segura a causa del estado anárquico y de perpetua lucha entre tribus y familias, cuando no con el propio Sultán o el caid y en general con la administración, ha creado el tipo de *protegido* o *censal mojalata* (*mokhalat*), por llamarse la asociación agrícola con un judío o un europeo *mokhalata*. El mojalata que se asocia con un europeo, coloca todos sus bienes (el ganado y la cosecha especialmente) bajo la protección del consulado del extranjero. De hecho, y solamente a estos efectos, el indígena se ve amparado por la nación de su protector y escapa de la administración marroquí o de la temible rapacidad del caid que puede reducirle a la miseria. En reciprocidad de este efectivo servicio, el indígena satisface una cantidad convenida al extranjero o bien le cede, en aparcería, una cierta parte de su cosecha, sistema que ha dado lugar, por parte de los extraños al país, a verdaderas expoliaciones que severamente condenamos (1). En cuanto al indígena no tiene

(1) Vaffier-Pollet (E.): Ha estudiado particularmente la asociación agrícola entre el europeo y el indígena. (L'agriculture et l'élevage au Maroc. *Renseign. coloniaux et Docum. Comité Afr. franç. et Comité Maroc.* XVI, 1906, págs. 205-209).

Montalembert (A. de): La protection et les associations agricoles au Maroc: rapport au Comité du Maroc. (*Bull. du Com. de l'Afriq. franç. Renseignem. coloniaux*, tomo XVII. 1907. Mai, p. 109-115).

casi hoy otro medio de evitar que el Mahzen le arrebatase, a título legal o arbitrario, los frutos de la tierra ; antes consiente en ceder la mitad de su propiedad.

De otra parte, las asociaciones agrícolas (*moharaka*) son muy frecuentes aún entre los mismos moros (*charka*, cuando se verifica entre naturales) (1).

La asociación agrícola que adquiere muy diferentes formas y variaciones, puede ser para la siembra en común (*muzara, a*): para cultivos arbustivos (*mur, arasa*) o en cultivos con riego (*mus'aqat*) o verdadera aparcería. En la del gran cultivo puede ser al quinto, al décimo, a la mitad, por el pan, por arrendamiento (*belkra*): en este caso el propietario cede su tierra mediante una suma y dos o tres medidas de trigo o cebada a entregar en el acto o con ocasión de la cosecha.

Este derecho consuetudinario acerca de la asociación, no tiene escrito el menor cuerpo de doctrina ; se transmite oralmente a través de las generaciones. Aun entre los mismos yebalas (verdaderos moros andaluces) toman ciertas modalidades, según se trate de los *blad es mahzen* (Jolot, Tilig y Jolot) o de los *blad-es-siba* (Beni Aros, Beni Gorfet, que se mantienen bereberes más puros). Así, en el Garbía la más usada es la asociación por mitad (*be-nus*): uno pone la tierra ; el otro los aperos (reducidos al arado), los animales y la semilla, repartiéndose la cosecha por igual. En El Jolot y Es Sahel la más frecuente es la aparcería al décimo de la cosecha.

Los convenios pueden ser escritos, pero más comunes son los orales y ante testigos. Si las partes habitan a gran distancia, el contrato se redacta por duplicado, ante el adul del zoco más próximo : empieza siempre con las clásicas palabras : « ¡Loado sea Dios! ».

La aparcería, de rancia tradición en España, aparece en Marruecos bajo la forma de *khoms* : uno cede la tierra, el ganado, los aperos y la semilla ; el otro aporta el esfuerzo de sus brazos. Este recibe el quinto (es la aparcería más común) de las siembras de otoño, trigo (*zer'a*), cebada (*chair*) habas (*l'ful*) o el cuarto de las de primavera (*draa* o trigo moruno), maíz (*turkya*), garbanzos (*hames, hommos*), lentejas (*l'ades*). Es costumbre establecer la asociación a fines del estío y dura un año. El aparcerero recibe al comienzo dos duros, dos muds de draa y un par de babuchas. En el momento del reparto de la cosecha, la primera medida se deja para los pobres, a título de

(1) (1) Salmón (G.) : Contribution à l'étude du droit coutumier du Nord-Marocain. De l'association agricole et de ses différentes formes. (*Arch. maroc.*, tom. III, pág. 331).

limosna (se llama el *mud de Sidi Bel-Abbas*) costumbre que, algo alterada, existe también en España y que no representa sino el pleno reconocimiento de un principio eterno: a los frutos de la madre tierra todos los hombres tienen derecho. Hay, por último, un diezmo legal (*achur*) sobre la recolección.

Existen también prestaciones (*tuiza*), común a todos los de una tribu o de un pueblo en los trabajos del campo. Dos son los más importantes:

a) *Tuizat-el-caid*. — La kabila entera o una fracción de ella, de orden del caid y en su beneficio, en un día que fija el *xerf*, cultiva y siembra un campo, con la obligación de su siega y trilla cuando el grano esté maduro.

b) *Tuiza-el-fqih*, prestación en favor del maestro que instruye a los niños y llena las funciones de *imán* en la oración diaria (1). Todos los habitantes del lugar le cultivan el campo, habiendo convenido de antemano la cantidad y naturaleza de la siembra que se le cede.

Las kabilas del valle bajo del Luccus, gozan de la propiedad del suelo que, de derecho, pertenece al Mahzen, a título de *guich* (El Jolot), cedido en pago del servicio militar, o de *naiba* (Tilig y Jolot) mediante un derecho de reemplazo.

El salario suele ser muy reducido (como en su hermana Andalucía): los mínimos son de un real o dos reales *hassani* (20 o 40 céntimos de nuestra moneda) y una cierta medida de aceite o de cebada. Las escasas escardas las realizan siempre las mujeres que ganan, cuando más, estos salarios miserables.

b) EL CULTIVO ACTUAL. — La agricultura del país está actualmente reducida a dos objetivos principales: los cereales y la ganadería. Los métodos morunos de cultivo se resienten de rudimentarios; a su pesar, pueden todavía envidiarles muchos agricultores castellanos. Con un arado semejante al romano, labran el suelo a escasa profundidad; no emplean apenas el estiércol y se muestran tan poco celosos de la escarda de las malas hierbas, que son los sembrados espesas marañas de plantas silvestres y de la especie cultivada. Con todo, celebran la gran fiesta anual de la agricultura (*Ancera*), que viene a caer en los primeros días de julio. En el gran cultivo o extensivo siembra casi exclusivamente cereales, con algunas leguminosas y otras especies. Los cereales, citados en el orden

(1) Recuerda quienes en España llenan a la vez las funciones de maestro y sacristán.

de su mayor producción, son : la cebada, el trigo, el maíz, el sorgo, estos dos últimos de primavera (1).

La cebada es el cereal más cultivado ; en los tirzs crecen a gran altura y dan cosechas extraordinarias. El trigo cultivado en nuestra zona (*Triticum turgidum*, L. ; *T. fastuosum*, Lag.), es el *raspinegro* andaluz, muy rico en gluten, conocido también en España con los nombres de *redondillo veloso*, y en muchos puntos de nuestro país (Madrid, Jaca, Rioja) con el de *moruno* o *marroquí* ; su espiga tiene barbas o aristas. No debe desdeñarse ni substituirse por otro, sino procurar seleccionar sus variedades, ya adaptadas al país.

Después de la cebada y del trigo, es el maíz la planta más cultivada ; estos tres cereales puede decirse llenan la agricultura indígena. La humedad de las noches con las fuertes rociadas nocturnas, ceden a esta planta, la humedad indispensable a su vida.

Entre las leguminosas hemos visto cultivar guisantes, almortas, habas, judías y lentejas (2). Todas ellas se cultivan y crecen vigorosas en toda la zona, pero señaladamente, las habas y el garbanzo en las tierras de la cuenca del Luccus por su afinidad con los suelos arcillo-calizos. Mejoran el suelo en nitrógeno, como es sabido ; así, los propios moros saben apreciar cuán excelente es el trigo sembrado después.

Entre las plantas textiles, el lino se cultiva en regular extensión y rinde mucho si la tierra es buena, aunque la deja esquilada (3). Igualmente, aunque en menos cantidad se cultiva el algodón y luego se vende su borra en Alcazarquivir y en Tánger : es una planta conocida de antiguo por los yebalas.

Con la sola excepción de la cebada y de algunas alholvas (4) el marroquí no cultiva plantas forrajeras : se limita a hacer pastar sus rebaños el corto tiempo que duran los pastos. Pero los pastizales no sólo contienen plantas convenientes, especialmente gramíneas y leguminosas (melilotos, mielgas, tréboles, alverjas, pie de pájaro, etc.), sino otras muchas perjudiciales.

En cuanto toca al cultivo pequeño, advirtamos que el moro, parece tener su huerta más por recreo que por industria, y apenas si la presta cuidados ; los frutales producen en el mayor abandono.

(1) Cebada (*schaiir, cha'ir*) ; trigo (*dra, gamaj* o *guemej, henta* o *hinta, zerá gamaj*) ; maíz (*turkia*).

(2) Garbanzo (*james*) ; guisante (*kerfala, kersan, chulban*, la planta y *chilbana*, el fruto) ; haba (*l'ful*) ; judía (*tubia* y de aquí *alubia*) ; lenteja (*ades*).

(3) Lino (*kittan*).

(4) Alholva (*al-holva* y *al-holbat*).

Sorprende considerar como el pueblo de quien hemos recibido el rico caudal de su agricultura y tantas suertes de costumbres rurales, ha quedado reducido a tal atraso. El pueblo que nos enseñó a aprovechar las aguas con tan justa economía y tan acertada distribución para el riego, no tiene en todo el país ni un canal, ni una acequia (1); sólo se registra en ciertas huertas alguna que otra noria.

Los moros consideran como un grupo aparte el cultivo de las cucurbitáceas (calabaza, melón, sandía), al que llaman *bejera'at*. Lo practican mucho en El Jolot (los melones del Uad Mehazen gozan de merecida fama (2). Se cultivan, además : patata, tomate, nabo, alcachofa, hierbabuena, cebolla, cebolleta, y, sobre todo, cáñamo y tabaco (3).

Los árboles más prósperos y comunes en los huertos son el naranjo, el limonero (famosas las naranjas, mandarinas y limones de Tetuán), el granado, la higuera, el almendro, el peral, albaricoquero, melocotonero, ciruelo, etc., citados en el orden de su importancia.

Aun cuando el naranjo no es árbol indígena, sino de origen asiático, constituye hoy ya una forma mediterránea, con la misma fisonomía botánica que el laurel, muy característica. A causa de la feracidad del suelo y de la dulzura del clima son espléndidas, y en todo bellísimas, las huertas de Tetuán, de Arcila, de Larache y de Alcázarquivir y famosa la valía de sus naranjas y de toda clase de frutas.

PAÍS MEDITERRÁNEO (CEUTA, TETUÁN). — El cultivo cereal es común a todo el protectorado, pero en el campo exterior de Ceuta no alcanzan la lozanía de otros puntos a causa de la calidad del terreno.

Sólo aquí que hay cristianos, a quienes ningún precepto religioso veda el consumo del vino, hemos visto cultivar debidamente la vid (*dalia*) alcanzando el grado de prosperidad que era de esperar (4). Brindamos su cultivo a los futuros colonos de la zona, si saben rehuir los lugares más húmedos, en la seguridad de que obtendrán pingües rendimientos y vinos de gran fuerza alcohólica, por lo soleado y luminoso del territorio. El mismo valle del Luccus y las

(1) Con la azada abren un pequeño caz para el riego, a que llaman *saquia*, de donde viene nuestra voz acequia.

(2) Calabaza (*dubba*, *el iaktin*, *gra*); sandía (*bathij*, *bathija*).

(3) Alcachofa (*al-harxof*, *horchefa*); cáñamo (*kif*, que emplean para fumar); cebolla (*epsela*); cebolleta (*tauma*); hierbabuena (*nanna*, *habek-en-na'na*); nabo (*lift*); patata (*patata*); tabaco (*tabaco*); tomate (*matisa*).

Las noches pueden llegar a ser tan frías en el litoral (por debajo de 0°), que hasta las patatas se hielan.

(4) Algunos pies de viña se ven en los huertos porque los moros estiman las uvas, aunque no beben el vino. Los hebreos obtienen esta bebida, ya de uvas, ya de madroños.

colinas circundantes, excepción de los sitios húmedos o de tierras muy fuertes, pueden producir viñedos riquísimos.

La parte más montañosa de Andyera, tiene en la base de sus montañas ricos campos de cereales y en sus faldas, prados de altas hierbas, mantenedores de su ganadería próspera, especialmente ganado vacuno.

Hemos señalado, al ocuparnos de los suelos, la existencia de las vegas fértiles a que dan lugar los aluviones recientes de los ríos Fenidak, Negro, Asmir, etc. En estas vegas, valles muy abrigados, los moros cultivan sus cereales (siempre el trigo raspinegro, como en Andalucía) y sus leguminosas (habas, guisantes, almortas). Desechadas las salsas y lagunas que estos ríos acostumbran a formar en su desembocadura, entregados los feraces suelos a un cultivo racional (no al actual marroquí reducido a tirar la semilla en el surco y no volverse a ocupar de ella hasta la recolección) se convertirán en centros de mayor y segura producción.

El resto de Andyera, muy montañoso, son pastos o bosque. Aparte el aprovechamiento ordinario de las leñas, el moro apenas si utiliza las maderas y demás aplicaciones forestales. Son desconocidos del indígena el carro y la rueda, en toda nuestra zona de influencia ; los transportes se hacen a lomo y son en consecuencia, más caros.

Al referirnos al trabajo agrícola se entenderá que aludimos a la mujer mora, sobre quien recaen toda suerte de trabajos, fatigas y penalidades, sin que en compensación le esté adjudicado ningún derecho (fig. 10, II, DIARIO). Ella acude al monte a cortar la leña que después acarrea : he aquí el hacha que hemos visto emplear a

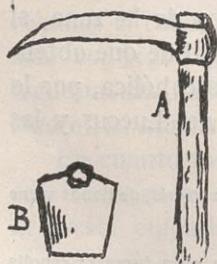


FIG. 85

- A. Hacha moruna, observada en Andyera.
B. El *fest*.

una mora en Río Negro, reducida a una media luna de hierro, con su borde interno cortante, adherida a un mango, en ángulo recto, para desde el suelo ir abatiendo las ramas (fig. 85). Son ellas también quienes manejan la azadilla (el *fest*) igual en la forma de su lámina de hierro a nuestro común escardillo de los hortelanos (fig. 85). En el Rif no es raro observarlas uncidas al arado con un pollino, castigando indistintamente a una o a otro su propio marido, conductor del artefacto.

La llanura del Uad Lila, emplazada entre el angosto desfiladero de Ras el Tarf, al N., y la cuenca del Uad Martín, al S., de naturaleza sí-

lico-caliza (son areniscas calizas horizontales las constituyentes) enteramente plana, está casi inculta en su mayor parte. No obstante, próximas a Cudia Taifor hemos observado algunas tierras dedicadas al cereal (cebada) de aspecto inmejorable. Por excepción hemos visto aquí algunas moras escardando con el *fast* o el *fest*, pero haciendo esta operación muy tardíamente, cuando ya ha perdido su eficacia.



FIG. 86

Gañán moro conduciendo su arado preparando la tierra para la siembra del maíz en los llanos del Uad Martín (Tetuán)

Marchando hacia Tetuán, el paisaje va gradualmente cambiando; se van alcanzando a uno y otro lado del camino sus huertas famosas, por cuyos setos y sebes desborda su vegetación, espléndida y luminosa. En los que se vienen llamando llanos de la cuenca de Río Martín, y como 2 kilómetros antes de penetrar en Tetuán, por la Puerta de Ceuta, sorprendimos algunos labradores moros preparando la tierra para las siembras del maíz, cereal de verano. Las adjuntas fotografías (figs. 86 y 87) representan a un asalariado gañán tetuaní, conduciendo su arado, en las que puede advertirse la constitución del arado moruno, con el modo original de unir los bueyes a su yugo.

El arado moruno (fig. 87), semejante al romano, de forma sumamente primitiva, tiene la reja plana y tendida sobre el dental, de

quita y pón, unido con él por unos aros metálicos. El timón y la cama se hallan en línea recta, formando una pieza sin articulación alguna, recta y rígida. La telera, fortísima, amplia cuña de madera que atravesando la cama llega al dental viniendo a desempeñar el papel de un pescuño, sujeta, más que regula, la separación de dichas piezas. La esteva, pieza continua con el dental (pues que



FIG. 87

El mismo labrador más de cerca porque puedan verse en el arado la longitud de la esteva y las orejeras (Al fondo, matorral de lentiscos)

ambas forman una misma palanca), es extraordinariamente larga (no corta como en el nuestro común), muy ligeramente encorvada hacia su conductor. La longitud excesiva de la esteva, consiente al moro tomar cómodamente el arado y marchar de pie (fig. 86), en tanto el gañán castellano camina encorvado sobre el corto mango de su mancera. Las orejeras, robustas, muy largas y encorvadas hacia arriba.

Las malas condiciones mecánicas del arado moruno se advierten a su vista, a causa de la rigidez de su armazón y del exceso de madera que, adhiriéndose a la tierra húmeda, aumenta el rozamiento. La inflexibilidad del aparato, por una parte, y, de otra, el que el labrador no apriete suficientemente la esteva para *picar más hondo*, explican lo poco que la reja penetra con lo superficial de la labor,

en inferioridad con las del nuestro mismo, aun con ser las de éste tan poco profundas.

El etnógrafo advierte, y queda sorprendido, del ángulo que forman, con el vértice hacia abajo, las dos partes del gubio o yugo; la costumbre de uncir los bueyes por el cuello y no por el testuz, y de que lleven sobre éste unas amplias almohadillas de paja, conforme es uso todavía entre las gentes de León (fig. 86). Nueva ocasión que se le ofrece de explicarse usos y costumbres del pueblo hispano con que Marruecos tantas veces le brinda.

La parte de Ceuta y de Tetuán no llega en la riqueza de sus cultivos a la zona atlántica y valle del Luccus. Con todo, las huertas de Tetuán, siempre frondosas y bellísimas, se extienden alrededor de la ciudad y ocupan en su torno algunos kilómetros. ¿Qué decir de la visión encantadora de su conjunto? Cuando desde la cumbre de Yebel Dersa se advierte la ciudad de Tetuán (la santa, la rica, la aristocrática) de duras tintas blancas y acarminadas; la vega de Río Martín; el azul cobalto de las montañas de Beni-Hosmar y Beni-Madan, la vista se detiene con agrado y se recrea en el mar extenso de la verde fronda, contemplando las suaves manchitas blancas, desperdigadas como aves de ribera, de las quintas y casas de solaz en las huertas de los ricos moros tetuanés, que destacan fuertemente con el albo de su enjalbegado. A más, todas estas huertas tienen para el observador un atrayente sello de abandono: entre los mismos árboles frutales asilvestrados, la maleza inextricable que hasta por ellos sube, la cebada, las hortalizas, todo mezclado, confuso, pero vigoroso y jocundo como expresión de la misma vida. En ellas los árboles de la región mediterránea son los más frondosos y predominantes (la higuera, frondosa, opulenta; el almendro; el granado; el olivo, sin cultivar y el naranjo, pero en mezcla con otros de la Europa central, más boreales, como son los manzanos, perales, melocotoneros. En la misma huerta de Ben Yacobi, nuestro casero en Tetuán, un melocotonero de copa colosal, nos cobijaba en las comidas (1).

Los setos que dividen estas propiedades son vivos o muertos. Los primeros están constituidos por altos cañaverales, asociados con la higuera, el *Solanum Sodomæum*, pitas y chumberas, como en un paisaje andaluz. Los setos muertos están formados por cañas secas, verticales, muy unidas, en contacto; las cruza y afirma un haz de

(1) Albaricoquero, *nacham*.

dos o tres cañas horizontales que corren todo a lo largo de la sebe. Las cañas verticales, clavadas en el suelo, acostumbra a retoñar y se cubren a trechos de hojas que reverdecen.

Tetuán no posee únicamente sus huertas famosas : tiene, además, la vega de Río Martín, más feraz en su rumbo W. que en el lado opuesto. Hacia el Mediterráneo se cultivan en la llanura los cereales de costumbre (cebada, trigo, maíz) y lino. En la parte occidental, es decir, remontando el Martín hacia el W. y S. W. se presentan los mejores terrenos, como ya advertimos en los suelos, en el propio valle y en las colinas, quizá de fecha eocena.

Los llanos y colinas de la kabila de Uad-Ras no van a la zaga, en magnificencia y fertilidad; de estos feraces campos. Las vegas o planicies de los valles de sus ríos presentan tierras excelentes y siembras espléndidas de lino y cereales. Todas ellas serían muy a propósito para el cultivo del olivo, que apetece las llanadas y cuevas suaves y soleadas ; la lozanía de los milenarios acebuches es, de otra parte, elocuente detalle.

El territorio del Fondak de Ain Yedida a Tánger, de gran uniformidad en su modelado, lo atravesamos en época en que las siembras se hallaban en pleno desarrollo y en que los moros o estaban dando labores para el maíz o procedían a su siembra.

PAÍS ATLÁNTICO (ARCILA, LARACHE, ALCAZARQUIVIR).— Este país, al que distinguen las tierras negras o tirzs es, sin duda, el de mayor valor agrícola de los dos. El crecimiento del tráfico lo pone de relieve : los caminos, señaladamente entre Larache y Alcazarquivir, Tánger y Fez, están siempre llenos de caravanas. El camello desempeña aquí un papel de importancia. Como en toda la zona del protectorado español, dos son sus recursos principales en la agricultura indígena presente : los cereales y la ganadería.

La ganadería se distingue por su abundancia y prosperidad : son importantes el ganado vacuno y el lanar, poco el cabrío. La apicultura es también muy conocida y practicada en asociación agrícola, en las kabilas de El Garbía y El Jolot.

El ganado vacuno, siempre sin prescindir del abandono secular del moro, es excelente ; las razas son de talla reducida, como lo son las montañesas, pero a causa de su índole y no por errores de su crianza, como han dado en decir ciertos autores que no han pensado existen vacas pequeñas.

Las vacas marroquíes pequeñas, dulces, firmes y vigorosas, de piel fina y lustrosa, el sistema vascular rico, destacando en relieve

en la suavidad de la piel, son de manifiestas aptitudes lecheras (fig. 88).

La llanura del Luccus es, por excelencia, el lugar de estas recomendables razas y del más activo pastoreo. Los prados de las tierras negras en primavera, los pastizales incultos de todas categorías son utilizados debidamente por el moro para el pastoreo, de que se



FIG. 88

Una vacada en el Uad el Mharhar (El Fahhz de Tánger)

muestra siempre tan amigo que bien puede asegurarse es más pastor que agricultor. En todas partes, aun en los países llanos más áridos y extensos (lo que no puede concebirse en España) el moro os obsequiará con la leche de sus vacas, el plato de manteca exquisita (*sebda*) y el queso sabroso, base de su sobria alimentación (1). Se ven dos tipos de manteca : la de vaca, ya conocida y la de oveja, de lustre craso blanco-azulado, semejante en su color a la de cerdo.

La oveja (*chalef*) es de gran importancia en Marruecos por ser la carne que consume el indígena. La oveja del país pertenece, por todos sus caracteres, a la raza merina española, conviniendo todos los autores de nota en estas cuestiones en que no ha podido venir más que de España : así alcanza tanto crédito la bondad de su lana, prieta y rizada, que ya va invadiendo los mercados europeos (figs. 89

(1) En España no se fabrica manteca más que en su Norte : no la hay ni en la Sierra de Guadarrama y menos todavía en las llanuras (ambas Castillas, la Mancha).

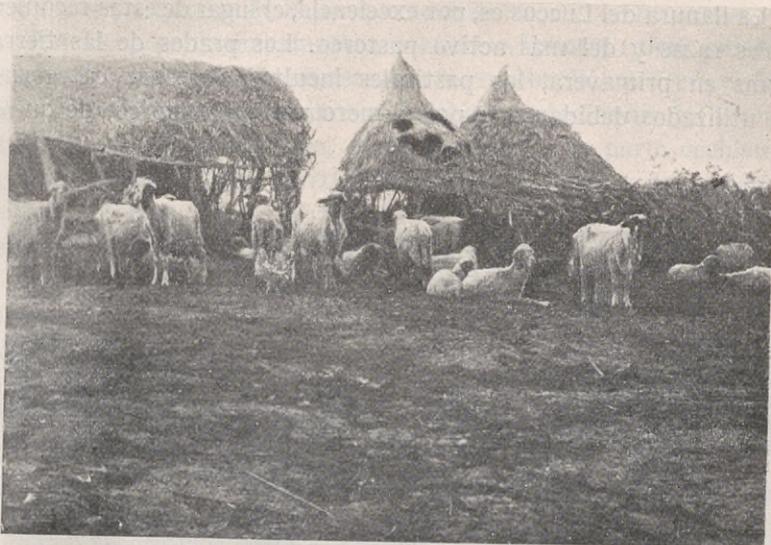


FIG. 89

Ovejas en una corraliza marroquí. (L'Azib de er-Rumana)

y 90). Es curiosa la manera de disponer las ovejas para su ordeño, atándolas alternadamente por sus pescuezos, con la cabeza frente a frente, en forma que quedan constituyendo círculo, con el cuarto trasero al exterior ; la mora va de una en otra dando la vuelta por



FIG. 90

Ovejas dispuestas para su ordeño (Alcazarquivir)

ordeñarlas, sucesivamente, único modo de saber, dada la exigüedad de las tetas de esta res, cuales están ordeñadas y cuales faltan. La fotografía de la fig. 90 lo da a entender clara-

mente (1). La cabra (fig. 91) es también de talla pequeña, cuernos reducidos, proporciones exageradas en la masa de las ubres e instintos montaraces manifiestos, caracteres que hacen de ella



FIG. 91
Cabras del país
en el campamento del Zoco de T'Zelatza de Reisana (Es Sahel)

un tipo semejante a la que en España llamamos cabra granadina, de pelo largo sumamente lustroso y suave, muy lechera.

Los indígenas toman de la cabra como de la oveja, la carne y la leche. Con el pelo de la cabra como con el del camello, trenzan cuerdas y tejen telas para tiendas, firmes y muy resistentes a la intemperie. En las llanuras no es raro encontrar familias nómadas que establecen sus tiendas (*jaimas*) allí donde los pastos pueden ofrecer alimento seguro a los ganados, entre las manchas de visnagas sociales: la tela de las jaimas, pardas y miserables, se confunden con el tono general de la tierra. Se dedican a la cría de yeguas y vacadas, explotando su leche agria, obteniendo queso agrio, sin más que utilizar los mismos pastos naturales, en cuya producción el nómada no pone nada de su parte, sin sumar, en su mejora, esfuerzo alguno. Si bien el nómada es, ante todo, ganadero y no agricultor, utilizando los pastos de terrenos baldíos que no son de nadie y trasladándose a otros puntos cuando el pastizal queda agotado, ciertas veces, sin embargo, si juntamente la bondad de los pastos, de los años y del terreno le son favorables, permanece algunos años seguidos en un mismo lugar, cultivando entonces, muy rudimentariamente, los terrenos de alrededor de las jaimas, pero sólo en la medida necesaria a las necesidades de su sustento.

(1) Buchet (Mission Buchet. Rapport sommaire d'ensemble. (*Bull. du Com. de l'Afr. franç. Rens. col.* págs. 227-234, 1906, part IV *Zootéchnie*), señala haber emprendido con Dehory, de Tánger, el estudio de las razas ovinas marroquíes.

Acompañan a las vacas bandadas de resneros o picabueyes (*Bubulcus*) que subidas sobre el lomo de las reses libran a estas de insectos pertinaces. No es extraño ver estas garzas revolotear y posarse sobre los animales que van tirando del arado: su conductor sabe respetarlas.

Entre Larache y Alcazarquivir, en las llanuras del Adir, existen yeguas y toradas salvajes : caballos y toros que habiendo pertenecido al Sultán Muley el Hassan, quedaron después abandonados y se han hecho cimarrones. El Estado español parece abrigar el propósito de utilizarles como base para establecer aquí una remonta.

En los poblados, el ganado se refugia en corralizas, en cuyo centro está la casa (*nuala*), con tenados, de los que algunos cónicos, constituidos por palos y tallos secos de gamones (fig. 89) ; las bardas que rodean toda la construcción, constituidas por troncos y espinos, sin orden alguno, sirviéndoles como de mortero, barro amasado con estiércol.

La llanura aluvial del río Luccus, las tierras negras, extensas, sin sombra, están invadidas del cultivo cereal, cebada y trigo principalmente (1) sin que falten tampoco campos de avena (*hurtal*, en árabe). En la región del Uad Mehazen, las cebadas gozan de merecida fama, en razón de su densidad y parece que no tienen rival los melones y sandías de estos lugares : tal la fertilidad de sus tierras negras.

Dichos tirzs, que se extienden en la kabila de El Jolot por llanadas y colinas, aun cuando se hallan en gran parte incultos y cubiertos por alta maleza, presentan en porción considerable muy buenas siembras de cereales (cebada, trigo, sorgo, maíz) tan elevadas las cañas de los dos primeros, ya próximos a su madurez cuando nosotros los recorrimos, que marchando por entre ellas casi nos cubrían a caballo. Es necesario haber estado en el país para convencerse de este prodigio y contemplar las largas y gruesas espigas, repletas, reventando al empuje de sus granos.

En Larache, en la orilla izquierda del Luccus hasta Alcazarquivir y en todo Es Sahel, sucede lo propio ; allí donde se presentan las tierras negras brotan con vigor desusado las plantas, ya cereales, ya leguminosas. Si se piensa que tales siembras se obtienen sin abonar, sin escardar y sin riegos, el resultado parece todavía más sorprendente. El moro emplea muy poco el abono en sus tierras ; rodean a Alcazarquivir verdaderas colinas (llamadas irónicamente *yebalas*) de estiércol estratificado, depósitos acumulados del estiércol, que el moro desdeña, en muchísimos años. Se ha advertido lo poco que la escarda se practica ; los sembrados son una espesa maleza que crece libremente acompañando a la especie cultivada. De otra

(1) Las medidas empleadas en Larache para los áridos son : El *al-mud* (64 litros), subdividido en *Nus mud* (32 litros) ; *robii* (8 litros) ; *nus tsumi* (4 litros) y el *esunni* (2 litros). La fanega española (56 litros) se emplea también entre judíos y peninsulares.

parte el agua escasea y conviene que insistamos en ello, advirtiéndolo, para que nadie se de por sorprendido, que durante el verano, los ríos, ya de escasa consideración, si se exceptúa el Luccus cuyo caudal es no más que regular (un Henares, un Jarama) disminuyen en gran escala su rendimiento, hasta reducirse a pequeños arroyuelos. Con las lluvias, como en todo curso torrencial y sujeto a un clima seco, experimentan todos grandes y súbitas crecidas.

La siega del trigo y de la cebada se verifica en el mes de junio, anticipándose como en todas partes, la de la segunda. Hemos visto segar el trigo a fines de mayo en los arenales de la Huámara, pero se debía lo prematuro de la fecha a que la facultad retentiva que para el calor presentan las arenas silíceas, había anticipado su madurez. En muchos lugares, por estos días, los moros estaban ya entregados a la siega, aun en verde, sin esperar la granazón, por el temor de que la guerra que todos veíamos venir, se precipitase.

La fecundidad y productividad del suelo explican en la relación humana, la densidad de la población en el territorio y el propio crecimiento de los negocios. Las caravanas se hacen innumerables, especialmente en el valle del Luccus y los *cauasis* se multiplican en las sendas. El camino de Alcazarquivir a Fez, es amplio como una carretera y está lleno de viajeros que van en uno u otro sentido; son abundantes las reatas de caballerías, (en las *suaris* mercancías múltiples) y las filas de camellos pacíficos que se mecen lentamente.

En torno de los poblados, por insignificantes y miserables que estos sean, se hallan dispuestos huertecillos minúsculos, produciendo toda clase de hortalizas, en aquella exigüa cantidad que basta a su sobriedad. No faltan en estos huertos la cerca de chumberas, ni en su interior matas de hierbabuena (*nanna*) que añaden al te, su bebida usual; ni cáñamo (*kif*) cuyas hojas y tallos fuman después en la diminuta pipa de barro, en la cálida quietud del paisaje de sol, porque una ilusión brille en la sombra de su vivir, ni tampoco muy lozanos pies de tabaco (*Nicotiana rustica*) que si bien fuman, más lo utilizan como rapé, en segura indicación de lo fácil que sería en estos lugares el cultivo del tabaco siuviésemos la valentía y patriotismo de declarar libre su cultivo.

En los zocos de las ciudades (Arcila, Larache, Alcazarquivir) ofrecen los vendedores de preferencia las mismas hortalizas que pueden verse en Andalucía; alcauciles o alcaciles y frescos ramos de la *nanna* olorosa.

La arboricultura, si esta palabra fuese expresiva en un Marruecos, apenas si existe. Los frutales típicos de la región mediterránea se des-

envuelven entregados a su libertad, ajenos a la esclavitud de la poda y cuidados culturales. Ved ahí el Yebel Gani, al S. de Alcazarquivir, en donde al lado de seculares bosques de acebuches u olivos silvestres, (*yanan d'zeitun*) existen otros de granados (*yanan de romman*), con la nota rojo de sangre de sus flores y otros todavía, formados exclusivamente de higueras (*yanan de xedxar*), espléndidas y firmes,

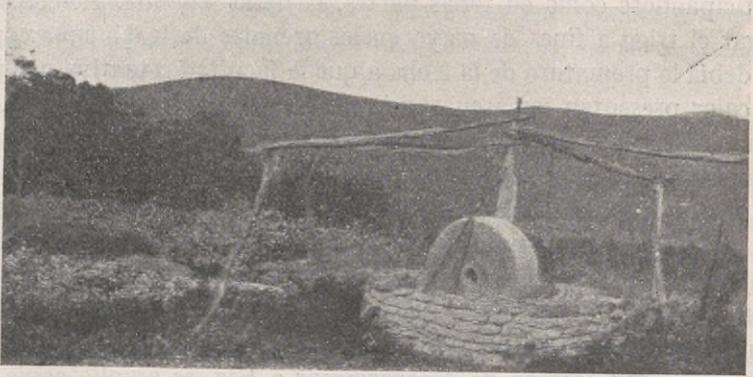


FIG. 92

Antiguo molino aceitero, no lejos de Yebel Gani, abandonado en el campo

de frondosidad y robustez sin rival, dando al paisaje un sabor característico, casi hasta las propias orillas del Uad Luccus, en la llanura ardiente. Y he aquí como antes de llegar a ellos, viniendo del S. desde Yebel Sársar, sorprende en medio del campo un antiguo molino aceitero, igual a los de España, con su solera de toscas baldosas y su volandera, cilíndrica y no cónica, que descansa en ella vertical (fig. 92) testigo de un cultivo, anterior y remoto, del olivo en estas regiones.

Las huertas de Alcazarquivir tienen acebuches, higueras, granados, naranjos, limoneros, membrillos, ciruelos, manzanos, perales, albaricoques y melocotoneros.

Las huertas de Larache extendidas desde la población en su N. E., hasta la margen izquierda del Luccus, son todas bellísimas. Túneles de verdura (que forman *Calystegias*, *Vincas* y *Aristolochias*) ponen en sombra sus sendas, forman tupidas enramadas entre las moreras y llenan los caminos en oleadas de frescura y de fragancia. Hay en ellas bosques de higueras, de granados, de moreras y de otros fru-

tales diversos ; algunas norias funcionan en la fronda sombría. Mas nada tan fresco y luminoso como sus naranjos, formando verdaderos bosquecillos, en pleno vigor, productores de abundante y riquísimo fruto que alcanza tanta celebridad como el de Tetuán.

Las de Arcila tienen el mismo carácter y no hemos de acudir a repeticiones. Las contadas palmeras existentes producen dátiles de calidad no recomendable. En la huerta del judío Ben Chitón, hemos visto intentar el cultivo del plátano (*Musa paradisiaca* L.), pero con muy mal éxito porque condiciones de clima excluyen por completo todo cultivo tropical. (1)

En suma, es muy grande la producción cereal y de importancia la ganadera. Dichos productos, con frutas y hortalizas de primera calidad, llenan la presente agricultura marroquí.

B. PORVENIR AGRÍCOLA

DE QUE ES SUSCEPTIBLE NUESTRA ZONA DE INFLUENCIA

Plantas que pueden y deben cultivarse

En el curso de la anterior exposición acerca del momento presente de la agricultura marroquí, se ha venido indicando, por incidencia, cuales serían, en cada terreno y región, los cultivos más convenientes. Señalaremos aquí todavía otros nuevos cultivos, de seguro y espléndido porvenir. Las vegas y llanuras del Uad Lila, Martín y Uad Ras, son susceptibles de producir bastantes veces más el rendimiento presente, en una agricultura racional de abonos y labores, dadas oportunamente con otra clase de instrumentos y arados. Las labores profundas, de cava excelente, por tener el suelo mullido, serían remedio eficaz y seguro a su sequía. El cultivo del olivo que hoy no tiene lugar habrá de ser muy ventajoso ; en las mismas tierras de los valles podrían sembrarse los actuales cereales y dejar para las de las lomas y colinas limitantes el árbol citado, en la esperanza de que habrá de rendir tan óptimos frutos como en las provincias de Córdoba y Jaén.

Otro cultivo que como el del olivo se extenderá no menos fácilmente y en mayor extensión, será el de la vid. Las tierras ligeras de

(1) Mr. G. de Gironcourt ha anticipado en una comunicación a la «Sociedad de Geografía», de París (*La Géographie*, tom. XXIX, núm. 5. Año 1914. 15 mayo, págs. 380-381) algunas de nuestras conclusiones negativas sobre la posibilidad de cultivos tropicales en la zona de influencia española, aún no habiendo sido publicadas por nosotros todavía.

los sahel, las colinas y cuevas de la cuenca del Luccus brindan terrenos de primera, con el concurso del clima, para obtener vinos muy alcohólicos. Sin temor a la seguridad del éxito se puede cultivar en toda la zona de influencia española.

Los terrenos arenosos como los sahel, en cuanto se ha visto que el clima moderadamente fresco y húmedo de la costa atlántica, las convertía en suelos de mediana fertilidad, podrán ser entregados al cultivo sin ningún inconveniente con tanto mayor motivo cuanto hemos visto cultivar en la Huámara huertos y cereales en inmejorables condiciones y se trata del extensísimo arenal de la duna costera. La patata no se cultiva en grande en Marruecos (tan sólo en las tierras sueltas y arenosas de las huertecillas miserables). El sahel arenoso de consuno con el clima, se prestan muy bien a este cultivo.

El alcornoque en debidas plantaciones a tresbolillo o a marco real, en una explotación sensata, constituirá en efecto una riqueza. Pero presentando la zona la posibilidad absoluta de otros cultivos de mayor riqueza (cereales, olivo, vid, algodón, etc.) el alcornoque ocupará siempre un lugar muy secundario. Parece inocente y aún perjudicial el consejo de aquellos que lejos del conocimiento de las cuestiones agrícolas, desconocedores de las condiciones naturales de nuestra zona, fian en el corcho toda nuestra salvación, como si él fuese digno de emprender una campaña. En oposición a estos pobres tales, recomendamos una agricultura progresiva y adaptada a la zona por ver si ello nos mueve a salir de la ignorancia y del marasmo que nos hace ineptos para toda empresa.

La región a quien espera porvenir más inmediato y sólido y más esplendorosa agricultura es la comprendida entre Arcila y Alcazarquivir, especialmente la hermosa cuenca del Luccus si la civilización española da a la zona la seguridad que ha menester y destierra el atraso agrícola en que hoy vive el indígena, factores adversos que esperamos desaparezcan en breve (1). Nunca creemos haber insistido bastante en advertir que la zona no es susceptible de ningún cultivo tropical; su situación geográfica y la frescura extrema de las noches en la faja litoral no lo consienten.

Las extensas llanuras aluviales del río Luccus están incitando a un más adecuado cultivo cereal, mayores siembras de cereales y plantaciones de olivos, siempre que se desdeñen los sitios muy hú-

(1) Si bien la seguridad en el campo era mayor en nuestro tiempo, no hemos visto un solo cultivador europeo (se asegura que hay algunos). Es frecuente el tipo del cantinero, esta lepra de los países que nacen a la colonización.

medos. Las colinas (kudias) lomas y laderas, pueden y deben ser dedicadas al cultivo del olivo, la vid y la morera que, con su derivado la sericicultura, sería una de las fuentes mayores de riqueza en una agricultura próspera. La llanura puede ser entregada al cultivo mecánico, incluso a los arados de vapor, en los comienzos de su explotación, para el cultivo intenso de cereales. Aun cuando estas llanuras son susceptibles de producir de todo, incluso en el cuidadoso cultivo intensivo de la huerta, no se olvide que no podrán cederse al cultivo sino en ciertas épocas aquellos terrenos de la llanura aluvial que quedan dentro de la zona de inundación del Luccus, en sus frecuentes avenidas y desbordamientos. Los tirzs o tierras negras que no rechazan ninguno de estos cultivos, sino que antes bien se holgarían de ellos, debemos destinarlas especialmente para dos cultivos riquísimos; el del tabaco y el del algodón que se darían con extraordinaria facilidad; el último, singularmente en las tierras negras de las vegas y llanadas. Hoy ya se cultiva muy en pequeño en el propio Luccus y más todavía en las llanadas del Sebú, en los huertos y hasta sin riego, que los indígenas no juzgan indispensable. Una vez preparada la tierra con una o dos labores y muy bien mullida, bastaría sembrarla debidamente a mitad de la primavera para recoger sus cápsulas en completa madurez, reventando al empuje de su borra, a finales del verano, sin que los riegos fueran de todo punto necesarios.

Las tierras negras de nuestro Marruecos, fertilísimas, parecen halladas de intento para este cultivo; son semejantes a las que llaman los americanos *black cotton soils* (tierras negras de algodón). De otro lado, el clima cumple con aquellas condiciones tan beneficiosas al algodón (particularmente necesarias al de mejor calidad, de largas y finas hebras): ausencia de lluvia en los meses más cálidos del año (durante el proceso de su madurez), mucho sol y cierta humedad en el aire gracias al influjo del Océano, pues que la humedad se eleva a 80 por 100 o es superior a esta cifra (véase III, CLIMA). Sólo son de temer las escarchas de la primavera y las fuertes rociadas de las noches que dañarían en algo la borra algodonosa de las cápsulas.

Desde el punto de vista económico, la mano de obra que hemos menester para la recolección, utilizando al indígena, habría de salir muy barata. Sólo el valor del aceite de las semillas (que de cada día se obtiene más puro) compensa ya los gastos del cultivo; el producto de la borra, muy superior al del aceite, quedaría íntegro para el cul-

tivador. Crearíamos así un producto que habría de satisfacer las presentes necesidades de la industria española (1).

Tampoco son de desdeñar los árboles frutales y muy señaladamente el naranjo.

El olivo será siempre el que alcanzará mayor desenvolvimiento, como sucede hoy mismo en Andalucía. Una vez cubierto el país de viñedos, naranjos, cereales, algodón, tabaco y hortalizas como resultado de una agricultura adelantada en que no estuviese ociosa la tierra, conforme es práctica en nuestro industrioso labrador levantino, sería ocasión de pedir al valle del Luccus, marcadamente a sus ricas tierras negras, la considerable producción agrícola que de ellas cabe esperar si los españoles nos damos maña para conseguirlo.

Carentes por completo de observaciones en el interior, pues que por el estado del país no nos ha sido posible sino recorrer y estudiar la faja costera, profundizando en el interior únicamente hasta el Zoco del T'Zenin, no podemos afirmar nada en concreto. Sin embargo, suponemos muy fundadamente que tierra adentro han de desaparecer los caracteres climatológicos de la faja litoral, que alcanza una anchura todo lo más de 80 a 100 kilómetros, lo que se reflejará en las dificultades de los cultivos. En el respecto de las lluvias creemos a nuestra zona comprendida entre los 800 milímetros de lluvia anual y menos de 400 milímetros. En la exploración metódica del interior se han de ver regiones muy secas, de débil higrometría, de precipitaciones inferiores a los 500 milímetros.

Si nuestras predicciones se realizan, nos permitimos aconsejar en este caso el empleo del *dry-farming*, que consentirá cultivar la totalidad de las tierras. La tendencia xerofila de la vegetación es un elocuente indicio de esta sequedad y ha de ser más fácil utilizar el *dry-farming* en regiones áridas o semiáridas que pensar en la posibilidad remota de establecer el riego, pues que el *dry-farming* (cultivo de las tierras secas), consiste esencialmente en guardar en el suelo, con extremo cuidado, la escasa cantidad de lluvia caída, mediante labores profundas, y sobre todo, en mantener pulverizada y mullida la capa más superficial del suelo, repitiendo las labores para

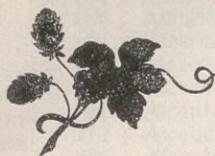
(1) En la producción algodonera del mundo los países mediterráneos, especialmente los orientales, intervienen, aún cuando con un tanto por ciento algo reducido. No se olvide que Egipto (es cierto que con los riegos del Nilo), tiene el algodón por su mayor exportación y sus rendimientos relativos exceden a los de los demás países (más del doble que los Estados Unidos y seis veces más que la India). He aquí el número de quintales por hectárea: Estados Unidos, 2'0; India, 0'8; Egipto, 4'6; (Woeikof, A.). La culture du coton et l'industrie cotonnière dans le monde. (*Ann. de Géogr.* Año XXII. N.º 126, 15 noviembre 1913, págs. 385 389).

evitar toda la posible evaporación. El método del *dry-farming* nos hará conquistar para el cultivo todas las regiones áridas o semi-áridas de nuestra zona marroquí, siempre que se sepan elegir no sólo plantas adecuadas y aun adaptadas ya a estas aridez y sequedad, sino también capaces de absorber y retener la escasa humedad que las labores se han esforzado por acumular y reservar en el suelo.

Justamente los trigos duros, cultivados en nuestra zona, son de excelentes rendimientos, aun en las más precarias condiciones de sequía ; son, por tanto, muy a propósito para el *dry-farming*. Las espeltas o escañas, el maíz, el sorgo, la alfalfa (dispuesta en líneas espaciadas); sin olvidar la vid y los árboles frutales, son de éxito seguro en el sistema.

Nuestros agricultores españoles, entregados a sus labores de barbechera, y más especialmente los de regiones secas (extremeños, andaluces) multiplicando las labores en el cultivo de la vid y del olivo por mantener mullida la capa superficial (modo eficaz de que la humedad se conserve), practican, con otro nombre, un verdadero *dry-farming*, que hace el riego menos indispensable.

Los moros mismos, aun en una su agricultura más atrasada, reconociendo el valor de estos métodos y la fuerza con que se imponen en los lugares secos, practican ya el barbecho en el cultivo que los españoles llamamos de año y vez, y saben que si previamente se ha ocupado la tierra con maíz, son mejores los trigos del año siguiente (porque el primero les obliga a realizar labores de primavera). Reconócense así los indicios de un comienzo de alternativa de cosechas y de que el *dry-farming* es, como ya han repetido Bernard y su propio propagador el yanqui Widtsoe, tan antiguo como el hombre.



ÍNDICES

I. ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
A			
Abbasida (Dominación)	126	Agricultura (La)	195
Abd-el-Aziz	49	» del Luccus	226
Abd-el-Kader	126	» del país atlántico	218
Abd-el-Mumán	137	» » mediterrá-	
Abd-Selam	139	» neo	213
<i>Abhal</i>	171	Agricultura marroquí	225
Abietáceas	165	» progresiva	226
Abono	222	Agua del Rincón del Medik	32
Abraham (El judío)	133	Aguas (Escasez de)	198, 202, 223
Aceбуche, 67, 160, 164, 177, 185, 224		<i>Ahl</i>	133
Aceбуche (Predominio del)	180	<i>Aid el F'tir</i>	50
Aceite	160	<i>Aisar</i>	191
Aceitero (Molino)	224	Aissaua	51, 54
Aceituna	160	Aissauas (Fiesta de los)	54
» silvestre	174	» (Origen de los)	54
<i>Achkil</i>	176	» (Prácticas religiosas)	79, 80
<i>Achur</i>	211	» (Secta de los)	51, 53
Acido fosfórico	200, 202, 203	Aixa	146
Actinostrobáceas	165	Ajos	194
Adaptación a la sequía	163, 164	Alamos	174
» al clima	164	Alazor	176
<i>Ad-dahs</i>	199	Albar (Pino)	174
Adelfa (Tipo)	161	Albaricoquero	213, 217
Adelfas	25, 160, 164, 181	<i>Alboranita</i>	59
» (Fuente de las)	181	Alcaciles	182, 223
<i>Ades</i>	212	Alcachofa	213
Adir	222	Alcántara (Ten. Cor.)	137
Administrando justicia	136	Alcauciles	223
Aduar	31, 103	Alcazaba	96
Aduares (Distribución de los)	171	» de Tánger	77
Adul	97, 210	» de Zeluán	49
Afrodisíaco	160	Alcázar pequeño	26
<i>Agave americana</i>	163	Alcornocales marroquíes	169
		Alcornoque 16, 29, 160, 161, 164, 169	184, 200

	Págs.		Págs.
Alcornoque (Cultivo del).....	226	<i>Andropogon</i>	167, 194
» (Relación entre la sílice y el).....	169	Andyera (Nivel acuífero de) ..	170
Alfalfa.....	229	» (Vegetación de) ..	169, 174
Alfau (General).....	114	<i>Angelica</i>	194
Alfonso V de Portugal.....	26	<i>Anthemis</i>	162, 167
Algarrobo, 25, 71, 160, 161, 170, 177	177	<i>Anthemis Bovæana</i>	178
Algarrobos (Río de los).....	71	Antigüedad del <i>dry-farming</i> ..	229
Algodón.....	212	Anuales (Plantas).....	194
» (Tierras negras de) ..	227	Año y vez.....	229
Algodonera (Producción).....	228	Aparcería.....	209, 210
Algodonero.....	226	Aparcero.....	210
» (Cultivo del).....	227	Apicultura.....	218
<i>Al-hamri</i>	199	<i>Ar' aar</i>	171
<i>Al-harxof</i>	213	Arabescos.....	61, 62
<i>Al-henna</i>	130	Arado.....	211
Alheña.....	130	» moruno.....	215, 217
<i>Al-hinna</i>	130	Arados de vapor.....	227
<i>Al-holbat</i>	212	Arbol de los pulgones.....	168
<i>Al-holva</i>	212	<i>Arboles boreales subtropicales</i> ..	161
Alholva.....	212	<i>Arboles con hojas persistentes</i> .	192
Alhucemas.....	166, 171	Arboles frutales (Cultivo de) .	228
Alí.....	24	Arboricultura.....	223
» Ben Mohamed Esseloui. .	48	Arcaico de la Almina (Terr.) .	14
Aliesib.....	51	» de la Península.....	11, 12
<i>Al-jarub</i>	170	Arcaicos (Terrenos).....	169
<i>Al-jarrub</i>	71	Arcila.....	141
<i>Aljucema</i>	171	» (Paisajes de).....	179
<i>Aljuzami</i>	171	Arcilla coloidal.....	158
<i>Allium</i>	167	Arcillas abigarradas.....	57
<i>Al-ma</i>	174	» eocenas.....	200
<i>Al-mahaxhax</i>	199	» pliocenas.....	57, 144
Almendro.....	165, 195, 213, 217	Arcillosas (Tierras).....	199
Almortas.....	198, 212	Arco de Ceuta a Ras el Tarf..	33, 37
<i>Al-mud</i>	222	Arellano.....	134
<i>Aloch</i>	190	Arenal de la Huámara.....	190
Alquiler de caballerías..	63, 84, 130	» de las lagunas del Smir. .	32
Alrededores de Azib.....	104	Arenas pliocenas.....	121
Alternativa de cosechas.....	229	Arenisca pliocena.....	176, 200
Altramuces.....	182	Areniscas.....	57
Al través de las dunas.....	115	» devónicas.....	169
<i>Alubia</i>	212	» eocenas.....	145, 200
Aluviones.....	199	» fosilíferas.....	13
» arcillosos del Luccus.....	201	» neógenas.....	205
» del Luccus 109, 110, 144	144	» permotriásicas.....	58
» del Martín.....	199	Arenosa (Tierra).....	199
Ameido.....	31	Arenoso-caliza (Tierra).....	199
<i>Ammaria</i>	82	Aridas (Regiones).....	228, 229
<i>Ammi</i>	194	Aridez estival del tizr.....	208
Amo del río (El).....	91	<i>Aristolochia</i>	224
<i>Anacyclus</i>	162, 167	Arkosa.....	31, 169
<i>Anagallis</i>	182	» (Descomposición de la) 198, 200	200
Análisis de las tierras negras..	203	<i>Arrayán</i>	162
» de los tizr.....	202, 203	<i>Ar-sahel</i>	199
<i>Ancera</i>	211	Artículos de Fez.....	44, 76, 97
<i>Anchusa</i>	190	» de Marrakesk.....	97
<i>Andalusi (Fátima l')</i>	98	<i>Asafi (Ya)</i>	98
Andesita.....	59	Asaltos de Tetuán.....	51
		<i>Asasnu sasnú</i>	160

	Págs.		Págs.
Ascensión al Yebel Musa.....	25	<i>Beni</i>	133
Ascenso al Yebel Sársar	103	<i>Be-nus</i>	210
Asociaciones vegetales 162, 168, 209,	211	Bereberes.	210
Aspecto de Larache	119	Bermúdez de Castro.....	134, 185
<i>Asphodelus</i>	167	<i>Bernak</i>	167
<i>Asplenium</i>	179	Bir el Marat (En).....	145
As, riján	162	<i>Bistneg</i>	182
<i>Astukudes</i>	171	Biznaga	182
<i>Atai</i>	41	<i>Black cotton soils</i>	227
Atardecer en el Fondak.....	70	» <i>soils</i>	206
<i>Atarfe</i>	174	<i>Blad-el-Mahhzen</i>	138, 210
<i>Atil</i>	188	<i>Blad-es-siba</i>	138, 162, 210
Atlántico	116	Boj	162
Atocha.....	165, 167	Borragináceas	85, 167
<i>Atoronja</i>	195	<i>Borrago officinalis</i>	177
<i>At-tuars</i>	199	Borraja.....	177, 182
<i>Aturundx</i>	195	Bosque (El).....	192, 193
Aulagas	162	» del Uad Garifa	180
Auranciáceas.....	164	» de Sahel	184
<i>Avena</i>	167, 194	» sagrado de Sidi el Ia-	138, 185, 186
<i>Axfur</i>	162	mani.....	161
Azadilla	214	Bosques	160
Azafrán	176	» <i>de clima subtropical seco</i>	160
» romí	176	Bosques residuales.....	190, 191
<i>Azambuge</i>	174	» <i>subtropicales secos</i> ...	193
<i>Azir</i>	162	» <i>testigos</i>	161
Azulejos.....	62	Brezo	16, 161
<i>Az-zabuch</i>	174	Brindis por la paz	49
<i>Az-zafaran</i>	176	Brisa marina.....	154
<i>Azzafaran rumi</i>	176	<i>Bruag</i>	167
<i>Azzaz</i>	162	<i>Bryonia dioica</i>	189
		<i>Btom</i>	160
B		<i>Bu-biad</i>	199
<i>Bab-el-Homar</i>	142	<i>Bubulcus</i>	221
<i>Bab-el-Ogla</i>	43	<i>Bu-Hamara</i>	48
<i>Bab-et-Tut</i>	51	<i>Bujanám</i>	188
Babuchas.....	23	<i>Butanas</i>	31
Bajo (Monte)	161		
<i>¡Bala!</i>	43	C	
Barbechera (Labores de)	229	Cabra	221
Barbecho	229	<i>Cactus Opuntia</i>	163
<i>Barkhausia</i>	190	Cadena rifeño-yebálica.....	57, 58
Barra del Luccus.....	90	Caid de Andyera.....	10, 16, 17
Barras	145	Calabaza.....	213
Barrio del Aiun (Tetuán)	46	Calcifuga (Planta).....	180, 190
» judío	48, 49	Caliza liásica.....	14, 59
<i>Basal-al-bar</i>	176	Calizas	13
<i>Basal-al-Far</i>	176	» compactas	58
<i>Basal-al-khanzir</i>	176	» jurásicas.....	59
<i>Bathij</i>	213	» margosas	58
<i>Bathija</i>	213	» secundarias	57
Bazar de Larache	125	» toarcienses.....	58, 170
» indio.....	97	<i>Calystegia sepium</i>	179, 224
<i>Bejera, at</i>	213	Calles de Alcazarquivir	96
<i>Belkra</i>	210	» de Tánger	76
Ben Chitón	141, 142, 225	» tetuanies	43
		<i>Callitris quadrivalvis</i>	165

	Págs.		Págs.
Cama.....	216	Cebolleta	213
Cambrico de Ceuta	12	Cedro	61, 165
Camellos	218	<i>Cedrus</i>	165
Camino a Larache.....	89	Cementerio cristiano	56
» a Tetuán	38	» judío	55, 56
» de Alcazarquivir a Fez	223	» moro	56
» de Larache.....	117	<i>Censal mojalata</i>	209
» de Tánger.....	64, 65	<i>Centaurea</i>	167
Campamento del Rincón del Medik.....	33	<i>Cerantonia Siliqua</i>	164
Campamento en Arcila.....	88	Cereal (Cultivo).....	211, 213, 226
» en La Huerta del Sultán.....	108	» (Producción).....	225
Campamento español	56	Cereales del Luccus (Cultivo de)	201
Campiña de los tirzs	208	<i>Cerinthe major</i>	167
» de Tetuán	196	» <i>minor</i>	167
Campo exterior de Ceuta	9, 19	<i>Cesalpináceas</i>	164
Canción del susi	81	Ceuta a Tetuán	175
Cantarada	130	<i>Ciconia Abdimii</i>	70
Canteras de Benzú	14	Cigüeñas.....	96, 185
Cantina de los Malalies	40	Cimarrones (Caballos y toros).	222
Cantueso	162	Ciperáceas	201
Caña.....	179	Circuncisión.....	31
Cáñamo.....	213, 223	Ciruelo	213, 224
Carácter climatológico de la Yebala	159	Cistáceas	36, 162
Carácter mediterráneo	171	Cistíneas	165
Caracteres físicos de los tirzs	202, 206	<i>Cistus</i>	169
Caravanas	218, 223	» <i>crispus</i>	169
Carbono	202	» <i>ladaniferus</i>	165
Cárcel mora	77	» <i>laurifolius</i>	163
<i>Cardillo</i>	188	Ciudad de Alcazarquivir	95
Cardo mariano	188	» de Larache	120
Cardos	168	Cladodios.....	163
<i>Carex</i>	174, 182	Clima	148
Carretera de Ceuta a Tetuán .	175	» (Su reflejo en la vegeta- ción).....	159
» de Tetuán.....	27, 32	Clima y el tirz (El).....	206
Carta de los secuestrados	135	» y la fisiología (El).....	164
Cartografía marroquí	139	» de la montaña	158
Casa de Sidi Hassen.....	21, 24	» desértico.....	159
Casero de Tetuán (El).....	42	» <i>mediterráneo</i>	159
<i>Castaña</i> (El).....	31	» <i>subtropical</i>	166
Castigo al ladrón.....	145	» <i>templado</i>	159
<i>Caua</i>	24	Climatología marroquí	150
<i>Cauasi</i>	125, 223	Colchicáceas	167
» de Los Malalies	41	Comercio tanyerino.....	76
» en la llanura del Luccus.	93	Comida moruna	101
Caverna de Yebel Musa.....	26	Comisión de límites.....	116
Cebada.....	198, 199, 212	Comitiva del caid de Andyera.	18
» del Jolot.....	208	Compuestas.....	85, 167
Cebadas del Uad Mehazen ...	222	Condición de la mujer.....	29, 30
Cebolla.....	213	» de los colonos.....	197
» <i>albarrana</i>	176	Conferencia con Alfau.....	48, 49
» <i>de campo</i>	176	Conglomerado.....	13
» <i>de puerco</i>	176	Coníferas	161
» <i>de rata</i>	176	Consulta médica.....	126
» <i>silvestre</i>	176	Convolvuláceas	167
		<i>Convolvulus</i>	179
		» <i>althæoides</i>	167, 188
		» <i>tricolor</i>	182

	Págs.
Corán.....	75, 125
Corcho.....	226
Cordón litoral.....	181
Corifineas.....	193
Cornicabras.....	160, 161
Corralizas para el ganado.....	222
Correo español.....	79
Corriente fría marina.....	154, 159
Corrientes marinas.....	145
Corte geológico de la cadena.....	58
Cortejos nupciales.....	82
Coscojas.....	175
Cosmopolitismo de Tánger.....	74
Costa de Arcila.....	142
Costumbres rurales.....	209, 225
» tetuaníes.....	43
<i>Cotinus</i>	162
<i>Crataegus</i>	161
<i>Crataegus monogyna</i>	189
Crecimiento del tráfico.....	218, 223
Cretáceo.....	144
<i>Crocus</i>	176
Croquis del Itinerario.....	147
Crucíferas.....	167
Cuarcitas silúricas.....	58
Cuarzosos (Suelos).....	180
Cuaternarios (Aluviones).....	201
Cucurbitáceas (Cultivo de las).....	213
Cuenca del río Luccus (La).....	91, 118
Cultivo cereal.....	211, 213, 226
» de cereales del Luccus.....	201
» del alcornoque.....	226
» del algodónero.....	227
» de la morera.....	227
» de la patata.....	226
» de la vid.....	213, 225, 226, 227
» del naranjo.....	228
» del olivo.....	199, 225, 227, 228
» del tabaco.....	227
» de las tierras negras.....	222, 227
» de las tierras secas.....	222, 228
» de los árboles frutales.....	229
» de los sahel.....	228
» extensivo.....	211
» intensivo.....	212, 227
» mecánico.....	227
» moruno.....	211, 222
» (pequeño).....	212
» tropical.....	225, 226
Cultivos a intentar.....	225
» arbustivos.....	210
» de regadío.....	210
» del río Negro.....	29
» en Uad Ras.....	218
» indígenas.....	209, 225
Cupulíferas.....	165
Curculiónidos.....	29

	Págs.
Curro las Once (Calle de).....	76
<i>Cuz-cuz</i>	60
Cuzcucera.....	60
<i>Cynara</i>	188
» <i>spinosissima</i>	182
<i>Cytinus Hypocistis</i>	174

Ch

Chabola.....	132
<i>Chadxarat-el-bak</i>	168
<i>Chair</i>	210, 212
<i>Chamarops humilis</i>	14, 29, 166
Chapa (Moneda).....	96, 97
<i>Charka</i>	210
<i>Chej-el-Hamel</i>	54
<i>Chej</i> perfecto.....	54
<i>Chelja</i>	81
<i>Cherf</i>	103
<i>Cherit-ed-sdom</i>	169
Chilaba.....	97
<i>Chilali</i>	139
Chilali ben Dris Serhuni el Yu-sef.....	48
<i>Chilbana</i>	212
<i>Chorfas</i>	138
<i>Chulban</i>	212
<i>Chumad-el-Lual</i>	107
Chumberas.....	163, 182, 189

D

<i>Dadanard</i>	162
<i>Dalia</i>	213
<i>Dar</i>	21
Datos climatológicos.....	149
<i>Datura</i>	177
De Arcila a Larache.....	89
Decalcificante de los tirzs (Origen).....	205
Defensa contra la sequía.....	163
<i>Defla</i>	160
<i>Delphinium</i>	191
Densidad de la población.....	223
Dental.....	216
<i>Dérdar</i>	168
Derecho hereditario musulmán.....	53
Desaparición del bosque.....	204
Desbordamientos del Luccus.....	158
Descenso de Yebel Sársar.....	103
Descripción de La Almina.....	11
» de Ceuta.....	8
Descuaje.....	191, 204
Desfiladero del Rincón.....	38
Desfiladero del Rincón del Medik (Vegetación del).....	176
<i>Despedida a Granada</i>	98
Despedida a Marruecos.....	146

	Págs.		Págs.
Despedida de Alfau	63	Enebro	165
Despertar en Alcázar	95	En el Yebel Dersa	57
D. Sebastián	108	» el Zoco del T'Zenin	137
Devónico	170	» Kudia Federico	20
» de Ceuta	12	» Larache	119
» de Yebel Dersa	56, 57	» Tetuán	41
Diana,	29, 95	Entierros árabes	75, 83
Diario de la expedición	7	Entrada en Larache	119
Días de lluvia	157, 158	» en Tánger	73
Diezmo	211	Eoceno	58, 59, 144
Diluvium	13	» inferior	144
<i>Diplotaxis erucoides</i>	190	» superior	144
Distribución de las lluvias	157	Eólico de los tirzs (Origen)	204
» geográfica de los		<i>Epsela</i>	213
» tirzs	206, 208	Eremacausia	202, 206
Dolomías	13	<i>Erica</i>	170
<i>Dominio de la flora mediterránea</i>	159	<i>Ericáceas cinerea</i>	16, 169, 176
<i>Dos reales hassani</i>	96	»	165
<i>Dra.</i>	212	Erosión del permo-trías	65
<i>Draá.</i>	210	» en las dunas	120
<i>Dró</i>	160	» litoral	116, 120
Droseráceas	173	Erupciones graníticas	58
<i>Drosophyllum Lusitanicum</i>	173	<i>Erythraea fastuosa</i>	176, 182
<i>Dry-farming</i>	202, 228, 229	Escabiosas	180
<i>Dubba</i>	213	Escañas	229
Duna de la Huámara	178, 191	Escarcha	155
» en Monte Negrón	172	Escarda	211, 214, 222
» fija (Antigua)	145	Escardillo	214
» pliocena	116, 118, 128, 169	Escenas de Larache	129
Dunas	34, 73, 89, 90, 114, 116, 117	Esclavas	53
»	125, 145, 171, 181, 186	Escolta militar	106, 136, 140
Dunas actuales	121	Escrofulariáceas	167
» del Atlántico (Las)	121	Eskaras	76, 78
» muertas	175	Esparto	167
» pliocenas consolidadas	120, 122	Espeltas	229
<i>Duro hassani</i>	96	Espesor de la tierra negra	205, 207
E			
<i>Echium</i>	85, 107, 162, 178	Espino-majuelo	179
Ecológicas (Relaciones)	171	Espinos	163
Ecológico (Aspecto)	116	Espinosa (Planta)	162
Edáfico (Aspecto)	116	Esplendor de la vegetación	189
Elaboración del te moruno	101	Es Sahel	131
<i>El Iaktin</i>	213	Estado actual de la agricultura	
El Ksar-el-Seguir	25, 26	» marroquí	196
» Larache español	128	Estancia en el Fondak	70
» Luccus	91, 109	» en La Guámara	115, 117
» Medani	28	» en Mexera Neyma	109, 112
» Progreso	77	Este (Viento)	154
Embark	42	Estepa subtropical	167
En Ain Xixa	21	<i>Estepa de gramíneas</i>	162, 166, 180, 184
» Alcazarquivir	95	»	185, 186, 188, 190, 193, 194
» Bir el Marat	145	Esteparias (Plantas)	194
Encantador de serpientes	51	Estepas boreales	167
En Ceuta	8, 9	Esteva	216
Encina	160	Estiércol	211, 222
Encharcamiento del Luccus	158, 201	Estrato-cristalinos (Terrenos)	37
		Estrecho Sud-Rifeño	144
		Estructura de la cadena yebá-	
		lica	144

	Págs.
Estudio de la agricultura del país.....	148
Estudio de la flora.....	148
<i>Esunni</i>	222
<i>Et Taraqqí</i>	77
Eunucos.....	61
Excursión al Yebel Dersa....	55
» por el Uad el Martín	47
» por la orilla derecha del Luccus.....	124
Expedición al Yebel Sársar ..	99
» a Uad el Mehazen	107
Exploración de las lagunas del Smir.....	37
Exploración del T'Zenín.....	140
Explotación futura del tirz	208, 209

F

Fahz Raiban.....	137
Faja litoral.....	154
Fanega.....	222
Fangal del Luccus.....	122
<i>Fast</i>	215
<i>Fátima l'Andalusi</i>	98
Fauna plaisanciense.....	144
<i>¡Fávor ¡Fávor!</i>	67
F. Burriel (Capitán).....	61, 62
<i>Feddán (El)</i>	44
<i>Feljr</i>	47
<i>Ferchy</i>	184
<i>Fernán</i>	184
Ferrer Izquierdo.....	152
Ferrocarril de Larache a Alcazarquivir.....	117
Ferrocarril de Tánger a Fez....	122
Fertilidad de los tirzs.....	202
<i>Fest</i>	214, 215
<i>Festuca</i>	194
<i>Ficus</i>	168
» <i>carica</i>	168
Fiesta de la agricultura.....	211
» de las mesas.....	81
» de las tortas.....	81
» prenupcial de Larache ..	128
Filiación mediterránea.....	160
Fisiología (El clima y la).....	164
Fisonomía de la vegetación ..	148
» mediterránea.....	195
Flora de Ceuta.....	14, 16
» de la Huámara.....	178
» desértica.....	195
» marroquí.....	159, 195
» mediterránea.....	14, 160
» mediterránea (Dominio de la).....	159
Flora terciaria.....	166
<i>¡Flux! ¡Flux!</i>	67, 125

	Págs.
Fondak.....	8, 70, 130
» alemán.....	92
<i>Forma laurel</i>	164
<i>Forma madroño</i>	164
Formación del tirz.....	206
» pliocena.....	47
Formaciones vegetales.....	192, 195
Formas topográficas.....	132, 137
Forrajeras (Plantas).....	212
<i>Frankenia</i>	183
Fresnos.....	161, 168
Frutales mediterráneos.....	195, 223, 224
Frutas.....	225
F. Silvestre.....	106, 114
Fuente de las Adelfas.....	181
Fuga del niño moro.....	117
<i>Ful (L')</i>	210

G

<i>Gaita (Er)</i>	82
Galería de adelfas.....	160, 171, 177, 178
<i>Gamaj</i>	212
Gamones.....	167
Gamonito.....	167
Ganadera (Producción).....	225
Ganadería.....	211, 218
Ganado cabrío.....	218
» lanar.....	218
» vacuno.....	218
Gañán tetuani.....	215
Garb (La cuestión de la Yebala y el).....	98
Garbanzos.....	210, 212
<i>Garbi (Viento)</i>	154, 182
<i>Garrabás</i>	79
Garrofero.....	160, 170
Garzas.....	189
<i>Genisteas</i>	165, 182
Geografía botánica.....	168, 193
Geografía de La Almina.....	11
Geología de Ceuta.....	11
» de La Almina.....	11
» de la cadena yebálica.....	144
» del Monte Hacho.....	11
» de Yebel Dersa.....	56, 57
<i>Géologie du Maroc</i>	170
Geomorfología de la región mediterránea.....	34, 37
Giralda de Sevilla.....	95
Gneiss.....	36
» micáceo.....	11
Gordolobo.....	163
<i>Gra</i>	213
Gramíneas.....	163, 167
» y el tirz (Las).....	206
Granado.....	165, 195, 213, 217, 224
Gran cultivo.....	211

	Págs.
Judío comerciante.....	44
Juncos.....	199
Juniperáceas.....	165
<i>Juniperus</i>	165
Jurásico.....	20, 56

K

<i>Kaid</i>	77
<i>Kaisería</i>	79, 125
Kandor (Sargento).....	70
<i>Karma</i>	163
<i>Karm-en-nuzara</i>	163
<i>Karmus</i>	163
Kasba.....	96
<i>Kefta</i>	45
<i>Kerfala</i>	212
<i>Kerna</i>	179
<i>Kersan</i>	212
Keuper.....	59
<i>Kharub-el-ma'z</i>	177
<i>Khoms</i>	210
<i>Kif</i>	27, 97, 213, 223
<i>Kittan</i>	212
<i>Konut</i>	167
<i>Koutsá</i>	167
<i>Kseb</i>	179
Kubbas.....	73, 142
Kudias (Zona de las).....	36, 59
Kutubía.....	95

L

Labiadas leñosas.....	162
Labores profundas.....	225, 228
Labradores moros.....	215
Labranza.....	215
Lacustre de los tirzs (Origen)	204
<i>L'ades</i>	210
Ladrón de ganado.....	132
Lagunas del Rincón (Vegetación de las).....	175
Lagunas litorales.....	35
» residuales del Luccus	188
Lala Aisa.....	130
Lal-la-Sáida (Santuario de)...	73
La Luneta.....	50
Lana.....	219
Larache (El Puerto de)....	122, 122
» español (El).....	128
<i>Lathyrus</i>	167
Laurel.....	161
<i>Laurel (Forma)</i>	164
<i>Laurus</i>	57
<i>Lavandula vera</i>	171
Leche.....	219, 221
» agria.....	221
<i>Lectchina</i>	195

	Págs.
<i>Lectchina dak</i>	195
Leguminosas.....	167, 211, 212
» espinosas.....	162, 169
» leñosas.....	162
Lengua de toro.....	182
Lentejas.....	210, 212
Lentiscar del Fondak.....	177
Lentisco.....	160, 161
Lentiscos del Musa.....	19
<i>Leth Mimuna</i>	80
Levante.....	154
<i>L'ful</i>	210, 212
Lías medio.....	58
» superior.....	58
Liásico de Yebel Dersa.....	57
» de Yebel Musa.....	13, 14
<i>Lift</i>	213
<i>Ligustrum vulgare</i>	130
<i>Liliáceas</i>	167
Límites (Comisión de).....	116
» de la región del olivo	160
» de la región mediterránea	159
Limonero.....	164, 213, 224
Limones.....	213
Limos.....	198, 201
Lino.....	212, 218
Lirio amarillo.....	181
<i>Lisan-at-Tur</i>	182
Litráceas.....	48, 199
Litro.....	222
<i>Læss</i>	204
López Domínguez (J).....	115
<i>Lubia</i>	212
Lujo marroquí.....	61
Luminosidad.....	159
<i>Lupinus</i>	182
<i>Lythum</i>	181

LI

Llanos del río Martín..	48, 176, 199
Llanura aluvial del Luccus..	92, 144
» del Uad el Lila....	39, 176
Llanuras de inundación del Luccus	188
Llanuras litorales.....	36
Llegada a Alcazarquivir.....	94
» a Arcila.....	88, 140
» a Tetuán.....	41
» al Zoco de T'Zelatza.	132
» a La Guámara.....	115
» a la Huerta del Sultán	108
Lluvia (Días de).....	157
Lluvias.....	113, 154, 157, 159
» (Cantidad de).....	159
» (Datos de la media anual).....	158

	Págs.		Págs.
Lluvias (Distribución de las) . . .	157	Melocotonero	213, 217, 224
» de la cuenca del Luc- cus	157	Melón	213
M			
Macizo de Yebel Zemzem	31	Membrillo	224
<i>Macrochloa</i>	167	Mercado de Ceuta	8, 9
Madariaga	33	Merina (Oveja)	219
Madroñero Peñuelas	33	Meseta permo-triásica	59
<i>Magrheb</i> (Oración del)	31	Micacitas	11, 58
Mahoma	54	Mielgas	212
Mahzen	131	Mioceno	144
Maimón (El judío)	133	Mirto (Tipo el)	161
Maíz	208, 212	Mito de las columnas de Hér- cules	19, 20
<i>Malcomia littorea</i>	178	Mito del Luccus	9
<i>Malva Hispanica</i>	167	Mohamed ben Hach Lagmech	17
Malváceas	85, 167	<i>Moharaka</i>	210
Manantiales de Larache	121, 122	<i>Mojalata</i>	209
Mancera	216	<i>Mokhalat</i>	209
Mandarinas	195, 213	Molino aceitero	224
Manteca	219	Moluscos fósiles pliocenos	57
» de oveja	219	Monedas morunas	96
» de vaca	219	Monocotiledoneas bulbosas	195
Mantillo	202, 206	Monte bajo	16, 161
Manzano	217, 224	» de Benzú	169
<i>Marabut</i>	89	» de Sahel	184
Marco real	226	Morabito	88
<i>Mardaduch</i>	102	Moral	161
Marga azulada plaisanciense	48	Morera (Cultivo de la)	227
Margaritas	85, 162	Morfología de la cadena rifeño- yebálica	57
Margas jurásicas	59	Moros y judíos	51
Margosa (Tierra)	199	<i>Moruno</i> (Trigo)	212
<i>Marroquí</i> (Trigo)	212	Mostazas	201
Matapollo	162	» silvestres	85
<i>Matisa</i>	213	<i>M'sala</i>	65
<i>Materral</i>	161, 170	Mud de Sidi Bel Abas	211
» (El)	193	<i>Muds</i>	210
» del Uad Mehazen	190	Muerte del Roguí	49
» de palmitos	136, 184, 185	<i>Muezzin</i>	47
» de palmitos y jaras	172	Mulero español	26, 27
Máximo de las lluvias	157	Muley Abd el Melik	107
» de las lluvias de mayo	113	» » es Selam ben Maxix ben Mauxur ben Brahim Al- Hassani	137
Meandros del Luccus	111, 183	» Edris	130
Medani (El)	28	» el Hassan (Sultán)	92
Médano	116, 200	» Hafid	48
<i>Medicago</i>	167, 190	» Idris	126
Medina	96	<i>Mul-uad</i>	91
<i>Medio duro</i> (Moneda)	96	<i>Mulud</i> (El)	54
Mediterránea (Límites de la región)	159	<i>Mur'arasa</i>	210
Mediterráneo (Carácter de la flora)	170	<i>Musa paradisiaca</i>	225
Mejorana	182	<i>Mus'arat</i>	210
<i>Melah</i>	49	<i>Muzara, a</i>	210
<i>Melaj</i>	96	<i>Myosotis</i>	189
» de Tánger	80	N	
Melilotos	212	Nabo	213
<i>Melilotus</i>	190	<i>Nacham</i>	217

	Págs.		Págs.
Pie de pájaro.....	212	Preparativos de viaje al inte- rior.....	84
Pinar de Monte Hacho....	169, 197	Presión atmosférica.....	154
Pino (<i>Albar</i>).....	174	Prestaciones agrícolas.....	211
Pinos.....	165	Primario (Terreno).....	57
<i>Pinus</i>	165	Primavera marroquí.....	72
» <i>sylvestris</i>	174	Producción algodonera.....	228
Pipa moruna.....	27	Proemio.....	5
Piroxenitas.....	11	Profeta (El).....	126
<i>Pistacia Lentiscus</i>	175	Propiedad (Efectividad de la). » de la tierra.....	209, 211
» <i>Terebinthus</i>	175	Prostitución marroquí.....	31
Pita.....	163, 182, 194, 195	Protegido <i>mojalata</i>	209
Piteras.....	182	Proximidad de la guerra.....	130
Pizarras cristalinas.....	11	<i>Prunus</i>	162, 179
» negras.....	13	Psicrómetro.....	156
» silúricas.....	58, 169	<i>Pteris aquilina</i>	170, 171, 179, 180
<i>Plaisanciense</i> (mar).....	58	Pudingas.....	57, 58
» (piso).....	48, 57	Puerta de Ceuta.....	55
Planes.....	119	» de la Alcazaba.....	129
Planicie aluvial del Luccus... » de río Martín.....	183, 39	» de la Reina.....	42
Plantagináceas.....	190	» de la Zauia de Sidi Ba- rakka.....	44
<i>Plantago</i>	188	Puerta de Tánger.....	51, 62
» <i>Psyllium</i>	182	Puerto de Larache.....	122, 123
Plantas esteparias.....	194	<i>Pulicaria</i>	167
» que deben y pueden cultivarse.....	225, 229		
Plataforma litoral de Arcila ..	142	Q	
Plátano.....	225	<i>Q. coccinea</i>	164
Playa atlántica.....	89	» <i>Ilex</i>	164
» de Larache.....	123	» <i>suber</i>	164, 169
» de Tánger.....	75, 76	Quenopodiáceas.....	183
Plaza de España.....	49	<i>Quercus</i>	137, 160, 164
Plenilunio.....	115	Querella de los judíos.....	106
Pliegues empizarrados.....	59	Queso.....	219
Pliocena (Arenisca).....	39	» agrio.....	221
Plioceno (Mar).....	40		
Población de Arcila.....	141	R	
» de Larache.....	125	Rabanizas.....	190
Poda.....	224	Raisuli....	73, 88, 119, 141, 143
Policia indígena.....	29, 131	<i>Ramona</i>	172
Poligonáceas.....	174	Rapé.....	223
<i>Polygonum</i> nov. sp.	175	<i>Rapistrum</i>	190
».....	183	<i>Raspinegros</i> (Trigos).....	198, 212
Poniente.....	154	<i>R'az</i>	169
Porvenir agrícola de la zona 225, » de la zona.....	229, 209	Raza merina.....	219
Posición crítica de la vegeta- ción.....	167	Razas ovinas.....	219, 221
Posición de moros y judíos... Potasa.....	51, 202, 203	» vacunas.....	218
Prácticas religiosas de los <i>ais- sauas</i>	51	<i>Real hassani</i>	96
Prados.....	219	Recibimiento en Azib-er-Ru- mana.....	100
Precipitaciones.....	157, 228	Recolección del algodón.....	227
Precocidad de la vegetación ...	194	Rectificación de nuestra polí- tica colonial.....	209
Predominio del acebuche.....	180	<i>Redondillo veloso</i> (Trigo) . . .	212
Prensa de Tánger.....	77	Régimen actual de la tierra 209, 211	
Preparativos.....	17		

	Págs.		Págs.
Régimen geográfico del Luccus.	201	Salida de La Huámara	117
Régimen geográfico de las llanuras del Luccus	158	» de Larache	131
Régimen geográfico que engendra los <i>hamri</i>	201	» de Tánger.....	84
Régimen pantanoso del Luccus.	188	» de Tetuán.....	63
Régimen pluviométrico.....	157, 159	» del Fondak para Tánger	72
Región mediterránea....	159, 162, 167	» del T'Zenín para Arcila.	140
» mediterránea (Suelos de la).....	197, 199	Salinas.....	33, 183
Región del olivo	160	<i>Salix</i>	57
Regreso a Alcazarquivir.....	105	Salobres (Aguas)	175
» a España	141	Salsas	35
Reja.....	215	Salsoláceas.....	48, 199
Relaciones entre el clima y la fisiología vegetal	164	<i>Salvia</i>	162
Relieve y la red hidrográfica (El)	70, 71	Sandía	213
Remonta.....	222	Santiago el Victorioso	95
Resistencia a la sequía.....	166	Santón.....	75
Resneros	221	Santuario de Sidi el Iamani. 186,	187
Resumen de la vegetación	194	Santuario del Uasani	179
Retama	162, 182	Santuarios	73, 142, 143
<i>Rhamnus</i>	162	<i>Saquia</i>	213
Ricino	176, 179	<i>Saramak</i>	178, 188
Riegos	213	<i>Sauzgatillo común</i>	190
Río Negro (Vegetación del)....	173	<i>Scilleas</i>	167
Rivalidad entre el campo y la ciudad	64	<i>Scilla</i>	176
<i>Robii</i>	222	<i>Scolopendrium</i>	179
Robo del caballo	99	<i>Scolymus</i>	188
Rocios	95, 113, 150, 151, 152, 155, 202	<i>Scorpiurus</i>	167
Rogui	48	<i>Schair</i>	212
Romero	162	<i>Sdom</i>	14, 169
<i>Rosa</i>	162	<i>Sdoma</i>	169
Rotura de la tienda.....	98, 113	<i>Sebda</i>	219
» del Estrecho de Gibraltar.....	20	Secuestro (Un)	135
Rueda (Desconocimiento de la)	214	» de vacas	133
<i>Rumí</i>	195	Secundarias (Calizas).....	57
<i>Rummán</i>	195	<i>Sedra</i>	182
<i>Ruta</i>	162	<i>Sedxar</i>	195
S			
Sabinas.....	34, 172	<i>Senubar</i>	165
<i>Sadra</i>	182	Sequía estival	157
<i>Sahel</i>	180, 199, 200	» <i>periódica estival</i>	161
» (Cultivo de los).....	226	Sericicultura	227
» (Es).....	131	Serpentina (Dique de)	11
» <i>rojo</i>	181	<i>Setaria</i>	194
» rojos de Arcila.....	200	Setos muertos.....	217
<i>Sait</i>	160	» vivos.....	217
Salario.....	211	<i>Sfens</i>	45
Salida de Aicazarquivir.....	114	Sidi Abdelquerib el Lebadi ...	61
» de Arcila a Larache....	89	» Barakka	44
» de Ceuta	17, 26	» Ben Aisa.....	54, 55
		» Bu Galeb (Santuario de) 94,	114
		» el Jamani	138
		» el Uasani	142
		» Hassen el Chelaf.....	21
		» Mohamed	54
		» Mohamed ben Saidi	16
		» Mohamed ben Yacobi	42
		» Mohamed ben Yilali	137
		» Mohamed el Hach	61
		» Mubarak (Ermita de)....	16
		» Raisuli (Mezquita de) ...	53

	Págs.		Págs.
Siega.....	223	Tarays	93, 158, 174, 188, 194
Siembra en común	210	Tatuadora.....	130
Silíce (Relaciones entre el alcor- noque y la).....	169	Tatuaje	130
Silúricas (Pizarras)	169	Tauma.....	213
Silúrico de Ceuta.....	12, 13	Taxáceas.....	165
» de Yebel Dersa.....	56	Taxus	165
<i>Silybum</i>	188	<i>Tchernoziom</i>	202, 206
» <i>marianum</i>	162, 177, 190	Te moruno	22, 27, 101
Sinclinales.....	57	Teatro marroquí	79
Siroco	154	<i>Tebdikt</i>	160
Sitio de Tetuán	51	Tectónica de la cadena rifeño- yebálica.....	59
Situación grave	132, 135	Tectónicos (Fenómenos)	59
<i>Slar'na</i>	177	Teiebhen Tuhamed.....	29
<i>Smilax</i>	179	Tejedores (Moros)	97
» <i>aspera</i> Desf. var. <i>mauri- tanica</i>	179	Tejos.....	25, 165, 171
Sociedad Española de Geogra- fía Comercial	5	Telera.....	216
Sociedad Española de Historia Natural	5, 148	<i>Telib</i>	41, 86
<i>Solanum Sodomæum</i>	14, 163, 169 177, 181	» de Larache (El)	127
Soldado lesionado	140	Temperatura	151, 154
Solera	224	» de la cuenca del Luccus.....	152, 153
Sorgo	208	Temperatura del Rincón del Medik	151
<i>Sparganium ramosum</i>	181	Temperatura de Tetuán.....	151
<i>Spartium</i>	165	» en Alcazarquivir. » (Carácter de la) en la costa occidental	153 152
<i>Stipa</i>	167	Temperatura en Larache	123
<i>Suaris</i>	22, 84, 169, 223	» media anual	153
Suelos aluviales.....	197	Tenados	222
» cuarzosos	180	Terciarios (Terrenos).....	144
» de la región atlántica (Arcila, Larache, Alcazarqui- vir).....	199	Terraza.....	184, 185
Suelos diluviales.....	197, 199	Terrazas del Luccus.....	92, 99, 109 118, 134, 144, 186
» laborables	195, 208	Terrazas del Luccus (Vegeta- ción de las).....	182
» o tierras laborables de la región mediterránea (Ceuta, Tetuán)	197	Tetuán	42, 63
Suelos rojos.....	180	<i>Teucrium</i>	188
<i>Suessoniense</i> (Facies).....	144	Textil de Alcazarquivir (Indus- tria)	97
T			
Tabaco	213	Textiles (Plantas)	212
» (Cultivo del).....	227	<i>T'felt</i>	160
Tabor de Tánger	75	Tienda de campaña (Nuestra). Tiendas morunas	33 43
» de Tetuán.....	61	Tierra arenosa	199
<i>Tag</i>	171	» margosa	199
<i>Taid</i>	165	» negra rusa.....	202
<i>Taifor</i>	80	» roja.....	199
<i>Takaut</i>	188	Tierras arcillosas	199
<i>Tamarix</i>	174, 188	» de Andyera	197
<i>Tamarsit</i>	138	» de la cuenca de río Martín	198
<i>Tamus communis</i>	189	Tierras de la región atlántica (Arcila, Larache, Alcazarqui- vir).....	199
Tánger.....	74, 84	Tierras de la región medite- rránea (Ceuta, Tetuán)...	197, 199
Tapices.....	23		

	Págs.
Tierras de la zona de Ceuta...	196, 197
» del campo exterior de Ceuta	197
Tierras de Yebel Zemzem	198
» laborables	196
» negras 104, 199, 201, 208	
» negras (Cultivo de las)..	227
» negras (Hipótesis sobre su origen).....	203, 206
Tierras negras de algodón	227
» pedregosas	199
» rojas.....	181, 200
» secas	228, 229
Tifiz	171
Timeleáceas	162
Timón	216
Tío de la burra	49
Tipo laurel	160
» mirto	161
» olivo	160
Tipos españoles en la zona...	27
» morfológicos vegetales...	160
Tirz (Formación del)	206
Tirzs	85, 106, 199, 201, 208
Toarcienses (Calizas)	58, 170
Toba gneissica	12
Tobas calizas	57
Tolb	16, 23
Tolbas	112
Toledano de Alcazarquivir (Carácter)	96, 98
Tolerancia religiosa	75
Tolpis.....	167
Tomatillo del diablo	163
Tombolo	11
Tomillo	162
Topografía de Tãnger.....	74
» dunar.....	114, 145
» senil	136
Toradas	221
Toronja	195
Torre de Hassan.....	95
Torvisco	162
Tráfico (Crecimiento del) .	218, 223
Tratado hispano-francés.....	10
Travertinos cuaternarios	57
Travesía del Estrecho.....	8
» del desfiladero del Fondak.....	68
Trébol	212
Tresbolillo.....	226
Tribunal indígena	77
Trifolium	167, 190
Trigo	199, 212
» moruno	210
Trigos duros	229
» raspinegros.....	198
<i>Triticum fastuosum</i>	212

	Págs.
<i>Triticum turgidum</i>	212
Tuares	106, 199
Tuiza	211
Tuiza-el-fqih	211
Tuizat-el-caid.....	211
Tum.....	194
Turkya	210, 212
Turundj	195

U

Uad Garifa (Bosque del)	180
Uad Ras (Vegetación de)	177
Uasani.....	179
Uazani.....	138
Uchama	130
Ufila.....	190
Umbelíferas	188
Uniformidad de la vegetación.	167
Un secuestro.....	135
<i>Uromyces Ornithopodioides</i>	167
Uvas	123

V

Vacadas	221
Vacas marroquíes	218, 219
Vadeando el Uad Haxef.....	86, 87
Vado de Mexera el Zaara (En el)	93
Valiente (El moro)	16
Valor de las observaciones meteorológicas	149
Valor de los suelos o tierras..	208
Valle de río Negro	29
» disimétrico del Martín ..	48
Vega de Río Martín ...	177, 198, 199, 218, 225
Vega de Río Negro.....	174, 198
Vegas de Andyera.....	214
Vegetación (Carácter de la)..	159, 195
» (Carácter común de la)	159
Vegetación en el origen de los tirzs (El papel de la).....	205
Vegetación (Fisonomía de la) .	159
» (La)	159, 195
» mediterránea.....	24
» (Posición crítica de la)	167
Vegetación primaveral.....	194
» (Su distribución geográfica).....	159, 195
Vegetación : sus relaciones con el clima.....	159
Vegetación: (Uniformidad de la)	167
» de Ain T'Felt.....	181
» de Andyera	169, 174

	Págs.		Págs.
Vegetación de Arcila	179	<i>Viola arborea</i>	170
» de Ceuta.....	14, 16	Visita al caid de Andyera...	16, 17
» de El Gadira	192	» al Esselauí.....	51
» de El Garbía ...	178, 180	<i>Visnaga</i>	162
» de El Jolot	106, 107	<i>Visneg</i>	162
	186, 190	<i>Vistneg</i>	182
» de Es Sahel	180, 186	<i>Vitex Agnus-Castus</i>	190
» de Jolot y Tilig.	190, 193	Vivienda tetuaní (Nuestra)...	42
» de Larache.....	182	<i>Viznagas</i>	87, 182
» de Río Martín....	176	Volandera	224
» de Río Negro... 29,	173		
	174		
» de Uad Ras.....	177	W	
» del Yebel Zemzem	198	W. (Viento).....	154
» del desfiladero del			
Fondak.....	177	X	
Vegetación del desfiladero del		<i>Xerf</i>	23, 31
Rincón del Medik.....	176	Xerif de Uazán.....	138
Vegetación del Hauz de Te-		Xerofita (Asociación)	172
tuán.....	174, 177	» (Vegetación)	173
Vegetación del Monte Dersa...	176	Xerofito (Carácter).....	15, 162, 163
» del Monte Hacho..	169		166, 183
» del Norte de la		<i>Xirxar</i>	195
zona.....	169, 178	<i>Xullar</i>	195
Vegetación del Uad Mehazen .	190		
» del Yebel Sársar...	189	Y	
» de la desemboca-		Ya Asafi (Canción)	98
dura del Luccus.....	183	Yakub el Mansur	95
Vegetación de la Huámara .	116, 191	Yebel Dersa (En el)	57
» de la llanura del		Yebala y el Garb (La cuestión	
Uad el Lila.....	176	de la)	98
Vegetación de la zona atlán-		Yebalas	210
tica	178, 192	<i>Yebalas</i>	95, 99, 222
Vegetación de las lagunas del		Yegudas	221, 222
Rincón	175	<i>Yenan dalia</i>	197
Vegetación de las llanuras del		» de romman	195, 224
Luccus.....	186, 192	» de xedxar	195, 224
Vegetación de las terrazas del		» de zeitun	195, 224
Luccus.....	182	Yugo.....	217
Vegetación de los firzs.....	208		
» xerofita de Yebel		Z	
Zemzem.....	173	Zaragatón	182
Velada en la Huámara	117	Zaragatona	182
Vendedor de agua	97	Zarkatuna	182
Verbenácea.....	190	Zarzas.....	162
Verdiguier (Capitán)	136	Za'terhelhal	171
Viaje a Alcazarquivir	84, 94	<i>Zauia</i>	54, 125
» a Tánger.....	141	» de Sidi Barakka.....	44
» al Rincón del Medik....	31	» de Yebel Serjún	126
» de Tetuán a Tánger ...	63	Zavala (Capitán)	28
<i>Vicia</i>	167	<i>Zeit</i>	160
Vid (Cultivo de la)	225	<i>Zenbú</i>	195
Vides silvestres.....	179	<i>Zer'a</i>	210
Vientos.....	154	<i>Zerá gamaj</i>	212
<i>Vinca</i>	179, 224	<i>Zerbia</i>	23
Vino de albortos o madroños..	60		
Vinos	213, 226		
Viñedos	214		

	Págs.		Págs.
Zitun	160	» de la cebada.....	125
» <i>berri</i>	160, 174	» de las babuchas de Te-	
Zoco chico.....	74, 75, 80	tuán.....	44
» grande	73, 79	Zoco de los granos	126
» de Alcazar.....	96, 97	» el Arbaa	127, 137
» de dentro de Larache..	125, 128	» et T'Zelatzá.....	130, 185
» de fuera.....	73, 79, 127	» et T'Zenín.....	130
» de fuera de Larache....	127	Zocos de Tetuán (Los).....	44, 45
» de T'Zelatzá de Reisana.	131	Zona atlántica (Vegetación de	
» del azahar	45	la)	178, 192
» del carbón.....	126	Zona de inundación del Luc-	
» del Jemis de Andyera... 65		cus	92, 109
» del lunes.....	130	Zona de las Kudias	36, 59
» del martes.....	130	» de los tirzs.....	206
» del miércoles.....	127	» litoral atlántica (Clima	
» del T'Zenín (En el) ..	137, 180	de).....	155
	183, 187	Zona montañosa	36

II. ÍNDICE ALFABÉTICO DE NOMBRES GEOGRÁFICOS

	Págs.		Págs.
A			
A (Posición).....	18	Alcántara (Río).....	48
Abyla	19	Alcázar.....	134, 139
Aceila	88	» el Seguir.....	95
Adir (El)	92	Alcazarquivir	7, 91, 92, 95, 156
Aduar de Benzú	26		157, 166, 208
Africa	59	Algarrobos (Río de los)	7, 8
» española	5	Algeciras	71
» (N. de)	193	Almina (Península de la)....	11, 169
Africano de la flora española		» (Punta).....	31, 60, 171
(Carácter).....	16	Alpino (Sistema).....	58
<i>Afrique française</i>	57	Andalucía	7, 14, 58, 157
Agesul (Cuevas del)	62	» Baja.....	177, 193
Ahl Sherif (Kabila).....	189	Andyera.....	5, 31, 51, 69, 82, 161
<i>Ain Baraka</i>	107		169, 171, 174
» Barca	170, 171	» (Boquete de).....	19
» Barca (Collado de)	25	Aox (Campamento de)	89, 140
Ain-es-Xuc	117	<i>Araisch (El)</i>	91, 125
Ain Hamasa	184	Arcila	7, 141, 143, 158, 166
» Jamasa	132	» (Playa de).....	88, 139
» Karina	133	Arroyo de Benzú.....	11, 13, 14
» Schuck	192	» de las Bombas	11, 13
» Similalah	20	Asmir (Lagunas del)	175
» Tfelt	98, 181	» (Río).....	214
» Trafel	67	Atlántico.....	154
» Xixa	161, 170	Atlas.....	6, 58, 204
» Xixa (Aduar de)	17, 21	Austria Hungría.....	141
» Yedida (Fondak de)	7	Azib de er-Rumana (L')..	100, 220
Akba el Hhamara	86, 143	B	
Alborán (Isla de).....	59	Barcelona.....	123
		Beni-Aros (Kabila).....	107, 210

	Págs.		Págs.
Beni-Gorfet	133, 134, 180, 210	Ch	
Beni-Hosmar.....	31, 50, 62, 174	Chauia	16, 109, 149, 204, 205, 208
Beni-Ider	64, 65	Chemnich	122
Beni-Madan (Kabila)	174	Chezaua	134
Benzú	161, 169	D	
» (Aduar de)	26	Desembocadura del Luccus..	120, 122
» (Arroyo de)	14	Desfiladero del Fondak	67
» (Bahía de).....	14, 15, 170	Dersa (Monte)	166
» (Canteras de)	15	Dimena	102
» (Fuerte de).....	15	Djebala	51
Bereber	74	Dráa (Oasis del)	186
<i>Bir el Marat</i>	85, 145	Duar Bdana.....	112
Boquete de Andyera.....	19, 170	» el Garbía	109
Bosque de Larache	92	» Nainien	143
» de los Alemanes.....	114	» Rifien	185
» sagrado del T'Zenín. 183, 185		Dxar Lauzien	65
Bullones (Sierra)	11, 56	» Ulad Aauta.....	87
C		E	
Cabo de Gata.....	59, 60	Egipto	228
» de la Nao	59	Elefante (El).....	25
» de Tres Forcas	60	El Fahhz de Tánger.....	73, 84
» Espartel.....	59, 84, 149, 153	El Jolot (Kabila de).....	106
	157, 158	El Serif	134
» Negro.....	33, 58, 171, 175	Erhona (Kabila).....	99, 133
Cadenas del Rif	20	Erzila	89
Cádiz	141	España	59, 141
Calamocarro (Punta).....	14	Espartel (Cabo).....	84
Calpe	19	Estados Unidos.....	228
Casablanca.....	97, 149	Estrecho de Gibraltar..	8, 57, 60, 154
Castillas	219	Es Sahel (Bosque de).....	200
Castillejos (Valle de los).....	36, 197	Es Sahel (Kabila)	120, 178, 180
Castillo Grande	95	F	
» Pequeño	95	Fahhz de Tánger (El)	73, 84
Cerro de la Leña.....	145	Fahz Raiban.....	137, 186
» de la Miel	145	Fenidak (Río).....	34, 59, 197, 214
Ceuta	7, 8, 13, 119, 139, 171	Fez.....	49, 91, 92, 126
	174, 197	» (Judíos de).....	80
» la Vieja	10, 11	F., Gies.....	25
Collado de Ain Barca.....	25	Flora mediterránea.....	14
Columnas de Hércules.....	19, 20	Fondak de Ain Yedida	7, 65, 69
Condesa (La)	9, 28, 171		119, 177
Córdoba.....	225	Fondak de la Fuente Nueva...	65
Costa de Larache	120	Francia.....	141
Costa occidental (Sus acciden- tes).....	145	Fuente Bendita.....	107
Cudia Dahari.....	124, 183	» de las Adelfas	89, 181
» ez-Zunáa	124	» de los Espárragos.....	192
» Federico.....	170	» de los Pinchos	117, 192
» Hhamra	128		
» Mexata	118		
» Taifor	214		
Cuenca del río Luccus (La)...	91		
	118, 156		
Cuesta Colorada	86, 143		
Cuevas del Agesul	62		

	Págs.
G	
Gaba bu Xarem	117
» <i>el Araisch</i>	92, 115 190, 191, 192, 200
» <i>el Dajla</i>	115, 116
» <i>es Sahel</i>	132, 161
Gadira (Laguna del)	192
Garb	54, 98, 154, 189
<i>Garbí</i> (viento).....	154
Garbia (El)	86, 139, 178, 190 191, 192, 200
Garifa (Uad)	180
Gata (Cabo de)	59, 60
Gedira (Laguna del)	128, 145
Gharb (Le).....	98
Gharsa (Aduar)	132
Gibraltar	7, 19
» (Estrecho de).....	8, 57
» (Peñón de)	57
Grande (Río)	73
Guadalquivir.....	58, 73
Guadarrama	22
Guámara.....	115
Guarramas.....	22
Guarramillas	22
Guedira (El)	118
Guelaia.....	59
Guelaya (Península de)	59
H	
Habt (El)	133
Hacho (El).....	9
» (Monte).....	10
Hauz (Kabila de El)	32
» de Tetuán (El)	174, 177
Hhauz de Tetuán	82, 169, 174
Huáhuara	115
Huámara	117, 178, 200
Huerta (La)	132
» del Sultán	107, 108, 171 190, 191, 203, 207, 208
I	
India.....	228
Inglaterra	141
J	
Jaca.....	212
Jaén.....	225
Jamás (Kabila de El)	47
Jandak Brein Dradar.....	143
Jolch el Hharahar.....	109
» Mekitzla.....	109
» Talaa.....	118

	Págs.
Jolot	106, 134, 138, 178
» y Tilig (Kabila de) ...	98, 105 115, 169, 178, 186, 190, 207, 210
Judíos	8
Jurásicas (Calizas)	56
K	
Kabila de Andyera	26
Kebdana	94
Kilalim (Torre de).....	38
Klej	122
Ksar-el-Kebir (El)	91, 95
Ksar-el-Seguir (El)	26
Kudia Federico	9, 20
» el Hamram	36
» Harle	36
» Ketib el Hamsa	105
» Taifor	33, 175
» Tauk	36
» Zeleguel.....	36
Kudias	36
L	
La Almina (Península de)	11
La Condesa	9, 28
Lagunas del Smir.....	32, 33
Lal-la-Mariem	105
Larache	7, 91, 92, 119, 128, 131 139, 161, 166, 183, 208
Larache (Puerto de)	91
Laraisch.....	125
La Restinga	9
León	217
Lixus	124
Los Malalíes.....	9, 39
Lozoya	22
Luccus (Río).....	58, 92, 98, 100, 109 111, 114, 122, 134, 155, 158, 162 183, 189, 203
Luccus (Terrazas del).....	92, 109
LL	
Llano de las Damas	18
Llanos del Martín	65
M	
Madrid	22, 212
Malabata (Punta)	82
Malalíes (Los)	9, 39
Mancha (La).....	219
Manzanares (Río).....	22
Maroc	12, 16, 47, 57, 139, 204, 205
» occidental.....	144, 204, 205
« septentrional	95

	Págs.		Págs.
Marokkanischen Atlas.....	204	Posición A.....	18
Marokko.....	139, 203, 204	Pozo de los enfermos.....	85
Marrakesk.....	95, 146	<i>Préalpes subbétiques</i>	58
Marruecos.....	6	Puente Busfeja.....	65
Marya de Agla.....	145	Puerto del Fondak.....	154
» de Eulaa Arafa.....	145	Punta Almina.....	31, 60, 171
» Zerga.....	145	» Benítez.....	11
Mediterránea (Flora).....	14	» Carnero.....	8
Mediterráneo.....	154	» Cenitosa.....	89
» occidental... 20, 58, 60		» de Europa.....	8
Melilla.....	58, 59	» Malabata.....	82
Mequinez.....	54	» Omara.....	31
Merdja Ez Zerga.....	98		
Mexeráa el Uarur.....	107	Q	
» el Zaara.....	93	Qçar-el-Kebir (El).....	95
» es Surrak.....	99		
» Neyma.....	91, 108, 109	R	
Mezmuda (Kabila).....	189	Rabat.....	91, 134
Mogador.....	6	Ras ed Dalia.....	22
Monte de Es Sahel.....	132	» el Tarf 33, 58, 60, 171, 175, 214	
» de Ingenieros.....	15, 169	» en Nador.....	120
» de Larache.....	115, 190, 200	» es Sainar.....	22
» de las Monas.....	13, 170	Restinga (La).....	9
» de los Alemanes.....	190, 200	Rif.....	6, 36, 59, 98
» Dersa.....	166	» central.....	59
» de Sahel.....	183	» oriental.....	6, 59
» Hacho.....	10, 11, 169	» (Sistema del).....	58
» Negrón. 9, 28, 31, 169, 171, 174		Rifien (Duar).....	185
Muará el de las Arenas el de		Rincón del Medik.... 9, 31, 38, 174	
Abajo.....	115	Río Alcántara.....	48
Muará el de las Arenas el de		» de las Tembladeras.....	86
Arriba.....	115	» de los Algarrobos.....	71
Muará er R'mel el Fuganí....	115	» Martín.....	39, 47, 198
» er R'mel el Tatanien...	115	» Negro.....	28, 174
N		Rioja.....	212
Navacerrada.....	22	Risco de la Niña.....	22
Negro (Río).....	28, 29, 59, 197, 214	Rkada.....	125
Negrón (Monte).....	171	Rusia meridional.....	202
Nilo.....	228		
Norte de Africa.....	6, 12, 193	S	
» de Marruecos.....	58	Sahara argelino.....	186
N. W. de Africa (Comisión del)	6	» español.....	5
O		» (Map. geológ. del)....	5
Oasis del Dráa.....	186	» occidental.....	5
Oriente.....	97	Sahel (Bosque de).....	161
P		» (Kabila de Es).....	178, 180
Paralelo 35º.....	90, 98, 116, 190	Sársar (Kabila del).....	100, 105
Parrales (Los).....	125	Sebú (Cuenca del).....	98, 100, 134
Península de La Almina.....	11	Sefian (Tribu de los).....	54
» Ibérica.... 12, 36, 58, 157		Senegal.....	53
Peñón de Gibraltar.....	57	Settat.....	149
Portugal.....	141	Sidi Aixa (Campamento de) ..	94
		» Alí Buluta.....	133
		» Embark.....	203
		» Mbarec.....	207, 208

	Págs.
Sierra Bullones	11, 56, 170
» de Guadarrama....	22, 219
» del Hauz	36, 57, 60
Sistema alpino	58
» del Rif	58
» Penibético	20, 36, 58, 59, 60
Smir (Lagunas)	32
» (Río).....	32, 59, 175
<i>Subbétique (Zone)</i>	58
<i>Subbétiques (Préalpes)</i>	58
Sumata.....	133
Sus.....	6, 21, 82
Susi.....	21, 81

T

Taberno.....	137
Tafilete.....	186
Tánger 7, 59, 69, 74, 84, 128, 134, 139	149, 153, 157, 158
Tánger (Zona internacional de)	85
<i>Tanya</i>	74
Tembladeras (Río de las)	86
Tétouan	47, 51, 57
Tetuán 7, 119, 139, 156, 158, 174, 197	197
Tilig y Jolot.....	138, 210
<i>Titauen</i>	38
Tizi n'Ain Barca.....	25
Torre de Kilalim.....	38
Tres Forcas (Cabo de)	60
Tribus des Djebalas	51
T'Zelata (Zoco de)	120
T'Zenin (Zoco de).....	120, 137

U

Uad Dradar	98
» el Agrás	67, 68
» el Aquiba del Fondak....	72
» el Garifa.....	87, 88, 180
» el Hamatza	105
» el Haxef....	71, 85, 86, 87, 143
» el Hayra.....	65
» el Helú.....	88
» el Hexaix.....	71
» el Hharixa.....	71, 72
» el Hhimmer.....	107
» el Jarrub	71, 72
» el Jelú	39, 47
» el Jemis	65
» el Lil.....	36
» el Lila.....	38, 214, 225
» el Luccus	224
» el Lukkos.....	71
» el Martín..	36, 57, 65, 214, 225
» el Mda	144
» el Mehazen ..	106, 107, 189, 207, 208
» el Mharhar	73, 85, 143, 144, 219
» el Mielz.....	118

	Págs.
Uad el Quebir	73
» el Rsafa	137
» el Sahhsuhh.....	117
» el Sajsuj.....	113
» el Taifin.....	77
» el Tarf	28
» el T'Zelata de Wad Ras.	72
» el Uarur.....	107
» el Xekor.....	65
» el Yuma.....	73
» er R'mel.....	22
» Isumaten	71
» Ras (Kabila).....	68, 174
» » (Río).....	65, 225
Uadrás (Kabila).....	174
Uad Sebú	189
» Smir	32
Uazán.....	92, 144
Ulad Aauta (Dxar).....	87
» Ben Said....	108, 109, 110, 190

V

Valle del Luccus.....	92, 99
» del Sebú	99
» de Río Negro	174

W

Wad Ras.....	65
Wazán.....	91, 100

X

Xarf el Akab.....	85
Xemmix.....	131
Xexauen	47, 71

Y

Yebala (La)	58, 70, 98, 177
» berberisca	138
Yebalas	210
Yebálica (Cadena).....	130
Yebálicas (Kabilas)	133
Yebel Alam.....	107, 137, 144
» Anna.....	39
» Behma.....	69, 70
» Dersa..	36, 47, 55, 56, 57, 60
» Gani.....	105, 134, 207, 224
» Garra.....	36, 60
» Hhebib.....	139
» Kelti.....	57
» Ketama	105
» Musa.....	9, 11, 13, 19, 24, 26, 56, 57, 60, 161, 169, 170
» Quelti.....	31, 60
» Sársar	92, 98, 99, 105, 134, 144, 186, 189, 224
» Schindir	170
» Serjún.....	126
» Sidi Dauetz.....	69

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Yebel Tarik.....	19, 57	Zoco del T'Zenín	120, 136, 137, 166
» Zemzem. 29, 169, 171, 174, 198			208
» Zinat.	73	Zoco del T'Zenín de Sidi el Ia-	
Yeblíes (Kabilas).....	133	mani.....	137, 180, 183, 187
Z			
Ziar Duab Meld.	99	Zoco de T'Zelata	120, 155, 167, 184
Zinat.....	119, 143		185, 200, 208
Zoco del Jemis de Andyera ..	65	Zoco de T'Zelatza de Reisana	132
			137, 161, 180, 183, 184, 185, 221
		Zona internacional de Tángér	85, 143

III. ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES CITADOS

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
A			
Alarcón	128	Gœthe.....	160
B			
Ball (J.).....	16	González Fragozo.....	167
Banguil	148	Grisebach.....	164
Bernard (A.).....	204, 229	H	
Blanc (L. R.).....	128	Hooker (J. D.).....	16
Boistel (A.).....	47, 57	J	
Brives (A.).....	144, 203, 204	Joly (A.).....	44, 51
Buchet.....	57, 221	K	
C			
Caballero (A.).....	176	Krämer	153
Candolle (De).....	160	L	
Colmeiro (M.).....	174	Laguna.....	14
Coquand.....	12, 13, 57	Larras (Cap.).....	139
D			
Dantín (J.).....	36, 58	Lemoine.....	203
Darwin.....	173	Lozano (L.).....	6
De Candolle	160	M	
Dehory.....	221	Michaux-Bellaire....	95, 98, 107, 133
Douvillé (R.)	58	Molliard (M.).....	159
F			
Fernández Navarro (L.).....	6, 12	Montalembert (A. de).....	209
Fischer (Th.)....	150, 159, 203, 204	N	
Flotte de Roquevaire.....	139	Nicklès (R.)	58
Foucauld (Ch. de).....	47	P	
G			
Genti 147, 57, 139, 156, 170, 200, 203, 205		Pallary.....	148
Gironcourt (G. de).....	148, 225	Pitard (C. J.).....	16, 148
		Pobeguín	145

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Q		T	
Quiroga (F.)	5, 6	Thomson (J.)	204
R		V	
Rolland	5	Vaffier-Pollet (E.)	209
		Vincey	205
		Von Pfeil	203, 204
S		W	
Salmon (G.)... ..	77, 95, 107, 184, 210	Weisgerber	203, 204
Schulten.	105	Widtsoe	229
Schwantke.	203	Woeikof (A.)	228
Segonzac (M. de)	47		

IV. ÍNDICE DE ORDENACIÓN DE MATERIAS

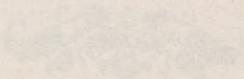
	<u>Págs.</u>
I. — PROEMIO	5
II. — DIARIO DE LA EXPEDICIÓN	7
Tetuán	42
Viaje de Tetuán a Tánger	63
Tánger	74
La cuenca del río Luccus	91
Expedición al Yebel Sársar	99
Expedición a Uad el Mehazen	106
Es Sahel	131
Arcila. Viaje a Tánger. Regreso a España	141
III. — DATOS CLIMATOLÓGICOS	149
A) Temperatura	151
La cuenca del Luccus	152
B) Vientos	154
C) Humedad. Lluvias	154
IV. — LA VEGETACIÓN. SU CARÁCTER. SU DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA. FORMACIONES VEGETALES	159
I. Norte de la zona	169
Andyera	169
El Hauz de Tetuán	174
Uad Ras	177
II. Zona atlántica	178
El Garbía	178
Es Sahel	180
El Jolot	186
Jolot y Tilig	190
a) El bosque	192
b) El matorral	193
c) Estepas de gramíneas	198
V. — LA AGRICULTURA	195
A) Estado actual de la agricultura marroquí	196



	Págs.
1. Tierras o suelos laborables.....	196
Región mediterránea (Ceuta, Tetuán).....	197
» atlántica (Arcila, Larache, Alcazarquivir).....	199
2. Costumbres rurales y cultivos indígenas.....	209
a) El régimen actual de la tierra.....	209
b) El cultivo actual.....	211
País mediterráneo (Ceuta, Tetuán).....	213
» atlántico (Arcila, Larache, Alcazarquivir).....	218
B) Porvenir agrícola de que es susceptible nuestra zona de influencia.....	225
Plantas que pueden y deben cultivarse.....	225
ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS.....	231
» » » NOMBRES GEOGRÁFICOS.....	247
» » » AUTORES CITADOS.....	252
» DE ORDENACIÓN DE MATERIAS.....	253









1002043593

